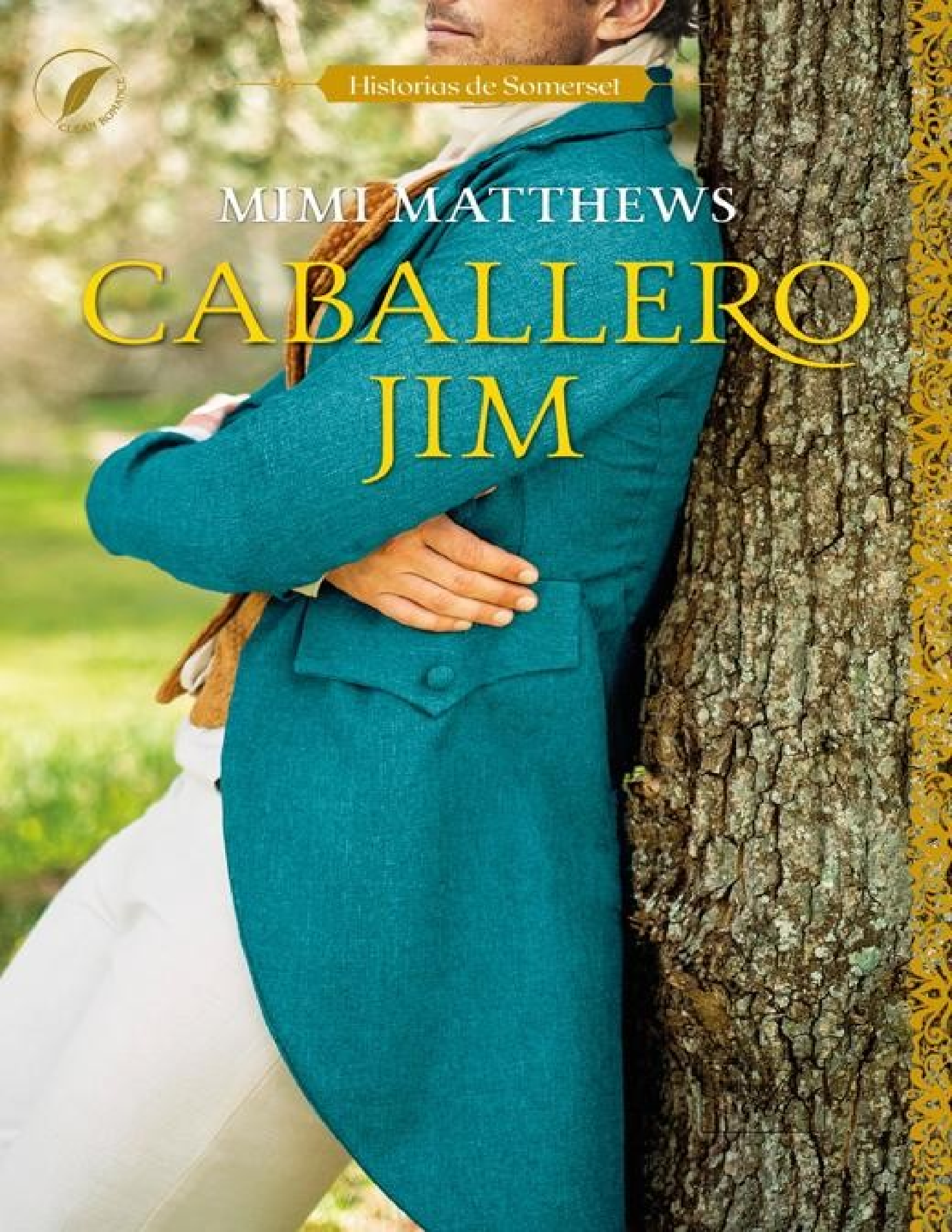
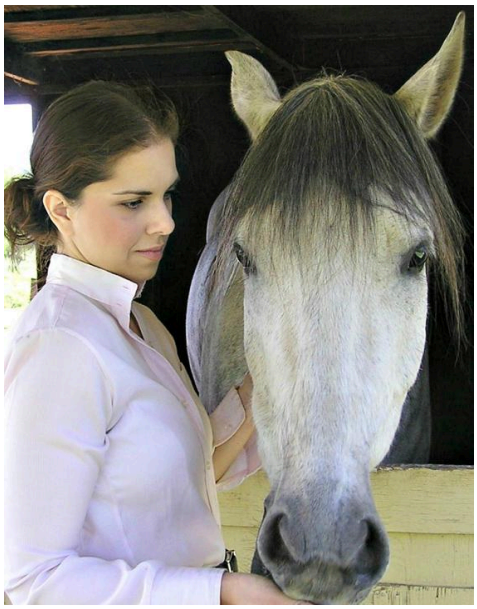
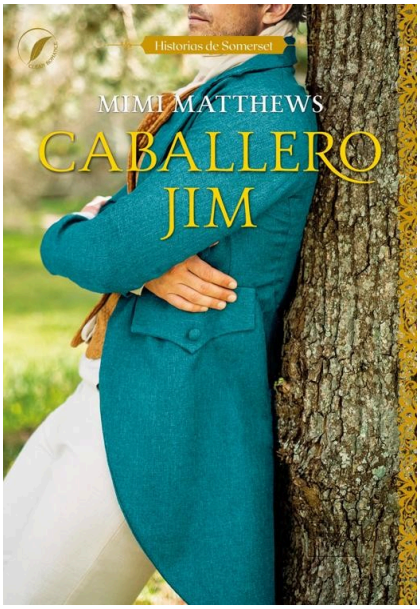

Historias de Somerset
MIMI MATTHEWS
CABALLERO JIM



Mimi Matthews es una autora de *best sellers* del *USA Today*. Escribe tanto libros de historia de no ficción como novela romántica histórica ambientada en la época victoriana. Sus libros han recibido reseñas destacadas de *Publishers Weekly*, *Library Journal*, *Booklist*, *Kirkus*, y *Shelf Awareness*, y sus artículos han aparecido publicados en *Victorian Web*, el *Journal of Victorian Culture* y también en el *BUST Magazine*. Tiene además otra profesión, la de abogada. Vive en California con su familia, además de con un caballo andaluz de doma, un perro pastor de las Shetland y dos gatos siameses.



¿Podrá más el amor o el deseo de venganza? Una historia de reencuentros y segundas oportunidades que hará las delicias de las seguidoras de Mimi Matthews.

Margaret Honeywell, la hija del terrateniente, estaba destinada a casarse con su vecino, Frederick Burton-Smythe. Sin embargo, el dueño de su corazón no es él sino Nicholas Seaton, el hijo ilegítimo de Caballero Jim, un famoso salteador de caminos, que creció junto a ella en la finca de su padre. Para romper ese amor, Frederick acusa al joven de robo, por lo que este debe huir en plena noche, prometiendo ir en busca de su padre.

John Beresford, vizconde de St. Clare, desea regresar a Inglaterra. Es un hombre con buen porte: alto, rubio, y de aspecto peligroso, y ha vuelto para restaurar el honor de su familia… y también para vengarse. Sin embargo, no contaba con toparse con Maggie Honeywell…

MIMI MATTHEWS

CABALLERO JIM

Libros de seda

Caballero Jim, libro 2 de la serie *Historias de Somerset*

Título original: *Gentleman Jim, Somerset Stories 2*

GENTLEMAN JIM copyright © 2020 by Mimi Matthews
Translation rights arranged by Taryn Fagerness Agency and Sandra Bruna Agencia Literaria, SL
All rights reserved

© de la traducción: Emilio Vadillo

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta
28036 Madrid
www.librosdeseda.com
https://www.facebook.com/librosdeseda/
@librosdeseda
@librosdesedaeditorial
info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Gemma Martínez
Maquetación: @isabela-g
Conversión en epub: Álvaro López López
Imagen de la cubierta: © Lauren Rautenbach /Arcangel Images

Primera edición digital: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-19386-99-1

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

Ninguna parte de este libro puede usarse o reproducirse de ninguna manera con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial.

ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
EPÍLOGO
NOTA DE LA AUTORA
AGRADECIMIENTOS

A mi madre, que me inculcó el sentido de la justicia

«Toda la sabiduría humana se resume
en estas dos palabras: ¡esperar y confiar!».

ALEJANDRO DUMAS,
El conde de Montecristo

Prólogo

Beasley Park (Somerset, Inglaterra)
Primavera de 1807

Nicholas Seaton estaba sentado en el suelo cubierto de paja del establo con las piernas dobladas hacia el pecho y la frente apoyada en las rodillas. Le habían golpeado y sangraba. No había ninguna vía de escape. Las puertas estaban cerradas a cal y canto, y las paredes del edificio eran gruesas y resistentes, pues se habían construido para mantener bien custodiados los mejores purasangres de la hacienda Honeywell. Pese a ello, Nicholas se había pasado los primeros quince minutos de su encierro tratando de abrirse paso a la fuerza, lanzándose con furia contra la madera recia de las paredes, aplicando toda la fuerza que aún le quedaba, sin lograr otra cosa que hacerse enormes cardenales en los hombros y cortes y heridas en los brazos.

Los siguientes quince minutos los pasó recorriendo el establo una y otra vez, como un león enjaulado, abriendo y cerrando los puños, apretando los dientes y maldiciendo para sí a todos los miembros de la alta burguesía y la aristocracia terrateniente.

—Te van a colgar por esto, Seaton —le había dicho Frederick Burton-Smythe tras arrastrarlo al establo después de darle unos latigazos.

Y así iba a ser, sin duda. Nicholas estaba seguro de eso, no había estado tan seguro de algo en su vida. Hacía solo dos años que a un muchacho no mucho mayor que él lo habían ahorcado por el crimen horrendo de robarle pollos al

padre de Fred, sir Roderick Burton-Smythe. Así que el hecho de robar tres joyas de valor incalculable que pertenecían al patrimonio familiar, más en concreto, al ajuar de la única hija del terrateniente Honeywell, la señorita Margaret, podría dar lugar, como poco, a un descuartizamiento público.

El hecho de que Nicholas no hubiese robado nada resultaba irrelevante. ¿De qué iban a servir sus alegaciones de inocencia? Él no era más que un humilde mozo de cuadra de los Honeywell, un sirviente. De hecho, bastante menos que un sirviente, pues era el hijo bastardo de una ayudante de cocina de la casa, Jenny Seaton, la Alegre Jenny, quien, antes de llegar a la entrada de las cocinas de Beasley Park hacía dieciocho años, embarazada y pidiendo algo de comer, había ejercido el oficio de tabernera, con todo lo que eso llevaba asociado, en el establecimiento Market Barrow, una taberna popular y de muy mala fama que, en su día, había sido una de las favoritas de Caballero Jim, el famoso salteador de caminos.

—La madre una prostituta y el padre un delincuente. —La mujer del vicario, la señora Applewhite, no dudaba en hablarle de eso a cualquiera que quisiese prestarle atención—. Recuerde lo que le digo, Nicholas Seaton no va a acabar bien.

No. Nadie iba a creer que era inocente. Y menos cuando lo había denunciado el mismísimo Frederick Burton-Smythe.

Nicholas y Fred eran enemigos desde que tenía memoria, pero el año anterior el enfrentamiento había desembocado en un odio sin ambages. Y, como de costumbre, Maggie Honeywell estaba en el centro de la disputa.

Pensar en ella hizo que a Nicholas se le encogiera el corazón y hasta que le doliera.

* * *

La joven era su mejor amiga, la única persona en la que confiaba, la única persona a la que amaba. Hacía unos años que un juramento de sangre los había unido para siempre, cuando, a petición de Maggie, Nicholas, de forma valerosa, se había cortado la mano y la había juntado con firmeza con un corte similar en la de ella. Aunque, en realidad, no le habría hecho falta ningún ritual para sentirse unido a Maggie Honeywell: la joven lo era todo para él.

Por desgracia, también lo era para su padre viudo y, con el transcurrir de los años y su florecimiento como una mujer de belleza extraordinaria, pasó a serlo

todo también para Fred Burton-Smythe.

Hacía mucho tiempo que sir Roderick y el terrateniente Honeywell habían llegado al acuerdo de que sus hijos se casaran el uno con la otra. Se unirían así las dos grandes haciendas del distrito, Letchford Hall y Beasley Park. No se había formalizado nada, al menos que Nicholas supiera, pero eso no impedía que Fred actuase ya como si Maggie fuera de su propiedad. Así que, cuando ese mismo día la encontró con Nicholas en Burton Wood, riendo alegres mientras él la sostenía en brazos dando vueltas sobre sí mismo, la ira lo cegó.

Maggie no había ayudado a calmar las cosas. Incluso en sus mejores momentos, era una chica bastante descarada e imprudente, y en los peores, un auténtico demonio. El terrateniente Honeywell la había criado como si fuera su hijo varón y heredero, en vez de como la gentil hija única de una familia de la aristocracia, y era más que capaz de cabalgar, cazar y disparar mejor que la inmensa mayoría de los jóvenes del condado, nobles o no. Su mal carácter era legendario, pues sentada sobre las rodillas de su irascible padre había aprendido que una sarta de maldiciones, palabras gruesas y amenazas a cual más violenta eran la forma más directa y eficaz de resolver la mayoría de los problemas.

—Nicholas me está ayudando a practicar el baile —le había dicho a Fred con ese tono altivo y arrogante tan habitual en ella—. Así que, ¿harías el maldito favor de largarte de aquí, Fred?

Y, tras eso, Nicholas selló su destino fatal. Estalló en una carcajada sonora.

En cualquier otra circunstancia, Fred habría arremetido contra él con la intención de darle una paliza de muerte. Maggie se habría interpuesto entre los dos, como siempre hacía, y habría reprendido sin piedad a Fred por atacar a alguien que sabía muy bien que no podía defenderse; cosa que, en el pasado, nunca le había parado los pies a Fred.

En ausencia de Maggie, Fred no tenía el más mínimo reparo a la hora de golpearlo en la cabeza y tirarle de las orejas, arrojarlo al suelo de forma brutal, darle patadas en la espalda o azotarlo con la fusta.

Nicholas era más alto y ancho de hombros que Fred, pero también desgarbado y larguirucho, mientras que Fred era recio y musculoso como un *bulldog.* A Nicholas le gustaba pensar que en una pelea justa podría vencer a su eterno enemigo; sin embargo, ninguno de sus enfrentamientos con él había derivado nunca en una pelea justa, ya que Fred era el heredero de un *baronet* y Nicholas un mero sirviente, así que sabía muy bien que eso nunca ocurriría.

—El amo Fred es superior a ti, Nick —decía Jenny cada vez que aparecía con un

labio sangrando o con un ojo morado—. Tienes que dejar de provocarlo.

Pero esa vez no había mediado ninguna provocación a Fred.

Se limitó a levantarse e imitando a su padre, sir Roderick, con bastante acierto amonestó a Maggie por juntarse con los criados y comportarse de forma inadecuada para una señorita.

—Informaré con detalle de tu comportamiento a tu tía Dafne —le advirtió con severidad—. Y, cuando tu padre vuelva de Londres, he decidido que también debo hablar con él.

Dicho esto, dio media vuelta y se alejó, pero se detuvo en el borde del claro el tiempo suficiente para mirar a Nicholas a los ojos. Fue una mirada asesina.

—¿Cómo es posible que se haya atrevido a amenazarme? —seguía preguntándose Maggie una hora más tarde, los dos tumbados sobre la hierba a orillas del arroyo que atravesaba Beasley Park—. Está celoso el muy estúpido. Decírselo a mi padre, ¡por favor! Como si mi padre hiciera caso alguna vez de quienes hablan mal de mí.

—Pero tu tía sí que le hará caso —contestó Nicholas con tono triste.

Dafne Honeywell, cuñada viuda del hacendado, se había ido a vivir a Beasley Park dos años atrás con el único propósito de convertir a Maggie en una verdadera señorita de la alta sociedad. Nicholas no podía soportar a la dama. Por culpa de ella, a Maggie se le habían llenado los días de sesiones de costura y lecciones de baile, y tenía en la cabeza fiestas y bailes de etiqueta. Debido a su influencia, Maggie ya no se ponía bombachos, ni montaba a horcajadas, ni se quedaba en paños menores para nadar con él en el lago.

Ahora llevaba vestidos muy bonitos, de telas tan suaves y frágiles que hasta le daba miedo tocarlas, y su melena espesa de color visón, que antes le caía por la espalda en una preciosa cascada, ahora la sujetaban cintas de seda que dejaban escapar solo algunos rizos delicados. Hasta la tez le había cambiado. Siempre protegida del sol con parasoles y sombreros, ya no tenía el brillo glorioso del bronceado, sino que presentaba la apariencia de una porcelana suave y perfecta.

Habían pasado solo dos años, pero la diferencia entre la Margaret Honeywell de entonces, de catorce, y la actual, de dieciséis, era tan grande como un océano.

Cada vez con más frecuencia, Nicholas se sorprendía mirando a su amiga de toda la vida con una punzada de dolor en el pecho. Nunca le había gustado estar lejos de ella, pero ahora, cada vez que no estaban juntos, la echaba de menos hasta sentir una melancolía rayana en la tristeza.

Pero eso no era lo peor. También había empezado a soñar con ella, unos sueños

de lo más vívidos que ningún caballero se atrevería a tener con una dama.

—La señorita Margaret no es para ti. —Jenny había tomado por costumbre advertírselo cada vez que lo veía triste o enfurruñado—. Será para el señorito Fred o para cualquier otro caballero elegante. Nada puede cambiar eso.

Nicholas nunca lo había creído. Maggie y él eran almas gemelas. No obstante, cuando contemplaba la transformación lenta e imparable de ella, había momentos en los que lo asaltaba un súbito ataque de tristeza, una preocupación ominosa por el hecho de que se acercaba el día funesto en que Margaret pasaría a ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad, el día en que la perdería para siempre.

—No voy a dejar de enseñarte a bailar por el mero hecho de que tía Dafne y Fred se opongan —aseguró Maggie, que seguía tumbada junto al arroyo—. Siempre he compartido mis lecciones contigo, ¿a que sí? Y bailar es casi lo mismo que leer y escribir, o eso creo yo.

Nicholas alzó un poco el hombro para poder mirarla.

—Cuando me enseñaste a leer, tú solo tenías siete años. Y no hacía falta que nos tocáramos.

—¿Y por qué no podemos tocarnos?

La miró arqueando una ceja.

Margaret se rio con ganas.

—¡Qué hipocresía! Apuesto lo que sea a que si hubiera bailado con Fred nadie lo habría considerado indecoroso. Y, de paso, estoy segura de que él no se habría portado de una forma tan caballerosa como tú.

—¿Crees que no? —preguntó, poniéndose en alerta de inmediato, con todos los sentidos aguzados.

—Sabes muy bien que no. Siempre se pone demasiado cerca y no para de mirarme el pecho.

Nicholas controló la ya familiar oleada de celos y enfado, la urgencia ancestral de ir a buscar a Fred, o a cualquier otro caballero que se atreviera a mirar a Maggie, y convertirlo en una pulpa sanguinolenta.

—Si alguien se atreve a ponerte un dedo encima, te juro que lo…

—Tú nunca lo haces —lo interrumpió. El tono, con un matiz acusatorio, lo pilló por sorpresa—. Cuando bailamos, quiero decir.

De puro desconcierto, se le pasó el enfado. Ella insistió:

—Mirarme el pecho, digo.

Notó un calor repentino en las mejillas. La miró boquiabierto durante un instante, hasta que esbozó una sonrisa algo torcida.

—¿Qué pecho?

Maggie respondió a su broma con un rubor ligero y nada habitual en sus propias mejillas. A los dieciséis, su figura empezaba a moldearse y prometía ser, en el futuro, tan gloriosa como la de su madre fallecida, una dama que se había ganado el apodo de la Afrodita de Somerset.

—Por supuesto que ni te has fijado en nada mío. Estás demasiado ocupado tonteando con Cornelia Peabody.

—¿Cómo dices?

—Eso me ha dicho Jenny.

Nicholas la miró enfadado:

—Está deseando que corteje a una de las hijas del panadero. Me atrevería a decir que el viejo Peabody le ha prometido que le hará descuento en los panecillos rellenos y otros productos si yo lo libro de alguna de ellas. Pero sigue siendo un misterio para mí cómo piensan que yo podría mantener a una esposa con un salario de cinco libras al año...

—No es algo imposible —repuso Maggie.

—Muy bien, puede que no lo fuera. —Fingió que pensaba en el asunto con mucha intensidad—. La señorita Peabody podría conseguir un empleo. Hasta puede que tu padre le diera trabajo limpiando orinales en la casa principal, ¿no crees? —Volvió a sonreír—. Y eso trae a colación el asunto de proporcionarle un hogar, aunque estoy seguro de que no le importaría ni lo más mínimo vivir conmigo en ese cuartucho dejado de la mano de Dios de encima del establo. Cornelia Peabody siempre me ha parecido la clase de chica que sueña con tener su hogar en un cuchitril infestado de ratas.

Maggie no se dejó despistar con la broma de Nicholas.

—¿Entonces no es verdad?

—¡Vamos, Maggie, por favor! ¿Qué tengo que ver yo con Cornelia Peabody?

—Es muy guapa.

Nicholas tomó una flor silvestre azul que crecía en la hierba y la hizo girar entre los dedos. Era un nomeolvides. Esa clase de flores crecían por todas partes en Beasley Park, teñían de azul cada primavera los campos de la hacienda. Tenía el mismo color azul maravilloso de los ojos increíbles de Margaret Honeywell.

—Como tantas otras chicas del pueblo. ¿Qué más da eso?

—Pues que se trata de una joven bien educada y modosa, que no dice barbaridades... ¡Y es hija del panadero del pueblo, nada menos!

Pasó la florecilla por la cara de Maggie tocándole el puente de la nariz y después

el contorno de los labios malhablados y de la barbilla terca.

—¿Quieres decir que no va por ahí llamando estúpidos o celosos a los jóvenes, ni mandándolos a freír espárragos, como mínimo?

Maggie le arrebató la flor de las manos.

—Apostaría lo que fuera a que no dice esas cosas.

—Pues allá ella —zanjó Nicholas, echándose de espaldas sobre la hierba—. Todo el mundo sabe que a mí las únicas chicas que me gustan son las arpías malhabladas.

—¡Menudo piropo! Creo que voy a desmayarme...

Nicholas esbozó una sonrisa mirando al cielo claro y estiró una mano, moviendo la palma en invitación muda. Maggie la aceptó de inmediato y, a su vez, deslizó la mano pequeña y delgada en la de él.

—¿Podrás escaparte un rato esta noche después de cenar? —le preguntó en voz baja.

Nicholas negó pesaroso con la cabeza.

—Tengo muchísimas cosas que hacer, me he retrasado en las tareas. O me pongo al día hoy, o mañana no tendré ninguna posibilidad de verte.

Maggie le apretó un poco la mano.

—Pues entonces mañana —concedió.

* * *

Mañana.

Nicholas cerró con fuerza los ojos en la oscuridad opresiva del establo. Le ardía el pecho del esfuerzo que tenía que hacer para controlar un acceso rabioso de llanto.

Ya no habría mañana para él.

Nunca volvería a ver a Maggie Honeywell.

Al cabo de una hora, más o menos, Fred volvería acompañado del alguacil y a Nicholas lo conducirían a prisión. A partir de ese momento, ya se encargaría Fred de que las cosas fueran a toda velocidad. Los Burton-Smythe tenía mucha influencia en los condados occidentales. El juicio se desarrollaría muy deprisa, sin aplazamientos ni indultos de última hora.

¿Cuánto iban a tardar en colgarlo? ¿Una semana? ¿Diez días?

Nicholas se tapó la cara con las manos. Sentía una desesperación enorme, como

si hubiera caído en un pozo sin fondo de negrura infinita.

En ese momento, un crujido de la madera rasgó la oscuridad.

Se puso de pie de inmediato y se colocó lo más lejos que pudo del portón del establo.

Otro crujido.

Fred ya había vuelto, seguro que con el alguacil.

Nicholas aguzó el oído, sin hacer caso ni de los latidos del corazón desbocado ni del sudor frío que hacía que la camisa de lino basto se le pegara a la espalda. Descorrerían el cerrojo en cualquier momento y lo agarrarían para llevárselo.

¿Sería mejor luchar hasta el último aliento o acompañarlos de forma tranquila y sumisa, como un cordero al que llevan al matadero?

Apretó los puños con rabia.

Sonó una llamada queda en la puerta de madera del establo.

—¡Nicholas! —susurró una voz en tono urgente y suave.

Nicholas se quedó inmóvil, incapaz de creer la evidencia que le mostraban sus oídos.

—¿Maggie...?

Alguien descorrió los cerrojos y abrió las puertas del establo.

Allí estaba Maggie Honeywell, la visión más querida y maravillosa que la vida le podía ofrecer en ese momento.

Llevaba una pelliza roja de lana y el pelo oscuro, sin recoger ni peinar, le caía espléndido sobre los hombros. Con una mano sostenía en alto una lámpara de aceite que le iluminaba el rostro, que expresaba decisión y fiereza.

Tras algunas zancadas rápidas, Nicholas estuvo frente a ella.

Maggie dejó la lámpara en el suelo mientras él se aproximaba y de inmediato le rodeó el cuello con los brazos. Casi al instante, Nicholas la abrazó con tanta fuerza que hasta él mismo temió estrujarle los huesos.

Cuando por fin aflojó el abrazo, Maggie se separó lo suficiente como para poder sujetarle con ambas manos la cara, sucia de sangre seca. Se la escudriñó con infinito cuidado, moviendo los dedos con suavidad en busca de heridas abiertas, desde la frente a la mandíbula, y después los hombros anchos y el torso.

—¡Por Dios bendito! ¿Qué te ha hecho?

Nicholas le agarró las manos con firmeza para impedir que indagara bajo la camisa rasgada. Le mortificaba sentir el ardor de las lágrimas en el interior de los ojos. Nadie, jamás, ni siquiera su madre, había mostrado tanta ternura con él como la que desplegaba en ese momento Maggie Honeywell.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

La joven le apretó las manos para darle ánimos.

—¿Recuerdas cuando me dijiste que la señora Applewhite se iba? Bueno, pues tía Dafne la invitó a que se quedara a cenar y, cuando me retiré a mi dormitorio, las dos le dieron con ganas al jerez. Reían y hablaban alto cuando subían las escaleras. Y menos mal que fue así, porque, cuando bajé para averiguar por qué había tanto ruido en el salón de estar, oí a mi tía hablar de lo que te había pasado con Fred y de la desaparición de mis joyas. Así que he venido lo más deprisa que he podido.

—Te juro que no te he robado nada. Quizá fue Fred quien tomó las joyas y las puso en mi habitación. ¿Quién más podía saber dónde mirar? Quería dejar claro que yo las tenía. Lo noté en sus ojos cuando nos vio bailando en Burton Wood. Quiere verme muerto o deportado para siempre, cualquier cosa que impida...

—No hay tiempo para esto —lo interrumpió Maggie—. He venido a liberarte para que puedas escapar antes de que llegue el magistrado.

Nicholas dio un paso hacia ella y le apretó aún más las manos, que seguía sujetándole.

—Tienes que creerme. Nunca te he robado nada. ¡Dime que me crees!

—¡Pues claro que te creo! Y, si supiera que eso te puede ayudar, proclamaría tu inocencia delante de tía Dafne, del alguacil y de cualquiera que quisiese escucharme. Pero nadie lo va a hacer, y tú lo sabes muy bien. Dirían que nuestra amistad me ciega y no me deja ver tu verdadera naturaleza, y un montón de monsergas como esa. Y después me acusarían de poner en duda el honor de Fred por cuestionar su palabra de caballero.

Nicholas la soltó de repente, pues no se fiaba de sí mismo si seguía tocándola.

—Un caballero. Te refieres a tu futuro marido.

A Maggie se le nubló la mirada.

—¿Por qué hablas siempre de eso? Como si yo estuviera deseando casarme con Frederick Burton-Smythe.

—¿Te das cuenta de lo que me ha hecho esta noche? —Nicholas se abrió la camisa para dejar a la vista el corte profundo que iba desde un lado del cuello hasta la parte alta del pecho—. ¿Crees que un caballero le haría esto a alguien que no puede defenderse?

Maggie abrió mucho los ojos de puro asombro.

—¡Por todos los santos! ¿Fred te ha hecho eso?

—¿Quién si no?

—Pero... ¿por qué?

—¿Crees que iba a dejar que me encerrara aquí sin pelear? Me sacó de la habitación después de... encontrar tus joyas. Nos peleamos mientras bajábamos las escaleras. Le habría ganado si él hubiera luchado con nobleza. Pero, cuando me volví para volver a golpearlo, volvió a azotarme con esa maldita fusta que siempre lleva encima. Tenía que habérmelo esperado... —Se pasó la mano por el pelo desgreñado—. Pero no estaba preparado, maldita sea. Me caí escaleras abajo, sobre el suelo del establo, y cuando pude ponerme en pie él ya había salido y cerrado con cerrojo desde fuera.

—¡El muy canalla! —La voz de Maggie temblaba de furia—. ¡Cobarde, sabandija...! ¡Ya le enseñaré yo lo que es que te golpeen con un látigo como ese...! ¡Cuando padre vuelva de Londres le voy a...! —Se interrumpió y soltó un juramento entre dientes—. ¡Que el diablo se lo lleve! No tengo tiempo de curarte esa herida. Tienes que irte, Nicholas. Debes esconderte de Fred y del alguacil hasta que vuelva mi padre la semana que viene. Después iremos juntos a verle y a explicarle lo que ha pasado...

—¿Y para qué iba a volver yo aquí? —espetó Nicholas en un estallido de furor —. ¡Odio este maldito sitio!

Maggie negó con la cabeza, cuestionando sus palabras.

—No digas eso.

—Sí, lo odio todo y a todos. Odio a sir Roderick, odio a Fred Burton-Smythe. Odio a la señora Applewhite y a tu tía Dafne. Odio trabajar en este establo y...

—¿Y a mí también me odias?

Sintió un espasmo de angustia.

—Sabes muy bien lo que siento por ti, pero... ¿cómo puede una sola cosa contrarrestar toda esta miseria?

—No puedes irte para siempre, Nicholas. Por muy espantoso que sea todo lo demás, Jenny está aquí y yo también. Tienes un techo bajo el que dormir y la posibilidad de ganarte la vida...

—¿Ganarme la vida? ¿De qué manera? ¿Como mozo de cuadra en el establo de tu padre? —Nicholas rio con amargura—. Si me quedo aquí, nunca tendré la oportunidad de ser un caballero. No importa lo mucho que puedas enseñarme sobre libros, música o baile. Los bastardos y los plebeyos nunca podrán abrirse paso, no hay milagros que valgan a ese respecto. Para ti nunca seré otra cosa que un criado. Y un día... —la miró a los ojos, con el pecho temblando de pura angustia—, un día te casarás con Fred Burton-Smythe y olvidarás lo que en algún

momento significué para ti.

—¡Nunca!

—No puedo estar aquí cuando llegue ese día, Maggie. Prefiero morirme. Y, si me quedo, eso será lo que ocurra, casi con toda seguridad. Ser criado en Beasley Park no es futuro para mí. ¿Es que no lo entiendes?

—Pero... ¿a dónde vas a ir?

—A Bristol. Al mar. Iré a buscar a mi padre.

—¿A tu padre? —repitió Maggie—. ¿Quieres decir... a Caballero Jim?

—Jenny dice que la última vez que oyó hablar de él iba de camino a Bristol. Puede que, si lo encuentro y puedo convencerlo de que soy hijo suyo, me permita permanecer con él y acompañarlo en sus andanzas...

—¡Pero si ni siquiera sabes con seguridad que Caballero Jim sea tu padre! Jenny nunca lo ha reconocido...

—Pero tampoco lo ha negado nunca. Y todos los que todavía lo recuerdan dicen que soy su vivo retrato.

—Sí, ya lo sé, pero nadie lo ha visto desde hace muchos años. ¿Y si no lo encuentras?

Nicholas apretó las mandíbulas.

—¡Lo encontraré!

Maggie lo traspasó con la mirada, los ojos brillantes de lágrimas no derramadas.

—¡Maldita sea, Nicholas Seaton, sabes que no tenemos tiempo para discutir sobre esto! —Dio un pisotón de rabia en el suelo—. ¡Muy bien, de acuerdo! —Rebuscó en un bolsillo de la pelliza y sacó una bolsita de tela que parecía llena de cosas—. Si de verdad quieres marcharte de aquí, tienes que llevarte esto.

Nicholas miró la bolsa con precaución.

—¿Es lo que sospecho?

—Sí. La mayor parte del dinero que tengo para gastos y los regalos en metálico que me ha ido haciendo mi padre a lo largo de los años: un chelín por aquí, una guinea por allá... Me atrevo a decir que hay suficiente dinero como para que vayas tirando hasta que puedas volver a trabajar. Te iba a dar una parte para que te las arreglaras hasta que padre regresase de Londres, pero, dadas las circunstancias, creo que es mejor que te lo lleves todo.

—¡No! —Nicholas dio un paso atrás—. Es un dineral...

—Perfecto. Así no tendré que preocuparme sobre tu posible muerte de frío o de hambre. —Le puso la bolsa en el pecho—. Llévatelo. Y también a *Miss Belle*. Llévatela hasta el cruce de caminos y después déjala libre. Es capaz de encontrar el

camino de vuelta a Beasley Park con los ojos cerrados desde cualquier punto del condado.

Nicholas aceptó el dinero tragando saliva con fuerza.

—Maggie Honeywell, eres un ángel del cielo.

Al oír eso, a la joven empezaron a brotarle de los ojos algunas lágrimas, que le resbalaron por las mejillas. Se las retiró con el dorso de la mano.

—Sé que no voy a volver a verte nunca.

Nicholas se acercó a ella y le tomó la barbilla con los dedos. Era una vieja costumbre, algo que llevaba haciendo desde que ella era una niña pequeña. Pero en ese momento el gesto no era juguetón ni para tomarle el pelo. No le dio un apretoncito para después soltarla, como haría un hermano. En lugar de eso, le empujó la barbilla hacia arriba con suavidad para obligarla a mirarlo a los ojos. Retiró una lágrima con el pulgar y, antes de que Maggie pudiera darse cuenta de lo que iba a hacer, bajó la boca para juntarla con la de ella y la besó en los labios con suavidad.

Fue un beso breve y, teniendo en cuenta sus lágrimas, no demasiado romántico, pero era el primero que compartían. Y no se pareció en nada al beso que un hermano la daría a su hermana.

—Espérame, Maggie —le pidió Nicholas siguiendo un impulso—. Voy a encontrar a Caballero Jim y, cuando haga fortuna, que la haré, volveré a buscarte. —Le sostuvo la mirada durante lo que pareció una eternidad—. No importa lo que tarde, te aseguro que volveré —prometió.



Capítulo 1

Londres
Primavera de 1817

Margaret Honeywell cerró los ojos mientras se recostaba sobre los almohadones de terciopelo del carruaje de su padre. Había pasado la noche anterior en una posada, ni cómoda ni hospitalaria, cuyo dueño la había relegado, junto a su criada Bessie, a un dormitorio pequeño que daba al patio del establo. La estancia incluía una chimenea diminuta y humeante, y un colchón estrecho e incómodo, y la cerradura de la puerta no parecía nada fiable. Entre el ruido, la incomodidad y el miedo a ser asesinadas mientras dormían, Maggie apenas había pegado ojo.

—Adelante, señorita Margaret. —Bessie le echó por encima una manta de viaje y la arropó con ella—. Cierre los ojos y descanse. —Le deshizo los lazos del sombrerito y se lo quitó—. Y no tenga miedo de dormirse, pues todavía faltan un par de horas o más hasta que lleguemos a casa de los Trumble. Tranquila, que la despertaré con tiempo más que de sobra para que se arregle antes de llegar.

—Tú también tendrías que descansar, Bessie —murmuró Maggie sin abrir los ojos—. Tampoco has dormido nada esta noche.

—No se preocupe por mí, señorita. —Bessie dejó caer toda su corpulencia sobre el asiento de enfrente—. Con una siesta de diez minutos estaré fresca como una lechuga.

El movimiento rítmico del carruaje ayudó a Maggie a conciliar el sueño y,

cuando se despertó, ya estaban a las afueras de Londres.

Bessie tenía preparada una maleta con el material para arreglarla y de nuevo se había colocado junto a ella. Empezó a peinarle los rizos y a sujetárselos con unas cuantas horquillas estratégicamente colocadas.

—Pellízquese las mejillas, señorita Margaret —le ordenó con el mismo tono, brioso y que no admitía réplica, que utilizaba para que Maggie se tomara un tónico vitamínico o una cucharada de reconstituyente—. Puede que no vuelva a hacer nunca de enfermera para usted, pero no voy a permitir que alguien diga que perdió el color mientras estaba a mi cuidado.

Maggie obedeció, pero, cuando Bessie empezó a tirar sin miramientos del vestido de viaje en un intento de alisar un poco las arrugas, le retiró las manos.

—¡Ya basta, Bessie! Me pone nerviosa tanto meneo. Dejémoslo por ahora. La única que va a verme es Jane, y te aseguro que a ella no le van a importar ni mi pelo ni mi vestido.

Sin dejarse arredrar, Bessie agarró el sombrero de Maggie y empezó a sacudirlo para quitarle el polvo.

—Puede que a la señorita Trumble no le importe, pero le aseguro que su doncella, la señorita Jenkins, sí tendrá algo que decir sobre su apariencia. Y cualquier problema que detecte se cargará en mi cuenta de defectos, lo tengo más claro que el agua. Son celos, no hay discusión posible. Si no fuera la hija de un barón, daría su brazo derecho por usted en lugar de por la señorita Trumble. Que, por cierto, es una chica estupenda y muy dulce, bastante más que usted, por cierto, pero, a decir verdad, tampoco se puede decir que sea ninguna belleza.

—Pues en los ambientes de la alta sociedad se considera a Jane una joven atractiva.

Bessie gruñó.

—Apuesto lo que sea a que ningún caballero ha comparado su piel con el alabastro ni ha dicho que sus ojos parecen dos zafiros de la India.

—De haberlo dicho, el caballero en cuestión sería ciego o tonto. Jane tiene los ojos pardos.

—¿Y qué me dice de esos señores que le presentaron en su debut en sociedad, señorita Margaret? ¿Los que decían que era usted una Venus de bolsillo? No me imagino a nadie diciendo lo mismo de la señorita Trumble por muchos volantes y faralaes que le pongan en el vestido.

—Es evidente el porqué: Jane es alta.

—Sí, más o menos como la bruja de Cumbria —apuntó Bessie con malicia.

—Y puede que a mí, al inicio de mi temporada de presentación, me llamasen Venus de bolsillo, pero antes de volver a casa mi apodo ya era otro muy distinto, y tú lo sabes muy bien.

—Tonterías —barbotó Bessie—. ¡Y eso no impide que la señorita Jenkins siga teniendo envidia de que yo la sirva a usted!

Maggie miró de nuevo por la ventanilla del vehículo mientras Bessie volvía a colocarle el sombrerito, le anudaba las cintas y las disponía en un lazo airoso a un lado de la cara.

Hacía más o menos cuatro años del último viaje de Maggie a Londres para visitar a su amiga. Esperaba haberlo hecho la primavera anterior, pero, nada más terminar el período de luto por su padre, su tía Dafne, con su habitual falta de oportunidad, pasó a mejor vida, sin avisar, una mañana durante el desayuno, por lo que Maggie tuvo que alargar el tiempo de duelo bastantes meses más.

Tía Dafne había sido su último familiar directo. No tenía más parientes vivos, y la parte buena del asunto es que ya no tendría que guardar luto por nadie más.

—Quémalo, este y todos los demás —le ordenó Maggie a Bessie cuando se quitó por última vez un vestido oscuro—. No voy a volver a necesitarlos nunca.

Durante el trayecto a Londres había llevado un atuendo de viaje azul oscuro. En su momento, acentuaba las curvas generosas del busto y la estrechez de la cintura, pero ahora colgaba informe sobre un cuerpo escaso. Siempre había sido de baja estatura y, de hecho, a los dieciséis años ya había dejado de crecer, pero, tras la enfermedad y los años posteriores de aflicción y aislamiento, apenas había quedado rastro de la exuberancia anterior.

El espejo no mentía. En lugar de las curvas voluptuosas que en su día inspiraron a muchos caballeros de la alta sociedad a llamarla Venus de bolsillo, lo que se veía en el presente, tanto en la cara como en la figura, era una delicadeza frágil que nunca había transmitido. Parecía una inválida, o al menos eso era lo que se temía.

—Con una buena alimentación y buenas compañías, antes de que se dé cuenta volverá a estar igual de preciosa y saludable que cuando vivía su padre —le decía de continuo Bessie—. Y es que, además, sigue siendo la joven más bonita que he visto nunca.

Maggie miró a su animosa criada con una sonrisa burlona. Con veintiséis años, era dudoso que pudiera considerarse una joven. De hecho, era todo lo contrario. Llevaba camino de convertirse en una solterona.

Y no había sido por falta de posibilidades para elegir. Solo durante la temporada de su presentación en sociedad, había recibido seis propuestas formales de

matrimonio, incluida la de un conde arruinado que albergaba la esperanza de que las arcas repletas de los Honeywell sirvieran para volver a dar esplendor a sus haciendas ancestrales. Lo había rechazado de plano, a él y a los otros cinco aspirantes. Igual que a todos los que los siguieron.

Y, de seguir teniendo la posibilidad de elegir al respecto, continuaría en la misma línea.

* * *

No tardaron mucho en llegar a la residencia de los Trumble, situada en la calle Green. Jane la esperaba en la escalera principal, vestida con un chal indio muy colorido que enmarcaba su figura alta y esbelta. Mientras un lacayo ayudaba a Maggie a bajar del carruaje, descendió los peldaños a toda prisa con las manos extendidas para darle la bienvenida.

—¡Querida amiga! ¡Cuantísimo tiempo ha pasado! ¿Qué tal el viaje? ¿Estás muy cansada? —La besó en las dos mejillas antes de tomarla por el brazo para conducirla a la escalinata—. Tía Harriet se ha ido a dormir una siesta en su habitación en lugar de esperar para recibirte. Se supone que ha de actuar de carabina con nosotras, ya sabes. De no ser así, mi padre jamás habría aceptado que vinieras a Londres. Pero eso no va a impedir que nos lo pasemos muy bien. Mi tía es una reliquia. La pobre se queda dormida nada más sentarse en cualquier asiento, por incómodo que sea, y no oye nada si no se pone la trompetilla en la oreja. Se puede decir que vamos a tener toda la casa para nosotras y que podremos hablar de lo que queramos.

En el vestíbulo, un criado tomó el abrigo, los guantes y el sombrero de Maggie. Jane no paraba de charlar con mucha animación.

—Mi hermano mayor, George, ya está en la ciudad. Te acuerdas de George, ¿verdad? Sigue teniendo un piso de soltero de dos habitaciones en St. James. Ha accedido a acompañarnos a todos los bailes y fiestas a los que vayamos durante tu visita. Pero tienes que ser amable y dulce con él, Margaret, porque me da la impresión de que lo hace por ti. Creo que siempre te ha tenido en buena estima.

Maggie sonreía mirando a su amiga. Tenía el pelo rubio y tan liso que era imposible de rizar. La barbilla y la nariz no llamaban la atención, y los ojos pardos estaban algo más juntos de los normal, así que, en conjunto, y como había señalado Bessie, Jane Trumble no resultaba una belleza. Pero era amable e

inteligente, y cuando, como en ese momento, hablaba y le brillaban los ojos y la cara de pura alegría y entusiasmo, nadie podía decir que fuera ni mucho menos anodina.

Se habían conocido en la temporada de presentación de Maggie en sociedad, durante un baile, en el salón de descanso de las damas. A Maggie se le había descosido el dobladillo de la falda debido a la escasa pericia de una pareja de baile. Dado que no había ninguna criada que pudiera ayudar, la joven Jane se ofreció a coserlo. Lo hizo rápido y bien, y, tras ello, las dos permanecieron en el salón durante más de una hora, hablando y riendo. Cuando salieron ya eran amigas del alma y desde entonces nunca habían dejado de serlo.

—En cuanto hayas descansado del viaje, tenemos que ir de compras —propuso Jane mientras subían las escaleras—. Ese vestido que llevas dejó de estar de moda hace por lo menos tres años. ¿Y el sombrero? No deberías volver a ponértelo nunca más, Maggie.

—Desde la muerte de mi padre no me he comprado nada de ropa. No tenía necesidad porque solo he vestido de luto. —Maggie hizo una mueca de disgusto —. Además, ahora es Fred quien controla los gastos.

Jane acompañó a Maggie al vestíbulo de la primera planta y después al dormitorio que le había asignado mientras durara la estancia en su casa. Bessie se había adelantado y ya trajinaba en el vestidor, dirigiendo la colocación de la ropa de su señorita en estantes y cajones.

Jane se sentó en el borde de la cama e instó a Maggie a que hiciera lo mismo. Se había puesto seria.

—¿De verdad tiene todo el control sobre tu dinero? Ya sabía que era el albacea del testamento de tu padre, pero seguro que...

Maggie tiró de un hilo suelto del dobladillo del vestido. La mera mención del testamento paterno, cuyas disposiciones equivalían para ella a la mayor traición que un padre podía perpetrar contra su hija, era más que suficiente para sumirla en un estado de tristeza profunda.

—Fred mantiene la custodia de todo mi dinero y demás propiedades hasta el momento de mi matrimonio, siempre y cuando dicho matrimonio cuente con su aprobación. Y jamás aprobará que me case con nadie que no sea él mismo.

—¡Eso es tan injusto...! —se lamentó Jane—. Tu padre debe de estar revolviéndose en la tumba.

Maggie emitió una risita del todo exenta de humor.

—¡Todo lo contrario! Ese era precisamente el resultado que buscaba. No podía

obligarme a que me casara con Fred mientras él viviera. De hecho, no tenía la capacidad de forzarme a hacer nada en contra de mi voluntad porque yo no lo permitía. Pero ahora, una vez muerto, no me ha dejado ninguna salida. Si no me caso dentro del periodo establecido en el testamento, Beasley Park pasará a ser propiedad de Fred para siempre y yo solo dispondré de un pequeño ingreso para vivir mi soltería.

—¡Pero, Margaret, si tu padre te adoraba! No puedo entender cómo fue capaz de darle tu herencia a un extraño, un hombre al que no te unen ni los lazos familiares ni los del matrimonio. No tiene ningún sentido, ni el más mínimo.

—Padre sabía muy bien lo que hacía.

—¡Puede, pero yo no soy capaz de entenderlo!

—¿Lo dices en serio, Jane? Piensa un poco... Padre me educó para gestionar y dirigir Beasley Park. Para que amara y respetara la tierra tanto como él. Sabía que haría todo lo que hiciese falta para conservarla y mejorarla. Y, sabiéndolo..., ha forzado mi voluntad desde la tumba.

Jane negó con la cabeza, no daba crédito a lo que oía.

—Entonces, ¿tienes la intención de casarte con Fred?

—Pues... yo... —Maggie titubeó—. Todavía no le he dado una respuesta. Pero me queda poco tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó Jane.

—El testamento establece que, de no estar ya casada en el momento de la muerte de mi padre, tendría dos años para hacerlo. Es decir, un año de duelo y otro para buscar marido. Pero, por desgracia, no se tuvo en cuenta el tiempo que me he visto obligada a guardar luto por tía Dafne.

—¡Vaya por Dios! Tu tía tuvo que morirse precisamente la semana posterior al final del duelo por el fallecimiento de tu padre...

—Sí. Y, como resultado, tengo menos de seis meses para casarme si no quiero perderlo todo.

Jane exhaló un suspiro hondo.

—¡Por Dios bendito! No me extraña que estés tan pálida y enfermiza... ¡Perdona, no quería sonar tan cruel!

Maggie no se ofendió, pues sabía muy bien a qué se refería su amiga.

—Los Burton-Smythe aplican las reglas sociales del luto de la forma más estricta posible. No se me permitía salir de la casa tras la muerte de mi padre, excepto para dar breves paseos por el jardín, y acompañada de Bessie. Tampoco podía recibir visitas ni hacerlas. —Volvió a interrumpirse y se llevó la mano a la frente. El dolor

de cabeza volvía a rondarla—. Fred ya está gestionando Beasley como si fuera suya y formara parte de la hacienda de los Burton-Smythe. Yo no tengo ni la más mínima capacidad de intervención, ni siquiera con los arrendatarios, que conozco y me conocen de toda la vida.

—¿No te permite intervenir en las decisiones? ¿No tienes ningún poder?

—Ni siquiera el de hablar. El administrador de mi padre, el señor Entwhistle, me mantiene al tanto de los asuntos de la hacienda, dentro de sus posibilidades; sé que se toma en serio y valora mis opiniones, y me ha prometido que me escribirá durante mi estancia aquí. En lo que se refiere a mis necesidades personales, debo dirigirme de forma directa a Fred, quien me exige presentarle todos los recibos, incluso en compras tan nimias y personales como ligas para las medias. No es tacaño; de hecho, «se pasa de generoso conmigo», según sus propias palabras. Pero lo que de verdad busca es dejarme muy claro el poder que tiene sobre mí. Y he llegado al punto de odiar tener que pedirle cualquier cosa, sea la que fuere.

—Siempre fue una sabandija —opinó Jane con aversión sincera—. Y estoy convencida de que para ti, que nunca has tenido que plegarte a la voluntad de ningún hombre, al contrario que el resto de nosotras, pobres hembras, el tener que hacerlo ahora debe de ser algo intolerable.

—Te digo de verdad que a veces siento que no puedo soportarlo. Me encuentro agotada, Jane, en lo mental y en lo físico. Pero es que estoy entre la espada y la pared.

Jane tomó la mano de su amiga y la apretó entre las suyas.

—¡Pobre querida mía! Pero tienes que superarlo y animarte. Justo esta mañana he oído noticias que igual pueden ayudar a que te alegres.

Maggie compuso una sonrisa débil.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—¡Vas a ver! Seguro que te alegrará saber que Frederick Burton-Smythe va a recibir muy pronto su merecido. De hecho, mañana mismo. —Jane se inclinó hacia Maggie y bajó la voz para que no pudieran entenderla los sirvientes que estaban en el vestidor—. ¡Mañana al amanecer se va a batir en duelo!

—¿Cómo dices?

—¡Lo que oyes! Se supone que las damas no deberíamos enterarnos de estas cosas, pero lo he sabido por la señora Beauchamp, y ella se lo oyó decir a su marido, que estaba presente en el establecimiento cuando ocurrió todo.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Pues parece que, mientras Fred estaba en medio de una partida de cartas, uno

de los jugadores cedió su sitio al vizconde de St. Clare. Bueno, pues al parecer St. Clare y Fred se enfrentaron desde el principio... En fin, ya sabes lo impulsivo y descontrolado que puede llegar a ser Fred. Alguien hizo un comentario sin trascendencia acerca de un problema con el conteo de tantos en la partida. Una cosa condujo a otra y, sin que nadie supiera con exactitud el porqué, de repente Fred estaba de pie exigiéndole a gritos a St. Clare que se retractara de lo que acababa de decir o se atuviese a las consecuencias. Y St. Clare, ni corto ni perezoso y con toda la calma del mundo, dijo que no tenía la costumbre de enfrentarse en el campo del honor con donnadies de provincias, pero que en el caso de Fred haría con gusto una excepción.

—¿Y Fred aceptó el desafío? —A Maggie le daba vueltas la cabeza.

—Pues sí, lo aceptó, el muy estúpido y arrogante —confirmó Jane riendo—. Pero todavía falta lo mejor, lo había dejado para el final. ¡Lord St. Clare es nieto del conde de Allendale!

—¿Y eso qué significa? —preguntó Maggie con los ojos muy abiertos.

—Pues mira: en su momento, el conde tenía la fama de ser uno de los mejores tiradores de Inglaterra, y, si lo que se cuenta es cierto, su hijo era aún más letal que él. Hace unas décadas mató a un hombre en un duelo y se vio obligado a salir de Inglaterra rumbo al Continente, donde a no tardar le disparó a otro. Llevan en la sangre batirse en duelo, ¿sabes? Y me han dicho que lord St. Clare es el más peligroso de todos ellos.

Maggie se levantó de inmediato de la cama y empezó a pasear de un lado a otro de la habitación.

—¡Pero eso es espantoso, Jane! Si Fred muriera, ¿qué iba a ser de Beasley Park? ¿Y qué ocurriría con mi dinero?

—No morirá. Solo se llevará un buen susto y puede que algún rasguño, ¡al menos eso espero! Por eso es tan divertida la historia... —La sonrisa amplia de Jane se esfumó—. ¿No te lo parece?

—No, Jane, no tiene nada de divertida. Es una locura. Y es desastrosa. Piensa un poco en las consecuencias si algo va mal. —Maggie se retorció las manos al tiempo que paseaba—. ¡Es un completo descerebrado y lo que ha hecho es muy típico de él! ¡Es el individuo más egoísta y desconsiderado que pisa la tierra! —Se detuvo de repente para volverse hacia su amiga en medio del frufrú intenso de las largas faldas del vestido—. Tengo que parar esto.

—¿Pararlo? ¿Y cómo diablos podrías?

—Pues... convocaré a Fred y le diré que... Pero ¿qué podría decirle, Jane?

Esta frunció el ceño.

—No se me ocurre nada. Nunca he oído que una mujer detuviera un duelo, a no ser que... Supongo que podrías averiguar dónde van a encontrarse e interponerte entre ellos. Pero eso no me parece muy aconsejable, ¿no crees?

—No, de ninguna manera. Eso sí que no puedo hacerlo.

—Pues entonces, lo que podrías hacer es convocarlo aquí para hablar contigo y razonar con él lo mejor que puedas. —Jane hizo una pausa—. Tienes que pedirle, o más bien exigirle, que te facilite el dinero necesario para la temporada, y bastante más, si te es posible. Tu derecho moral a ello es manifiesto, Margaret, y Frederick Burton-Smythe no estará en condiciones de negarte nada en esta situación.

Capítulo 2

La nota de Maggie en la que esta le solicitaba que fuera a verla llegó a los aposentos de Fred a las cuatro y media por medio de un criado. El mensajero volvió enseguida con la respuesta de Fred: el señor Burton-Smythe en persona tendría el honor de visitar a la señorita Honeywell media hora más tarde.

Cuando llegó, Maggie ya se había aseado, refrescado y cambiado de vestido. También había intentado ponerse un poco en orden el pelo, pero eso solo lo había logrado a medias. Lo recibió sola en el salón de estar principal de los Trumble, sentada en un sillón cercano a la chimenea y con una bandeja de té en una mesa auxiliar frente a ella.

—Margaret. —Fred hizo una inclinación mínima. El movimiento de la fuerte musculatura de la espalda provocó arrugas puntuales en la casaca—. Había pensado que tendrías el buen sentido de descansar tras el viaje.

Maggie había decidido hacer un esfuerzo y mantener una actitud educada y no belicosa, pero al oír las primeras palabras de Fred no pudo evitar responder con acritud.

—¿Tienes la intención de darme lecciones sobre el buen sentido?

—Nunca recuperarás la fuerza que te caracterizaba si no descansas.

—¿Y cómo voy a poder descansar si lo primero que oigo a mi llegada a Londres es que vas a batirte en duelo?

Fred enrojeció como siempre cuando estaba inquieto, intranquilo o enfadado: de forma intensa, pero a manchas de distintos tonos en las mejillas, lo cual contrastaba de manera muy poco estética con el cabello del color del cobre.

—No necesito preguntarte quién te ha trasladado ese cotilleo. Tu amiga la señorita Trumble, sin duda.

—¿Lo niegas?

Se puso de pie. Su figura era ancha y fornida, y parecía rígido e inflexible, como sir Roderick.

—No voy a negarlo ni tampoco a admitirlo. De hecho, no voy a decir una sola palabra sobre el asunto. Resulta de lo más impropio hablar contigo de esas cosas.

—¡Vamos, deja de actuar como lo haría tu padre! —espetó Maggie traspasándolo con la mirada—¿Y por qué me miras desde arriba de esa manera tan desagradable? Siéntate, por favor. Aquí. Te serviré una taza de té y después hablaremos como deben hacerlo una mujer de veintiséis años y un hombre de treinta en lugar de reñir como dos críos sin civilizar.

Fred se sentó a regañadientes, tal como le había pedido Maggie, sin dejar de mirarla con gesto de enfado. La expresión se le suavizó algo al observarla sirviendo el té. Cuando le ofreció la taza, que había preparado justo como a él le gustaba, la recogió con una sonrisa complacida.

—Vas a ser una esposa magnífica.

En el pecho de Margaret prendió una chispa de mal humor.

—¿De quién?, me pregunto.

—Pues mía, por supuesto.

La chispa se convirtió de inmediato en una llama ardiente.

Fred se tomó el té a sorbitos, sin percatarse de la evolución negativa del humor de Maggie, que empeoraba por momentos. El joven vestía de una forma que en Londres podía considerarse la última moda masculina: pantalones pegados a los muslos y una camisa con el cuello tan alto que impedía el movimiento del de Fred, bastante más grueso que la media. De todas formas, para Maggie seguía siendo el mismo muchacho de cuerpo cuadrado y tosco con el que había tratado en su juventud.

Le desagradaba muchísimo. Y, sin embargo, en menos de seis meses tendría que consentir en convertirse en su esposa. La señora Margaret Burton-Smythe. A partir de ese momento, Fred no solo tendría derechos sobre su fortuna, sino también sobre su cuerpo. La idea le había producido muchas horas de insomnio a lo largo de los últimos meses.

—No te he pedido que vinieras para eso —dijo con actitud algo tensa—, sino para hablar de ese duelo en el que te has metido.

Fred dejó la taza sobre la mesa auxiliar.

—Veo que estás preocupada. Y no tengo palabras para expresar la alegría que siento al ver que te interesas por mi bienestar. No obstante…

—Lo que me interesa es Beasley Park.

—No obstante —insistió Fred imperturbable—, aun en caso de que me fuera a batir en duelo mañana por la mañana, eso no implicaría que resultase perdedor.

—¿Cómo que no, siendo el hombre con el que te vas a batir el tirador mejor y más certero del país, y quizá también del Continente?

La actitud condescendiente de Fred dio paso a un destello de indignación masculina.

—¡Vaya! Eso es lo que dicen, ¿verdad? Pero ¿cómo pueden saberlo? St. Clare ha pasado la mayor parte de su vida en el Continente. No conozco a nadie que le haya visto nunca practicando tiro en Manton.

—El hecho de que haya pasado la mayor parte de su vida en el Continente se debe a que su padre mató a alguien en un duelo, por lo que se vio forzado a marcharse de Inglaterra. Me han dicho que llevan en la sangre la costumbre de batirse.

—No más de lo que la llevo yo. Mi padre, cuando era joven, participó en dos duelos.

—Y en ambos, tanto sus oponentes como él fallaron. Yo también conozco esas historias, Fred, y no se parecen en nada a lo tuyo de ahora.

Fred echaba chispas.

—¿Qué sabes tú de asuntos de honor? Eres una mujer.

Maggie le contestó con calma, lo cual, en su caso, siempre significaba peligro.

—¿Acaso las mujeres no tenemos honor?

—No pongas en mi boca palabras que no he dicho, Margaret. Por supuesto que las mujeres tenéis honor. Pero el honor de una mujer es tan distinto del de un caballero como el sol lo es de la luna. Son conceptos que no se pueden comparar.

—En eso estoy de acuerdo, mira por dónde. Tu concepto del honor y el mío difieren en grado sumo, aunque no sé si esa diferencia concreta es generalizable.

En el pasado, esas palabras habrían dado lugar a una discusión abierta con Fred. Pero esta vez él no recogió el guante. Por el contrario, y con un esfuerzo apreciable, mantuvo la compostura. Dio otro sorbo al té con gesto de terquedad en la mandíbula.

—Como te he dicho antes, este no es un tema de conversación adecuado entre tú y yo.

—Tienes razón, no lo es —concordó Maggie—. Pero, aun no siéndolo, tenemos

que tratarlo, y desde luego vamos a hacerlo. Porque, si mañana por la mañana te matasen, ¿qué ocurriría con Beasley Park? ¿Y qué ocurriría conmigo?

Los dedazos de Fred apretaron con fuerza la taza mientras reflexionaba un momento.

—Dado que no he dedicado mucho tiempo a pensar en mi propia muerte, no te puedo contestar con certeza. Tendría que volver a leer las últimas voluntades de tu padre. Y, puesto que el testamento lo tiene el abogado y que yo no voy a tener la posibilidad de acudir a su oficina hasta mañana por la tarde, y eso como muy pronto, estaremos de acuerdo en que es una cuestión del todo irrelevante, ¿no te parece?

La mirada de Maggie se volvió inexpresiva.

—¿Qué crees tú que pasaría? Mi dinero y mis propiedades se desvanecerían en el aire, como el humo, ¿no es así? ¿Quién tomaría el control de mi herencia si tú no pudieras ejercerlo? ¿Nombró a alguien mi padre como sustituto?

—No. Me parece que no.

—¿Entonces...?

—Pues... supongo que si por alguna razón yo no fuera capaz de cumplir con mis obligaciones al respecto, la responsabilidad recaería sobre un tío lejano tuyo, ese anciano de Yorkshire. Ahora no recuerdo su nombre.

—¿El señor Arkham? —apuntó Maggie con tono de incredulidad.

—Sí, eso es.

—¡Por el amor de Dios! Pero si ni siquiera es un parentesco de sangre. Estaba casado con una tía lejana que era medio hermana de alguien, o algo parecido; o sea, tan lejano que ni mi padre se acordaba de él.

Fred dejó la taza de té en la bandeja y después se inclinó hacia delante.

—Te has sonrojado mucho. ¿Llamo a Bessie?

—¡No!

Fred desoyó la negativa. Se levantó y se acercó a la cinta de la campanilla de aviso, situada junto a la repisa de la chimenea. Tras tirar de ella con energía, volvió al sillón, pero se quedó de pie.

Maggie casi se puso a temblar del esfuerzo por controlar el tremendo enfado que sentía. ¡Fred era un maldito abusón! Utilizaba la excusa de la enfermedad para llevar la discusión a su terreno.

—No necesito a Bessie —le aclaró con voz y actitud tensas—. No me encuentro mal. Lo único que pasa es que estoy furiosa contigo y...

—Ya está bien de hablar de esto. No tendría que haber empezado siquiera. Por

algo estos asuntos no son cosa de mujeres. Te he dicho desde el principio que no tienes ninguna razón para preocuparte. Eso debería bastarte. No te hubiera concedido permiso para venir a Londres si... —Interrumpió la amonestación cuando vio que se abrían las puertas del salón de estar para dar paso a Jane, a quien miró con los ojos entrecerrados—. Señorita Trumble.

—Señor Burton-Smythe. —Jane cruzó el salón para acercarse a Maggie, se dio cuenta con solo una mirada del estado de tensión que había entre su amiga y Fred.

Este se desplazó con la intención de cortarle el paso.

—Quería decirle una cosa, por favor. Se me ha informado de que...

—Sí, por supuesto, ya me encargo. —Jane lo esquivó, se acercó a la mesa auxiliar y sirvió una taza de té, a la que añadió una ración muy generosa de azúcar—. Aquí tienes, querida —dijo, pasándole la taza a Maggie—. Da unos sorbos.

—Me encuentro bien, Jane, te lo digo de verdad.

—Bebe, por favor —insistió Jane con suavidad pero también con firmeza. Después se volvió hacia Fred, irguiéndose para desplegar toda su altura, que era considerable—. Estamos en mi casa y la señorita Honeywell es mi invitada. No voy a permitir de ninguna manera que le provoque usted fiebre o incluso un desmayo con sus intimidaciones. Sabe que no se encuentra del todo bien desde...

—Lo sé perfectamente —interrumpió Fred apretando los dientes—. Pero me pregunto por qué, si tan preocupada está por la salud de la señorita Honeywell, ha pensado que sería una buena idea agobiarla con cotilleos que no tienen la más mínima base.

—¡Cómo que no tienen la más mínima base! —replicó Jane de inmediato—. Todo el mundo sabe que usted ayer retó a duelo a lord St. Clare. Y, como la mejor amiga de la señorita Honeywell, si el hombre que controla su fortuna se embarca en algo que puede acabar con un tiro en la cabeza, es mi deber avisarla.

Fred miró a Jane con un gesto de infinito desdén y después se volvió de nuevo hacia Maggie.

—Quítate de la cabeza ese asunto, Maggie. Y, de ahora en adelante, cíñete a pensar en asuntos más femeninos.

A Jane no era fácil dejarla de lado.

—¿Asuntos más femeninos? ¿Como cenas, fiestas, veladas de teatro e ir de compras para renovar su vestuario? ¿Se refiere usted a eso?

—No podía haberlo expresado usted mejor.

—¿Y cómo iba la señorita Honeywell a pagar esa ropa o a costear esas veladas?

Fred la miró con dureza por encima del hombro.

—Ese no es un asunto de su incumbencia; en cualquier caso, la señorita Honeywell dispone de medios más que suficientes para eso.

—Lleva ropa que le sienta mal y que hace años que pasó de moda.

—¡Ha estado de luto!

—Aunque sea así, para el resto de la alta sociedad lo que parece es que usted no le ha permitido utilizar su fortuna y le ha impedido acceder a ella. Y cuando uno se fija en que usted lleva una casaca que parece haber sido hecha a medida en Weston y unas botas que sin duda se han lustrado con champán, se podría concluir, solo aplicando cierta lógica, que se ha estado usted enriqueciendo a costa de ella.

Fred enrojeció de modo brusco.

—Si fuera usted un hombre, una acusación como esa daría lugar a...

—¡Un momento! —Maggie le puso una mano firme sobre la manga—. Jane no te ha acusado de nada. Solo te ha hecho ver las conclusiones a las que podrían llegar otras personas al ver mi apariencia empobrecida. Y has de reconocer que tiene toda la razón.

Jane le dedicó una sonrisa inocente a Fred.

—Para acallar del todo esos rumores desafortunados, la señorita Honeywell va a necesitar un guardarropa nuevo y muy completo.

Fred miró con atención a Maggie. El movimiento involuntario de un músculo no paraba de deformarle la comisura de los labios.

—Nunca te he negado nada, siempre y cuando me lo hayas pedido de forma cortés y educada. Ve a la modista y a la sombrerería, por supuesto, y que me envíen a mí las facturas. Pero no hoy. Ahora tienes que descansar del viaje e irte a la cama pronto. Mañana, si has recuperado las energías, puedes ir de compras. Que te acompañe Bessie. Voy a hablar con ella antes de marcharme. Ha de tener claras sus obligaciones.

Dicho esto, se marchó del salón de estar. Jane llamó a un lacayo para que fuera a buscar el sombrero y el bastón de paseo, y le acompañó a la puerta de la habitación:

—¡Qué generoso es usted! ¡Qué agradecidas tenemos que estarle las dos! —murmuró con sarcasmo.

Maggie se echó hacia atrás en el sillón. En la adolescencia, las discusiones le aportaban mucha energía. Le encantaba hablar alto y usar palabras contundentes. Pero ahora todo eso la dejaba exhausta.

—¡Qué tremenda pérdida de tiempo!

—No del todo, Maggie. —Jane se sentó en el sillón en el que había estado Fred —. Te ha dado permiso para que compres toda la ropa nueva que quieras. Y, si piensa que te voy a llevar a Grafton House a adquirir saldos, está muy equivocado. Vamos a ir a *madame* Clotilde, la nueva modista francesa que tiene tienda en la calle Bruton y de la que todo el mundo habla maravillas. *Très exclusif,* por lo que cuentan. Solo viste a las mujeres más ricas y hermosas de la ciudad. Con todo lo que has pasado, has perdido parte de tu esplendor, lo sé, pero la modista no te dará la espalda.

—¿Cómo quieres que piense ahora en ir de compras? El duelo de mañana por la mañana sigue estando pendiente y no tengo ni la más remota idea de qué puedo... —Maggie cerró los ojos y volvió a frotarse las sienes.

—¿Te duele la cabeza?

—No, no. Bueno, la verdad es que sí que me duele la cabeza..., pero creo que he tenido una buena idea.

—¿Interponerte entre ellos?

—Claro que no. Pero se me ocurre que, si no tengo manera de razonar con Fred, la única alternativa que queda es intentarlo con el vizconde.

Jane se sorprendió mucho.

—¿Con lord St. Clare? Pero ¿cómo podrías? No lo conoces, ni siquiera te lo han presentado. E incluso aunque así fuera..., es un hombre soltero. No puedes ir a hacerle una visita a su casa por la tarde, así, sin más.

—Por supuesto que no. Pero mañana ya sería tarde. Tengo que verlo hoy. O más bien esta noche, porque no debo ser vista visitándolo a plena luz del día.

—Querida, no puedes ir a su casa de ninguna manera. Tienes una reputación que mantener.

—Tendré que ir protegida por la oscuridad —pensó Maggie en voz alta—, cuando haya menos posibilidades de que me vean.

—Si no quieres tener en cuenta tu propia reputación, al menos considera la mía. Soy tu anfitriona y estás bajo mi responsabilidad...

—No voy a pedirte que me acompañes, si es eso lo que te preocupa. Y tampoco voy a implicar a ninguno de tus sirvientes. No tendré ningún problema en alquilar un coche de punto para ir a la residencia del vizconde. —Maggie pensaba que eso sería suficiente para proteger el buen nombre de Jane—. A no ser que... No vivirá por casualidad en los pisos de soltero de la calle St. James, ¿o sí?

—No. O eso creo, al menos. He oído que se aloja en la casa londinense del conde de Allendale, una residencia enorme en la plaza Grosvenor, según tengo

entendido.

—No está muy lejos de aquí, ¿verdad?

—No. Me atrevería a decir que hasta podrías ir andando —la informó Jane con cierta sequedad.

—Sé que no estás de acuerdo, pero te ruego que me aconsejes. En tu opinión, ¿St. Clare es igual de terco que Fred?

—No tengo ni la más remota idea. No nos han presentado. Solo lo he visto un par de veces en el teatro. Ocupaba un asiento de palco, al lado de su abuelo. He de decir que por su apariencia no me pareció demasiado amigable. Pero, por otra parte, no concibo que haya en el mundo alguien tan desagradable como Fred.

Maggie lo pensó.

—Bueno, supongo que lo peor que podría pasar sería que se riese en mi cara. O que se negara a recibirme. Reconozco que es una locura, pero, si hay alguna posibilidad de que se avenga a suspender ese estúpido duelo, debo hacer todos los esfuerzos necesarios para verlo.

—¿Lo peor que podría pasar, dices? —Jane se mostró incrédula—. Margaret, nadie conoce al vizconde lo suficiente como para poder juzgar su carácter. Lleva muchísimo tiempo fuera de Inglaterra. Por lo que cuentan, es un libertino, un vividor, un seductor sin escrúpulos. Ir sola a su casa, y además de noche... ¡Estarías ofreciéndote a él en bandeja de plata!

—No voy a ir sola —negó Maggie muy convencida—. Me acompañará Bessie.



Capítulo 3

Maggie estaba de pie en Grosvenor Square, frente al edificio horroroso y enorme que el cochero del carruaje de punto le había señalado como residencia en Londres del conde de Allendale. Hacía frío y había bajado la niebla, que se extendía como un manto gris que las farolas de gas que flanqueaban la casa apenas podían penetrar. Se apretó el abrigo de piel con el que se cubría mientras Bessie pagaba al cochero.

Su criada personal no se había mostrado tan contraria a acompañarla como Maggie esperaba. De hecho, su antigua niñera defendía el punto de vista de que cualquier comportamiento de Maggie que se pareciera a los habituales de su juventud, tercos y poco convencionales, era muy conveniente.

—Usted nunca fue una joven frágil ni lánguida, señorita Margaret —le había dicho Bessie poco tiempo atrás—. Hasta que se puso enferma. Igual una o dos aventuras como aquellas en las que se embarcaba cuando era más joven serían capaces de devolverles el color a sus mejillas.

A Maggie le llegó muy adentro la lealtad de su sirvienta. Y más teniendo en cuenta las lecciones casi constantes que Fred le daba a la pobre Bessie sobre la forma de cuidar a su señorita y, lo que era peor, la amenaza también constante de que, si algo le llegara a pasar a Maggie, sería despedida de forma fulminante y sin referencias. ¡Como si él estuviera en condiciones de hacer semejante cosa! No era el marido de Maggie. Al menos de momento.

—El cochero ha prometido que va a esperarnos aquí para llevarnos de vuelta a la calle Green después de que hayamos hablado con el vizconde —refirió Bessie mientras se acercaba a Maggie entre la niebla. Su abrigo, de un anodino color

verde oliva, parecía hinchado como un globo alrededor de su cuerpo grande—. Aunque me da la impresión de que su señoría podría estar dormido como un tronco a estas horas.

Maggie siguió la mirada de Bessie en dirección a las oscuras ventanas de la casa.

—Es solo la una de la madrugada. Me atrevería a decir que es incluso más probable que todavía no esté en casa. La mayor parte de los caballeros de por aquí tienen horarios... de ciudad.

Bessie frunció los labios con gesto de desagrado mientras acompañaba a Maggie en dirección a la puerta principal de la mansión.

—Abríguese bien, señorita Margaret. No sería bueno que pillara un resfriado por culpa del señorito Fred.

Maggie asintió y mientras Bessie llamaba a la puerta se subió el cuello del abrigo por encima de la barbilla para taparse la boca. Había sido un regalo de su padre; se lo había comprado hacía seis años, al volver a casa tras su primera temporada en Londres. Se trataba de una prenda preciosa de terciopelo azul rematada con piel de marta cibelina. «El mismo color que la flores silvestres de Beasley», le había dicho su padre.

—Horarios de ciudad, desde luego —murmuró entre dientes Bessie mientras volvía a llamar a la puerta—. Y digo yo, ¿dónde están los criados?

Maggie cerró los ojos un momento. Pese al frío, tenía las mejillas calientes y sentía en el pecho la familiar sensación de presión que experimentaba cada vez que se exigía demasiado. De hecho, el viaje la había dejado agotada. Odiaba que Fred tuviera razón.

Cuando estaba empezando a pensar que quizá debería decirle a Bessie que todo había sido un error y que volvieran al coche de punto para regresar a casa de los Trumble, la puerta principal se abrió, dando paso a un mayordomo encorvado de pelo blanco que portaba un lámpara de aceite en la mano.

Primero posó la mirada en Bessie y después en Maggie. Recorrió con ojos legañosos su figura de arriba abajo, desde el cuello de piel del abrigo hasta la punta de las botas de media caña. Al parecer satisfecho por la comprobación de que al menos una de las visitantes era una dama, bajó la lámpara.

—¿Señora?

Maggie se adelantó.

—Vengo a ver a lord St. Clare —anunció con el mismo tono firme que utilizaba para dirigirse a los sirvientes de Beasley Park—. Se trata de un asunto de cierta urgencia.

El rostro del mayordomo no reflejó ni el más mínimo cambio de expresión.

—¿Podría indicarme su nombre, señora?

—Soy la señora Ives. —Tragó saliva.

Fue Jane quien le propuso que se presentara como una mujer casada. «Los sirvientes tienen mucha tendencia a cotillear —le había dicho antes de que Maggie saliera de la calle Green—. Será mucho mejor que los criados de St. Clare no sepan que eres la señorita Honeywell. De hecho, sería mucho mejor que no tuvieran ni idea de quién eres».

Bessie se mostró muy de acuerdo, hasta el punto de que ofreció su propio apellido para que lo utilizara Maggie. Era un engaño sin importancia y que no hacía mal a nadie, pero, a pesar de eso, Maggie no se sentía del todo a gusto.

—Voy a ver si su señoría está en casa. —El mayordomo empezó a retirarse y maniobró como si fuera a cerrar la puerta. Maggie intervino antes de que se marchara.

—Si está en casa, haga el favor de informarle de que mi visita tiene que ver con su cita al amanecer.

El mayordomo no dio muestras de tener conocimiento alguno del duelo, pero Maggie esperaba que la urgencia que ella había mostrado subrayara la importancia de la visita. Desapareció en el interior de la casa y, tras un corto espacio de tiempo, durante el que Bessie no paró de gruñir y protestar por la falta de educación de los criados, capaces de dejar a una dama esperando en la escalera de entrada sin preocuparse de que pudiera agarrar una pulmonía, regresó y las invitó a entrar sin más dilación.

El vestíbulo principal de la residencia del conde de Allendale era mucho más lujoso que el de la casa de los Trumble de la calle Green. Una enorme lámpara de cristal tipo araña colgaba del techo y al fondo una escalinata ascendía a los pisos superiores formando una amplia curva. El suelo era de mármol y ante las paredes enteladas con tejido de seda se exponían multitud de estatuas y otros objetos.

Maggie se bajó el cuello del abrigo y miró a su alrededor. Le llamaron la atención la escultura de un caballo y, junto a ella, un busto inquietante que, si se fijaba bien, recordaba a una máscara mortuoria. Sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Su señoría la recibirá en la biblioteca.

El mayordomo las condujo por el vestíbulo. Pasaron ante varias puertas, todas cerradas.

Maggie se llevó la mano al pelo de forma inconsciente y se recolocó un mechón

que había escapado del sencillo moño que le había hecho Bessie antes de salir de la casa de la calle Green.

El mayordomo abrió la puerta y Maggie entró delante del sirviente, este seguido a su vez de cerca por Bessie. En la habitación solo había unas pocas velas encendidas y también un buen fuego en la chimenea. Las llamas cambiantes enviaban sombras que danzaban de continuo sobre las estanterías y el resto del mobiliario.

Un hombre alto y ancho de hombros estaba de pie junto al fuego, de espaldas a la puerta. Maggie supuso que se trataba de lord St. Clare.

—Su señoría, la señora Ives —la anunció el mayordomo.

—Gracias, Jessup. —La voz de St. Clare tenía un rico timbre de barítono—. Puede dejarnos.

Mientras el mayordomo se marchaba, St. Clare se dio la vuelta y avanzó hacia sus visitantes. Era alto, bastante más de un metro ochenta, y tenía una constitución fuerte y musculosa que hacía que la moda masculina de pantalones ajustados a la piel y casacas estrechas fuera de lo más adecuada para él. Al contrario que Fred, cuya figura rechoncha hacía que no se sintiera a gusto con ropa ajustada, el vizconde parecía no tener el más mínimo problema con ella, y sus movimientos eran gráciles, despreocupados y muy masculinos. A Maggie le recordaron a los de un gran depredador, un felino.

Jane lo había descrito como un vividor. Un libertino. Un inicuo seductor de mujeres.

Salió de las sombras, se quedó de pie delante de ella e hizo una ligera pero apreciable inclinación de cabeza.

—Señora Ives. Creo que no he tenido el placer de que nos presentaran.

Maggie se lo quedó mirando con sus grandes ojos, que se encontraron con los de él, grises como el cielo durante una tormenta.

Contuvo el aliento y no pudo evitar una débil exclamación.

Y después se desmayó.

* * *

Unos brazos fuertes impidieron que cayera al suelo. Primero la sujetaron y después la levantaron sin esfuerzo para llevarla al amplio sofá de cuero de la biblioteca y depositarla sobre este. Le acomodó la cabeza con un almohadón y le

deshizo los lazos cuello del abrigo con dedos largos y hábiles, revelando el modesto vestido de cachemir con el que se había vestido.

—Está exhausta, eso es lo que le pasa —oyó decir a Bessie, que se había acercado al sofá—. Ha llegado a Londres esta misma tarde y se ha negado a descansar, pese a que se lo aconsejaron tanto el señor como su amiga, la señorita Trumble.

—Está enferma —murmuró St. Clare.

—Seguro que se recupera con un sorbo de brandi. ¿Podría usted ofrecerle un poco, señoría?

Maggie notó que St. Clare se incorporaba y oyó el tintineo del cristal al levantar el tapón del decantador y llenar la copa. Después, casi sin transición, él le rodeó los hombros con un brazo poderoso y la incorporó. Pudo oler una fragancia familiar a caballos y a cuero mezclada con un seductor aroma masculino que tal vez era el del jabón de afeitado del vizconde.

—Tome un sorbo, señora Ives —indicó al tiempo que intentaba ponerle el borde de la copa en los labios.

—No se preocupe, milord, puede dejarme a mí —intervino Bessie—. Fui su niñera y enfermera mucho antes de ser su doncella personal.

—¿Su enfermera?

—Sí, eso es. Muchos dicen que ahora no estaría viva de no haber sido por mis cuidados. —Recogió la copa de manos de St. Clare y, con mucha pericia, logró colocarla entre los labios de Maggie—. Solo un sorbo, señorita Margaret —la animó para que bebiera—. Un traguito le va a venir muy bien, ya verá.

St. Clare, de forma refleja, le apretó los hombros con un poco más de fuerza.

—¿Señorita Margaret?

—Bueno, por lo que se refiere a eso...

Bessie se libró de tener que dar explicaciones gracias a la propia Maggie, quien, tras tomar bastante más que un sorbo del licor que le ofrecían, no solo revivió, sino que estuvo a punto de atragantarse.

—¡Quema como el demonio! —espetó con voz ahogada, abriendo mucho los ojos y tosiendo.

Por suerte, los efectos negativos del licor pasaron pronto. Tras unos breves momentos y varios parpadeos, levantó la vista y la fijó en Bessie, que se hallaba inclinada sobre ella.

Y después miró más allá, a la cara del caballero que la había sujetado en brazos.

Se le aceleró el pulso.

Lord St. Clare era un hombre peligrosamente atractivo que, a primera vista, la

hizo pensar en el corsario de la novela de Byron. Sus facciones eran muy regulares: mandíbula poderosa y bien delineada, mejillas lisas y labios firmes que tendían a dibujar una sonrisa casi imperceptible. El pelo, fuerte y dorado, parecía movido por un frío viento norteño; la piel, bronceada por el sol de una tierra exótica y lejana. Tenía la tez algo curtida, como si hubiera recorrido mucho mundo. ¿Habría sido marino, quizá? ¿Oficial de la Armada de Su Majestad británica? ¿O esa apariencia se debía solo a los años que había pasado recorriendo el Continente?

Era un aristócrata, eso sin duda. Maggie lo veía con claridad. Su forma de comportarse y sus modales eran los de un caballero que había disfrutado de riqueza y privilegios desde la cuna. De hecho, era justo esa sutil arrogancia patricia la que, mezclada con el brillo saludable de la piel y la gracia masculina y relajada del cuerpo, lo hacía parecer un hombre que pasaba casi todo su tiempo al aire libre, montando a caballo, caminando y, con mucha probabilidad, batiéndose en duelo o peleando a muerte con hombres inferiores a él nada más que por pura diversión.

¿Cómo había podido pensar, aunque solo fuera por un momento, que ese hombre era Nicholas Seaton?

No podía ser... Era imposible. Era demasiado alto. Demasiado fuerte. Demasiado mayor. De una cuna demasiado alta. Demasiado... todo.

Y no obstante... Los ojos de St. Clare tenía el mismo y único tono gris que los de Nicholas Seaton, y guardaban en su interior esa peculiar mezcla de humor, acidez y angustia que tenían los de Nicholas cuando, hacía tantos años, vivía en Beasley Park.

Y también olía como Nicholas. No al costoso jabón de afeitar, por supuesto, pues Nicholas nunca había podido permitirse algo tan elegante, pero sí a la fragancia a caballos y a cuero que solo había captado en él, y nunca tras su partida... hasta ahora.

Maggie miró a los ojos a St. Clare, incapaz de contener la oleada de nostalgia y anhelo que la embargaba.

¿Cuántos años había malgastado esperando el regreso a Somerset de Nicholas Seaton? Demasiados para poder contarlos. Había sido su primer amor. Su único amor. Hacía mucho que se había resignado al hecho de que estaba muerto. Lo más probable era que se hubiese alistado en el Ejército. Y habría resultado muerto, bien en la península ibérica, bien en la cruenta batalla de Waterloo. Tenía que estar muerto. Porque, de seguir estando vivo en algún lugar del mundo, el que

fuera, habría encontrado la forma de volver con ella.

—Veo que el brandi no le ha gustado —observó St. Clare, interrumpiendo los pensamientos desbocados de Maggie—. ¿Quiere que pida una copa de vino? ¿O una taza de té? Por favor, señora Ives, dígame qué necesita y se lo traeré de inmediato, sea lo que sea.

Maggie logró sentarse a duras penas.

—Se lo agradezco, milord, pero no necesito nada, de verdad. Ya me encuentro mucho mejor. De hecho, si tuviera la amabilidad de soltarme...

St. Clare esperó hasta que Maggie estuvo erguida por completo para retirarle el apoyo de su brazo. Después se apartó y fue a sentarse en un sillón cercano. En ningún momento dejó de mirar a la cara a Maggie.

—Es usted la señora Ives, ¿verdad?

Maggie se puso tensa. Se estiró la falda. El vestido, como todos los que tenía en ese momento, le colgaba alrededor como un sayo. Estaba casi segura de que cualquier impresión positiva que hubiera podido trasladar con el magnífico abrigo que llevaba sin duda se habría disipado. Seguro que St. Clare la consideraba una mujer pobre y oportunista que quería dar la impresión de acomodada y hacerse pasar por una dama de alto nivel social.

—No, no lo soy —confesó—. De hecho, es mi criada quien se apellida Ives.

Bessie, que había permanecido sentada en el sofá al lado de Maggie, se limitó a asentir sin abrir la boca.

—Soy Margaret Honeywell, de Beasley Park. —A Maggie le pareció apreciar un destello en la mirada de St. Clare, pero desapareció antes de que fuera capaz de interpretarlo—. En estos momentos estoy invitada en casa de los Trumble, en la calle Green.

—O sea, que no está usted casada.

—No, milord. En cualquier caso, como le he dicho a su mayordomo, el asunto que me ha traído a hablar con usted es de lo más urgente. Tiene que ver con su duelo. Y, dado que he llegado a Londres esta misma tarde, el tiempo era esencial. Tenía que encontrar una forma de ponerme en contacto con usted que no dañara mi reputación. Por eso he venido a esta hora intempestiva y por eso no he dado mi verdadero nombre a su sirviente.

—Está claro.

Maggie dudó. La expresión de St. Clare era del todo inescrutable. Era incapaz de saber si se trataba de uno de esos odiosos caballeros que evitaban cualquier reacción cuando una dama mencionaba asuntos como los duelos y los locales de

juego de mal tono. Alzó un mínimo la barbilla.

—Supongo que ni siquiera va a admitir que va a batirse en duelo con el señor Burton-Smythe.

El vizconde se encogió de hombros.

—¿Y por qué iba a negarlo?

Maggie parpadeó.

—¡Ah, vaya! Esto no me lo esperaba. Pero la verdad es que simplifica las cosas.

—No veo la necesidad de complicarlas.

—Ni yo tampoco. De todas formas, hay caballeros que suelen insistir en poner las cosas más difíciles de lo que son ya de por sí.

—Una costumbre bastante tediosa, sí. Dígame, señorita Honeywell, ¿me equivoco al suponer que está usted relacionada de alguna forma con el señor Burton-Smythe?

—¿Relacionada...? —Maggie soltó una risita sin humor—. Pues en cierto modo sí. —Se frotó la sien con dos dedos de la mano derecha.

—¿Le duele la cabeza otra vez, señorita Margaret? —preguntó Bessie inclinándose hacia ella.

—¿Cómo? ¡No! No te preocupes más de lo que debes, Bessie, por favor. Estoy perfectamente. —Maggie volvió a centrar la atención en St. Clare. Aunque tal cosa le pareciera imposible, ahora la estaba mirando con aún más intensidad que antes—. Pues sí, milord, el señor Burton-Smythe y yo estamos relacionados. Por decirlo de alguna forma, él es ahora mi tutor.

Durante una fracción de segundo, la máscara de ligera y aburrida afabilidad de St. Clare despareció para dar paso a lo que le pareció un brillo de ira.

—¿Su tutor?

—Más en concreto, es el albacea de la última voluntad de mi padre y tiene el control de mi propiedad y mi dinero hasta la fecha de mi matrimonio. Las previsiones del testamento y el resto de las circunstancias son tales que, en caso de que algo le ocurriera a él, hay bastantes posibilidades de que yo me quedase casi en la indigencia.

—Entiendo. Esto empieza a tener sentido.

Maggie respiró hondo. Ya se había desmayado en brazos del caballero, así que no había necesidad de andarse con ceremonias.

—Se me ha informado de que es usted muy diestro con la pistola, milord.

Volvió a encogerse de hombros.

—Soy un Beresford.

—Le ruego que me perdone... ¿Ha dicho un Beresford?

—Soy John Beresford, vizconde de St. Clare. Mi abuelo es Aldrick Beresford, conde de Allendale. Y, sí, señorita Honeywell, los Beresford somos particularmente diestros con la pistola.

—Ah, por supuesto, el apellido familiar. Perdóneme, no lo conocía. —Maggie bajó los ojos y se miró las manos antes de alzarlos de nuevo hacia el rostro de St. Clare—. No voy a irme por las ramas, milord. He venido a suplicarle que anule el duelo con el señor Burton-Smythe.

St. Clare pareció meditarlo.

—Doy por sentado que ha hecho usted lo mismo con el señor Burton-Smythe. ¿O me equivoco?

—No, no se equivoca. —Maggie frunció el ceño—. Pero no ha servido de nada. No ha entrado en razón. Pero usted... Bueno, a usted no le conozco, milord, pero tengo la esperanza de que se tome en serio mi preocupación. De no ser así, la única alternativa que me quedaría sería descubrir el lugar en el que se va a desarrollar el duelo y, de alguna forma, arreglármelas para aparecer en el momento clave con el fin de interponerme entre ustedes dos.

La mirada que le lanzó St. Clare fue un tanto extraña.

—¿Y ese método suele funcionar?

—No lo sé. Nunca lo he hecho con pistolas de por medio.

—¿Quiere usted decir que en otras circunstancias sí?

—Sí, claro, pero hace mucho tiempo..., años en realidad. Aunque se trataba solo de peleas a puñetazos. Y en aquella época Fred, quiero decir, el señor Burton-Smythe, renunciaba a pelearse porque yo tenía medios para influir en él. —Alisó una arruga de la falda—. Ahora es diferente. No tengo la menor capacidad de influencia sobre él. De hecho, no puedo evitar nada que se proponga hacer.

St. Clare la miró con detenimiento durante unos momentos y después, con un tono más amable que el que había utilizado hasta ese momento, le contestó:

—Quédese tranquila, señorita Honeywell. Por mucho que se lo merezca, ni tenía ni tengo la intención de matar al señor Burton-Smythe esta próxima madrugada. Eso conllevaría que se me condenara a la pena capital, como supongo que sabe, y, puesto que he pasado la mayor parte de mi vida en el Continente, no tengo la intención de volver allí de forma precipitada.

Maggie albergó esperanzas tras oírle.

—Entonces, ¿va a renunciar al duelo?

—No, eso no. Me temo que eso no puedo hacerlo. Pero le doy mi palabra de

honor de que el señor Burton-Smythe no morirá a mis manos.

Maggie no tenía muy buena opinión de la palabra de honor de un caballero. De todas formas, ni se le ocurrió ponerla en cuestión en ese momento. Cualquier caballero se sentiría muy ofendido si eso ocurriera. Así que lo que le había asegurado St. Clare tendría que bastarle.

—Gracias, milord. Le estoy muy agradecida.

—Por supuesto que ha de estarlo —murmuró St. Clare entre dientes—. Hasta se podría decir que está usted en deuda conmigo.

Bessie resopló nerviosa.

Maggie le lanzó una mirada de advertencia a su criada antes de volverse hacia el vizconde.

—¿En deuda con usted? ¿Por respetar la vida del señor Burton-Smythe? Pero si me acaba de decir que no tenía intención de matarle antes de que yo se lo pidiera.

—Eso le he dicho, sí. Y en su momento era verdad. Sin embargo, al alba… —se encogió de hombros—, ¿quién sabe? Su señor Burton-Smythe puede ser de lo más provocador, supongo que es consciente.

—Soy muy consciente, sí, pero no veo la relación…

—Hay bastantes posibilidades de que diga algo que llegue a molestarme mucho.

Maggie frunció el ceño.

—En eso tiene razón.

—Y, si lo hace, el impulso de meterle una bala entre ceja y ceja puede ser casi irresistible.

Maggie oyó otro ruido ahogado que procedía de Bessie. Y no le extrañó. Un caballero no debía hablar de duelos delante de una dama, y no digamos cometer la indecencia de mencionar meter una bala entre las cejas de alguien.

¿Estaría St. Clare intentando desconcertarla? De ser así, iba a sufrir una decepción. Cuando era niña, Maggie había oído muchas veces a su padre amenazar con que iba a volarles la cabeza a distintas personas o a arrancarles los miembros uno a uno. De hecho, hasta recordaba haber proferido ella misma ese tipo de amenazas más de una vez. A los Honeywell se les conocía por su fanfarronería.

—Si le ofende de alguna forma, ¿no cree que podría hacer caso omiso sin más? —preguntó—. Eso es lo que yo procuro hacer.

St. Clare se inclinó hacia atrás en la butaca de cuero y cruzó las piernas. La luz del fuego se reflejaba y brillaba en el pelo dorado. Era la viva imagen de un aristócrata elegante, refinado y despreocupado.

Maggie no se dejó engañar.

Los pantalones claros cubrían una piernas largas y poderosas, y la casaca azul oscuro parecía hecha a la medida de los hombros amplios. Pero la elegancia que emanaba no era más que una ilusión. St. Clare estaba tan relajado como lo está un león que espera para saltar sobre su presa.

—En otras circunstancias, es probable que pudiera hacer lo que usted propone —respondió—. Pero, cuando hay de por medio una cuestión de honor, el corazón de un hombre late a toda velocidad. Hasta al más flemático de los caballeros le resulta imposible controlar la violencia cuando tiene una pistola entre las manos. Y yo no soy nada flemático. Por el contrario, tengo bastante carácter.

—También yo, milord. ¿Y eso qué tiene que ver? A no ser que... ¿Me está diciendo que su conducta mañana al amanecer dependerá de si el comportamiento del señor Burton-Smythe lo irrita o no? —Maggie no se lo podía creer—. En ese caso, se puede decir que ya está muerto. He venido aquí para nada.

—No necesariamente. Estoy convencido de que, con el incentivo adecuado, podría ser capaz de controlarme.

—¿Incentivo?

—Señorita Honeywell, me sorprende que, si le voy a hacer a usted este gran favor, no ponga sobre la mesa alguna concesión a cambio.

Bessie dio un resoplido de indignación.

—Señorita Margaret... —dijo con tono de advertencia.

—Tranquila, Bessie —la frenó Maggie sin dejar de mirar a St. Clare. Si no le recordara tanto a Nicholas Seaton, se habría sentido insultada, pero lo cierto era que en realidad le intrigaba lo que St. Clare pudiera estar maquinando—. ¿A qué tipo de concesión se refiere?

—Me ha pedido que no acabe con la vida de un hombre. Un hombre que me desagrada de manera muy profunda. La concesión que fuera asociada a eso tendría que ser muy grande. Más grande de lo que un caballero pediría jamás a una dama. Sin embargo, lo que le propongo en lugar de eso es que me haga tres concesiones de menor valor y que dichas concesiones se hagan en el momento que yo elija.

—¡Señorita Margaret! —siseó Bessie.

—Calla, Bessie. Le vuelvo a preguntar, milord, ¿a qué tipo de... concesiones se refiere?

St. Clare la miró con una sonrisa torcida.

—Aún no lo sé, pero le garantizo es que no será nada inapropiado.

La visión de la sonrisa de St. Clare fue como un relámpago que atravesara el corazón de Maggie. Se quedó sin respiración durante un momento. En el pasado, había contemplado esa sonrisa miles de veces. Y ejerció una influencia tremenda sobre ella. Era imposible que St. Clare y Nicholas Seaton fueran la misma persona, lo sabía, pero el hecho de ver esa sonrisa de nuevo, así como la mirada de esos ojos grises, la obligaba a decir que sí a cualquier cosa que su dueño le pidiera.

—En tal caso, de acuerdo. Acepto sus condiciones.



Capítulo 4

—Jenkins ha hecho maravillas con tu vestido. —A la mañana siguiente, durante el desayuno, Jane miraba desde la mesa el atuendo de paseo de Maggie—. ¿No te lo había dicho? Un frunce aquí, unos lazos allí... *et voilà!*

La doncella personal de Jane no era una costurera experta, pero sí que sabía hacer pequeños arreglos. Con tres cambios estratégicos había modificado un vestido de muselina blanco de Maggie que ya tenía tres años, y ahora, en vez de parecer un saco sin forma, se le adaptaba a las curvas con suavidad.

—Me sienta mucho mejor. Aunque me temo que ningún cambio ni adorno puede disfrazar lo muy pasado de moda que está.

—Eso sin duda. Se nota a la legua. No tiene ni un solo volante. Pero la tela es magnífica y ese tono blanco se adapta de maravilla a tu tez, tiene el mismo brillo. ¿Quién te lo hizo? Supongo que *madame* Dupin, que estaba muy de moda en la época de tu última visita. Ya no trabaja, ¿lo sabías? Se fue al Continente con un amante casado. En su momento fue el cotilleo del año. —Jane untó con mantequilla una rebanada de pan—. ¿Quieres que Jenkins actualice otros vestidos tuyos?

Maggie tuvo la tentación de decirle que sí. Lo que le encargara a la modista esa tarde, fuera lo que fuese, no estaría disponible hasta dentro de una semana, como poco. Sería estupendo tener alguna otra ropa decente que ponerse hasta entonces. Aunque ¡ojalá fuera solo su propia felicidad lo que tenía que tomar en consideración! Suspiró antes de contestar.

—Te agradezco mucho la oferta, Jane, eres muy considerada, pero no puedo aceptarla. A Bessie le ha sentado muy mal que Jenkins haya trabajado en mi

vestido. Me he pasado un buen rato intentando suavizar la situación.

—¡Mira que sois territoriales las dos! —rio Jane—. Parecéis dos gatas adultas. Bueno, no pasa nada. Espero que *madame* Clotilde tenga algunos vestidos listos, que te puedas poner con unos arreglos mínimos, para que los lleves mientras esperas los que te confeccione desde cero.

Jane y ella habían estado despiertas hasta casi las cuatro de la mañana, hablando de la visita de Maggie a lord St. Clare. Jane quería saberlo todo, desde el estado del carruaje que las había llevado hasta la plaza Grosvenor hasta la mucho más lujosa manera en la que habían regresado a la calle Green.

¿De verdad St. Clare las había devuelto a casa en su propio carruaje? ¿Con mantas de piel y ladrillos calientes para que no pasaran frío? ¿Y de verdad que le había facilitado a Bessie una petaca llena de su mejor brandi para que le diera de beber a Maggie en caso de que se volviera a desmayar durante el corto viaje de regreso a casa?

Sí, todo era cierto.

Nada más aceptar las condiciones, o concesiones, como él las había denominado, que había propuesto el vizconde, este se levantó para llamar con la campanilla al mayordomo. Le ordenó que despidiera el coche de punto alquilado, que preparara el suyo propio y que se asegurara de que el viaje de vuelta a la calle Green se realizaba en las mejores condiciones posibles de confort y tranquilidad. Maggie dio por hecho que las mantas de piel y los ladrillos calientes fueron cosa del propio mayordomo, Jessup. Sin embargo, el elegante termo color plata debió aportarlo el propio St. Clare, pues tenía grabada la letra B, así como un dibujo de dos animales que parecían ser zorros. Debía de tratarse de una representación del escudo de armas de la familia Beresford.

Pero no fue la generosidad de St. Clare lo que mantuvo despierta a Maggie hasta el amanecer, ni siquiera la petición, atrevida y casi escandalosa, de tres concesiones a cambio de no acabar con la vida de Fred. Había estado dándole vueltas a otra cuestión de la visita a la plaza Grosvenor, algo que ni siquiera había compartido con Jane y que tampoco Bessie conocía: el inquietante parecido entre lord St. Clare y Nicholas Seaton.

—Mientras tanto, te voy a prestar mi nuevo sombrero de estilo francés —dijo Jane, atrayendo de nuevo la atención de Maggie a la conversación—, el de satén blanco con lazos azules. —Se detuvo para dirigirse a un criado que recogía la mesa —. Asegúrese de que la calesa esté preparada, Carson. Saldremos dentro de media hora. —Y después volvió a hablar con Maggie—. Tienes que llevar también mi

parasol de seda azul. El color cuadra mejor con tu ropa que con la mía.

—Eres muy amable, aunque me da la impresión de que tus motivos no son precisamente altruistas. Después de todo, no sería muy bueno para ti que te vieran yendo de compras con una persona, ¿qué fue lo que dijiste?, «tan pálida y enfermiza».

—¡No! ¿De verdad dije eso? —Jane soltó otra risita—. Aunque lo cierto es que antes vestías de una forma impecable y siempre a la última moda. Pero ahora... Bueno, me parece que, tras la muerte de tu querido padre, no te preocupas apenas por tu apariencia. Me temo que entre la enfermedad, la tiranía de Fred y las circunstancias que ha provocado el testamento de tu padre has perdido una gran parte de la energía que tenías. Espero que me digas que estoy equivocada, Maggie.

Maggie estiró el brazo para agarrar la jarra de chocolate y rellenar la taza. Cuando terminó, miró a Jane con una sonrisa tensa antes de contestar.

—Estás del todo equivocada.

—Querida, sé que has estado muy triste. ¿Quién te lo podría reprochar? Pero no debes permitir que todas esas cosas que te han ocurrido puedan contigo. Ni Fred, ni Beasley Park, ¡ni siquiera tu salud! Tienes que ponerte en mis manos. Tengo alternativas para todo, y lo sabes.

Maggie dio un sorbo de chocolate sin dejar de mirar con interés a su amiga.

—Ah, ¿sí? ¿Cuáles?

—¡Por supuesto que sí! Para empezar, he estado pensando que ese médico espantoso que te atiende en Somerset no es el más adecuado para tu caso, ni mucho menos. Está a las órdenes de sir Roderick Burton-Smythe, ¿no es así? Pero, ahora que estás en la ciudad, debes ir a un médico como Dios manda. Mi madre visita a uno muy competente que pasa consulta en la calle Harley, el doctor Hart. No está muy de moda en la alta sociedad, porque es bastante joven y no lo frecuentan mujeres mayores, pero sus métodos son de lo más novedosos y punteros, y para las enfermedades de verdad, no las imaginarias, madre sostiene que es el mejor con diferencia.

Maggie dejó la taza sobre la mesa.

—¿Tu madre ha estado enferma?

—No, por fortuna no. Se trata de sus migrañas habituales, que han mejorado mucho bajo los cuidados del doctor Hart. De hecho, fue él quien le recomendó que se marchara al campo durante la temporada. Tienes que ir a su consulta, Margaret. Dime al menos que lo vas a pensar.

Maggie lo pensó y solo tardó un instante en contestar de forma casi desafiante.

—No veo por qué no podría recibir una segunda opinión.

—¡Por supuesto! Eso mismo pienso yo.

—Pero preferiría que se hiciera con discreción. Y sin que se enterase Fred. No me apetece que se entrometa... ni que influya en el médico de alguna forma.

—¿Por qué iba a hacerlo? ¡No es tu marido! Lo que me lleva a otra de las ideas que tengo. —Jane esperó a que el criado que retiraba los platos se hubiera marchado del salón de desayunos—. Una de mis primas está casada con un abogado, el señor Wroxham. Podrías ir a hacerle una consulta acerca del testamento de tu padre...

Jane se interrumpió al oír que las puertas del salón se abrían sin llamada previa y con cierta brusquedad para dar paso a su hermano mayor.

George Trumble era un caballero delgado, de altura media, rostro agradable, pelo rubio y ojos pardos bastante parecidos a los de su hermana. Durante la temporada del debut de Maggie, había dejado clara su admiración por ella y, aunque no había empleado excesivo vigor en llamar su atención y conquistarla —pues, como decía Maggie, su hermano George no se parecía en nada a Wellington —, había seguido sus pasos de forma muy leal y siempre se había mostrado feliz de ponerse a su servicio y ofrecerle su ayuda para lo que necesitara. Cuando el joven al fin se dio cuenta de que Maggie no compartía los afectos que él sí sentía, ni los de ningún otro pretendiente, su ardor amoroso cedió y se convirtió de forma bastante natural en una buena amistad.

En ese momento, al saludarla, un rubor mínimo en las mejillas fue la única indicación de que había sido para ella algo más que una de las muchas amigas de su hermana.

—¿Qué haces aquí tan temprano, George? —le preguntó Jane tras darle un beso en la mejilla—. No creía que fuéramos a verte hasta bien entrada la tarde.

George rodeó a su hermana para servirse una ración generosa de *plum cake*.

—He estado cabalgando y...

Jane lo interrumpió tirándole de la casaca.

—Si vas a comerte ese trozo de bizcocho, haz el favor de sentarte de forma civilizada.

George obedeció con una sonrisa algo avergonzada y se unió a ellas en la mesa del desayuno. Colocó el trozo de pastel en un plato y esperó a que su hermana le sirviera una taza de café.

—Llegas en mal momento, George —le informó Jane—. Estamos a punto de marcharnos. De hecho, ya he mandado preparar el carruaje.

—¿Que salís? ¿A dónde? ¿Y dónde está tía Harriet? ¿No se supone que tendría que acompañaros?

—Tía Harriet está en su habitación, desayunando en una bandeja. Y Margaret y yo solo vamos de compras, no a pasear por la Senda Oscura de Vauxhall. Las criadas van a venir con nosotras y también un lacayo. Pero, si te preocupa nuestra seguridad, puedes acompañarnos, por supuesto.

—Pues puede que lo haga —replicó George con cierta severidad—. ¿Las dos yendo por ahí sin más escolta que dos criadas inútiles y un solo lacayo? Todavía me acuerdo de una ocasión en la que a la señorita Honeywell la rodeaban tantos caballeros que hasta se le hacía difícil respirar.

Maggie se echó a reír. Ella también lo recordaba. Fue en un baile que se celebró en un salón demasiado pequeño y abarrotado. George le había quitado de la mano el delicado abanico y lo había movido para darle aire de forma tan vigorosa que terminó rompiéndolo.

—Esos días pasaron hace mucho, se lo aseguro. Ya tengo veintiséis años.

—¡Por Dios bendito! ¡No los aparenta! —George dio un sorbo de café—. Aunque eso no va a cambiar los rumores y cotilleos que corren desde esta mañana. La gente se la quedará mirando y murmurará. Y, acuérdese de lo que le digo, los más maleducados y sin escrúpulos no dudarán en preguntarle.

La sonrisa de Maggie desapareció de su rostro.

—¿Rumores? ¿Qué rumores?

Jane miró a su hermano con los ojos entrecerrados.

—A ver, George, ¿a qué te refieres exactamente?

—Justo de eso venía a hablaros. Esta mañana estaba cabalgando tan tranquilo por el parque. ¡Señorita Honeywell, me he comprado un nuevo caballo castrado! Muy fácil de montar, no muy distinto de aquel purasangre que tenía usted cuando... —Interrumpió la cháchara al recibir una mirada aviesa de su hermana —. Bien, bien, continúo. Como decía, esta mañana temprano estaba en el parque y todos los caballeros hablaban del asunto. La verdad es que no es muy apropiado abordar estos temas con damas, pero estoy casi seguro de que Jane ya le ha contado que...

—Sí, sí, está al tanto del duelo —se adelantó Jane, haciendo un gesto de impaciencia con la mano—. ¿Y qué has oído?

Maggie se inclinó hacia delante en la silla, con la atención fija en el hermano de Jane. St. Clare había prometido no herir a Fred y no le había dado ningún motivo para dudar de su palabra. No cabía duda de que todo había quedado claro,

incluidas las concesiones.

—Muchos de los caballeros que se hallaban en el parque habían estado presentes también en el duelo —continuó George entre bocado y bocado de *plum cake*—. ¡Ojalá hubiera asistido yo también! Casi ninguno había visto disparar a St. Clare, solo lord Vickers y lord Mattingly, a los que había acompañado en algunos tramos de su viaje iniciático por el Continente, y aseguraban que era tan letal con la pistola como el resto de los Beresford, o incluso más. Sin embargo, la reputación de St. Clare le importó un comino a Burton-Smythe. Pero bueno, eso ya se sabe... Como le dije a Vickers, Burton-Smythe está tan pagado de sí mismo que no puede concebir que alguien lo supere en nada.

—¡Por Dios, George! ¡Sigue con lo que ha pasado!

—Bueno, yendo al grano... Cayó el pañuelo al suelo y Burton-Smythe disparó. El tiro salió desviado por unos dedos. Estuvo a punto darle en el brazo al vizconde, incluso atravesó la manga, según me dijeron. ¡Y St. Clare ni se inmutó! Se quedó allí de pie sin siquiera pestañear y disparó. El tiro le atravesó el hombro derecho a Burton-Smythe.

Maggie se quedó con la boca abierta.

—¿St. Clare le disparó a Fred?

—¡Por supuesto que sí! Pero eso no es ni mucho menos lo mejor. —Los ojos de George brillaban de puro entusiasmo mientras entraba en el meollo del relato—. Burton-Smythe estaba en el suelo, con el cirujano arrodillado junto a él. St. Clare se acercó tranquilo y frío como el hielo, y dijo: «Mi estimado señor, si va a actuar en Londres como un terrateniente pueblerino, estúpido y salvaje, lo mejor que puede hacer es quedarse en el campo». Y dicho esto, subió a su calesa y se marchó. —George rio admirado—. ¡No me digáis que no es lo mejor que habéis oído en vuestra vida!

Maggie sintió una punzada en el estómago. Para morir como consecuencia de un disparo no es necesario que te maten en el acto. ¡Si a Fred se le infectaba el hombro, lo más probable era que muriera antes de que terminase la semana! Y, si así fuera, ¿qué iba a hacer ella?

—¿Dónde está Fred ahora? ¿Se encuentra bien? ¡Oh, Jane! ¿Crees que debería ir a verlo?

—Señorita Honeywell, le recomiendo encarecidamente que no se ponga usted en una situación comprometida —le aconsejó George—. Burton-Smythe está en sus aposentos. La herida no es nada peligrosa y ni mucho menos mortal de necesidad. La bala le atravesó el hombro con limpieza, sin afectar a ningún hueso,

pero he oído que está furioso como nunca se le había visto antes. Creo que sería inteligente por su parte dejarlo en paz durante algún tiempo. —George se aclaró la garganta y se toqueteó el pañuelo de cuello—. Aparte de eso, hay quien piensa que tiene usted algún tipo de acuerdo con Burton-Smythe...

—¡No tengo ninguna clase de acuerdo con él! —protestó Maggie.

—... y, si se presenta en su domicilio para cuidarlo durante la convalecencia, no le quepa duda de que el anuncio del compromiso saldría publicado en los periódicos.

—¿Y es ese el cotilleo que has mencionado antes? —preguntó Jane—. ¿Sí o no?

George emitió un sonido ambiguo.

—Ya sabes cómo son las cosas. Todo empezará con unos cuantos mentecatos que pararán a la señorita Honeywell en la calle Bond para interesarse por la salud de Burton-Smythe y terminará con toda la alta sociedad asegurando que el duelo fue un asunto de honor. —Negó con la cabeza en señal de disgusto—. Algunos individuos ya hablan del asunto. Ese lenguaraz de Beauchamp acudió al duelo y ya estaba en el parque cuando yo llegué. Le contaba a todo el que quería oírle que Burton-Smythe y St. Clare se miraban el uno al otro como si se odiaran y que daría lo que fuese por saber cuál era el verdadero motivo del duelo entre ellos. «Sin duda tiene que ser una mujer», decía. ¡Qué basura de individuo! Todo el mundo sabe que fue por una partida de cartas.

—Creo que va a ser mejor que vuelva a casa —opinó Maggie con voz desmayada.

—¡De ninguna manera! —objetó Jane—. Ni tampoco vamos a posponer nada de lo que tenemos planeado. Si hay habladurías y cotilleos que te relacionan con ese duelo..., bueno, por lo que a mí respecta, aún con más motivo deberíamos seguir con nuestros planes sin hacerles el menor caso. Vamos de compras, tal como habíamos decidido.

George mostró su total acuerdo y hasta se ofreció para acompañarlas a la modista y, si no terminaban muy cansadas del ajetreo, a llevarlas a tomar un helado a Gunter's.

—Y si alguien se atreve a preguntar por la salud de Burton-Smythe, ya me encargaré yo de poner en su sitio a quien lo haga.

Maggie no tuvo más remedio que aceptar. Al cabo de unos momentos Jane y ella estaban poniéndose los guantes y atándose las cintas de los sombreros. George las ayudó a subir al carruaje de los Trumble.

—Si te digo la verdad, no me importa nada el cotilleo —le confesó Maggie a

Jane mientras George estaba fuera dándole instrucciones al cochero—. Lo cierto es que... ¡Maldita sea! No me gusta pensar de mí misma que soy despiadada, pero lo único que he sentido al pensar que Fred podía morir a causa de su herida ha sido preocupación por mi herencia. ¿Crees que soy cruel?

—Desde luego que no —negó Jane, cerrando el parasol amarillo pálido—. Fred siempre ha sido un estúpido y un desconsiderado. Yo en tu lugar estaría iracunda con él.

—Debería estarlo, ya lo sé. Y en realidad estoy enfadada. Pero, en cierto modo..., lo estoy todavía más con el vizconde St. Clare que con el propio Fred. No te puedo decir el porqué, ni yo lo entiendo.

Maggie se dio cuenta de que no estaba diciéndole la verdad a su amiga en cuanto terminó la frase.

Sí que sabía por qué estaba más enfadada con el vizconde St. Clare, aunque no pudiera reconocerlo ante Jane. El fondo del asunto era que, aunque se había sentido impotente en los años que siguieron a la muerte de su padre, todavía no estaba acostumbrada a que la engañaran y la tomaran por tonta.

Tres concesiones, ni más ni menos.

Seguro que St. Clare la tomaba por una estúpida paleta. Sin duda se había estado riendo de ella durante todo el tiempo que duró el encuentro en su biblioteca. ¡Y ella que se había sentido tan inclinada a pensar bien de él por el mero hecho de que tenía cierto parecido con Nicholas Seaton!



Capítulo 5

Tras pegarle un tiro en el hombro a Frederick Burton-Smythe, John Beresford, vizconde de St. Clare, regresó a casa de su abuelo en la plaza Grosvenor. Mantuvo una conversación breve con el mozo de cuadra y otra aún más escueta con su ayuda de cámara, quien observó con cara de susto la manga agujereada de la camisa de St. Clare, y después, como hacía tras todos y cada uno de sus duelos, entró en el salón para tomar un desayuno excepcionalmente copioso.

Mientras leía el periódico y tomaba un café, su abuelo entró en la habitación a grandes zancadas.

—¡Fuera! —le espetó lord Allendale al lacayo que atendía el desayuno.

El aludido salió a toda prisa de la habitación y el conde tomó asiento en la mesa frente a su nieto.

Un silencio denso y ominoso llenó la habitación. Tanto que, aunque solo fuera por curiosidad, St. Clare se vio obligado a bajar el periódico y preguntar:

—¿Qué ocurre, señor?

El cabello del conde, en su día dorado, se había vuelto color plata, y, salvo en los momentos en los que estaba furioso, el fuego de sus inquisitivos ojos grises se había apagado. No obstante, la vida llena de actividad y aventuras que le había bronceado la piel y reforzado el cuerpo también lo había librado de muchos de los achaques y enfermedades de la vejez. Y, aunque era el primero en reconocer que ya no andaba tan deprisa como antes, seguía haciéndolo de continuo con la ayuda de un bastón de paseo.

Nunca había sido el típico aristócrata inglés. Incluso había quien lo consideraba

un excéntrico. Infectado por un deseo insaciable de recorrer el mundo, había pasado la mejor parte de su vida en el extranjero y durante los últimos años había arrastrado a su nieto con él. Solo en época reciente, cuando St. Clare se aproximaba a su trigésimo cumpleaños, el conde había empezado a dar muestras de que, al fin y al cabo, y después de todo, no era tan distinto del resto de los aristócratas ingleses.

—Jessup me ha informado de que te has batido en duelo esta mañana —comenzó Allendale.

St. Clare no tenía ninguna razón para negarlo. Precisamente su abuelo debería entenderlo. Los asuntos de honor no le eran ni mucho menos extraños. Muy competente con la pistola y la espada, fue él quien convirtió a St. Clare en el tirador letal que era en ese momento.

—Sí, así es.

—Con un paleto advenedizo recién llegado del campo. —El tono de Allendale era de advertencia, no cabía la más mínima duda.

St. Clare echó una última y renuente mirada al periódico, lo dobló y lo dejó sobre la mesa, junto al plato.

—Y heredero de una baronía, si es que eso significa algo.

—Una baronía en Somerset.

Mantuvo la formidable mirada gris de su abuelo.

—¿Qué me quiere decir, señor?

—Que tengas cuidado.

—Siempre tengo un cuidado excepcional.

—Estoy seguro de que sabes lo que quiero decir.

St. Clare se echó hacia atrás en la silla.

—Como puede ver, he sobrevivido al duelo sin un rasguño.

—¿De verdad? —Allendale apretó los labios—. Me han informado de que la bala de tu oponente te perforó la manga de la camisa.

St. Clare maldijo a Jessup para sí. Estaba claro por qué su abuelo se refería de modo habitual al anciano mayordomo como Argos, el gigante mitológico de cien ojos. Y es que Jessup también parecía tenerlos.

—Una insignificancia —eludió con tono algo tenso.

—¿Y qué me dices de tu oponente?, ese heredero de una baronía de Somerset... ¿Qué tal le ha ido?

—Mejor de lo que se merecía.

Allendale lo miró largamente.

—Le disparaste en el hombro, ¿verdad? ¿En cuál de ellos? ¿El derecho?

St. Clare asintió de forma imperceptible.

—¿Y con qué mano maneja las armas ese individuo?

St. Clare dibujó una sonrisa mínima con la comisura de los labios.

—Hasta esta mañana, con la derecha.

—Y eso te agrada, ¿verdad? A ver, hijo mío, ¿quién es ese terrateniente, o qué demonios le pasa, para haber merecido tu atención? ¿Hace trampas a las cartas?

St. Clare se encogió de hombros de forma casi inapreciable.

—Puede que las hiciera.

—Y supongo que, cuando insinuaste eso en medio de un local lleno de gente, ya sabías que te iba a retar si no retirabas la acusación. —Allendale no esperó a que contestara—. Bueno, ya le has devuelto con creces a ese donnadie del campo la ofensa que te hizo, fuera la que fuese. Durante el próximo mes tendrá dificultades a la hora de llevarse la cuchara a la boca para tomar la sopa, y ni te digo para manejar las riendas, la fusta o la pistola. ¿Estás satisfecho? ¡Espero que sí, porque has librado tu primer y último duelo en Inglaterra!

St. Clare encajó el acceso de ira de su abuelo en silencio, el mismo silencio con el que había encajado las explosiones de mal humor del conde muchas veces en el pasado.

—¡Un mes! Ese es el tiempo que ha pasado desde que regresamos. ¿Es que no sabes controlarte? ¿No sabes cuáles son tus verdaderos objetivos? Para empezar, ¿qué hacías en un maldito local de mala muerte jugado a las cartas? —La cara de Allendale estaba roja de ira—. ¿Crees que he malgastado todos estos años contigo solo para que sigas el mismo camino que tu padre? ¡Los condes de Allendale han seguido una línea de descendencia, un linaje, que lleva doscientos años sin ser interrumpida! ¡Desde el mismísimo Ivo Beresford! ¿Crees que voy a permitir que se rompa esa línea?, ¿que voy a tolerar que el título pase a manos del idiota del hijo de mi primo segundo? ¡Te juro que antes nos pudrimos ambos en el infierno, como lo oyes!

St. Clare sirvió café en una taza y, sin decir una palabra, la colocó frente a su abuelo.

Allendale miró la taza con malos ojos, pero de todas formas la agarró y dio un sorbo. Al cabo de unos segundos, el rubor le desapareció de las mejillas.

—Cuando nos marchamos de Florencia, te dije que había llegado el momento de que cumplieras con tu deber. Se acabaron las bromas, hijo mío. Tienes que buscar esposa y tener un heredero. Se lo debes al título, a la familia. Me lo debes a

mí.

St. Clare no discutió. Sabía muy bien la responsabilidad que tenía con el título, con la dinastía. Durante muchos años, su vida había consistido en una preparación para el desempeño de su papel como siguiente conde de Allendale. Había aprendido todo lo que su abuelo pensaba que debía aprender. Había adquirido todas las habilidades y capacidades que debía adquirir. Con el tiempo, sus ambiciones personales se habían desvanecido, borradas por la necesidad constante de demostrar su valía, de superar con éxito cualquier desafío que se le planteara.

Y todo lo había logrado con creces. Ningún estudio había resultado demasiado difícil para él, ningún deporte demasiado exigente. Se había convertido en el prototipo del auténtico caballero.

Pero ahora no estaban en Florencia, ni tampoco en París, El Cairo o Bombay. Estaban en Inglaterra.

—Soy muy consciente de cuál es mi deber —afirmó—. He hecho todo lo que me ha dicho que haga.

—No todo —replicó Allendale de inmediato.

St. Clare siguió imperturbable.

—He contratado un nuevo sastre y también un zapatero. He puesto en marcha un establo de purasangres. Me he afiliado a los mejores clubes y he acudido a los bailes y reuniones sociales que debía. Incluso me he visto forzado a soportar la compañía de hombres que, en su momento, condenaron a mi padre al ostracismo.

Allendale frunció el ceño ante la última afirmación.

—Unos chacales, todos y cada uno de ellos —afirmó entre dientes—. Una manada de malditos chacales. Lo condujeron a la muerte.

—Soy muy consciente de eso.

El padre de St. Clare, James Beresford, vizconde de St. Clare, durante su juventud se vio inmiscuido en incontables enfrentamientos de honor y se ganó la reputación de excelente tirador. Pero, debido a una estúpida disputa por un accidente de carruaje, se batió en duelo y mató al hijo pequeño del duque de Penworthy, y la alta sociedad lo acusó de aprovecharse de la debilidad de su oponente.

El honor del vizconde quedó dañado. Sus amigos, si es que lo eran, se alejaron de él. Y su padre también se alejó de él.

Eso era algo que Allendale nunca mencionaba y que, a su vez, St. Clare nunca olvidaba. El anterior vizconde necesitó la protección y la ayuda de su padre, pero

Allendale, un hombre que siempre había puesto el orgullo del linaje por encima de la verdadera familia, en realidad arrojó a los lobos a su propio hijo.

Ante el peligro inminente de un arresto, el padre de St. Clare huyó al Continente. Y allí pasó el resto de su corta vida. Murió víctima de una enfermedad insidiosa a la edad de treinta y tres años.

—Tu padre siempre fue muy confiado. Se relacionó con la gente que no debía. Pero tú… tú lo tienes claro. Creo que en realidad no confías en nadie.

St. Clare hizo una mueca burlona.

—Tonterías. Tengo mucha confianza en mi ayuda de cámara y en mi mozo de cuadra.

—Habría mucho y muy bueno que decir acerca de la lealtad de los criados —comentó Allendale asintiendo con levedad—. Pero no me distraigas. Quiero que me des tu palabra. Tu palabra de caballero. Dejarás de participar en duelos hasta que hayas asegurado la continuidad del título. Si tienes un desacuerdo con alguien, aunque no veo por qué demonios habrías de tenerlo…, pero, en caso de que lo tengas…, resuélvelo de otra manera. De hoy en adelante, tu único propósito es casarte con una mujer adecuada y engendrar un heredero. ¡Si es necesario, seré yo quien elija a la futura condesa!

—Se lo debo todo, señor… —concedió St. Clare—, pero yo elegiré a mi esposa y madre de mis hijos.

La imagen de Margaret Honeywell se le apareció en la mente.

Recordó su rostro a la luz de las llamas, bello y con sombras cambiantes. El tacto de su cuerpo cuando la tomó en brazos al desmayarse, un ejemplo potente de femineidad, aunque en ese momento débil y frágil. Sintió la enorme urgencia de envolverla por completo entre los brazos y de no dejarla ir jamás.

Había estado enferma, eso era evidente. Pero no debería importar. No tenía paciencia con las mujeres en exceso delicadas y que se desmayaban con facilidad, pero la visita de señorita Honeywell la noche anterior le había desequilibrado algo en la mente. Lo había dejado muy intranquilo. No era capaz de quitársela del pensamiento.

De hecho, hasta estaba muy tentado de ir a visitarla a casa de los Trumble en la calle Green. Después de que su abuelo lo dejara por fin en paz, hasta hizo varios intentos de escribir una nota para invitarla a dar un paseo con él en su carruaje.

Querida señorita Honeywell. ¿Me concedería el honor de acompañarme…?

Mi querida señorita Honeywell: por favor, ponga fin a mis miserias y hágame el inmenso favor de acompañarme...

Ninguno de los dos modelos de redacción le pareció adecuado. En realidad, no habían sido presentados de una forma que la sociedad considerase correcta, por lo que aparecer en su puerta resultaba del todo inadecuado. Y, por otra parte, una nota personal de un hombre soltero a una mujer también soltera bordeaba el escándalo.

Iba a tener que encontrar a alguien que los presentara. O eso, o hacer caso omiso de las convenciones. Pero, por desgracia, por muchas vueltas que le daba al asunto, no llegaba a ninguna conclusión adecuada.

El resultado de esas indecisiones, tan poco características de su forma de ser habitual, fue que no volvió a ver a la señorita Honeywell hasta tres días después, y por auténtica casualidad.

* * *

De entre las muchas distracciones que ofrecía la ciudad, el teatro era la única con la que el conde de Allendale disfrutaba de verdad. La semana anterior, St. Clare y él habían visto *Macbeth* interpretado por Edmund Kean, y el conde quedó tan impresionado con la actuación del protagonista que le propuso a su nieto acudir por segunda vez a la representación con otros acompañantes.

El grupo incluía a una anciana viuda y a dos de sus nietas solteras, a una madre de mediana edad que ejercía de celestina para su hija también soltera y a un amigo de St. Clare, lord Mattingly, junto a su hermana pequeña, igualmente sin marido.

—Lo siento, viejo amigo —murmuró Mattingly al oído de St. Clare una vez sentados en el palco del conde—. Ya sabes, eres la pieza matrimonial más preciada de la temporada y mi madre ha insistido que te ponga a Astrid delante siempre que pueda.

La damita, que se sentaba al otro lado de su amigo, acababa de salir del colegio de señoritas y en ese momento de su vida era toda brazos, piernas y sonrojos; en dos palabras, una niña.

Alzó la vista del programa y la miró, y el rubor pasó del tono carmín al escarlata.

—¿Es la primera vez que contempla la... interpretación del señor Kean, milord?

St. Clare le sonrió con amabilidad.

—No, lo vi la semana pasada, sin ir más lejos. ¿Y usted, señorita Mattingly?

—¡No, yo no lo he visto actuar nunca! De hecho, es la primera vez que vengo al teatro.

St. Clare arqueó una ceja en dirección a su amigo Mattingly, que tuvo el buen gusto de mostrarse avergonzado y musitar una nueva disculpa.

No la necesitaba. Lo cierto era que Astrid Mattingly no resultaba ser, ni mucho menos, la mujer más peligrosa del palco. Las nietas de la viuda eran un par de gallinas que no paraban de emitir insufribles risitas nerviosas, y la otra joven, la señorita Luisa Steele, tenía un encanto comparable al de una víbora que había entrado en su tienda cuando acampó en el desierto en Egipto.

Según la madre de la señorita Steele, que no había parado de loar las virtudes y excelencias de su hija desde que habían llegado al teatro, Luisa era modesta, dulce y amable. Tocaba el pianoforte y el arpa con la misma destreza con la que bailaba y cabalgaba. Y superaba con mucho a otras jóvenes, tanto en belleza como en logros; tanto que, en repetidas ocasiones, había sido objeto de cotilleos y rumores debidos a los celos.

La mayor parte de su cháchara iba dirigida a la viuda, que se sentaba a su lado, pero St. Clare no tenía la menor duda de que la señora Steele le dedicaba esas palabras a él y solo a él.

—¡Un diamante! Así la calificó el duque en su baile de presentación en sociedad. Dijo que Luisa era la joven más hermosa que se había visto en las últimas cinco temporadas. ¿Se lo puede imaginar?

—Soy incapaz —contestó la viuda con aburrida frialdad.

Por su parte, la señorita Steele, que estaba sentada en un ángulo extraño con el único objetivo de situarse frente a él, movió un poco la cabeza para ponerse fuera del alcance de la vista de su madre y poder susurrar sin que lo notara.

—No le hagan caso a mi madre —les dijo a Mattingly y a St. Clare—. No tengo el menor interés en el duque.

St. Clare tuvo que hacer un esfuerzo para no preguntarle a qué duque se refería.

—Aunque sí que es verdad que dijo que yo era la joven más guapa que había visto en años —prosiguió—. No entiendo por qué diría eso, pues no creo ser nada extraordinario, la verdad. ¿No cree, milord?

Lo que St. Clare creía era que la señorita Steele era un verdadero portento flirteando, teniendo en cuenta que no debía superar los veintiún años. Sonreía con afectación, hacía pucheros y agitaba las pestañas con consumada maestría. Sin duda, esa tácticas tenían éxito con la mayor parte de los hombres con los que se

relacionaba. Pero no con él.

—Es usted magnífica, señorita Steele.

—Es usted divina —remachó Mattingly.

—¡Aduladores! —contestó riendo—. Sé que no lo soy. Desde luego, no con este vestido, ni con esta gargantilla. Tendría que haberme puesto las perlas, que le van muy bien a mi tono de pelo, pero mi madre ha insistido en que usara los diamantes. El duque opinó que debería llevarlos siempre, porque yo misma soy un diamante.

Mientras la señorita Steele dirigía su atención a Mattingly, St. Clare paseó la mirada por la sala abarrotada. No necesitaba binóculo para observar el interior de los palcos. Y era bastante fácil distinguir a los nobles de los muy adinerados pero sin título y a las verdaderas celebridades de los tristemente célebres.

Las damas, que exhibían sus joyas, estaban sentadas en las filas delanteras, y los caballeros, con chalecos dorados o plateados, detrás. Reconoció a mujeres que le habían presentado en bailes y fiestas, y a hombres que frecuentaban su club. Y también a algún que otro famoso donjuán.

Y, justo en el momento en que empezaba la obra, la vio.

Margaret Honeywell.

Sintió una oleada súbita de calor.

Estaba sentada en una de las sillas delanteras de un palco frente al suyo, un piso por debajo, en compañía de un caballero delgado y rubio; de una dama joven, también delgada, y de una anciana que parecía dormir en su silla.

Al darse cuenta de cómo aguzaba los ojos, Mattingly le pasó con discreción un binóculo de nácar. St. Clare lo aceptó sin decir nada y lo enfocó en la figura de la señorita Honeywell. El binóculo era potente y gracias a él pudo apreciar cada curva y cada contorno del rostro marfileño y perfecto. El azul profundo de los ojos, que parecían zafiros fundidos. La línea recta y elegante de la nariz, y la hendidura delicada de la firme mandíbula. Era una faz que resultaba difícil de olvidar. Una cara capaz de invadir los sueños de los hombres.

Pero no solo era el rostro. Su cuerpo estaba a la par, si no por encima. Era una figura que no había podido apreciar durante la visita nocturna a la plaza Grosvenor. Esa noche llevaba un vestido oscuro, liso, sin forma. Pero ahora…

Ahora llevaba un vestido de seda color champán con mangas un poco abombadas que bajaban con suavidad desde los hombros y con un escote bajo hasta la línea en la que el pecho empezaba a ensancharse.

Apretó el binóculo en un movimiento reflejo.

El vestido dejaba ver una gran cantidad de piel pálida y cremosa. Y el pelo, recogido con alfileres adornados con pedrería brillante, revelaba la línea delgada de la garganta y presentaba un aire de descuido artístico, como si en cualquier momento fuera a caerle sobre los hombros en un amasijo de rizos oscuros. Al combinarse con el ligero rubor rosado de las mejillas y el rojo de los labios suaves y llenos, el efecto del conjunto era el de una mujer que se levantaba de la cama tras un interludio apasionado con su amante.

¿Quién demonios era el joven caballero que estaba sentado a su lado? ¿Un petimetre presumido que se las había apañado para acompañarla al teatro?

El joven se volvió hacia la señorita Honeywell y le susurró algo al oído. La joven volvió la cabeza para oírlo y le prestó la máxima atención. Y, al fin, sonrió.

St. Clare tuvo un repentino y amargo ataque de celos.

—¿Qué estás mirando con tanta atención? —preguntó Mattingly en un susurro casi inaudible—. No habrás descubierto otro terrateniente paleto al que desafiar y disparar, ¿verdad?

St. Clare le pasó el binóculo a Mattingly.

—¿Quién es el individuo que está enfrente?

—¿Qué individuo? —inquirió Mattingly—. ¿Ese? ¿El del chaleco con bordados dorados? Es el heredero de Trumble, George. Un tipo bastante soportable, incluso agradable. Nada que ver con Burton-Smythe, ni por asomo. No hay ninguna necesidad de... ¡Ah! ¡Espera un momento! Mira por dónde... Había oído que la señorita Honeywell había vuelto a Londres. No la veía desde hace..., déjame pensar..., sí, casi cuatro años.

St. Clare se volvió hacia su amigo. Tenía el pelo oscuro y una altura parecida a la del propio St. Clare, y en general se le consideraba muy atractivo.

—¿La conoces? ¿De qué?

—Me la presentaron la temporada de su debut en sociedad.

—Muy bien. —St. Clare recuperó el binóculo de manos de Mattingly y, una vez más, fijó la vista en la señorita Honeywell—. Preséntamela en el descanso, por favor.

Capítulo 6

Al entrar en el palco de la señorita Honeywell, lord Mattingly y St. Clare la encontraron conversando muy animada con una dama joven, alta y rubia a quien Mattingly identificó como la señorita Jane Trumble. La anciana carabina que las acompañaba roncaba con suavidad en la silla que ocupaba, y George Trumble no estaba en el palco en ese momento.

—Mi hermano ha ido a traernos unas limonadas —explicó la señorita Trumble tras las oportunas presentaciones de Mattingly.

St. Clare pensó que quizá debería sentir cierto remordimiento de conciencia por eso. Lo lógico era que las mujeres de su palco esperasen que Mattingly y él les llevaran algún refresco. Pero al mirar a Margaret Honeywell se olvidó no solo del cargo de conciencia por no haber cumplido con sus responsabilidades sociales, sino de cualquier otra cosa que no fuera la joven. Que otro intrépido caballero, el conde o quien fuera, se ocupase de las necesidades de la señorita Steele y de las nietas de la viuda.

—¿Qué les ha parecido el primer acto? —preguntó Mattingly al tiempo que maniobraba con destreza para colocarse en el asiento vecino al de la señorita Trumble. No era el individuo más inteligente del país, pero St. Clare sabía de la lealtad que mostraba hacia sus amigos. Con la misma eficacia con la que le había pasado el binóculo, ahora se ocupaba de la señorita Trumble, dejándole a él el campo abierto con la señorita Honeywell—. Vi a Kean en *Otelo* —prosiguió—. No estoy seguro de que alcance el mismo nivel con *Macbeth.*

—En mi opinión, está haciendo un trabajo excelente —contestó la señorita Trumble—. Pero también es cierto que no tengo ningún elemento de

comparación. ¿Su papel en *Otelo* fue de verdad tan magnífico como dice todo el mundo?

Mientras Mattingly y la señorita Trumble hablaban de Shakespeare, los personajes de sus obras y los actores que los representaban, St. Clare se aproximó a la señorita Honeywell. Notó una expresión extrañamente hostil en los ojos azules de la joven.

—¿Me permite? —preguntó, señalando el asiento vacío que ella tenía al lado.

—Si lo desea —respondió con frialdad.

Se sentó en la silla que, durante la representación, había ocupado George Trumble. Ahora disfrutaba de la vista que antes había regocijado al otro: bajo los preciosos hombros ligeramente redondeados, un vestido diáfano que caía formando olas relucientes hasta los pies, calzados con unos delicados zapatos lisos; la piel cremosa iluminada por la luz trémula de los candelabros; un escote provocativo adornado en el centro por un ramito de pequeñas flores silvestres. Y, sobre todo, ese rostro inolvidable. Grandes ojos, labios suaves y una barbilla obstinada y mínimamente hendida, todo ello enmarcado por mechones de pelo color visón que escapaban del peinado.

Allí al lado resultaba mucho más arrebatadora que desde la otra punta del teatro. Y, de forma paradójica, mucho más distante también.

St. Clare sentía un extraño desequilibrio. Como si fuera un colegial impertinente que solicita la mano de una bella joven en la primera reunión campestre. Una idea de lo más ridícula. ¿Por qué iba estar nervioso? Había cenado con la nobleza de todo el Continente. Había bailado el vals con princesas y la cuadrilla con una archiduquesa.

El caso era que la señorita Honeywell tenía una forma de mirarle muy directa y franca. Como si tuviera la capacidad de ver más allá de su elegante vestimenta oscura y el nudo complicado del pañuelo de cuello. Como si pudiera observar de forma directa su interior. «¿Qué piensa de mí?», le habría gustado preguntarle. Pero ya sabía la respuesta. No pensaba apenas nada en él. No obstante…

Tras unos momentos de reflexión, se le ocurrió que la rigidez de la espalda y el brillo de los ojos podrían tener más que ver con un agravio que pudiera pensar que él le había infligido que con un juicio general acerca de su valía como ser humano. ¿Acaso habría oído algo sobre de él? ¿Que era un vividor?, ¿un aventurero?

La sola idea le alegraba muchísimo.

—¿Está disfrutando de la representación, señorita? —preguntó.

—Sí, gracias, señor.

—Kean tiene un talento excepcional, ¿no le parece?

—Sí, así es.

—Tuve el privilegio de ver esta misma obra la semana pasada. La actuación de la señora Bartley en el papel de lady Macbeth fue especialmente destacable. No creía que ninguna otra actriz pudiera estar en condiciones de compararse con ella, pero la señora Hill lo está haciendo muy bien hasta ahora. Tengo ganas de ver cómo encara la escena del quinto acto, cuando camina en sueños. —St. Clare esperó una respuesta, pero no la hubo—. Le ruego que perdone mi pregunta, pero ¿he hecho algo que haya podido ofenderla, señorita Honeywell?

Por fin se volvió para mirarlo de forma directa y contestar, cosa que hizo con tono bajo y acusador, casi en un susurro.

—Usted lo sabe muy bien.

St. Clare alzó las cejas.

—¡Le aseguro que no!

—¿Acaso piensa que soy una estúpida, milord? He oído cómo fue el duelo; cómo no voy a oírlo, todo el mundo habla de eso. ¿O es que usted pensaba que no iba a obtener información acerca de su resultado?

—Por supuesto que no pensaba nada de eso.

—¿Y entonces? —preguntó desafiante.

St. Clare la miró pensativo.

—Estoy empezando a pensar que no está nada satisfecha con los resultados del duelo.

—¡No, por supuesto que no lo estoy! —La señorita Honeywell se inclinó hacia él y bajó la voz todavía más. St. Clare pudo captar el aroma sutil de su perfume—. ¡Usted le disparó al señor Burton-Smythe! Y eso que me prometió por su honor que...

—Que no lo mataría. Y cumplí mi promesa, no lo maté.

—¡Le disparó!

—En el hombro.

—¿Y no se le ocurrió pensar que su disparo podía haber ido un poco más desviado, hacia un lado, hacia arriba o hacia abajo? ¡Si hubiese habido viento, podría haberle volado la cabeza!

St. Clare no pudo reprimir una sonrisa. ¡Le había gustado muchísimo el estallido de mal humor de la joven! Era un cambio de lo más estimulante en comparación con la fragilidad que había exhibido cuando lo visitó en la plaza

Grosvenor.

—En mis disparos nunca hay desvíos accidentales, señorita Honeywell. Le aseguro que la bala fue justo al punto al que yo quería que fuera. Al lugar en el que más daño le iba a hacer.

La joven lo miró con escepticismo.

—¿Su hombro?

—Su orgullo. Usted sabe muy bien que permitirle que saliera indemne del duelo solo lo habría envalentonado. Su amigo el señor Burton-Smythe necesitaba que le enseñaran una lección. Necesitaba sufrir una humillación. Espero que, a partir de ahora, se comporte mucho mejor y llegue a ser mejor persona.

La señorita Honeywell se erizó de modo visible.

—El señor Burton-Smythe no es mi amigo ni nada parecido.

—Me alegro mucho de saberlo.

—Y, además, si cree que algo puede convertirlo en mejor persona, está muy equivocado

—Sí, puede ser. La verdad es que sospecho que debería recibir muchos disparos, y en diversas zonas de su anatomía, para lograr algún cambio perceptible.

La señorita apartó la mirada con rapidez y, aunque intentó evitarlo, esbozó una sonrisa.

—Es usted un malvado.

St. Clare sonrió abiertamente. Durante un momento, se olvidó de la innumerable cantidad de binóculos que, sin la menor duda, estaban enfocándolos.

—Un malvado que le puso a usted tres condiciones que debe cumplir.

—¡No me diga!

—Vamos, señorita Honeywell. Me niego a pensar que es usted de esa clase de mujeres que no mantienen la palabra dada.

—¿Cumplir mi palabra? —protestó—. ¿Cómo puede exigirme que cumpla los términos de nuestro acuerdo cuando usted no lo ha hecho?

—Yo he hecho exactamente lo que usted me pidió que hiciera. No lo maté.

La joven ganó tiempo estirándose uno de los largos guantes.

—Reconozco que cumplió la letra del acuerdo —admitió con renuencia—. Pero no el espíritu.

—Pues entonces explíqueme. ¿Estamos usted y yo en un punto de no retorno? De verdad, espero que no. Llevo tiempo esperando casi con ansia reclamar la primera condición.

Procedió a estirarse el otro guante.

—No creía que hablara en serio cuando me planteó esa... contrapartida. Las tres condiciones, o concesiones, de las que me habló, quiero decir. De hecho, durante los últimos tres días... —dudó antes de continuar—, durante los últimos tres días había dado por hecho que se estaba burlando de mí.

Ahora fue St. Clare el que frunció el entrecejo.

—No, ni mucho menos. Jamás se me ocurriría hacerlo.

—Eso es lo que dice, pero...

—Señorita Honeywell, si no deja de juguetear con los guantes y me mira, me veré obligado a tomarle la mano.

Volvió los ojos hacia él de inmediato.

—¡No se atreva!

A St. Clare le gustó mucho su reacción airada.

—Póngame a prueba.

Puso las manos en el regazo.

—¿Satisfecho?

—Ni mucho menos. Y ahora, respóndame con sinceridad: ¿vendría a dar un paseo conmigo por el parque mañana por la tarde? Tengo un carruaje de paseo nuevo y el mejor tiro de bayos que haya visto nunca. Sería un placer para mí ponerlos a su disposición para que los disfrutara.

—¿Qué le hace pensar que eso podría gustarme?

—¿Acaso no le gustaría?

—Podría tener miedo de los caballos.

St. Clare hizo un gesto de sorpresa.

—¿Usted? ¿Miedo de los caballos?

—Podría tenerlo.

—¿De todos los caballos? ¿También de un grupo de tiro bien escogido y entrenado, y con un cuerpo perfecto para su función?

Ante el tono persuasivo, a Maggie empezó a temblarle la comisura de los labios. Pero no cedió a la sonrisa. Por el contrario, le dirigió una mirada de reprobación.

—Acláreme algo, señor: ¿está usted invitándome o está poniendo sobre la mesa la primera concesión?

—Lo que haga falta —respondió.

Maggie soltó el aire.

—No necesita utilizar ninguna de sus... condiciones. Con la invitación es suficiente. Pero solo porque me apetece ver sus caballos —añadió de inmediato.

—Por supuesto. —Se le aceleró el corazón—. Pasaré a buscarla mañana a las

cinco, si le parece una hora adecuada.

—Lo es. Gracias, milord.

—¡Menuda aglomeración se ha formado ahí fuera! —exclamó George Trumble al entrar en el palco—. ¡Oh, perdón! No sabía que teníamos visitantes. —Le pasó un vaso de limonada a la señorita Honeywell y otro a su hermana—. ¿Todo bien, queridas?

—Sí, perfectamente —contestó la señorita Trumble—. George, doy por hecho que conoces a lord Mattingly, ¿verdad? ¿Y a lord St. Clare? Nos han acompañado durante el descanso.

Los aludidos se levantaron de sus asientos y lo saludaron con sendas inclinaciones de cabeza.

—No hemos podido resistir la tentación de presentar nuestros respetos a la señorita Honeywell y a la señorita Trumble —dijo Mattingly.

—Se lo agradezco mucho a ambos —contestó Trumble, que devolvió el saludo a ambos.

—Estábamos a punto de marcharnos. Me temo que estamos desatendiendo a las damas de nuestro palco. ¿No te parece, St. Clare?

—¿Dónde están ubicados ustedes? —preguntó la señorita Trumble.

—Justo enfrente. En el piso de encima de este, un poquito hacia la derecha.

La señorita Trumble se apoyó el binóculo en el puente de la nariz.

—¡Ah! ¿Es la señorita Steele a quien estoy viendo? Dicen que es la debutante más bella de la temporada, ¿no es así?

—También nos acompaña mi hermana Astrid —informó Mattingly—. Es la joven de la fila de delante. Acaba de terminar el colegio, ¿saben?

—Es encantadora —alabó la señorita Trumble con amabilidad, y bajó los binoculares—. Parece que hay un buen manojo de jóvenes damas esperándolos. Hemos sido muy egoístas manteniéndolos tanto tiempo con nosotras.

—Quedan liberados, por supuesto —concedió Trumble.

St. Clare no hizo caso de la conversación. Tenía centrada la atención por completo en la señorita Honeywell y tenía la impresión de que, a menos que se equivocase mucho, a la joven le pasaba lo mismo con él. Acercó la mano hacia la de ella, que se la dio de buen grado. Hizo una mínima inclinación de cabeza y la retuvo algunos segundos más de lo que resultaba apropiado.

—Hasta mañana, señorita Honeywell.

Ella lo miró a los ojos.

—Estoy deseándolo, milord.

Le soltó la mano a su pesar y, tras despedirse de la señorita Trumble y de su hermano, salió del palco con Mattingly pegado a él.

Durante el trayecto tuvieron que esquivar a una multitud de espectadores que abarrotaban los pasillos y vestíbulos interiores del teatro charlando y tomando refrescos, hasta que por fin llegaron a la escalera que conducía a su palco. A la primera oportunidad, Mattingly se puso a su altura para hablarle.

—La señorita Honeybee,[1] por lo que veo —dijo.

—¿Cómo dices? —preguntó St. Clare, que estaba distraído.

—Así llamaron a Margaret Honeywell en la temporada de su debut —dijo Mattingly riendo entre dientes—. Bueno, al principio no. Tras su presentación, casi todos los caballeros la llamaban Venus de bolsillo. No había una joven más hermosa que ella. ¡Y con qué figura, por Dios! Siempre había toda una corte a su alrededor. Entonces, un admirador recibió el primer aguijonazo de la joven. Enseguida, otro tuvo que soportar el segundo, y la cosa ya no paró. —Mattingly dejó de hablar, pensando acerca de lo que estaba explicando con gesto apreciativo —. Daba las respuestas más rápidas, mordaces e inteligentes que he oído nunca, unas contestaciones que dejaban a los aspirantes con el rabo entre las piernas. Algunas de ellas también eran indecorosas, y las profería en cualquier tipo de situación, montando a caballo en Hyde Park o disparando una pistola en un fiesta en el campo. ¡Y menudo carácter! Siempre demasiado malhumorada, la señorita Honeywell.

St. Clare escuchó con gran atención las palabras de su amigo y se preguntó cómo compaginar la imagen que describía de una joven salvaje y maleducada con la muchacha pálida y callada que se había desmayado en sus brazos en la biblioteca. Una enfermedad, había dicho su doncella. ¿Qué clase de enfermedad? ¿Todavía la sufría?

—La señorita Honeywell no me da la impresión de ser una mujer temperamental —comentó con aire ausente.

—¿No? Pues hace un momento parecía volar a tu alrededor buscando la forma de clavarte el aguijón. ¿Qué te estaba diciendo, St. Clare? Daba la impresión de que te pedía cuentas por algo.

—¿De verdad? Qué raro, porque solo estábamos hablando de la obra. A la señorita Honeywell le entusiasma Shakespeare.

—Ya... Bueno, tiene sentido que se le haya moderado el carácter y no sea tan impulsiva como antes. Se madura con la edad, ya sabes, y la suya es avanzada.

St. Clare le dirigió a su amigo una mirada divertida.

—Tampoco es que sea una anciana, ¿no?

—Como poco tiene veinticinco años. ¡Y todavía está soltera! Es difícil de creer, la verdad.

—Pues sí. —Él mismo estaba asombrado de que así fuera—. ¿Nunca ha tenido pretendientes serios?

—¡A montones! Conozco hasta a seis caballeros que le hicieron propuestas serias. Hombres agradables, en mi opinión, y todos muy ricos, salvo uno de ellos. La señorita Honeywell los rechazó uno por uno. Y otros que se lo plantearon de forma algo más tímida recibieron el aguijonazo habitual, y la dama los despachó antes de que pudieran hacer ninguna propuesta. Aunque tampoco es que importara mucho. Según he podido saber, llevaba luto por otro hombre.

St. Clare se volvió a mirarlo.

—¿Por quién?

Mattingly se encogió de hombros.

—Un militar, según parece. No lo conocí. Y, dado que aún está soltera, supongo que la cosa no llegó a cuajar. Puede que el pobre tipo muriese en la guerra. —Le lanzó una mirada rápida a St. Clare mientras pasaban entre un grupo de jóvenes bastante ruidosos—. Burton-Smythes es también una especie de admirador.

—Estoy al tanto.

—Por lo que he podido saber, lleva muchísimo tiempo interesado en ella.

—Sin éxito, por lo que parece.

—No es el hombre adecuado, eso lo ve cualquiera. Ese necesita una corderita tranquila y callada que no le lleve nunca la contraria. —Mattingly volvió a reír entre dientes—. Y ahora tú... ¡Debería haber caído en la cuenta de que despertaría tu interés! Cumple los requisitos.

—¿Qué requisitos?

—Lo que quiero decir es que la señorita Honeywell es tu tipo.

St. Clare se echó a reír.

—No puedo negarlo. Pero no acierto a comprender cómo puedes saber cuál es el que tú llamas «mi tipo».

—Pues es muy fácil. Cuando Vickers y yo te conocimos en Italia, las únicas mujeres que te llamaban la atención tenían el pelo oscuro y los ojos azules. Cuanto más azules, mejor. Vickers hacía bromas al respecto. Cada vez que nos cruzábamos con una chica de piel clara, pelo oscuro y ojos azules, no dejabas de mirarla y ponías un gesto muy... característico. Como si hubieras visto un fantasma. Vickers y yo siempre nos guiñábamos el ojo. —Se rio al recordarlo, pero

al ver la expresión seria de St. Clare dejó de hacerlo—. Ni mucho menos pretendo comparar a la señorita Honeywell con cualquier europea ligera de cascos, por favor. Ella es una dama, nadie se atrevería a decir lo contrario. Lo único que quería decir, y al parecer sin mucho acierto, es que las características de la señorita Honeywell encajan en el patrón.

St. Clare no dijo nada durante unos instantes. Cuando al fin habló, lo hizo en voz muy baja, tanto que resultó inaudible para su amigo, y sus palabras se perdieron entre el ruido del teatro abarrotado.

—La señorita Honeywell es el patrón.

---

[1] N. de la Ed.: juego de palabras intraducible entre *Honeywell,* el apellido de Margaret, que contiene la voz *honey,* 'miel', y *honeybee,* 'abeja melífera'.



Capítulo 7

La tarde siguiente, cuando Maggie y Jane regresaron a la calle Green tras una mañana de compras que terminó con una visita prolongada a la biblioteca Hookham, el mayordomo los avisó de que Maggie había recibido una nota de lord St. Clare.

—Resulta un tanto atrevido que te escriba, ¿no te parece? —opinó Jane mientras se quitaba los guantes—. Aunque podría ocurrir que fueran costumbres del Continente en el trato con las damas solteras. ¿Qué dice la nota, Margaret? ¿Es una carta de amor?

—¡Pues claro que no! —contestó Maggie mientras la leía—. Es de lo más convencional. Pregunta si me importa que me recoja una hora antes de lo previsto. Y yo la verdad es que lo prefiero. Pero eso me deja poco tiempo para prepararme. Voy a subir a cambiarme ya mismo.

—Todavía hay tiempo para una taza de té. ¿Carson? Prepare té y galletas, por favor.

Maggie se dejó caer en el sofá, con la nota aún en la mano. La volvió a mirar, esta vez con más atención. Y después abrió mucho los ojos.

—¿Ocurre algo? —Jane se acercó y se sentó junto a ella—. ¿Margaret?

—¿Cómo? —Margaret, desconcertada, levantó la vista—. No, no pasa nada. Solo es que por un momento... pensé que... —. Le latía el corazón a toda velocidad y no pensaba con claridad.

—Te has puesto más blanca que el papel de la nota. Déjame ver... —Jane leyó la misiva a toda velocidad—. Solo te pide que le respondas si te parece bien la hora que te propone. No hay nada sorprendente en eso. Está claro que has entendido

mal algo. —Entrecerró los ojos al mirar los garabatos de tinta—. ¡Por Dios, qué letra tan atroz! ¡Se parece a esos jeroglíficos egipcios que se pueden ver en el Museo Británico!

—Sí. La caligrafía es muy descuidada —confirmó Maggie distraída. Hizo ademán de levantarse—. Creo que debería responder.

—No te preocupes, querida. Haré de secretaria —se ofreció Jane al tiempo que se levantaba de su asiento.

Maggie agradecía la solicitud de su amiga aunque lamentase necesitarla. Le daba vueltas la cabeza al pensar en las posibilidades que surgían con la nota, posibilidades tan reales como difíciles. Esperaba de verdad que Jane no la presionara al respecto. Al menos en ese momento, en el que ni siquiera Maggie era capaz de entender del todo qué estaba pasando.

—Un momento, Carson, por favor. —Jane se acercó al pequeño escritorio que estaba en la esquina del salón y tomó una cuartilla y también una pluma—. ¿Basta con una simple frase con la que acepte que las cuatro es una hora adecuada? —preguntó dirigiéndose a Maggie—. Y firmo con tus iniciales, ¿me lo permites? —Escribió con rapidez, dobló la cuartilla tras airearla y la selló con cera—. Haga llegar esta nota a lord St. Clare de inmediato —le ordenó al mayordomo—. En estos momentos se aloja en la residencia del conde de Allendale, en la plaza Grosvenor.

—Sí, señorita —asintió Carson antes de salir de la habitación.

—Es evidente que quiere estar contigo en el parque antes de la hora punta —concluyó Jane, que volvió a sentarse en el sofá al lado de Margaret—. Es probable que no desee que os vea todo el mundo. Aunque también cabe la posibilidad de que tenga un plan malvado en la cabeza. Un secuestro, tal vez, para llevar a Gretna Green a una rica heredera soltera y hacerse con el control de su fortuna.

Maggie sonrió con ironía.

—Pues, si ese es su plan, se va a llevar una sorpresa de lo más desagradable. En cualquier caso, no creo que el vizconde sea un cazafortunas, de ninguna de las maneras.

—Yo tampoco, la verdad —admitió Jane—. No obstante..., no tengo muy claro qué pensar de él. No cabe duda de que es amable y muy bien educado, aunque también creo que, debajo de ese civismo, se ríe un poco de todo el mundo. Pero, además de todo eso, hay algo extraño en él. No sé lo que es, no tengo experiencia con vividores y menos aún con hombres peligrosos de verdad.

—¿Peligrosos, dices?

Jane asintió.

—Sí, claro que sí. George dice que St. Clare es letal. La forma en la que narra ese duelo...

—Los hombres son muy impresionables. Según ellos, parece que acertar un blanco a quince pasos de distancia es lo más difícil del mundo. Pues mira, te digo que yo misma, en Beasley Park, le he acertado a una botella vacía colgada en una valla a veinte pasos de distancia, y una botella es un blanco bastante más pequeño que un hombre.

—Claro, querida, pero esa botella no te disparaba a ti.

—Eso es verdad. Pero pensar que es peligroso solo por su capacidad de tirar bien es absurdo.

—No se trata solo de eso. Es también la sangre fría que al parecer tuvo. Se quedó quieto como una estatua cuando la bala de Fred pasó rozándolo. —Jane colocó los brazos rectos a los lados de su cuerpo, fingiendo mirar con aire de aburrimiento la bala imaginaria que pasaba a su lado—. Y después apuntó con su pistola —levantó la mano derecha imitando el gesto— y disparó. —Apretó con el dedo un gatillo imaginario—. «Mi estimado señor, si va a actuar como un terrateniente estúpido y salvaje...».

—¡Ya está bien, por favor! —protestó Maggie, y emitió un gruñido—. Oírselo decir más de treinta veces a George es más que suficiente, así que, por favor, no empieces tú también, Jane...

—Vamos, Maggie, no me hagas creer que no te impresiona.

—Claro que me impresiona. Pero no me asombra. Según St. Clare, todos los Beresford son muy diestros con la pistola, así que para ellos no es nada extraordinario... ¡Por cierto, hablando de los Beresford!, tengo que devolverle la petaca a lord St. Clare.

—¡Y has de llevarte el parasol nuevo! —le aconsejó Jane—. Hoy ha salido el sol y, con lo pálida que estás, si no te proteges te vas a quemar. Y tampoco te expongas demasiado... Con independencia del ardor con el que St. Clare insista en prolongar vuestra cita, debes...

—¿Ardor? —se mofó Maggie—. ¡Vamos, Jane...!

—¿Y por qué no? No digo que pretenda tu mano, pero está claro que la visita nocturna despertó su interés en ti. Puede que quiera tener uno de sus flirteos contigo. ¡No te sientas incómoda! No es tan mala forma de pasar la temporada el ser perseguida por un vizconde de cabellos dorados, ¿no te parece? Y ten en cuenta otra cosa: mientras él vaya detrás de ti, a mí me acompañará de continuo

lord Mattingly. —Jane hizo una pausa antes de confesar—: ¡La temporada de mi debut me encariñé muchísimo con él!, ¿lo sabías?

—¿De lord Mattingly? —Maggie sonrió pícara—. Pues no, no lo sabía. No me lo habías contado.

—Teniendo en cuenta que el momento cumbre de mi primera temporada fue cuando lady Bárbara Latimer me puso el apodo de Patilarga, que fue acogido con entusiasmo y utilizado a partir de ese momento por el resto de las damas y la mayoría de los caballeros, me pareció que lo mejor para mí era olvidar aquellos pocos meses de mi vida. —La sonrisa de Jane expresaba cierta tristeza—. La verdad, es una historia bastante deprimente. Lord Mattingly ya era un caballero elegante, moreno y muy atractivo, mientras que yo... era más o menos como sigo siendo ahora: demasiado alta, demasiado plana y sin apenas nada que ofrecer, aparte de mi inteligencia. Y ya sabes cómo reaccionan los caballeros ante las mujeres con inteligencia.

Antes de que Maggie pudiera contestar, se abrió la puerta del salón de estar y sonó el frufrú de unas faldas de seda que anunciaban la llegada de la tía de Jane.

Tía Harriet era una mujer de baja estatura con el pelo blanco como la nieve y un rostro arrugado que recordaba a una nuez decolorada. Entró en la habitación ayudándose de un bastón de ébano.

—¿Qué tal su sueñecito, tía? —preguntó Jane.

—¿Qué has dicho? —Tía Harriet se sentó en un sillón bajo—. ¿Mi gorrito? Es una cofia. —Se llevó la mano surcada de venas azules a la pequeña prenda de encaje que le cubría el escaso pelo.

—¡Su siesta! —aclaró Jane, hablando un poco más alto.

—Sí, sí, la llevo bien puesta. No te preocupes, esta cofia nunca se me cae. Me gusta mucho, es una de las mejores que tengo, me recoge muy bien el pelo. —Tía Harriet apoyó la cabeza en una de las alas del sillón—. Voy a cerrar los ojos un momento hasta que llegue la bandeja del té. Despiértame cuando la traigan, Elizabeth.

Maggie, desconcertada, miró a Jane.

—Elizabeth es mi madre —susurró Jane sonriendo—. ¿No te había dicho que mi tía Harriet es la mejor carabina del mundo?

* * *

Nada más dar las cuatro de la tarde, cuando el reloj del salón de estar aún no había terminado de dar la hora, St. Clare llegó a la calle Green conduciendo un carruaje negro reluciente del que tiraban dos corceles bayos magníficos, temperamentales y casi idénticos. En cuanto llegó a la altura de la residencia de los Trumble, Maggie, que estaba atenta a su llegada, salió a la puerta para recibirlo.

Al verla, ordenó al lacayo que sujetara los caballos y se bajó del carruaje.

—Señorita Honeywell —saludó ceremonioso con una inclinación de cabeza.

—Lord St. Clare.

Echó un vistazo apreciativo a la pelliza de cachemira y al sombrerito azul a juego.

—Está usted muy favorecida.

—Y usted también.

Era verdad. La buena figura de St. Clare quedaba realzada de arriba abajo, desde el sombrero de castor hasta los negros zapatos Hessian que brillaban como espejos, sin olvidar la figura musculosa que la ropa realzaba a la perfección.

St. Clare esbozó una sonrisa sorprendentemente avergonzada.

—Mi intención era llamar a la puerta y preguntar por usted como es debido.

—Ah, ¿sí? —Maggie se sintió molesta consigo misma. ¿Por qué había salido a recibirlo de forma tan impetuosa, con tanta ansia?

Era lo que hacía cuando Nicholas acudía a la puerta principal de Beasley Park a pedirle que la acompañara hasta el pueblo en la calesa. «Me han encargado que entregue esto en la vicaría —le decía—. Ven conmigo, por favor, Maggie. Ir solo es un aburrimiento».

Al recordarlo, Maggie tuvo la misma sensación de desconcierto que cuando leyó la nota de St. Clare.

—Bueno, en cualquier caso, da lo mismo. Mi carabina, que es lady Harriet, tía de la señorita Trumble, está dormida, y usted ya conoce a Jane. Así que no es necesario que entre. A no ser que a usted le parezca que debe hacerlo, claro...

—No —respondió al cabo de un momento—. Como usted dice, no hay necesidad.

Maggie se acercó a la escalerilla del vehículo y esperó. Él se detuvo frente a ella y no le ofreció la mano de inmediato, así que alzó la vista para mirarlo interrogativa. Pero tuvo que levantar los ojos mucho, muchísimo, porque era alto hasta la desesperación. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo bajita que era en comparación con él? ¡Si apenas le llegaba al hombro!

Como si tuviera la intención de ejemplificar la enorme diferencia de estatura,

lord St. Clare no se limitó a ofrecerle la mano para que se subiera en el vehículo, gesto que habría hecho cualquier otro caballero, sino que le rodeó la cintura con ambas manos y, sin aparente esfuerzo, la levantó y la depositó en el asiento.

Maggie se ruborizó ante ese contacto tan cercano.

St. Clare no dio muestras de que nada se saliera de lo común. Se subió al pescante y se sentó junto a ella, y, antes de tomar las riendas, tomó una manta de lana y se la colocó sobre las rodillas.

—¿Está cómoda?

Maggie no lo estaba. El muslo musculoso de St. Clare le rozaba una pierna y la cintura aún le temblaba por la presión de las fuertes manos.

—Sí, gracias. —El temblor ligero de la voz la mortificó.

St. Clare asintió con levedad. Había dejado de sonreír y la mirada gris se le había vuelto más inquisitiva. ¿Estaría sintiendo los efectos de su cercanía, igual que le pasaba a ella?

—Enzo, no te coloques tan cerca de la cabeza de los caballos —le indicó al joven criado que aguardaba de pie junto al tiro. Después agarró la fusta y azuzó a los animales para que emprendieran la marcha.

El lacayo, que vestía el uniforme a listas doradas y blancas típico de la servidumbre de la nobleza, era un chico de pelo oscuro y ojos negros como la obsidiana; dio dos zancadas al lado del carruaje, subió de un salto y se colocó en el asiento elevado.

Hacía muchos años que Maggie no viajaba en un carruaje abierto. De hecho, hacía tiempo que su viejo faetón se había vendido, y en Beasley Park, desde que contrajo la enfermedad, solo había viajado en carruajes cerrados para no hacer trabajar en exceso a los pulmones. Llevaba mucho tiempo echando de menos la sensación de libertad que producía viajar de esa manera, y, cuando St. Clare puso los caballos primero a trote alto y después al galope, la vergüenza por estar tan cerca de él desapareció de inmediato y dio paso a una sensación de euforia.

Viajaba bien erguida, recibiendo de cara el viento que pugnaba por llevarse las plumas del sombrero y convertir en un caos el peinado tan esmerado que su doncella personal había conseguido hacerle.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. ¡Ir a tanta altura, y tan deprisa!

—¿No tiene miedo? —preguntó St. Clare, que manejaba con mano experta la calesa entre el tráfico londinense.

—¿Por qué iba a tenerlo? El carruaje es muy resistente y tengo claro que usted sabe muy bien cómo llevar las riendas. Y los caballos... —los miró con sincera

admiración— tienen un galope maravilloso: rapidísimo, pero nada atropellado.

—A esta velocidad, la mayoría de las damas estarían lívidas, rogando ir más despacio.

—¿Lo dice en serio, milord? Pues ha debido usted de pasear con damas no demasiado valientes.

En ese preciso momento, los caballos de St. Clare se cruzaron con un carruaje tirado por cuatro caballos castaños. Patinaron un poco y se ladearon, además de bajar las orejas y enseñar los dientes. St. Clare controló los suyos con facilidad y los condujo con firmeza, obligándolos a rodear al carruaje, e inmediatamente después, con esa aparente facilidad que solo se logra con la experiencia y el conocimiento de los animales, dobló una esquina que conducía de forma directa a una entrada lateral al parque.

—Me ha malinterpretado, señorita Honeywell. Hablaba en general. Lo cierto es que es usted la primera dama con la que salgo a pasear en este carruaje desde que llegué a Londres.

La sonrisa de Maggie se esfumó. No podía ser verdad. ¿Cómo era posible? De hecho, la noche anterior, en el teatro, había estado en compañía de jóvenes muy bellas.

—¿Cuánto tiempo lleva usted en Londres, milord?

—Más o menos un mes.

—¿Y antes de eso?

La miró de soslayo antes de responder.

—Antes de regresar a Inglaterra estuve en Italia.

Pasaron a trote rápido por las puertas de Hyde Park. Los bayos de St. Clare exhibían una gracia y una potencia que cualquier entendido envidiaría.

Maggie abrió el refinado parasol de seda y se lo apoyó en un hombro mientras miraba a su alrededor. Había bastantes más carruajes en los alrededores, incluidos una calesa ocupada por tres damas jóvenes y un faetón alto que conducía un caballero que estaba claro que no sabía lo que estaba haciendo. Por fortuna, el tráfico era fluido; no tenía nada que ver con la hora punta vespertina.

—¿Por qué me ha pedido que viniéramos a las cuatro en lugar de a las cinco, que suele ser la hora habitual?

—¿Por qué respondió a mi nota la señorita Trumble en lugar de usted? —preguntó él en lugar de contestar.

Maggie se puso algo rígida y sintió un ligero cosquilleo en el estómago.

—¿Cómo sabe usted que fue la señorita Trumble quien respondió? Estaba

firmada con mis iniciales, ¿no es cierto? —Esperó a que le respondiera, pero no lo hizo, así que continuó—. No existe ningún misterio, se lo aseguro. La señorita Trumble a veces me ayuda con pequeñas cosas si piensa o teme que estoy algo agobiada. Es la persona más atenta del mundo.

St. Clare se concentró en calmar a sus caballos mientras trotaban para rodear y adelantar la calesa de las damas, que iba muy despacio. Una vez consumada la maniobra, condujo el carruaje hacia una zona más alejada y menos concurrida del parque.

—Cuando ayer por la noche la invité a dar un paseo, tenía la esperanza de que pudiéramos disfrutar de cierta intimidad —confesó—. Unos momentos en los que poder hablar sin ser interrumpidos. Pero hasta esta mañana no se me ocurrió que a las cinco de la tarde, la hora punta, con toda la alta sociedad mirando y dejándose mirar por aquí, la privacidad iba a resultar imposible. Por eso le pedí que lo adelantáramos una hora. Espero que el cambio no le haya causado demasiados inconvenientes.

—No me ha causado ninguno.

Maggie pensaba que él iba a decir algo más sobre la nota escrita por Jane, pero no fue así. Exhaló un suspiro y volvió la cabeza para mirar el paisaje que discurría a su paso.

Era un día bonito y soleado, con una brisa mínima que movía con suavidad las ramas de los árboles. En esa zona había menos carruajes y menos gente. De hecho, St. Clare se alejaba cada vez más del resto de los visitantes del parque.

—¿A dónde me lleva? —preguntó.

En ese momento tiró un poco de las riendas para cambiar el trote por un paso rápido.

—A un grupo de árboles que hay al final de este sendero. No está demasiado lejos, pero aún falta un poco.

A Maggie no le importó que redujera la velocidad, aunque la maniobra sirvió para poner aún más de manifiesto los silencios prolongados entre ellos y el latir un tanto errático de su corazón. Buscó algo interesante que decir y decidió ser clara y directa con él.

—Cuando estaba usted en Italia...

—Durante su presentación en... —Él habló casi al mismo tiempo—. Perdón.

—No hay nada que perdonar. ¿Qué decía usted sobre mi presentación?

—Solo que me han dicho que durante su temporada de presentación recibió usted muchas ofertas de matrimonio.

Maggie se sorprendió mucho, pero no encontró razón alguna para negar lo que era cierto.

—Sí. No sé muy bien si en realidad fueron muchas, pero sí que hubo unas cuantas.

—Y también me han dicho que las rechazó usted todas.

—Veo que le han informado sobre mí.

—La alta sociedad siempre habla mucho, señorita Honeywell. Y cuando me interesa algo me convierto en un oyente excepcional.

—¿Y la sociedad sigue hablando? Mi presentación fue hace casi seis años. Pensaba que a estas alturas ya se habrían olvidado de mí.

—La alta sociedad de Londres nunca se olvida de nada. Tiene memoria de elefante.

—Pues entonces supongo que no tiene sentido negarlo. Tampoco es que quiera hacerlo. Quizá no tenga nada de extraordinario el que una joven rechace todas las ofertas que recibe en su primera temporada.

—Entiendo que había una razón especial que explicaba sus rechazos. Que, en aquel momento, usted estaba enamorada de otro caballero. Un militar.

A Maggie se le aceleró el pulso. Miró a St. Clare, que tenía la mandíbula tensa y miraba hacia delante, al sendero, sin desviar la vista.

—Es una forma de verlo.

Cuando quedó claro que ella no iba a ampliar la explicación, St. Clare volvió a preguntar, esta vez en tono algo irritado.

—¿Me lo va usted a explicar o debo utilizar una de las condiciones de las que dispongo?

—¿Significa mucho para usted, milord? No me imagino por qué. Es una historia pasada.

—Puede achacarlo a mi detestable curiosidad.

Maggie conocía lo suficiente a los hombres como para detectar la presencia de los celos cuando se encontraba con ellos. Y también captó la ironía de la situación.

—Como desee, pero tiene el precio de una de las condiciones. Es verdad. Estaba enamorada de un caballero. Pero no sé si era o no militar.

St. Clare la miró con los ojos entrecerrados.

—¿No lo sabe?

—Él y yo éramos amigos de la infancia y la adolescencia. Hace diez años tuvimos que separarnos en circunstancias muy tristes.

De repente, los caballos frenaron y el coche se tambaleó. St. Clare maldijo entre

dientes mientras sujetaba con fuerza las riendas y estabilizaba el tiro.

—Fue mi primer amor —prosiguió Maggie sin inmutarse—. El único, en realidad.

La atención de St. Clare parecía fija en aplacar a los caballos, pero Maggie tendría que haber estado ciega para no ver la tensión de los hombros del vizconde.

—Jóvenes amantes separados de forma trágica —comentó en tono sardónico—. Una historia de lo más habitual.

—No éramos amantes.

—Por supuesto que no.

—Ni tampoco lo hubiéramos sido de haberse quedado.

Tiró con fuerza de las riendas con las manos enguantadas, provocando que los ya nerviosos caballos comenzaran a moverse como si estuvieran bailando.

—Me sorprende usted mucho, señorita Honeywell.

—¿Por qué? Yo lo amaba y esperaba estar siempre con él.

—Sin duda muchas damitas sienten lo mismo respecto a su primer amor. Y también los caballeros jóvenes. Pero se pasa con la edad.

—¿Eso cree?

Contestó muy serio:

—En la mayoría de los casos, creo que es así.

—Puede que haya exagerado al decir que lo amaba. En realidad, no sé si era así, pero... ¿cómo puedo explicarlo? —Hizo una pausa—. El hecho es que él y yo éramos más que amigos. Incluso más que amantes. Se puede decir que éramos almas gemelas, tan esenciales el uno para el otro como la luz o el aire. Desde que tengo memoria, solo vivía para los momentos que podíamos compartir, y a él le pasaba lo mismo. Ninguno de los dos se sentía completo sin la presencia del otro. —Volvió la vista hacia el paisaje del parque que desfilaba, ahora de forma lenta, ante sus ojos. Tuvo que luchar contra un inesperado acceso de pena y nostalgia—. A menudo pienso que, desde que nos separamos, he vivido como si fuera solo media persona que está esperando a la otra media... —Sonrió con tristeza—. A usted le asombra que rechazara todas las propuestas de matrimonio que recibí, pero... ¿cómo iba a casarme con cualquiera de esos caballeros sabiendo que la otra mitad de mi corazón podía regresar?

—Pero no regresó.

—No. Siempre he dado por hecho que se hizo militar. —La voz le tembló un poco—. Creo que debió ir a la guerra en el Continente y que allí murió.

—Qué pensamiento tan alegre... —ironizó St. Clare.

—Me resulta más fácil de soportar que la alternativa.

—¿Y cuál es la alternativa?

—Que nunca signifiqué nada para él. Que cuando nos separamos siguió con su vida y se olvidó de mí por completo.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Ningún hombre que la amara de la forma que ha descrito podría olvidarla jamás. —St. Clare detuvo los caballos—. Creo que está usted en lo cierto, señorita Honeywell. Ese amigo suyo de la infancia está muerto. Permítame que le presente mis más sinceras condolencias por su pérdida. ¡Enzo! —gritó de repente para llamar al joven criado—. Sujétalos. —St. Clare se volvió hacia ella—. ¿Daría un paseo conmigo por la hierba?

Maggie lo miró a la cara. Mostraba una expresión fría y los rasgos resultaban tan duros y obstinados como si el rostro estuviera esculpido en granito. Solo los ojos, esos ojos grises tan queridos y familiares, traicionaban la emoción que St. Clare sentía. Era mínima, casi inexistente, pero allí estaba.

—Estoy algo cansada tras las compras de esta mañana, pero, si no le importa que me apoye en su brazo, entonces sí, me encantaría pasear con usted.

St. Clare saltó del carruaje y dio la vuelta para ayudarla a bajar. Esa vez Maggie no esperó a que le ofreciera la mano, sino que se apoyó en los hombros anchos de inmediato. Nada más hacerlo, él la agarró por la cintura, la levantó en brazos y la depositó en el suelo con mucha suavidad.

Mantuvo las manos alrededor de la cintura unos instantes, las miradas entrelazadas. Cualquiera que los hubiese visto habría confundido el gesto con un abrazo, y el resultado habría sido el cotilleo más morboso. El escándalo. El daño para la reputación de Maggie e incluso para la pobre Jane.

Maggie sabía que tenía que ponerle fin a ese momento. Sería muy fácil hacerlo, pues St. Clare no la estaba forzando a nada. Un palabra, o incluso un gesto, sería más que suficiente para que se detuviera. De hecho, con solo dar un paso atrás se separaría de él y del abrazo.

Pero no fue capaz de apartarse. Se quedó ahí, mirándolo como si estuviera viviendo un sueño. Y, un instante después, alzó la mano y le acarició la mejilla.

Notó cómo St. Clare se estremecía. Cerró los ojos por un momento y le apretó la cara contra los dedos.

—No... —gimió.

Sin hacer caso de su poco creíble protesta, Maggie alzó la otra mano y le acarició

la mandíbula con mucha suavidad. De inmediato se dio cuenta de que St. Clare le apretaba las manos alrededor de la cintura. No hizo ningún otro movimiento. Se quedó quieto mientras ella lo acariciaba, con la cabeza a medio inclinar. Un músculo hacía que le vibrara la garganta.

Siempre despacio, alzó la mano para acariciarle un mechón de pelo dorado que le había caído sobre la frente; recorrió con los dedos enguantados, de forma lenta y delicada, el trazo de la ceja.

De forma refleja, le apretó más la cintura.

—Margaret...

—Maggie —susurró ella.

St. Clare contuvo el aliento como si hubiera recibido un golpe.

—Maggie —repitió obediente. Y nada más pronunciar su nombre, bajó la cabeza y capturó su boca con un beso tan ardiente y anhelante que hasta le temblaron las rodillas.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él con determinación al devolverle el beso con los labios entreabiertos. El cuerpo masculino transmitía fuerza y calidez, y, aunque habían pasado diez largos años, le resultó maravillosa y dolorosamente familiar.

—Nicholas —balbuceó—. ¡Oh, Nicholas, Nicholas! ¡Sabía que volverías conmigo!

Capítulo 8

Durante un instante esencial, St. Clare abrazó a Maggie con intensidad, apretándola contra él, pero después, antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba pasando, le separó los brazos del cuello y, de forma suave aunque firme, la alejó de él.

Tenía el rostro crispado y pálido, y una expresión vacía de emociones.

—Señorita Honeywell —dijo con una cortesía tan despegada como lacerante —, creo que hay un malentendido.

Maggie aún sentía el beso en los labios y el cuerpo tibio debido a su abrazo. Tardó un largo momento en registrar el cambio de actitud. Él se había erguido por completo y mostraba ante ella toda su intimidante estatura. Su actitud ahora, desdeñosa y fría, era la típica de los aristócratas, y también hablaba como ellos. De hecho, sus palabras, al alcanzarla, le parecieron gotas de agua helada.

—No se confunda conmigo, señorita. Su actitud entregada es muy tentadora y me gustaría aceptarla, pero la reputación con la que cargo ya es lo bastante oscura como para dejarme llevar mucho más allá. Además, debo decir que no suelo tener la necesidad de fingir que soy otro hombre para seducir a una mujer atractiva. —En ese momento, dibujó una media sonrisa burlona—. Ese tal Nicholas por el que suspira tuvo mucha suerte al ser capaz de inspirarle a usted semejante devoción, pero, por desgracia, no soy él.

—Sí que lo eres. —Por fin recuperó la capacidad de razonar—. ¿Me tomas por tonta? ¿Crees que no te reconocería, por mucho que disfrazaras tu forma de actuar? Supe que eras tú desde el primer momento, nada más verte. ¿Por qué crees que me desmayé por primera vez en mi vida?

—Porque estaba enferma —respondió impertérrito.

Maggie se estremeció y, como era habitual en ella, se enfureció. ¿Cómo se atrevía a utilizar su enfermedad para ganar una discusión? Era una táctica que Fred empleaba muchas veces y que no era digna de un hombre como el que ahora estaba frente a ella. Abrió la boca para decírselo.

Pero, justo en ese momento, fijó la atención en el joven criado de St. Clare. El chico los miraba a los dos con mucho interés mientras controlaba los caballos.

Maggie se angustió. ¿La habría oído llamar Nicholas a su amo? ¿Los había visto besarse? Se sonrojó con mucha intensidad, se separó de St. Clare de forma abrupta y echó a andar por la hierba.

St. Clare se puso a su altura de inmediato y le ofreció el brazo sin decir nada. Maggie lo aceptó a regañadientes.

—Enzo solo entiende el inglés suficiente como para ocuparse de los caballos —dijo, y pareció que le estuviera leyendo el pensamiento.

—Ya... ¿Y también está ciego?

—Me temo que no. Pero no debe temer que vaya por ahí contando nada. Aunque supiera tanto inglés como para ir con cotilleos a otros sirvientes, no se rebajaría a hacer tal cosa. Su lealtad es absoluta.

—Es bueno saberlo.

—Señorita Honeywell...

—También reconocí la letra, ¿sabes? —Notó cierta tensión en el brazo de St. Clare mientras avanzaban—. ¿Cómo no iba a hacerlo? Yo te enseñé a leer y escribir. ¿Acaso eres capaz de pensar, siquiera por un segundo, que podría olvidarme de eso?

—Está equivocada —insistió St. Clare en voz baja.

—¿Y cómo supiste que no fui yo la que respondió a tu nota? No hace falta que respondas, es evidente. Después de todas las horas que pasé escribiendo palabras y frases para que las copiaras en tus cuadernos, seguro que tienes mi letra grabada en la mente.

Empezó a respirar con dificultad y a sentir un peso en el pecho. El corazón le latía más deprisa y los pulmones empezaron a trabajar con más intensidad para simultanear el paso y la conversación.

—Había empezado a convencerme a mí misma de que no podía ser —confesó, y reconoció los primeros indicios de pérdida del aliento en su voz—. De que solo era un gran parecido. Me dije a mí misma que el verdadero Nicholas habría venido a verme enseguida. Que en cuanto hubiera puesto de nuevo el pie en

tierras inglesas habría venido a buscarme a Somerset. No habría pasado un mes en Londres jugando y enredándose en duelos. —Le lanzó una mirada acusatoria—. Pero no fue un duelo cualquiera, ¿a que no? Fue un duelo con Frederick Burton-Smythe. Por lo que veo, el odio que le profesas supera con creces tu amor por mí.

La expresión de St. Clare se endureció.

—No sabe de lo que está hablando, señorita.

—¡Pues explícamelo! Dime en qué estoy equivocada.

—En todo. Está equivocada en todo.

—No pretendo entender cómo es que has venido aquí ni por qué finges ser vizconde...

—¡Soy vizconde! —interrumpió.

Lo dijo con tal convicción que Maggie estuvo a punto de creerle. A punto.

—Si no confiabas lo suficiente en mí como para contarme la verdad, ¿por qué me buscaste? Tenías que haber sabido que iba a reconocerte.

—Fue usted quien me buscó —puntualizó St. Clare—. Para rogar por la vida de Burton-Smythe, más en concreto.

—No me refiero a ese momento, sino a después. En el teatro, y hoy, y... —Maggie titubeó—. Si soy una extraña para ti, entonces... ¿por qué me has besado?

—Si cree que debe preguntarme eso, solo puedo deducir que minusvalora muchísimo sus atractivos. —St. Clare la miró con estudiada indiferencia—. Mírese al espejo. Es usted una mujer de una belleza poco común. ¿Qué caballero no la besaría si le animara a hacerlo?

—Y se supone que yo te animé, ¿no es así?

—¿No lo hizo?

Maggie frunció el ceño.

—No... Puede que sí... ¡No lo sé! ¿Es que quieres provocar una discusión? ¿O lo que pasa es que quieres hacerme daño?

Creyó notar que algún tipo de emoción le recorría el rostro, pero no supo identificarla.

—No quiero hacerle daño. Ni ahora ni nunca. Por lo menos debe creerme en eso, aunque no me crea en nada más.

—Llevas la última década haciéndome daño, día a día. Me rompiste el corazón.

El rostro de St. Clare enrojeció. Una vez más, se volvió para mirar la pradera que tenían por delante. Parecía que tenía el perfil grabado en piedra.

—Le ruego que me perdone. Me he comportado de forma inadecuada e indecorosa. Ese beso ha sido por entero culpa mía. Le ruego que me disculpe por

la angustia que haya podido causarle.

—Y ahora te burlas de mí.

—No, ni mucho menos... —Se interrumpió y rezongó para sí algo que se parecía bastante a un juramento de frustración—. ¡Esta conversación es una locura! ¡Una completa locura!

—Sí, estoy de acuerdo, lo es. —Maggie se llevó la mano enguantada a la mejilla, ya bastante sonrojada.

Si Bessie hubiese estado allí, ya le habría advertido a Maggie de que llevaba camino de tener una crisis. De que toda ese nerviosismo iba a conducirla directa a un desmayo. Y así era, en efecto. Pero no eran solo los nervios y el acaloramiento. Esa mañana había caminado mucho con Jane y ahora, ya debilitada, volvía a caminar con Nicholas... Bueno, con St. Clare. Así que no era sorprendente que estuviera perdiendo el aliento.

—Puede que me haya vuelto loca —admitió—. Supongo que es así si lo he confundido con Nicholas Seaton. Loca de atar. Debe dejar de verme de ahora en adelante. Interrumpir nuestras relaciones.

—No voy a hacer nada parecido a eso. —Hizo una pausa antes de continuar—. Tengo la intención de cortejarla.

Si St. Clare hubiera agarrado un mazo y la hubiera golpeado en la cabeza con él no se habría sorprendido tanto.

—¿Cortejarme? ¿A mí? ¿Pero... por qué?

—¿Por qué corteja un caballero a una dama?

—No querrá decir que... —¿Casarse? Ni se atrevía a pronunciar la palabra. Era una idea ridícula. Impensable.

Y del todo imposible.

Al cabo de seis meses iba a casarse con Fred. Tenía que casarse con Fred. Era su obligación tener en cuenta Beasley Park: la mansión, la tierra, los arrendatarios. Era su hogar. Por derecho de nacimiento.

Había llegado tarde. Nicholas Seaton había regresado con ella, pero había llegado tarde.

—Veo que la he dejado sin habla —murmuró St. Clare.

Maggie recorrió el parque con la vista sin buscar un objetivo concreto. La cabeza le daba vueltas. ¿Cuánto habían caminado? A su alrededor no había nadie: ni carruajes, ni jinetes, ni personas dando un paseo vespertino. ¿Dónde estaba Enzo con el carruaje? ¡Por Dios, no podía respirar! Le quemaban los pulmones.

—Un poco más adelante hay un árbol caído en el que podemos sentarnos. —La

voz profunda de St. Clare interrumpió sus pensamientos—. ¿Podrá llegar hasta allí? ¿O prefiere que la lleve en brazos?

Volvió los ojos hacia él de inmediato.

—¡No estoy enferma! —La exclamación, que había intentado que fuera enérgica, le salió débil y sin aliento. Se encogió al oírse. ¡Por Dios!, ¿qué iba a pensar él?

Pero cuando St. Clare la miró, la expresión de la cara le dejó muy claro que había entendido muy bien lo que significaban el rubor de las mejillas y el silbido de la respiración.

—Hace cuatro noches, cuando se desmayó en la biblioteca de mi abuelo, su criada explicó que antes había sido su enfermera. Dijo que, de no ser por sus cuidados, usted habría muerto.

—Sí, es verdad. Bessie era mi enfermera. Pero eso fue hace muchos años y... —Maggie miró hacia delante y vio el tronco caído justo delante de un grupo de árboles.

St. Clare le rodeó la cintura con el brazo.

—Solo unos pasos más.

Llegaron al cabo de unos momentos y Maggie, agradecida, se dejó caer sobre el tronco. Tanteó con la mano las cintas del sombrero.

—No puedo respirar... —confesó mientras le resbalaban por las mejillas lágrimas de impotencia.

St. Clare se sentó a su lado.

—Permítame. —Sin hacer caso de las débiles protestas de Maggie, le deshizo él mismo los lazos del sombrero y se lo quitó—. ¿Mejor?

Maggie asintió débil. Cerró los ojos y respiró hondo. Tomó aire otra vez, y después otra vez más. Poco a poco, el ritmo enloquecido del corazón empezó a calmarse y la opresión del pecho a ceder.

—Me sentía como si fuera a ahogarme. Discúlpeme. Volveré a estar bien enseguida.

Puso todo su empeño en calmarse, en respirar con normalidad, y lo fue consiguiendo. Era tranquilizador y relajante estar allí, al aire libre, disfrutando de la brisa que soplaba con suavidad entre el ramaje y respirando el aroma limpio de los caballos y de la hierba fresca y húmeda. Y también, cómo no, tener a su lado a St. Clare; sentir la fuerza que desprendía su presencia, tan corpulenta, tan cariñosa, tan reconfortante.

El vizconde había caído en un silencio pensativo. Pasó un buen rato hasta que

volvió a hablar y cuando lo hizo fue para reprocharse:

—No tendría que haberla obligado a caminar conmigo. Y, por supuesto, no tendría que haber discutido con usted. Debo disculparme una vez más.

Alzó la cabeza para responder. El corazón le dio un brinco. Mientras había permanecido con los ojos cerrados para recuperar el aliento, él se había quitado el alto sombrero de castor. La miraba con fijeza, el pelo enmarañado y dorado brillando al sol de la tarde y los insondables ojos grises enmarcados por las cejas tupidas. Junto a él, Maggie se sentía pequeña y vulnerable de un modo femenino desconcertante para ella. Y, lo peor de todo, revivió de forma visceral el roce de los labios calientes al cerrarse sobre los de ella. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó nerviosa—. Espero no estar tan débil como para no poder pasear por el parque del brazo de un caballero. He renunciado a montar, a llevar un carruaje y a la mayoría de las actividades que me procuraban placer. Si estoy demasiado débil para caminar, de verdad que no sé ni lo que me queda ni lo que me espera.

—Y, a pesar de eso, sigue diciendo que no está enferma...

—Es que no lo estoy. Ahora no.

—¿Cuándo lo estuvo? —preguntó en voz baja.

—Hace tres años. —Maggie contestó la siguiente pregunta antes de que él la formulara—. Fue gripe. Y, según el médico del pueblo, me dejó muy debilitada y cargando con unos pulmones que quizá sean los más frágiles y débiles del oeste de Inglaterra. Esa es la razón por la que no he acudido a ningún baile desde que estoy en la ciudad. No puedo bailar ni permitirme ningún exceso de ejercicio. Me atrevería a decir que, si no fallezco en su calesa durante el trayecto de vuelta a la calle Green, podrá considerarse un hombre afortunado.

St. Clare no detectó el más mínimo humor en sus palabras. De hecho, su actitud le pareció más bien de enfado.

—¿Y cómo fue? ¿Hubo una epidemia en el pueblo?

—No, no fue tan dramático, gracias a Dios. Un arrendatario anciano de los alrededores de Beasley Park tuvo un ataque de fiebre muy virulento. Murió al cabo de cuatro días y, después de muerto, su esposa enfermó. Fue algo muy complicado. No tenían familia ni amigos cercanos. Nadie cuidaba de ella y no fui capaz de dejarla morir sola. Mi padre me prohibió que fuera, por supuesto, pero no le hice caso. —Tragó saliva. De repente, tenía la boca seca—. Estuve con ella hasta que, tres días después, murió. Y para entonces yo ya tenía fiebre también.

—Una fiebre que estuvo a punto de acabar con usted.

—Pues sí. La verdad es que estuve cerca. Hasta que vino Bessie.

Y, justo en ese momento, la fachada aristocrática y la frialdad casi heladora de St. Clare se esfumó para dar paso a una explosión de enfado.

—¿En qué demonios estaba pensando? ¿Es que su propio bienestar no significa nada para usted? ¿Es que le da igual seguir viviendo que morir? ¡Por Dios...! —Se pasó la mano por la frente—. Arriesgar la vida por... ¿por quién, por una campesina? ¿Por una persona a la que nadie le iba a guardar luto?, ¿una persona cuya muerte no dejaría huella? Es que no me lo puedo creer. Y ahora está enferma...

—¡No! —rebatió.

—¡Está enferma! —repitió lanzándole una mirada acusadora—. Por nada. ¡Por ninguna maldita razón!

—¡Deje de acusarme! Es verdad, no fue mi propio bienestar lo que puse por delante, ¡pero sí que había una maldita razón! Tenía muchas razones para estar con ella mientras se moría. Tenía la obligación de hacerlo.

—Porque tenía que actuar como señora de la hacienda —repuso él con tono ácido.

—No. No. No es que no lo fuera..., pero atender a los enfermos nunca fue... ¡Maldita sea! Si de verdad quieres saberlo, acudí porque la mujer del arrendatario... —Tenía las palmas húmedas bajo los guantes—. Lo siento mucho, Nicholas, pero la mujer del arrendatario era Jenny Seaton.

Esta vez St. Clare no rechazó que utilizara el nombre de Nicholas. Solo se la quedó mirando como si le hubiera hablado en un idioma desconocido para él.

—¿Cómo?

—Un año después de que te fueras, Jenny se casó con Ned Jensen. Puede que le recuerdes, aquel viejo solitario cascarrabias que nos gritaba cada vez que pasábamos cabalgando cerca de su casa... —Tragó saliva—. Buscaba a alguien que le cuidara la casa y Jenny lo convenció de que casarse con ella le saldría más barato que contratar a una mujer del pueblo.

—Conmovedor.

—No fue un matrimonio por amor, está claro, pero lo cierto es que se las arreglaron para llevarse bien. De hecho, creo que los dos estuvieron bastante contentos los años que pasaron juntos.

—Se las arreglaron para llevarse bien... —St. Clare dibujó una mueca burlona —. Menudo epitafio.

Maggie no tenía muy claro que pensar acerca de su reacción. Al principio parecía estar asombrado, pero después... ¡Por Dios, lo que estaba era furioso!

Nicholas nunca había tenido una relación muy cercana con Jenny Seaton. De hecho, nunca la había llamado madre. Tampoco ella merecía tal título. Era ignorante e irresponsable, notoriamente ligera de cascos y proclive a cambios de humor impredecibles que iban desde ataques de autocompasión hasta estallidos de cólera injustificada y gritona durante los cuales golpeaba a su hijo con cualquier cosa que tuviera a mano.

Pero, mientras que los maltratos que le infligía Frederick Burton-Smythe enfurecían muchísimo a Nicholas, los de su madre lo afectaban de una forma muy distinta. Maggie recordaba sobre todo una tarde en la que, tras recibir una paliza de Jenny, el chico acudió a su punto de reunión en el bosque de Beasley Park, le apoyó la cabeza en el regazo y no paró de llorar desconsolado mientras ella le acariciaba el pelo con ternura.

El recuerdo le provocó un sentimiento especial y pensó por un momento que ella también iba a llorar.

Quizá no debería haberle contado que su madre había muerto. Quizá Jenny Seaton no mereciera ni siquiera un segundo de pena o luto por parte de él. Pero el Nicholas que ella conoció había necesitado algo de Jenny, y de una manera desesperada. Maggie siempre había pensado que se trataba de amor incondicional, ese pozo sin fondo de emociones que, a falta de sentimientos por parte de su madre, ella misma, Maggie, había vertido en Nicholas.

—Lo siento mucho —repitió. Y, sin hacer caso de la frialdad que transmitía el gesto de St. Clare, extendió la mano hacia él, con la palma hacia arriba, en gesto de invitación. Una vez más, captó esa sombra peculiar cruzar los duros rasgos, pero fueran los que fuesen los sentimientos que tuviera por su madre o por el pasado no le impidieron tomarle la mano y apretársela como si quisiera protegerla.

—No tendría usted que haberlo hecho —insistió con voz ronca—. Podría haber muerto.

¡Ah! Ese era el motivo de su furia. No la muerte prematura de Jenny Seaton, sino el que Maggie hubiese arriesgado su vida por salvarla.

—Lo hice por ti.

St. Clare negó con la cabeza.

—No.

—Jenny era lo único que me quedaba de ti. Lo único en el mundo. Así que me

senté a su lado, en su cama, y le tomé la mano igual que tomo ahora la tuya. Hasta que exhaló el último aliento. Lo hice por ti. Por lo mucho que te amaba.

—No me hagas esto, Maggie, por favor.

Le dio un vuelco el corazón. Estaba lejos de ser una admisión de su verdadera identidad, pero a sus oídos se le pareció mucho. Alzó la mano y le acarició la barbilla.

—Nicholas...

—¡No! —espetó St. Clare en voz baja y áspera, pero al tiempo que le devolvía el gesto de acariciarle la mejilla—. Basta de eso.

—¿Basta de qué? ¿De la verdad? —Se le desbocó el corazón tras su caricia. Podía sentir la calidez de la piel bajo el guante y notar el poder de los músculos incluso con el ligero toque de los dedos.

Jane le había dicho que era un hombre peligroso. Letal. Y muy posiblemente lo fuese. Pero Maggie no tenía miedo.

—¿Tengo que fingir que el pasado no existió? ¿Que tú y yo nos conocimos la noche en que Bessie y yo fuimos a verte a la plaza Grosvenor?

—Por lo que a mí respecta, nos conocimos esa noche —zanjó St. Clare—. No hay ninguna necesidad de fingir.

«Por lo que a mí respecta...».

Se quedó sin aliento. Lo que le había dicho era lo más parecido a un reconocimiento de los hechos. Un reconocimiento... y también una advertencia. No deseaba hablar del pasado. No quería reconocer quién era ni lo que habían sido el uno para el otro.

Supuso que tendría sus razones. De hecho, algunas de ellas eran obvias. Fingía un estatus social que en realidad no poseía al presentarse como vizconde. Y, por otra parte, lord Allendale era el primero en mantener y alentar el engaño.

¿Podría tratarse de una estafa?, ¿una estratagema para conseguir riqueza o poder?

—Me estás pidiendo que me olvide del pasado —dijo—. Pero no lo he olvidado. Lo he mantenido vivo durante todos estos años. De hecho, nunca podría...

—Señorita Honeywell...

—Maggie.

—Maggie... —Le pasó la mano por la barbilla y se la acarició con dos dedos. Y después repitió su nombre con una suavidad que parecía imposible dado el habitual tono de barítono de su voz—. Maggie...

Lo miró con intensidad, como si así pudiera averiguar lo que estaba pensando.

—Ni siquiera sé cómo llamarte.

—¿Es que no te gusta St. Clare?

—Es un título, no un nombre.

—Es mi título —dijo—. Pero cuando estemos tú y yo solos puedes utilizar mi nombre de pila si lo prefieres.

—¿Quieres decir...? —empezó Maggie con los ojos brillantes de ilusión.

—John.

Maggie frunció el ceño. No sería Nicholas, entonces. Iba a ser John Beresford, vizconde de St. Clare. Estaba claro que no iba a admitir nada que no fuese eso.

—John —apuntó Maggie.

John. St. Clare. Milord. ¿Qué diferencia había? Lo llamara como lo llamase, era Nicholas. Su Nicholas. No obstante...

No obstante, al decir su nombre se estremeció. Se estremeció como si en realidad fuera el extraño que fingía ser. Como si no fuese Nicholas Seaton.

St. Clare esbozó una mueca un tanto burlona.

—Parece como si hubieras dado un trago de veneno. Tampoco es para tanto. —Le levantó la cara para ponerla frente a la de él al tiempo que le acariciaba el voluptuoso labio inferior—. Vamos, dilo otra vez.

Se le colorearon las mejillas con viveza.

—John.

Mientras le sujetaba la barbilla, St. Clare inclinó la cabeza para besarla.

Maggie cerró los ojos. Se le aceleró el pulso como cuando uno de sus perros de caza se acercaba a una zona especialmente peligrosa. Esa mezcla de miedo, alegría e instinto primitivo era para una Honeywell como la leche materna para un bebé. Entreabrió los labios con ávida anticipación.

Pero St. Clare se quedó rígido antes de juntar los labios con los de ella. El ruido de las ruedas de un carruaje y risas lejanas llegó con la brisa de la tarde. Sonrió con tristeza.

—Ha empezado la hora punta de los paseos sociales.

Maggie se puso rígida. Ya no era una jovencita recién salida del colegio cuya reputación había que proteger con celo, ni tampoco una de esas almas infortunadas para las que hasta el más mínimo acto debía seguir los dictados de la conveniencia social. Pero, en cualquier caso, había reglas.

Era una mujer soltera junto a un hombre soltero, una mujer soltera sentada en actitud íntima con un hombre soltero. Y no con uno cualquiera, cuidado, sino

con el vizconde de St. Clare, el mismísimo caballero que le había disparado una bala a Frederick Burton-Smythe y que le había atravesado el hombro.

Contuvo un gruñido. George Trumble la había advertido acerca de los cotilleos y lo que ella había hecho equivalía a echar combustible al fuego.

—Tenemos que irnos. —Se separó de él y se levantó tan deprisa que estuvo a punto de enredarse con las faldas.

St. Clare se incorporó de inmediato y la sujetó.

—Tranquila —murmuró—. Aún están a varios minutos de distancia. Tenemos tiempo.

—¿Para salir del parque sin que nadie nos vea?

—Me temo que eso va a ser imposible. Pero sí que hay tiempo para que tú y tu reputación quedéis a salvo a bordo de mi carruaje. Y después no seremos otra cosa que una pareja más que disfruta de un paseo vespertino por el parque.

—Pero todo el mundo está hablando ya. Si Fred oye...

—¿Y qué importa eso? —Agarró el sombrero y se lo puso, haciéndole los lazos con delicadeza antes de que pudiera protestar—. Burton-Smythe no es tu padre.

—No, no lo es, pero... Beasley Park, mi dinero, el testamento de mi padre. —Alzó la cabeza para mirarlo a los ojos—. ¡No sabes cómo están las cosas ahora!

St. Clare se tomó un momento para ponerse el sombrero e hizo un gesto de lo que a Maggie le pareció desaliento.

—No, puede que no. Pero no te quepa duda de que pronto lo sabré.



Capítulo 9

El conde de Allendale siempre había hecho mucho hincapié en la sangre fría tan extraordinaria de la que hacía gala de su nieto. Era un rasgo que St. Clare había adquirido a base de una autodisciplina durísima. Nunca dejarse llevar por el temperamento de los Beresford. Nunca permitir que la emoción se impusiera a la razón. Se había dado cuenta de que, en muchos casos, una actitud gélida servía mejor para desarbolar a un oponente que la dureza verbal o las demostraciones de fuerza física.

No obstante, nunca había estado del todo seguro de que su abuelo aprobara su conducta glacial. Hasta ese momento.

Sentado en el lujoso salón de estar de la mansión de la plaza Grosvenor, en el que dos pares de ojos astutos y descaradamente inquisitivos lo examinaban como si fuera un cuadro falsificado, St. Clare habría apostado casi lo que fuera a que su abuelo no solo aprobaba su frialdad, sino que hasta la admiraba.

Una pena que el viejo conde no fuera capaz de poner en práctica el mismo grado de contención. Solo bastó una referencia a su hijo fallecido ya hacía mucho para que montara en cólera.

—¿Y por qué demonios tendría usted que haber sabido algo del matrimonio de mi hijo? Dejé de verlo, lo mismo que el resto de la alta sociedad. ¿Acaso esperaba que le enviase un anuncio formal de su compromiso?, ¿o una invitación a su boda?

La señora Lavinia Beresford, viuda del primo segundo del conde y madre del hombre que, de no ser por la existencia de St. Clare, tendría el derecho a heredar el título, era una mujer de delgadez extrema y estupidez reconocible. Desde su llegada a la mansión de la plaza Grosvenor, que se había producido quince

minutos antes, se había sentado al borde del sofá del salón de estar y no había parado de decir bobadas con una voz de pito muy desagradable.

—¿Que he dicho qué...? —preguntó riendo nerviosa—. No puede estar pensando que mi intención era... Solo me preguntaba si... —Se volvió a mirar a St. Clare y el movimiento brusco del cuello hizo que las plumas de avestruz del sombrero empezaran a temblar como si fueran a desplomarse—. Y es normal que nos lo cuestionemos, ¿no cree? No conocí a su madre. Ni a nadie de su familia.

St. Clare no apartó la mirada. Ya sabía que eso iba a ocurrir y su abuelo lo había preparado. Iban a tener que enfrentarse antes o después a esas acusaciones. Con calma pero también con firmeza y sin protestar ni discutir demasiado.

Al menos, ese era el plan.

—¿Cómo iba a conocerla? —rugió Allendale—. ¡Mi hijo vivía en el exilio, no cortejando chicas en Almack's!

—¡Vaya por Dios! Lo he planteado muy mal, me doy cuenta. —Miró a su hijo en demanda de ayuda—. ¿Lionel?

A sus casi treinta años, Lionel Beresford no se parecía mucho al «joven cachorro» del que había oído echar pestes a su abuelo durante muchos años. En realidad, era un caballero hecho y derecho, y bastante alto, por cierto. Le faltaban solo cuatro o cinco centímetros para igualar la estatura del propio St. Clare, y el cuerpo, muy ancho, parecía que iba a hacer estallar el chaleco de colores vivos y los pantalones ceñidos que vestía.

Tenía el pelo marrón claro, rizado y estudiadamente despeinado. La barbilla carnosa descansaba sobre el nudo elaborado de un magnífico pañuelo de cuello. El gesto de aburrimiento le daba un aire de indolencia nobiliaria bien entrenada.

St. Clare lo había identificado en un principio como una especie de aspirante a dandi. Pero, tras observarlo durante un cuarto de hora, le había quedado claro que Lionel Beresford no era solo eso.

—Madre no tenía la menor intención de ofender —dijo pronunciando de forma perezosa—. Es solo que siente curiosidad. Como la sentimos todos.

Allendale traspasó con la mirada a Lionel. No había dejado de fruncir las cejas en ningún momento.

—¿Siente curiosidad, dice? ¡Maldita sea su imprudencia! ¿Qué derecho tiene a sentir curiosidad por mi heredero?

—Somos familia, tío.

—¿Cómo que tío? —explotó Allendale—. ¡Yo no soy su tío, impertinente aspirante a usurpador!

—¡Oh! —graznó de nuevo la señora Beresford, que ahora se dirigió a St. Clare —. Con qué frialdad nos mira, milord. ¡Lo que debe usted estar pensando de nosotros! ¡Que yo tengo dudas acerca de su ascendencia! Estoy segura de que su madre era una mujer excelente, aunque quizá no tan noble como nos gustaría. Y, por lo que se refiere a su padre, bueno, lo cierto es que siempre fue un tanto... agreste sería la palabra. Hizo todo tipo de travesuras, por lo que nos han dicho. Y eso de batirse en duelo con el pobre hijo de Penworthy, que era débil mental, fue, digamos, bastante deshonroso. —Se detuvo un momento y, una vez más, se rio de su propia falta de tacto—. Pero no voy a decir nada más sobre el asunto. Para nosotros, los Beresford, el pasado es un asunto delicado, ¿verdad? Aunque... —hizo una pausa y sonrió— uno no puede evitar tener que desenterrarlo a cada paso, claro está.

—¿De verdad, Lavinia? —gruñó Allendale—. Si ha venido a la ciudad a desenterrar algún tipo de escándalo, entonces...

—¿Escándalo? No creo que haya que esperar nada parecido a un escándalo. Aunque puede que la gente hable, por supuesto. Pero puede tener la seguridad de que Lionel y yo pondremos todo de nuestra parte para acabar con las dudas, o rumores, que surgieran acerca de la legitimidad de lord St. Clare. ¿Verdad que sí, Lionel?

El interpelado se tomó unos segundos para elaborar un alegato que, de forma definitiva y pese a las continuas meteduras de pata de su madre, lo situara al servicio de St. Clare de forma inequívoca, al menos en ese momento.

—Estoy dispuesto a ayudarlo en todos los frentes. Nosotros los Beresford debemos permanecer unidos.

—¿Usted un Beresford? —Allendale estalló en carcajadas—. Un antepasado lejano suyo sí que fue un Beresford, se lo garantizo, pero usted, muchacho, es descendiente de cuatro generaciones de hombres de negocios. No es usted más Beresford que mi mayordomo, Jessup, por poner un ejemplo cercano.

El anciano sirviente, que acababa de entrar en la estancia, hizo una reverencia al señor de la casa. Después anunció la llegada de lord Vickers y lord Mattingly.

—Hágalos pasar, Jessup —autorizó Allendale—. A esta farsa lo único que le falta es público.

—¿Hombres de negocios? —repitió la señora Beresford cuando Jessup salió—. Es cierto que el tatarabuelo de mi difunto marido se casó con una heredera, pero...

—Hija de un plebeyo.

—¡Oh, no! —protestó la señora Beresford—. Su padre era un caballero;

adinerado, sí, pero no era un plebeyo. Puede que hiciese algún negocio que otro, pero...

—Era dueño de una fábrica en Leeds —afirmó Allendale.

St. Clare había oído la historia varias veces. En la generación de la que estaban hablando hubo cuatro hermanos Beresford. Charles, el mayor, heredó el título. Harold, el más joven, se casó con la hija de un plebeyo. Los hijos de Harold prosperaron y ampliaron los negocios, y también sus nietos, conformando así la fortuna de la que habían vivido todos los descendientes del propio Harold.

Pero eso no era en sí mismo el motivo de los actuales prejuicios del conde. Como decía siempre, «todo el mundo sabe que Harold Beresford se parecía más a uno de los criados que a su padre». St. Clare no podía estar seguro de si, en realidad, tenían relación de consanguinidad, aunque a primera vista no parecía haber el más mínimo rastro de rasgos Beresford en el individuo. No le extrañaba que su abuelo montara en cólera ante la mera mención de que el hijo de su sobrino segundo fuese aspirante al título. Todos los rasgos físicos de los que Allendale se sentía más orgulloso en la estirpe Beresford estaban clamorosamente ausentes en Lionel. No había la menor traza del porte atlético que había caracterizado a todas las generaciones de hombres Beresford anteriores a él.

Lo que sí que tenía en vez de eso era cierto aire malicioso que se evidenciaba sobre todo en unos ojos de mirada pétrea que observaban atentos tras los párpados de apariencia falsamente indolente. St. Clare estaba seguro de que dichos ojos ya habían calculado al penique el posible valor de las obras de arte y el mobiliario del salón, y de que en esos precisos momentos procedían a evaluarle a él mismo sin excesiva sutileza.

—Lord Vickers y lord Mattingly... —repitió Lionel con falso desinterés. Sacó del bolsillo interior de la casaca una tabaquera esmaltada, la abrió con una sola mano y sacó un pellizco de rapé. Estornudó de inmediato—. ¿Son amigos suyos, milord?

—¿Amigos? —intervino la señora Beresford—. ¡Qué distinguidos! ¿Los conoces, Lionel? ¿No? Claro, es que no estamos en la ciudad tanto como nos gustaría. ¿Pido el servicio de té, Allendale? Yo lo serviré, por supuesto, dado que soy la Beresford más veterana de la habitación. Y la única, claro, porque no hay otras damas con nosotros. ¡Qué situación, con tantos caballeros solteros presentes! Aunque ese debe de ser el motivo por el que ha regresado a Inglaterra, lord St. Clare, para encontrar esposa y tener descendencia. Lionel se casará pronto, ¿verdad, hijo? Estará preparado para cumplir su obligación con el título

por si las cosas no salen como usted las ha planeado.

St. Clare fijó una mirada implacable en los ojos de la mujer. Le gustó comprobar que la sonrisa artificial iba bajando de intensidad hasta desaparecer por completo.

—No se va a servir té esta mañana, señora —informó Allendale—. Usted y su joven cachorro ya han estado aquí tiempo más que suficiente.

Solo un instante después Mattingly y Vickers hicieron su aparición, y, tras las presentaciones pertinentes, el conde, con mucha brusquedad, le ordenó a Jessup que acompañara a Lionel Beresford y a su madre a la puerta.

—Son como las setas del campo en otoño, ¿a que sí? —observó Mattingly cuando hubieron salido—. Surgen en el campo al enterarse de que reclamas el título, ¿verdad?

—Pues sí, eso parece —asintió St. Clare.

Mattingly asintió.

—Sin duda van a intentar pegarse a ti mientras dure su estancia.

Al oírlo, Vickers se mostró horrorizado.

—Supongo que no te verás obligado a pasar mucho tiempo en compañía de ese individuo, ¿no, St. Clare?

El aludido hizo una mueca de disgusto.

—Por favor, espero que no.

—Tengo una cosa muy clara —terció Allendale en dirección a su nieto con gesto de orgullo—. Si han venido a la ciudad para intentar ponerte nervioso, ahora ya saben lo que hay. ¡Mira que mantienes bien la calma, por Dios bendito! Yo nunca he tenido el privilegio de exhibir esa frialdad flemática en situaciones como esta, y habría hecho bien en seguir tu ejemplo. Aunque puede que lo hubiese hecho si esa mujer infame no hubiera tenido la desfachatez de mencionar a mi hijo conmigo presente. ¡Y después ese cachorro suyo, dándose el apellido Beresford! He tenido que controlarme mucho para no ahogarlos a los dos.

—Han alquilado una casa para la temporada —informó dijo St. Clare—. En la calle Half Moon, creo.

—Que alquilen todas las casas que les venga en gana —Allendale reaccionó con acidez—. Pero si creen que van a poder presumir de ser familiares míos...

—A no ser que quiera cortar del todo la relación con ellos, en algún momento deberá reconocerlos como parientes.

Allendale lo fulminó con la mirada al oír el razonable comentario.

—¡Largo de aquí! Ve a visitar a alguna de esas jóvenes a las que has conocido o lleva a una a dar un paseo en la calesa. Después de lo que acabo de ver aquí hoy, si

no das pronto algún paso hacia el matrimonio, me voy a ver obligado a buscar esposa y fabricar el próximo heredero yo mismo.

Vickers disfrazó con una tos el acceso de risa.

—No va a hacerlo, ¿o sí? —preguntó cuando salieron del salón de estar.

St. Clare negó con la cabeza, pero sin explicar los porqués. Ni Vickers en particular ni la alta sociedad en general sabían que, durante sus primeros años de matrimonio, lord Allendale había sufrido un accidente de carruaje en el que perdió la capacidad de tener hijos. Por eso James Beresford fue el único que tuvo.

La única forma de mantener el linaje actual del título era mediante el hijo de James, es decir, St. Clare. Y, de hecho, ese era el único valor que aportaba el vizconde a su abuelo, y este se encargaba de que nunca lo olvidase.

Como si pudiera.



Capítulo 10

El doctor Félix Hart no era ni mucho menos el médico más de moda entre la alta sociedad de Londres. No obstante, después de que pasase algo más de una hora examinándola, Maggie se convenció de que sí era el más meticuloso. Se trataba de un hombre joven, de expresión amable y forma de trabajar tranquila y analítica. No se limitó a auscultarle el corazón y los pulmones, sino que le hizo muchas preguntas y, al contrario que el médico del pueblo que la había tratado durante su enfermedad en Beasley Park, parecía tener más interés en las respuestas de ella que en el sonido de su propia voz.

Al mirarlo ahora, sentado frente a ella en la biblioteca de los Trumble, con el pelo algo alborotado y las lentes brillando por los rayos de sol que penetraban por las ventanas, empezó a sentir un atisbo de precavida esperanza.

—Los casos como el suyo son muy habituales, señorita Honeywell —dijo al tiempo que Jane le acercaba una taza de té—. Una familia con buenas intenciones y, con todo respeto, un médico de pueblo con ideas equivocadas que responde a cualquier situación cercana a la muerte envolviendo al paciente entre algodones. Lo dije una vez y he tenido que repetirlo cientos de veces: después de una enfermedad como esa, cuanto antes se reanuden las actividades diarias normales, antes se recuperará del todo la salud.

—Pero ¿cómo voy a recuperar las actividades diarias normales? —preguntó Maggie—. No estoy postrada en la cama, eso es verdad, pero también me hallo muy lejos de ser capaz de dar paseos largos por el campo, o de montar a caballo, o de casi cualquiera de las cosas que hacía antes de caer enferma. ¡Si hasta estuve a punto de perder el sentido tras un paseíto por el parque la semana pasada!

Tras terminar de servir el té, Jane se sentó en el sofá junto a Maggie.

—Maggie se siente aturdida, incluso se desmaya cuando hace algún esfuerzo. Cada vez que salimos me preocupa que pierda el conocimiento, se caiga sobre el pavimento de piedra y se rompa la cabeza.

El doctor Hart asintió comprensivo.

—Usted está débil, señorita Honeywell. Eso es indudable. No obstante, aunque es cierto que una parte de su debilidad se debe a la gripe, estoy seguro de que en su mayor parte es la consecuencia de tres años de invalidez forzada.

El doctor explicó que, tras superar la gripe, los ya frágiles pulmones de Maggie se habían deteriorado aún más debido a la falta de actividad y, en su opinión y sobre todo, a los dos periodos sucesivos de luto que la habían mantenido confinada en su casa, con pocas oportunidades de respirar aire puro y recibir la luz del sol, dos elementos esenciales para recuperarse de cualquier enfermedad.

—Yo no quiero que mis pacientes se mantengan todo el año en habitaciones oscuras con el fuego encendido. Donde se sana es al aire libre, idealmente en el campo. Aire fresco y limpio, luz solar y ejercicios cortos todos los días: una vuelta por el jardín, por ejemplo, o un pequeño paseo por el camino. No hace falta que sea nada arduo ni extenuante.

—¿Entonces cree que puede recuperarse? —preguntó Jane—. ¿Que existe la posibilidad de que llegue a estar tan bien como para hacer todo lo que hacía antes?

El doctor Hart se frotó la nariz.

—Bueno..., no, no exactamente. —Miró a Maggie—. Por lo que usted ha dicho, su vida antes de contraer la gripe era muy activa. No es probable que vuelva a alcanzar semejante nivel de vigor. Pero sigue siendo joven y no hay razones para sostener que no vaya a recuperarse lo suficiente como para volver a cabalgar o hacer caminatas. De lo que se trata es de ir recuperando las fuerzas poco a poco esforzándose sin pasarse de la raya... No sé si me explico bien.

El médico permaneció en la casa un cuarto de hora más, describió el tratamiento y las actividades que le proponía a Maggie mientras terminaba el té. Y se habría quedado más tiempo si el mayordomo no hubiera entrado para informar a Jane de que lord St. Clare y lord Mattingly habían llegado de visita.

—Les he dicho que hoy no podía recibir visitas, señorita Trumble, pero... —tosió discreto— lord St. Clare insistió mucho en que le comunicase a la señorita Honeywell que estaba aquí.

Maggie tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír. En la semana transcurrida

desde el primer paseo con St. Clare, le había visto o había recibido noticias suyas casi a diario. Una mañana se hizo el encontradizo con Jane y ella en la biblioteca Hookman's, otra se cruzó con ellas cuando salían de una tienda en la calle Bond. Había mandado grandes ramos de flores dos veces. Y otros dos días se había presentado a visitarla en la calle Green.

Las interacciones en los encuentros de la ciudad se habían limitado a un saludo cordial y a un igual de cordial «se lo agradezco mucho, milord» cuando le había ofrecido alguna ayuda. Ya fuera acercándole un libro de una estantería a la que no alcanzaba o ayudándola a subir al carruaje tras salir de la sombrerería de la calle Bond, St. Clare no perdía la oportunidad de servirla en algo.

En cualquier caso, Maggie tenía muy claro que lo que en realidad quería St. Clare era estar a solas con ella en algún momento para así tener la oportunidad de hablar, como lo habían hecho aquella tarde en el parque. Sospechaba que esa era la razón de su visita a la residencia de la calle Green.

Hasta ese momento no habían tenido la posibilidad de hacerlo, lo cual la frustraba mucho. Sus encuentros en casa de los Trumble habían sido breves y siempre con carabina. No solo había estado presente Jane, sino también tía Harriet y en una ocasión incluso George.

Como resultado, las conversaciones con St. Clare se habían limitado a lugares comunes. Alguna vez había intercambiado frases con Jane y bromeado con George, pendiente en toda ocasión de hablar en voz baja para no despertar a la siempre durmiente tía Harriet. Cuando se dirigió a Maggie fue para hablar sobre el tiempo o mencionar la adquisición de un purasangre en Tattersall's.

Era evidente que la cortejaba y su comportamiento no merecía el más mínimo reproche. Pero Maggie se daba cuenta de que cada vez lo frustraba más la formalidad excesiva del proceso.

—Pues será mejor que los acompañe hasta aquí, Carson —le indicó Jane al mayordomo.

—Pero aún no hemos terminado de hablar con el doctor Hart —objetó Maggie.

—No se preocupe, señorita Honeywell —la tranquilizó el médico al tiempo que se levantaba—. Tengo otra cita, así que, de todas formas, me tengo me marchar.

—Gracias, doctor —le agradeció Jane sonriendo—. Todavía no he visto a lord St. Clare enfadado y la verdad es que no soy tan imprudente como para provocarlo.

—Me gustaría hablar a solas con él si es posible —le confió Maggie a su amiga tras la marcha del doctor—. Si puedes organizarlo...

Jane frunció el ceño.

—Pues, la verdad, no sé cómo podría sin arriesgar la reputación de ninguna de los dos. A no ser que... Podríamos pasear por el jardín, ¿verdad? Me quedaré un poco atrás con lord Mattingly y, si el vizconde y tú os adelantáis unos pasos, podréis hablar con cierta tranquilidad.

Maggie le dio un beso rápido en la mejilla a su amiga.

—¡Eres un ángel!

Jane tenía sus dudas.

—¿De verdad te gusta? Es atractivo, eso no se puede negar. Y rico, si es cierto lo que cuentan. Pero me da la impresión de que hay algo más...

—¿El qué?

—Algo debajo de la superficie..., algo frío y despiadado. Es como si careciera de cualquier tipo de ardor. Si te digo la verdad, me da bastante miedo.

Maggie recordó el abrazo de St. Clare en Hyde Park, la forma de rodearla con los brazos, la boca pecadora que capturó sus labios en un beso lento y devastador.

—Por supuesto que es ardiente.

Jane alzó las cejas y puso cara de susto.

—¡Maggie, dame tu palabra! No habrás hecho nada indecoroso con él, ¿verdad?

Antes de que Maggie pudiera contestar, el mayordomo hizo pasar a lord Mattingly y a St. Clare a la biblioteca. También podía haber hecho entrar a un criado con librea a rayas, pues la figura de St. Clare en medio del salón de estar, rodeado de paredes forradas de madera y estanterías relucientes llenas de volúmenes con cubiertas de cuero, y de pie sobre una alfombra Aubusson, era la viva imagen de la nobleza centenaria. Todo muy adecuado y protocolario. Pero St. Clare no era tan refinado como parecía.

Jane tenía razón. Algo acechaba bajo la superficie, algo frío y depredador. No resultaba obvio a primera vista. De hecho, su apariencia era tan inmaculada como siempre, vestido con pantalones color caramelo y una casaca de corte impecable y tejido finísimo. A su lado, la presencia de lord Mattingly empalidecía hasta la insignificancia.

Sin embargo, para Jane no era así. Pese a que mantenía muy bien la compostura y desempeñaba sin tacha su papel de anfitriona, Maggie se daba perfecta cuenta de la atracción que sentía su amiga por el caballero que acompañaba a St. Clare.

—No tenemos por qué estar aquí dentro toda la mañana, ¿no les parece? Sería una pena desaprovechar el tiempo tan espléndido que hace. ¿Por qué no damos una vuelta por el jardín? —sugirió Jane.

La mirada gris de St. Clare no se apartaba del rostro de Maggie, y así había sido desde el momento en el que su amigo y él habían entrado en el salón de estar. La contemplaba como si no existiera nada más en el mundo, lo que causaba una sensación extraña a la joven. Nervios, sospechaba. O eso, o una forma de ilusión juvenil. Después de todo, se trataba de un hombre al que había besado. O, más bien, de un hombre que la había besado a ella de modo más intenso e íntimo que nadie en su vida. Era imposible estar frente a él y no tener eso presente. Y también era imposible no desear que ocurriera de nuevo.

Durante muchos años había soñado con el regreso de Nicholas. Años imaginándose cómo sería volver a estar juntos, abrazarlo, amarlo, casarse con él.

—¿A usted también le apetece salir a dar un paseo? —preguntó St. Clare, formal.

Tenía la boca seca. ¡Dios del cielo! ¿Había estado mirándolo fijamente? Se mojó los labios.

—Sí, el ejercicio me vendrá bien.

La miró y a Maggie le pareció que quería decir algo más. Y no le cabía duda de que lo haría cuando estuvieran solos. Su situación en Hyde Park no había sido del todo buena, había estado a punto de desmayarse... una vez más. No era extraño que la considerase una inválida. Le puso la mano en el brazo para seguir a Jane y a lord Mattingly hacia el jardín trasero de la residencia de los Trumble.

Brillaba el sol y entre las ramas de los árboles frutales soplaba una brisa suave lo bastante fresca como para justificar el chal de cachemir que Maggie llevaba sobre los hombros. St. Clare adaptó el paso al de ella. Se mostraba muy solícito, caballeroso; tan atento a su fragilidad como la propia Bessie.

Maggie miró de soslayo el atractivo perfil de su acompañante, aunque solo un instante. La felicidad de verlo de nuevo a solas se veía lastrada por una molesta sensación de vergüenza.

¡Si al menos fuera capaz de comportarse de forma parecida a como lo hacía antes de la enfermedad! Ser la Maggie Honeywell que él quizá recordaba, una joven con mucho carácter y con un corazón bravo y temerario.

Por aquel entonces se atrevía con todo. No había ni un atisbo de fragilidad o flaqueza; ningún miedo a sufrir el menor daño, hiciera lo que hiciese.

Su padre había sido igual de joven: una auténtica fuerza de la naturaleza. Su muerte, cuando se produjo, fue rápida e indolora. Le falló el corazón durante la gran cacería de otoño de Beasley Park. Cayó del caballo y antes de tocar el suelo ya estaba muerto. Sin duda era el final que él habría deseado, que la llama se apagase

de repente en pleno fulgor.

Mientras tanto, Maggie había tenido que soportar que su propia llama se debilitase y muriese, que pasara a ser un rescoldo entre las cenizas de lo que había sido su vida anterior.

¡Si Nicholas hubiera regresado antes...! ¡Si hubiese podido verla antes de que el contagio de la enfermedad de Jenny Seaton le atenazara los pulmones con sus zarpas asfixiantes! ¡Si...!

—Estás muy callada —comentó St. Clare.

Lo miró y esbozó una sonrisa discreta.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—¿Quieres compartir conmigo alguna de ellas?

Bastante por delante de ellos, Jane y lord Mattingly desaparecieron en una curva hacia la izquierda del camino. El jardín de los Trumble no era demasiado grande, pero lo que le faltaba en extensión quedaba compensado más que de sobra por una estructura y una ornamentación excelentes. Allá donde se mirase se veían pérgolas, enrejados y pajareras colocadas con ingenio que ofrecían rincones de intimidad escondidos entre los árboles y los parterres.

Maggie se detuvo ante un banco de piedra. Un enrejado lleno de rosas protegía la parte trasera y la hiedra trepadora los laterales. Era el lugar más adecuado para una conversación privada.

—¿Nos sentamos?

Una expresión de alivio que resultaba casi cómica cruzó el rostro de St. Clare.

—¡Sí, por favor! Llevo casi toda la semana buscando el momento de estar a solas contigo.

Maggie se rio.

—Ahora es bastante más difícil, ¿verdad? Ya no somos niños. —Tomó asiento en el banco y se arregló las faldas del vestido de muselina. Era uno de los vestidos nuevos que le había confeccionado *madame* Clotilde. La costurera de moda en Londres era tal cual le había explicado Jane: una francesa menuda, de mirada aguda y edad indefinida, que manejaba la aguja como un hada madrina manejaría la varita mágica.

Maggie había dejado atrás la primera flor de su juventud, eso era evidente, y la enfermedad le había arrebatado la figura que la hizo famosa en su primera temporada, pero los diseños de la modista francesa habían logrado devolverle el atractivo con colores adecuados y favorecedores, y con cortes que ceñían justo los lugares precisos.

St. Clare se sentó a su lado. Cerca. Demasiado cerca.

—Señorita Honeywell...

—No puedes seguir negándolo.

—Debo hacerlo, ya te lo he dicho. No soy ese amigo tuyo de la infancia, como quiera que se llamara.

—Nicholas Seaton. —Se inclinó hacia él y las rodillas de ambos se rozaron. Fue un roce mínimo, de escasa intimidad, la pierna de ella cubierta de muselina contra la de él envuelta en lino. No obstante, Maggie la sintió hasta lo más profundo de su ser. Se le aceleró el corazón—. Pues es extraño que te parezcas tantísimo a él.

—Un parecido, si es que lo hay, y por grande que sea, no demuestra nada. ¿Has dicho que fue hace diez años la última vez que viste a tu amigo?

—Diez, sí. No veinte ni treinta. Si lo piensas, es muy poco tiempo en realidad.

—Diez años son toda una vida.

—No convierten a nadie en un extraño. A ti te reconozco sin vacilar. No has cambiado tanto.

Hizo una mueca mínima con la comisura de los labios.

—Ese señor Seaton debía de ser una copia exacta mía, según parece. Un gemelo.

—No. Tanto como eso no. No del todo. Eres más ancho que él. Y también más alto. Pero la cara...

La miró divertido.

—¿Qué pasa con mi cara?

—Tus ojos. —Le sostuvo la mirada. Sintió un escalofrío en el vientre. Lo reconocía con cada fibra de su ser. Un extraño no podría producir ese efecto en ella—. Estoy segura de que reconozco a mi amigo.

Inclinó la cabeza hacia ella, lo bastante como para poder besarla.

—Como te he dicho antes —murmuró—, tu amigo es un hombre afortunado.

Maggie se sintió frustrada e irritada a partes iguales.

—Si vas a seguir insistiendo en esa ficción...

—No es una ficción, querida. Es un hecho incontestable.

«Querida».

¡El muy granuja! Estaba disfrutando con esto, fuera quien fuese. No se perdía ninguna de sus reacciones, registraba y reaccionaba hasta al más mínimo cambio de humor... para disfrutarlo.

—Muy bien, de acuerdo —dijo con tono ofendido—. ¿Dónde naciste?

—En Venecia —respondió sin vacilar.

—¿Y tu madre?

—Una dama procedente del norte de Italia. Mi padre se casó con ella en el extranjero y murió en el parto.

Maggie apretó los labios. No le creyó. No podía creerle, pues eso supondría no creer en lo que conocía por sí misma, por la evidencia de sus propios ojos, de su propio corazón.

—¿Cómo se llamaba?

—Giovanna.

—Por tanto, no era Jenny Seaton.

Sonrió.

—Ni remotamente.

—¿Y tu padre fue el vizconde St. Clare, el anterior a ti? ¿El caballero que huyó de Londres tras matar a un hombre en un duelo?

La expresión de St. Clare se ensombreció.

—Has oído las historias, por lo que veo.

—Susurradas —confirmó—. ¿Es cierto lo que cuentan?

—Sí, en esencia. —Guardó silencio por un instante—. Mi padre le disparó al hijo pequeño del duque de Penworthy. El chico era estúpido de nacimiento y apenas tenía veinte años en ese momento. También tenía fama de exaltarse con facilidad. Casi todo el mundo había aprendido a no tener en cuenta sus insultos. Pero mi padre...

—Dijiste que tenía fama de buen tirador.

—Lo era. Demasiado bueno. Cualquier jovenzuelo con ganas de demostrar algo y destacar quería desafiarlo en duelo. Era algo así como un rito iniciático.

—Pero supongo que no se batiría en duelo con todos los que lo desafiasen, ¿no?

—Pues... no lo sé, la verdad. —St. Clare frunció el ceño—. Por lo que me dice mi abuelo, mi padre era un exaltado. No siempre actuaba con criterio. Cuando el hijo de Penworthy murió a causa de sus heridas, mi padre se vio obligado a huir al Continente. Murió al cabo de unos años.

—¿No llegaste a conocerlo?

Negó con la cabeza.

—Fue mi abuelo quien se encargó de mi crianza.

Por primera vez, a Maggie la asaltó una sombra de duda. Pero la descartó de inmediato. Era imposible que la historia fuese cierta, que de verdad se tratase de lord St. Clare, heredero del conde de Allendale.

Porque era Nicholas Seaton. Tenía un físico idéntico al de él. Escribía como él. La abrazaba como él lo hacía y pronunciaba su nombre, Maggie, de la misma

forma.

Había diferencias, era cierto. Marcadas diferencias. No se comportaba como Nicholas. Y tampoco hablaba como él. Se expresaba con el tono y el vocabulario culto de un caballero y conversaba con facilidad sobre arte, música e historia.

Nicholas apenas había leído ni viajado. Pero nunca había sido frío. Todo lo contrario: era apasionado y afectuoso. Vehemente cuando se enfadaba, sí, pero siempre dispuesto para una sonrisa y una broma. De hecho, y pese a las dificultades de su infancia y juventud, se reía a menudo y con facilidad.

Se preguntó qué vicisitudes habría sufrido para convertirse en vizconde de St. Clare, qué habría tenido que sacrificar para transformarse en el caballero que ahora era.

Pero se temía que ya sabía la respuesta. Había sacrificado su pasado. Lo había borrado por completo, incluida ella.

—Viajamos mucho —detalló St. Clare—. Mi escolarización fue, como poco, caótica. Pero viví muchas aventuras. Ningún hombre podría desear mejor educación.

—Cuéntame —lo animó.

Y le contó. Le contó cosas de su juventud. De un conde griego con el que navegaba en velero por el Mediterráneo. De un italiano peligroso de corta estatura que, en Venecia, le enseñó a usar la espada con maestría. Y del intelectual siempre enfadado que su tío había contratado como tutor y que los había seguido sumiso desde Italia hasta Egipto y de vuelta a Italia, hasta expirar tras una borrachera al salir de una taberna nada recomendable de Roma.

—Conocí a lord Mattingly y a lord Vickers poco después de que a Napoleón lo exiliaran a Roma —le refirió—. Viajamos juntos durante un año hasta que mi abuelo me obligó a regresar con él.

—¿Y después?

Se encogió de hombros.

—Después volví a casa, a Inglaterra.

De repente, Maggie se enfadó con él.

—Aunque la verdad es que nunca ha sido tu casa, ¿no es así? De hecho, debes de sentirte muy extraño aquí después de toda una vida en el extranjero.

—No me siento extraño —la contradijo—. No ha habido un solo día de mi vida en el que mi abuelo no me hablara de Inglaterra y de Londres. Me lo ha explicado todo sobre la alta sociedad y los pilares de nuestro Estado. Siempre supe que mi destino era regresar aquí.

Tuvo que dejar de mirarlo durante un momento para evitar el riesgo de volver a enfadarse. ¡Por Dios bendito! Tenía ganas de sacudirlo hasta obligarlo a decirle la verdad.

Pero no podía obligarlo a hacer nada. No se atrevería a hacerlo mientras hubiera una posibilidad de que fuese cierto lo que contaba, no mientras existiera la más mínima sombra de duda acerca de quién era. Y tenía dudas, más ahora que antes de que le contara su historia en el extranjero. ¿Cómo no iba a tenerlas, dadas su apariencia y su forma de hablar? ¿Cómo no, si era rico y gozaba de un título y del apoyo total del conde de Allendale?

—¿Se te hace duro vivir con tu abuelo teniendo la edad que tienes? —le preguntó.

—¿En la plaza Grosvenor? —Se encogió de hombros—. A veces. Pero no siempre estoy allí.

—¿Tienes otra residencia?

Durante unos momentos pareció que no iba a responder. Pero lo hizo.

—Tengo habitaciones en el hotel Grillon's. Así puedo tener un poco de intimidad de vez en cuando. —Hizo un gesto mínimo de disculpa—. No es algo que le cuente a casi nadie.

—Habitaciones en el Grillon's.

Notó calor en las mejillas. No era una ingenua, sabía muy bien por qué los caballeros tenían habitaciones en un hotel. Intimidad, sin duda…

—¿Por qué has vuelto? ¿Tienes la intención de establecerte aquí?

—Sí, ya te lo he dicho. Tengo la intención de cortejarte.

Maggie lanzó un bufido de exasperación.

—¿Con qué objetivo? —Había decidido ser tan directa como él misterioso—. No puedo casarme contigo.

St. Clare se quedó rígido y la miró a los ojos.

—Y sí, ya sé —dijo enseguida para evitar la vergüenza—. Sé que no me has propuesto matrimonio, ni siquiera lo has mencionado, pero el objetivo natural de un cortejo es…

—¿Y por qué no?

—Porque no puedo casarme, ni aunque quisiera. ¿Es que no lo entiendes? Has llegado muy tarde. —Se levantó del asiento al tiempo que sentía el espasmo de una angustia inimaginable—. Seas quien seas, has llegado un año y medio tarde.

Capítulo 11

St. Clare agarró a Maggie por la cintura con delicadeza y tiró de ella para que volviera a sentarse a su lado. Lo hizo a regañadientes, y más cerca de lo que había estado antes.

—Explícamelo —rogó St. Clare—. Quiero entenderlo.

No podía mirarlo. No lo haría. La realidad de su situación estaba demasiado llena de emociones. Ya era bastante horrible que tuviera que contemplar la posibilidad de casarse con Fred, pero ¿perder para siempre a Nicholas? Acababa de regresar a su vida, ¿cómo iba a dejarlo marchar? La injusticia de la situación era para echarse a llorar. Y no quería hacerlo.

—¿Qué más podría decirte? —preguntó—. Creía que estaba muy claro.

St. Clare le deslizó las manos desde la cintura hacia la mano, ahora sin guante. Él tampoco los llevaba. Se los había dejado al mayordomo, junto con el sombrero y el bastón de paseo, lo cual no era inapropiado ni indecoroso. Estaban en un jardín privado, no en un lugar de paseo público. No obstante, a Maggie no le parecía del todo adecuado, más bien lo contrario. Sentía el roce de su piel como algo muy íntimo. Ilícito. Sensual, más allá de lo permitido.

Las manos de él no eran las de un aristócrata consentido e inútil. Eran grandes y fuertes, los dedos largos y casi elegantes, con alguna callosidad allí donde retenía las riendas y agarraba la fusta. Las manos trabajadas de un deportista.

Eran las manos de Nicholas, estaba segura.

—¿Lo que me has dicho tiene algo que ver con el señor Burton-Smythe? —preguntó en voz baja—. Me explicaste que era algo así como... tu tutor legal.

Sin poderlo evitar, devolvió la presión afectuosa de los dedos de St. Clare.

—Tiene el control de todas mis propiedades y también de mi dinero.

—¿Hasta cuándo?

Por fin se volvió para mirarlo a los ojos y se le encogió el corazón.

—Tengo que casarme antes de que pasen algo menos de seis meses. De no hacerlo, todo irá a parar a Fred.

St. Clare se tensó.

—Muy bien, entonces no hay problema...

—No lo entiendes. Él debe conceder su permiso. Debe ser alguien de su elección o que él apruebe.

—En otras palabras...

—En otras palabras, el propio Fred. Está claro que no le dará su aprobación a nadie.

St. Clare movió de modo involuntario un músculo de la mandíbula.

—¿Y si no te casas con él? ¿Si te casas con alguien sin que lo autorice?

—Perderé mi fortuna y Beasley Park con ella.

Si St. Clare hubiera sido de verdad Nicholas Seaton, habría comprendido el significado exacto y completo de sus palabras. Nicholas sabía muy bien lo que Beasley Park significaba para ella. Formaba parte de su ser, tanto como el propio Nicholas. Estaba impregnada del amor por su tierra.

Pero St. Clare no pareció darse cuenta real de las dificultades que implicaba el poder absoluto de Fred sobre ella.

—No necesito tu fortuna —aseguró—. Tengo la mía propia.

Ahora fue Maggie quien se puso muy tensa.

—¿Estás sugiriendo que le permita quedarse con Beasley Park?

—¿Por qué no? Si hay que elegir entre la hacienda y tu felicidad...

—La hacienda es mi felicidad.

St. Clare le apretó la mano de forma casi imperceptible.

—¿Te casarías con Burton-Smythe para no perder tu hacienda?

—¡No quiero casarme con él! Pero debo poner por delante Beasley.

—Temes lo que pueda hacer con la hacienda, ¿es eso? Crees que no sabrá gestionarla y la llevará a la ruina...

—No es eso... —admitió.

De hecho, según la carta que había recibido hacía poco del señor Entwhistle, las decisiones que había tomado Fred respecto a Beasley Park hasta ese momento habían sido acertadas; hasta generosas, podría decirse. Incluso había aprobado un plan para reemplazar los tejados viejos de los arrendatarios, un proyecto bastante

costoso que había propuesto la propia Maggie.

—Lo que pasa es que... me pone en una situación imposible.

—Nada es imposible —sugirió St. Clare.

—Algunas cosas sí que lo son. Créeme, si hubiera alguna salida viable, ya la habría puesto en marcha yo misma. Tal como están las cosas, tengo la intención de consultar con un abogado especialista en testamentos y herencias, aunque apenas albergo esperanzas. Mi padre dejó muy clara su voluntad.

—¿Qué puedo hacer para ayudar? Mi abuelo tiene abogados y también conoce a investigadores privados. Si se trata de un asunto legal...

—No necesito tu ayuda, gracias. Yo me encargaré. Y también de Fred. No necesito ninguna...

—No seas terca solo por serlo. Por favor, déjame serte útil. Si no lo hago, me voy a volver loco.

Lo miró con gesto irónico.

—Pareces demasiado interesado para haberme conocido hace solo quince días.

En el gesto de St. Clare no había el más mínimo rastro de humor. Ya no.

—Me conozco..., señorita Honeywell.

—Lo mismo me pasa a mí. Tengo que solucionarlo por mí misma. Aparte de las cuestiones puramente legales, he de tener más cosas en consideración. Fred es... Fred. —Se soltó de la mano de St. Clare—. Si fueras Nicholas Seaton, lo entenderías mejor que nadie.

Justo en ese momento, Jane apareció al final del sendero del jardín con lord Mattingly pegado a los talones.

Maggie se levantó del banco de piedra con una sonrisa artificial en la boca.

—¡Aquí estáis! Ya me estaba preguntando dónde habríais ido.

* * *

La tarde siguiente, tras volver del salón de boxeo Jackson's, St. Clare seguía dándole vueltas a la conversación con Maggie. Tenía la cabeza a punto de estallar. El ejercicio casi siempre servía para calmarlo, pero esa vez no fue así. Ninguno de los enfrentamientos le había servido de nada, ni siquiera en los momentos en los que se imaginaba que su oponente era Frederick Burton-Smythe.

Al entrar al vestíbulo pavimentado de mármol de la residencia de la plaza Grosvenor, se quitó los guantes y el sombrero, y se los pasó a Jessup.

—Lord Allendale requiere su presencia en la biblioteca, milord —le anunció el veterano y anticuado mayordomo.

St. Clare se pasó la mano por el pelo alborotado.

—¿Ahora?

—Justo después de su regreso. Me lo dejó muy claro.

St. Clare se dirigió a la biblioteca. Si su abuelo deseaba verlo con tanta urgencia, no podía ser para nada bueno, así que lo mejor era lidiar con eso sin demora.

Entró sin llamar y encontró a Allendale sentado tras el escritorio de madera, hecho de caoba artísticamente labrada. Inclinaba la cabeza sobre lo que parecía ser un periódico.

—¿Quería verme? —St. Clare cruzó el despacho, cuyo suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra, y se quedó de pie frente a él.

La biblioteca de la casa de la plaza Grosvenor era una habitación muy masculina que olía tabaco de pipa y a cuero. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera combadas bajo el peso de los libros, tanto antiguos como nuevos. Abundaban los volúmenes sobre viajes, arqueología e historia natural, que abarrotaban toda la superficie. Además, se complementaban con mesas taraceadas con mapas del mundo, además de un magnífico globo terráqueo que descansaba sobre una mesa alta de madera tallada.

Allendale alzó la vista del periódico y frunció el ceño.

—¡Vaya! ¡Por fin has vuelto! —Señaló el sillón de cuero que estaba frente al escritorio con gesto autoritario—. Siéntate.

St. Clare obedeció.

—¿Me esperaba más temprano? No se me ocurre por qué. —Su abuelo sabía que esa mañana iba a ir a Tattersall's y después a practicar boxeo a Jackson's—. Durante el desayuno acordamos que cenaríamos juntos antes de ir al baile de lady Colchester.

—Eso fue esta mañana. Antes de que leyera esto. —Allendale empujó con violencia hacia él el periódico, que cruzó la mesa de escritorio. St. Clare lo detuvo antes de que cayera al suelo.

Lo abrió. En realidad no era un periódico, sino una revistilla de cotilleos. Y de las de peor gusto, además; un periodicucho lleno de libelos. Lo hojeó con gesto de repugnancia durante unos segundos y alzó la vista hacia su abuelo con el ceño fruncido.

—¿Qué...?

—Mira la segunda página —indicó Allendale—. En el primer cuarto, justo

debajo del cotilleo sobre una bailarina de la ópera.

St. Clare volvió a mirar y esa vez sí que lo vio. De hecho, hasta se sorprendió de no haber reparado en eso a la primera. Estaba allí escrito, claro como la luz de un día soleado, bajo el título «Noticias de la alta sociedad».

> *Por fin ha regresado de su exilio el conde de A. en compañía de su reluciente y dorado heredero. Pero... ¿fue el misterioso lord S. un hijo legítimo o no lo fue?*

St. Clare volvió a dejar el periodicucho encima del escritorio. Sintió un escalofrío en la espalda.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo dices? ¿Acaso no te parece suficiente? Y ya verás, hijo. Pronto crecerá. —Allendale golpeteó con un dedo la ofensiva publicación—. Así empiezan siempre estas cosas. Con una referencia mínima, solo un par de líneas y una duda en el aire, una insinuación. Pero pronto dejará de ser mínima. En cuanto Lavinia y su chico tengan algo concreto que decir al respecto.

—¿Cree que es cosa suya?

—¿De quién si no?

St. Clare no encontró nada que responder. Quién si no, desde luego.

Allendale entornó los ojos.

—No has estado haciendo nada que no hubieras debido, ¿verdad, hijo?

—No sé a qué se refiere.

—Ya te lo advertí: nada de duelos con terratenientes, nada de venganzas personales. Tú y yo tenemos asuntos mucho más importantes entre manos.

—Eso me dijo, sí.

Allendale se inclinó hacia delante con la cara enrojecida de repente.

—¡Por todos los demonios! Si flaqueas ahora...

—Cálmese, por favor —exhortó St. Clare—. No ha habido más duelos ni nada que pueda desatar rumores o comentarios.

De hecho, por lo que había podido saber, Burton-Smythe seguía recluido en sus aposentos de la calle St. James, recuperándose de sus heridas. St. Clare esperaba ansioso el momento de su reaparición.

—Te he dicho que has de tener mucho cuidado —Allendale frunció el ceño—. A lo que tienes que dedicarte es a buscar esposa para asegurar la continuidad del título en la familia. He elaborado una lista de damas adecuadas en edad fértil, todas ellas con un linaje adecuado. —Sacó una hoja de papel de uno de los cajones

del escritorio y se la pasó a St. Clare—. Estuviste con alguna la semana pasada en el teatro, entre ellas la señorita Steele.

St. Clare agarró el papel y lo dejó sobre el escritorio sin leerlo.

—Como le he dicho, seré yo quien escoja a la mujer con la que quiero casarme.

—¿Y qué has hecho al respecto? ¿Has ido a visitar a la señorita Steele o a las nietas de la viuda? Incluso esa jovencita, la hermana de Mattingly, podría servir si la prefieres a ella. Lo único que tienes que hacer es tomar una decisión y...

—Ya he tomado una decisión —afirmó St. Clare con un ardor poco habitual en él.

Allendale lo miró con atención.

—¿Y? ¿Quién es la joven?

—La señorita Margaret Honeywell.

En esa misma habitación surgió ante él, no hacía ni dos semanas, embutida en un vestido sin forma, la cara semiescondida en una penumbra que solo iluminaba el fuego de la chimenea. La sostuvo en los brazos cuando de desmayó. La sujetó contra el pecho. Ya en ese mismo momento supo lo que ahora sabía con total certeza. No podía ser ninguna otra. No habría otra mujer, sería ella.

—Honeywell, Honeywell... —murmuró Allendale como si estuviera a punto de acordarse de algo desagradable o problemático—. ¿Quién es su padre?

St. Clare dudó, pero solo un momento.

—Un hacendado de la nobleza rural que murió hace poco.

El gesto de Allendale se ensombreció.

—¿Dónde están sus propiedades? Espero que no sea en Somerset.

St. Clare se mantuvo en silencio.

—Muchacho estúpido...

—No soy un muchacho, ya no. Y ella es la dama que quiero. La única que quiero, no hay ninguna otra.

—¿Que quieres, dices? —repitió Allendale con tono burlón—. ¿Qué tiene que ver tu deseo con todo esto? Sabes cuál es tu deber. Me aseguraste que lo tenías claro y que lo asumías...

—Pensaba que lo tenía hasta que la vi. Y ahora no puedo... —St. Clare luchó para intentar explicar las emociones que lo invadían cada vez que veía a la señorita Honeywell. La reacción de ansia del corazón al verle la cara, cómo le hervía la sangre cuando hablaba o discutía con ella. Y cuando se besaron...

Todas las piezas se habían colocado en su sitio. Ahora todas cuadraban, como si ella fuera la única que faltaba y también la principal, la pieza maestra, para

completar el rompecabezas de su vida azarosa.

—No puedo imaginarme casándome con una mujer que no sea ella —afirmó.

—Entonces te falta imaginación. Cualquiera de las chicas que he nombrado antes sería adecuada como esposa. —Allendale señaló el nombre que encabezaba su lista de candidatas—. La señorita Steele compite en belleza con cualquiera que puedas encontrar. No me digas que con ella no te animarías a engendrar un heredero...

—No soy un semental de los que tiene en sus cuadras, señor —replicó St. Clare —. Además, no conoce a la señorita Honeywell.

Los ojos grises de Allendale brillaban como el pedernal.

—No necesito conocerla. De hecho, me da la impresión de que cuanta más distancia pongas entre ella y tú, más a salvo vas a estar...

—Ella no va a decir...

—¿Que no va a decir? ¿No va a cotillear con sus amigas?, ¿ni a susurrar cerca de los sirvientes? Antes de que te des cuenta, esos comentarios escandalosos se habrán convertido en acusaciones directas. Y cuando yo muera...

—Usted no va a morir pronto.

—Cuando yo muera, ¿dónde estarás tú? ¿Cómo vas a defender tu candidatura? No, no lo permitiré. Tienes que cumplir con tu deber, ¡porque es tu deber! No voy a permitir que eches a perder mis planes por una desconocida de campo.

St. Clare apretó la mandíbula. No tenía sentido continuar con la discusión en ese momento. Se levantó del sillón.

—La señorita Steele acudirá al baile esta noche —le informó Allendale—. Asegúrate de bailar con ella el vals y también la pieza de la cena. Conviértela en tu prioridad. El año próximo quiero un heredero.

—Apenas deja tiempo para el cortejo.

—¡Al diablo con el cortejo! —espetó Allendale cuando St. Clare ya le había dado la espalda—. ¡Cumple con tu deber para que pueda morir en paz!



Capítulo 12

El carruaje de los Trumble traqueteaba sobre el pavimento de la calle Green. Dentro, Maggie y Jane viajaban en silencio. No habían intercambiado ni una palabra desde que salieron de la oficina del señor Wroxham en la calle Fleet. ¿Qué podían decir? El abogado había dejado muy claro cuál era la situación de Maggie.

Miraba por la ventanilla del carruaje, pero sus pensamientos viajaban hacia Beasley Park sin que pudiera evitarlo. Recordaba a los sirvientes de la casa entre los que había crecido y a los arrendatarios a los que iba a visitar como si fueran de la familia. Tenía una responsabilidad adquirida con todos ellos. Eran su gente.

—No estás demasiado decepcionada, ¿verdad? —preguntó Jane.

Maggie se volvió a mirar a su amiga, que iba frente a ella en el carruaje.

—Estoy bastante decepcionada, sí. Pero ya me lo esperaba...

—La culpa es mía por haberte hecho concebir esperanzas...

—No digas eso. Has hecho lo que haría una amiga, una amiga muy buena y querida.

Jane suspiró. Con el vestido de paseo color pizarra y el sombrero de plumas, era la imagen perfecta de una dama elegante y sensata, acostumbrada a enfrentar los problemas de forma eficiente.

—Creía que el señor Wroxham iba a ser capaz de encontrar alguna manera de rescatarte de las restricciones que impuso tu padre en su testamento. Es una de las mayores injusticias que he visto en mi vida. Y se supone que uno de los fundamentos de la ley es, precisamente, que haya justicia, ¿no te parece?

Maggie se estiró la falda del vestido azul pálido, ajustado en el corpiño, que se

completaba con un cinturón decorativo y adornos de inspiración militar en el cuello y las mangas. Era el tipo de atuendo con el que salir a luchar por algo. Cuando se lo puso por la mañana se sintió bastante optimista, como si pudiera resolver el problema que le había planteado su padre y hacerlo con la misma energía y habilidad táctica con la que un militar conquista un objetivo en el campo de batalla. Qué tonta había sido.

—La justicia es para los hombres, quizá. Pero no para las mujeres.

—Desde luego que no —Jane se mostró de acuerdo—. Parece que tendremos que buscarla en otro sitio.

—¿Dónde?

—Acudiendo a otros hombres, me imagino. Hombres poderosos que puedan argumentar a nuestro favor.

—¿Y por qué iban a buscarse problemas por mi causa? Durante mi primer año en la ciudad no me preocupé de hacer amigos ni aliados. Todo lo contrario. Me atrevo a decir que muchos caballeros se han alegrado de que Fred se haya hecho cargo de mí.

—No había tenido eso en cuenta, querida. Se habló mucho de ti, sí. Y como rechazaste todas las ofertas de matrimonio...

—Sabes por qué lo hice.

—Sí, sí, claro que lo sé. En ese momento pensé que era muy romántico.

—Fue obstinación y estupidez, ni más ni menos. Si volviera a tener las oportunidades que tuve en aquel momento sabiendo lo que sé ahora, obraría de otro modo.

—¿Habrías aceptado a alguno?

A Maggie se le formó un nudo en el estómago al recordar a sus pretendientes. Quizá tendría que haber elegido a alguno de ellos, a un caballero amable al que poder manejar y que le permitiera gestionar Beasley Park a su manera. No había necesidad de romance. No hacía falta que fuera él.

Nicholas.

El vizconde St. Clare.

Imágenes de ambos se le mezclaban en la mente. No podía pensar en uno sin ver al otro. Pero, pese a ello, St. Clare se negaba a reconocer su verdadera identidad.

Maggie estaba empezando a preguntarse si no se habría equivocado en todo. ¿Y si él le estaba diciendo la verdad? ¿Y si la larga enfermedad y el doble periodo de luto, todos esos meses de oscuridad y soledad, le habían perturbado el buen juicio? ¿Habían incrementado tanto su añoranza de Nicholas que hasta lo veía en

un hombre que no era más que un extraño para ella? Un extraño atractivo y elegante, sí, pero un extraño en cualquier caso.

—¿Margaret? —la llamó Jane al no obtener respuesta a su pregunta.

Maggie exhaló un suspiro profundo.

—No. No me habría casado con ninguno.

—Y tampoco te vas a casar con Fred, ¿verdad?

—Quiero decirle que no.

—Pues díselo.

—No puedo. Si eso significa renunciar a mi hacienda, no puedo. —Maggie colocó las manos enguantadas en el regazo—. Beasley Park lo es todo para mí, Jane. No voy a permitir que Fred me lo quite.

—Te lo quitará de todas maneras —afirmó Jane de forma categórica—. No se va a volver más manejable cuando os caséis. Irá a peor. Los hombres como él son así, personajes odiosos que utilizan la ley para oprimir a las mujeres a las que tienen que cuidar. Margaret, de verdad, ¡es espantoso! Un abusón, un absoluto tirano. —Miró por la ventana cuando el vehículo se detuvo frente a la casa de los Trumble y contrajo el gesto—. Hablando del rey de Roma...

Maggie siguió su mirada. Era Fred, que subía los escalones de la mansión. Reconocería el pelo cobrizo y los hombros musculosos en cualquier parte. Desapareció dentro de la casa.

—¿Qué está haciendo aquí? Pensaba que aún estaría convaleciente.

El criado abrió la portezuela del carruaje y ayudó a bajar a las dos jóvenes.

—Algo ha tenido que pasar para que haya salido de sus habitaciones —aventuró Jane mientras subían las escaleras principales de la casa—. Bueno, pronto lo sabremos.

Dentro, el mayordomo las informó de que Fred esperaba en el salón de estar.

Maggie se quitó el sombrero y los guantes, y se atusó el pelo.

—Lo recibiré yo, Jane. Es mejor que hablemos a solas.

—De acuerdo —accedió—, pero solo durante un cuarto de hora. Sabes que no deberías encontrarte con él sin la presencia de una carabina. Y aún con más razón si está enfadado.

—No te preocupes, yo me las arreglo. No habrá ningún problema —prometió Maggie—. Si hay alguien a quien sé cómo manejar, ese alguien es Frederick Burton-Smythe.

Una afirmación muy valiente que se recordó al entrar en el salón de estar principal de la casa de los Trumble. Fred estaba de pie junto a las ventanas con

cortinas de damasco verde. Se volvió al oír sus pasos. Tenía el brazo derecho sujeto al pecho con un cabestrillo de tela, sin duda para aliviarle peso al hombro herido.

—Margaret. —La recorrió de arriba abajo con la mirada. El corte del vestido realzaba su figura mejor que cualquier otra ropa que hubiera vestido durante los últimos años.

—Fred. Menuda sorpresa. —Se acercó a un sillón de tapicería de *petit point* situado frente a la chimenea y se sentó. No se arriesgó a sentarse en el sofá cercano, tapizado en seda dorada, porque eso lo habría animado a tomar asiento junto a ella—. Creía que no sería conveniente para ti salir de casa tan pronto. ¿Tu médico te ha dado permiso?

Se acercó y se sentó en otro sillón, delicado y muy similar al que había escogido ella. Las patas estrechas de madera tallada crujieron al soportar el peso de su cuerpo como si protestaran.

—Estoy sano como un caballo de carreras. No fue más que una herida insignificante. —La miró con intensidad—. Supongo que habrás oído lo que se ha dicho al respecto.

—¿Te refieres al duelo? Lo que me dijeron es que lord St. Clare te superó.

Fred frunció el ceño. Su expresión pasó de la simple terquedad al enfado mayúsculo.

—Fue una mera cuestión de suerte. Hacía mucho viento, de no haber sido por eso mi bala lo habría herido a él primero. De hecho, faltó muy poco para que así fuera. Le rozó la manga. Pero me imagino que la señorita Trumble y su hermano no te habrán mencionado esa parte de la historia. Los cotillas entrometidos nunca cuentan las cosas como son.

Le mantuvo la mirada sin pestañear. Estaba claro que quería pelearse con ella. Tenía el orgullo herido.

—¿Para eso has venido a verme? ¿Para enterarte de lo que se dice, o se cotillea, sobre tu duelo?

—No sobre mi duelo. Las habladurías que circulan tratan de ti —aclaró.

Maggie alzó las cejas. Después fingió despreocupación, aunque sintió cierto desasosiego y se mantuvo en guardia.

—¿De verdad?

—Me han llegado muchas, casi incontables. De hecho, bastante gente ha venido expresamente a buscarme para darme información. Información sobre ti y el individuo responsable de esto. —Alzó el hombro con el cabestrillo por un momento, pero enseguida lo dejó caer de nuevo sobre el pecho con un golpe seco

—. He venido a averiguar si lo que me cuentan es verdad.

—¿Y cómo demonios podría saberlo yo? —preguntó—. Ni siquiera sé qué es lo que te han contado.

—Pues me han dicho que ha hecho avances contigo —explicó Fred de inmediato—. Te conmino a que me digas qué es lo que está pasando. Tengo derecho a saberlo. Si viene aquí...

—¿Es eso lo que dicen?

—¡Sí, maldita sea! Dicen que viene a visitarte. Que te han visto con él en la calle Bond y en la biblioteca Hookham's. ¡Y hasta que te ha llevado a dar un paseo en carruaje a Hyde Park! Y todo eso...

—Fred, de verdad...

Fred alzó la voz.

—... y todo eso después de que el muy canalla me disparara en el hombro!

Maggie se puso muy nerviosa. Desde muy joven, Fred había sido un exaltado y un tirano. Sin embargo, ya de mayor casi nunca había gritado, al menos a ella, y prefería ejercer su dominación con órdenes arbitrarias y condescendencia masculina.

Pero no ahora. Ahora volvía a ser, una vez más, el abusón insufrible de su niñez.

—Sé razonable —le pidió Maggie—. Fuiste tú quien le retó a él. Y quien disparó primero. Tenía que devolver el disparo. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¿Ha venido aquí a visitarte? ¿Le has recibido?

No tenía ningún sentido mentir. Para Fred iba a resultar muy fácil saber la verdad, si no la sabía ya.

—La respuesta para ambas preguntas es sí.

El rostro se le ensombreció como una tormenta.

—Lo prohíbo.

—No tienes derecho a...

—Ponme a prueba —la retó—. Te verás obligada a permanecer en Londres sin medios propios.

—Eso es una estupidez —replicó mirándolo a los ojos. No quería ceder a la intimidación—. Puedes retener mi dinero, pero no tienes ningún control sobre mi persona. Puedo ir a donde quiera y ver a quien quiera. Me puedo casar con quien yo quiera...

—¡Casarte con él! —Fred se levantó del sillón como movido por un resorte—. No te atrevas ni a pensarlo...

—Podría hacerlo.

—Margaret...

—Y procura no inclinarte sobre mí ni acosarme de esa forma tan improcedente y maleducada. Me va a dar tortícolis por torcer el cuello hacia arriba.

De mala gana, él se sentó de nuevo en su sillón.

—No preguntaré si te ha pedido en matrimonio porque sé con seguridad que no lo ha hecho. No es ningún secreto para nadie que está cortejando a la señorita Luisa Steele.

Maggie se lo quedó mirando. Durante un instante no estuvo segura de haberlo entendido bien. ¿Que St. Clare estaba cortejando a la señorita Steele?, ¿esa bonita muñeca de porcelana con la que lo había visto en el teatro?, ¿la debutante en su primera floración de la juventud?

Negó con la cabeza.

—No me lo creo.

—Pues es verdad. Salió de paseo en carruaje con ella ayer y la acompañó al baile de lady Colchester la misma noche. Si quieres saberlo todo, durante la velada apenas se separaron. Bailaron juntos el vals y también cenaron juntos.

Maggie no había acudido al baile de lady Colchester, pues guardaba las fuerzas para el que ofrecería el sábado lady Parkhurst. Sería su primer y único baile de la temporada, y tenía la esperanza de bailar el vals con St. Clare. Pero entonces...

Ayer no la había visitado. Y hoy tampoco había venido. Todavía no. Tampoco había enviado el habitual y diario ramo de flores.

—La señorita Steele es la sensación de esta temporada —prosiguió Fred—. Su padre es el hijo pequeño del conde de Lindsay, lo que la hace más que adecuada como pareja de un vizconde. La alta sociedad ya habla de su matrimonio con St. Clare. Si de verdad te está haciendo caso, no pienses que es porque quiera casarse contigo. Es porque eres...

—¿Qué soy?

—¡Vamos! A tu edad ya no puedes esperar...

—¡Pero qué estás diciendo!

—Tienes veintiséis años. Si un hombre como St. Clare te presta atención, solo puede tener en mente un objetivo, que no es precisamente que seas su esposa.

—¿Cómo te atreves? —El furor de Maggie estalló por fin—. ¿Cómo tienes la desfachatez de hacer esas insinuaciones? ¡No sabes nada de él!

—¡Nadie sabe nada! Nunca se le había visto antes en Inglaterra. Incluso hay quien dice que es hijo ilegítimo. ¿Por qué razón si no el conde de Allendale iba a haberlo mantenido escondido y en secreto durante tanto tiempo?

Miró a Fred muy disgustada.

—¿Ese es el rumor que estás propagando ahora? Sabía que eras vengativo y malintencionado, pero esto desborda todos los límites de la decencia. ¡Acusar a alguien de...!

—¡No soy yo! Está en periódicos que cualquiera puede leer. —Fred se inclinó hacia ella—. Y no es justo que me llames vengativo y malintencionado, porque lo único que busco es protegerte.

—Protegerme de St. Clare, quieres decir.

—Y de otros de su misma ralea. Mientras estés en la ciudad, eres presa fácil para ellos. Una dama que ha sobrepasado su... mejor edad, que se expone a la vista de todos en el teatro y en Hyde Park...

—¡Que he sobrepasado mi mejor edad!

—Es obvio que no buscas marido. Toda la alta sociedad sabe que estás destinada a casarte conmigo. Es lo que tu padre deseaba.

—Mi padre nunca comprendió quien eras tú eras en realidad. —Maggie empezó a ponerse en pie.

Pero Fred se adelantó, la agarró del brazo con fuerza y la levantó, obligándola a colocarse demasiado cerca de él.

Maggie se sobresaltó y se asustó mucho. Pese a sus amenazas y bravatas, Fred nunca había recurrido a la fuerza bruta. Al menos, no con ella.

—Suéltame y vete de aquí —le ordenó.

—Vas a oír lo que tengo que decirte, no vas a olvidarlo y lo vas a cumplir. —La asió con más saña aún, como si ejerciendo fuerza bruta contra ella pudiera obligarla a obedecerle—. Vete a casa, Margaret. Ya has tenido quince días de vacaciones. Más que suficiente. Vete a casa —repitió—. Y prepárate para nuestra boda.

—Nunca te he dicho que fuera a casarme contigo.

—Ambos sabemos que lo harás. De hecho, harás lo que sea para mantener Beasley Park. —Le brillaron los ojos con una luz peculiar—. ¿No hay algo dentro de ti que te indique que me amas, aunque sea un poco? No soy el ogro que crees. Y todo lo que te pido es que...

—¡Te he dicho que me sueltes y que te vayas de aquí! —Se libró de su sujeción con una sacudida—. ¿Es que crees que hay algo en el mundo que pueda hacer que te ame después de cómo te portaste con Nicholas Seaton?

Fred se quedó quieto, como si se hubiera congelado. Era como si ese nombre lo hubiese convertido en piedra. Un nombre que Maggie no había pronunciado en

más de diez años.

—¿Qué has dicho? —le preguntó en un susurro amenazador.

Maggie dio un paso atrás para separarse de él. Le latía el corazón como a una liebre perseguida por una manada de sabuesos.

—Creo que me has entendido muy bien.

Fred avanzó hacia ella.

—Ese sirviente, ese bastardo, era un ladrón y un mentiroso. Te robó tus joyas...

—Ahórrame ese viejo cuento, hazme el favor. No soy tan crédula e ingenua como mi tía Dafne. —Lo traspasó con la mirada—. Te veo exactamente como lo que eres.

En el gesto de Fred no había ni el más mínimo rastro de remordimiento por lo que le había hecho a Nicholas hacía tanto tiempo. Todo lo contrario.

—Tendrían que haberlo colgado.

—De haberlo hecho, tú serías un auténtico asesino.

Fred le lanzó una mirada acusadora.

—¿Es esa la razón por la que me sigues rechazando? ¿Por él? ¿Por qué sigues apegada a él después de todos estos años?

—¿Crees que sería capaz de olvidarlo? Me robaste la felicidad.

—Un mozo de cuadra. —Dio un resoplido burlón—. ¿Y por ese recuerdo vas a renunciar a Beasley Park? No me lo puedo creer...

El ánimo de Maggie, ya bastante bajo tras la visita al abogado, se hundió todavía más.

—No. No soy una estúpida. Aún cabe la posibilidad de que me case contigo. No me dejas capacidad de elección. Pero no te confundas: sea cual fuere nuestro futuro, nunca te amaré. ¡Jamás!



Capítulo 13

La hacienda de los Parkhurst estaba en las afueras de Chiswick. Maggie y Jane fueron hacía allí el sábado por la tarde junto con la tía Harriet y el hermano de Jane. Desde la calle Green fue un paseo largo pero bastante entretenido. La ruta, de ordinario solitaria y a esas horas oscura, estaba plagada de carruajes, a cual más elegante, que iban al baile. Durante el trayecto siguieron las luces de señalización hasta llegar al sendero que conducía a la mansión, iluminado con potentes antorchas.

A las diez y cuarto aún seguían llegando muchos invitados y había un gran atasco de carruajes que avanzaban despacio, metro a metro.

George le indicó al conductor que se detuviera.

—Nos vamos a bajar aquí —les dijo—, siempre que no os importe caminar hasta la escalera principal. Seguro que será más rápido que soportar todo este tráfico.

Ayudó a apearse a todas las damas y emprendieron camino por la vía adoquinada. La noche era templada, por lo que no era necesario el chal que Maggie había llevado por si acaso. Además, al vestido que estrenaba no le iba bien ningún tipo de cobertura. Estaba diseñado para lucir cada centímetro de su diseño.

Lo cierto era que *madame* Clotilde había dado el do de pecho para la ocasión. La prenda estaba confeccionada con seda estampada azul Clarence y tenía corte bajo en el pecho, mangas cortas ondulantes y sobrefalda adornada con un delicado bordado de cuentas que relucían a la luz de las velas.

Cuando fue por primera vez a Londres, hacía ya varios años, Maggie nunca se

habría puesto un vestido ni la mitad de audaz. Pero, como había señalado Fred sin moderarse, ya no era una jovencita. Era una mujer de veintiséis años, una pieza arqueológica. Quizá nadie pondría objeciones a que el vestido se le ajustara a unas curvas que sin duda ya eran caducas y obsoletas.

Al entrar en el vestíbulo principal, se dio cuenta de que muchos ojos se volvían a mirarla. Se le aceleró el pulso. ¿Estaría allí lord St. Clare? No era fácil de decir, en medio de esa multitud.

Jane tomó de la mano a Maggie.

—No te separes.

Maggie agradeció mucho la cercanía de su amiga, pues le transmitía seguridad. Tía Harriet y ella iban del brazo de George, una a cada lado, pero Maggie carecía de apoyo. Pasaron por la fila para agradecer la invitación a la familia anfitriona y entraron en el salón de baile. Muchos rostros le ofrecieron un gesto de saludo. Reconoció algunos, pero no todos. Habían pasado muchos años desde la última vez que acudió a un gran evento como ese. Beasley Park estaba muy lejos de Chiswick y, además, aun en el caso de que Maggie hubiera ido a Londres para una visita rápida, su salud no le habría permitido asistir. Las veladas multitudinarias no convenían a los enfermos o convalecientes, y lo de bailar ni podía contemplarse.

—¡Cielos! —Las plumas del turbante de tía Harriet, colorido y moderno, temblaban al tiempo que la anciana recorría con la vista el abarrotado salón—. Cuantísima gente...

—Vamos a buscar un sillón cómodo para usted, tía —propuso George.

Jane estiró el cuello. El vestido discreto que llevaba, gris pecho de paloma con adornos de perlas cultivadas, reforzaba su apariencia de dama madura y elegante.

—Mira allí, George, junto a la ventana. Veo a lady Featherstone y a la señora Herron. Seguro que le apetece estar con ellas, ¿verdad, tía?

—¿La señora Herron? —Tía Harriet se mostró encantada—. Sí, sí, querida. George, llévame con ella, por favor.

Tras dejar a la anciana con sus amigas, George le ofreció el brazo libre a Maggie. La orquesta ya estaba afinando los instrumentos para la primera pieza. Por cómo sonaba, parecía que iba a ser un baile popular.

—Señorita Honeywell, ¿me haría el honor?

Jane abrió la boca para oponerse, pero la cerró de inmediato y sin decir nada. Se había propuesto no hacer de mamá pata esa noche. Desde la visita del doctor Hart, le había advertido muchas veces a Maggie que se tomara las cosas con

calma; que avanzase en el sentido que le había indicado el médico, pero poco a poco. Esa noche no iba a insistir.

Maggie sí que había intentado ir en esa línea. Pero no iba a recuperar la salud tan rápido. Iba a tardar un tiempo, más tiempo del que disponía durante este evento en particular.

—Mejor no, muchas gracias. —Declinó la solicitud de George—. Debo ahorrar fuerzas.

—¿Y tú, querida? —le preguntó a Jane.

—No me gusta la idea de dejar sola a Maggie —dijo Jane dubitativa.

—¡Tonterías! —Maggie urgió a su amiga a que fuera con su hermano.

Jane se alejó con George para formar una fila en el centro de la pista de baile. La música había empezado con los violines y dio comienzo el baile. Maggie se quedó de pie, mirando desde el borde de la pista, y su entusiasmo por el evento desapareció, diluido en un ataque de autocompasión.

Antes de aquella la gripe, le encantaba bailar. De hecho, según recordaba, la temporada de su debut fue una sucesión de bailes populares, cotillones y danzas escocesas. La música le corría por las venas y, dado que no tenía preferencia por ningún caballero en especial, la simple actividad del baile y el placer que le producía era el objetivo cada vez que acudía a algún evento.

Lo único que lamentaba era no haber bailado nunca el vals. En su juventud no se consideraba respetable, pues los bailarines estaban muy cerca el uno de la otra, escandalosamente cerca. Había quien decía que era como abrazarse en el medio de la pista de baile. Maggie ansiaba experimentarlo esa noche... si el caballero adecuado se lo pedía, por supuesto.

De haber tenido lord St. Clare la cortesía de visitarla en la calle Green alguno de los tres días anteriores, le habría mencionado su deseo. Pero desde aquella tarde en el jardín de los Trumble no había vuelto a acudir a la casa. Fred ya le había dicho lo que se rumoreaba: St. Clare estaba demasiado ocupado cortejando a la señorita Steele como para ocuparse de Maggie.

Y tal vez así fuera.

Solo de pensarlo, Maggie se sentía fatal, pero no ganaba nada escondiendo la cabeza debajo del ala. Así que se obligó a ser realista. De no haber sorprendido a St. Clare aquella noche previa al duelo en la plaza Grosvenor; dicho de otra manera, de no haberse encontrado con él por pura casualidad, ¿acaso habría vuelto a verlo? ¿Habría ido a buscarla a Beasley Park?

«Espérame, Maggie —le había pedido Nicholas hacía tantos años—. No

importa lo que tarde, volveré a por ti».

Pero Nicholas no había regresado. No había ido a por ella.

Y St. Clare no mostraba signo alguno de albergar la intención de hacerlo. Más bien lo contrario, viendo lo visto. Se había establecido en Londres y buscaba esposa. Maggie había pensado que ella iba a ser esa esposa, pero ahora...

Bueno, ¿acaso importaba en realidad? Era imposible que se casara con él y además él no lo deseaba. No servía de nada darle más vueltas al asunto.

No obstante, no pudo evitar plantearse si sus preguntas acerca de Nicholas habrían contribuido a alejar a St. Clare. Si no lo hubiera presionado tanto y tantas veces, ¿se habría mantenido a su lado? ¿O se habría hartado de ella en cualquier caso? Era un pensamiento deprimente.

Maggie desplegó el abanico de colores que llevaba colgado de la muñeca. Habían llegado más invitados y el salón de baile empezaba a resultarle agobiante. Se acercó a las puertas que se abrían a la terraza.

—Margaret.

La voz le era muy familiar, demasiado. Y no era la que estaba deseando oír. Se preparó y se dio la vuelta.

—Hola, Fred. No sabía que estarías aquí.

Se colocó frente a ella. Iba vestido muy a la moda; demasiado a la moda, a su criterio. El estampado del pañuelo de cuello era muy imaginativo, por decirlo así, y el chaleco de color marfil brillaba como una joya. El conjunto no le sentaba nada bien a su figura fornida.

Ya no había ni rastro del cabestrillo con el que se había sujetado el brazo del hombro herido. Ni la más mínima concesión a su bastante reciente herida de bala, excepto cierta rigidez en los movimientos.

—Por supuesto que estoy aquí. Me dijiste que vendrías, aunque espero que no fuera a bailar. No creo que te convengan ese tipo de esfuerzos.

—Pues puede que baile —lo contradijo—. Creo que el vals no es demasiado fatigoso.

Fred contrajo el gesto, pero no discutió. Lo que hizo fue saludar con la mano a un caballero que estaba detrás de él. Al igual que Fred, vestía de forma extravagante, con una camisa de puntas altas, pañuelo de cuello también muy alto y pantalones tan ajustados que hasta se doblaban al andar.

—Señorita Honeywell, permítame que le presente al señor Beresford, Lionel Beresford. Beresford, la señorita Honeywell.

—¿Beresford? —repitió Maggie en el momento en el que el hombre hacía una

inclinación para saludarla mientras le sujetaba la mano—. ¿Es usted pariente de lord Allendale y lord St. Clare?

—Pariente lejano, señorita. —El señor Beresford le soltó la mano y fingió un aire de dandi aburrido—. Pero reclamo el honor de llamar tío al conde y primo a lord St. Clare aunque este último es un pariente al que no conocía con anterioridad.

—Nos hemos conocido en Tattersall's —explicó Fred—. A Beresford le gusta cazar y le he invitado a Beasley Park para que disfrute disparando.

Maggie entornó los ojos.

—Eso has hecho...

Fred ya actuaba como si Beasley Park fuera suyo, haciendo y deshaciendo, y tomando decisiones sobre la hacienda que tendría que haberle correspondido por derecho de sangre a ella. El hecho de invitar a personas para que se alojaran allí era un paso más para la consolidación de su pretendida propiedad.

—¿No crees que Letchford Hall sería un lugar más apropiado para recibir a... tus invitados? —apuntó.

La hacienda de sir Roderick era más o menos igual de grande, y con el beneficio añadido de que se trataba de la residencia actual de Fred.

—Ahora no, debido a las obras de renovación. Hay yeso y mampostería por todas partes. No es sano estar allí en estos momentos, y menos recibir invitados. —Se volvió hacia Lionel—. Además, Beasley es imbatible en lo que respecta a la caza. Lo mejor de las tierras occidentales, como he dicho siempre. Puede traer también a su madre —añadió con tono magnánimo—. Creo que a la señorita Honeywell le vendrá bien la compañía femenina.

—Se lo agradezco mucho, caballero. —El señor Beresford señaló un punto entre la multitud—. Ah, ahí está mi madre. Si me acompañan, se la presentaré a ambos.

Maggie no tenía modo de rechazar la presentación, pues sería mostrarse muy descortés. Permitió que Fred la acompañara mientras atravesaban la multitud y llegaban a un fila de sillas ocupadas por damas mayores y chicas sin pareja. La señora Beresford estaba sentada entre ellas. Era una mujer delgada, menuda como un pájaro y de ojos inquietos y vivos. Miró a Maggie con una sonrisa leve mientras el señor Beresford hacía las presentaciones.

—¿No baila usted, señorita Honeywell? —preguntó—. Es una pena que lleve usted ese vestido tan singular y no baile. El diseño parece francés. —Soltó una risita nerviosa—. Debo decir que no he visto ninguno parecido entre las jóvenes

que conozco.

—La señorita Honeywell no puede bailar —informó Fred—. Está inválida.

Maggie apretó el mango del abanico con tal fuerza que estuvo a punto de partirlo en dos.

—¡Tú siempre tan chistoso, Fred! Por supuesto que puedo bailar, señora Beresford. Lo que ocurre es que estoy reservando las energías para el vals. —Inclinó la cabeza—. Buenas noches.

Se dio la vuelta de inmediato y se abrió camino entre el montón de damas y caballeros elegantes que poblaban el salón de baile.

—Perdón —murmuraba a cada momento—. Le ruego que me excuse.

La pieza estaba llegando a su fin y en ese momento la música alcanzó el punto más alto de volumen. El ruido apenas le permitía siquiera pensar.

—Margaret. —Fred la sujetó por el mismo brazo que le había apretado de forma tan brutal durante su última visita a la calle Green.

No pudo evitar un gesto instintivo de dolor. Fred retiró la mano.

—¿A dónde crees que vas? No puedes ir moviéndote sola por ahí. —La recorrió con la mirada de arriba abajo, mostrando su desaprobación—. Y menos vestida de esa manera.

—No estoy sola. He venido con la señorita Trumble y con su hermano y su tía.

—No veo a ninguno de ellos por aquí.

—¡Aquí estoy! —intervino Jane casi sin aliento, procedente de la pista de baile —. ¿Va todo bien?

Maggie nunca se había sentido tan aliviada de ver a su amiga.

—Fred estaba criticando el que no estuviera acompañada de ninguna carabina.

–¡Qué bobada! —rio Jane—. Tiene nada menos que tres, en lugar de una. Mi hermano ha ido a traernos un poco de ponche y de inmediato nos reuniremos con mi tía.

—Exacto —confirmó Maggie—. No necesito que estés revoloteando a mi alrededor toda la santa noche, Fred. Sería ridículo, parece que quieras provocar una escena.

Fred echaba chispas por los ojos.

—Muy bien. Pero no te quitaré ojo, Margaret, no te quepa duda.

Se alejó a grandes zancadas en busca de su nuevo amigo.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —preguntó Jane.

—Fred piensa que soy propiedad suya —suspiró Maggie—. Y eso no es lo peor: se está haciendo amigo de un pariente lejano de lord St. Clare.

Jane miró a Maggie con los ojos muy abiertos.

—¿Qué crees que está tramando?

—No lo sé. Pero Fred nunca perdona una afrenta. No me extrañaría que estuviera desarrollando algún plan para perjudicar al vizconde.

Jane suspiró.

—Los hombres y sus estúpidos agravios. Mira que pueden llegar a ser aburridos. —Tomó del brazo a Maggie—. Ven conmigo. Vamos a buscar a George.

La noche siguió adelante entre música y bailes. Fueron llegando más invitados y tanto la sala como la pista estaban a reventar. Hacía calor bajo la luz titilante de las arañas del techo y el aire se había vuelto pesado, con un olor empalagoso y variopinto a perfumes, pomadas y sudor. Era difícil respirar en ese ambiente. De hecho, en mitad de la velada, una mujer que bailaba una danza escocesa sufrió un desmayo. Por paradójico que pareciese, eso indicaba que el baile de lady Parkhurst había sido un completo éxito.

Maggie se sentía un poco mareada. No le gustaba nada pensar lo que le pasaría si bailara.

Pero no bailaba. Tampoco cuando al fin se interpretó el vals. Se trataba de la pieza de la cena, el baile que solicitaba cualquier caballero con aspiraciones a una mayor familiaridad con su dama. Y no solo porque el vals implicaba una interacción muy íntima, sino porque después tendría el privilegio de cenar con su pareja, de sentarse junto a ella durante una hora o más.

Maggie estaba de pie junto a la silla de tía Harriet observando a los bailarines moverse por la pista. En ese momento lo vio. A John Beresford, vizconde de St. Clare. Vestía un elegante terno blanco y negro, y bailaba el vals con la señorita Steele. La abrazaba mientras ambos se deslizaban al ritmo de la música.

Maggie se quedó sin aliento.

¿Cuándo había llegado? No lo había visto en ningún momento ni nadie había mencionado nada acerca de su presencia. Habría llegado justo antes de que comenzara el vals, lo cual significaba que había acordado bailarlo con ella con antelación; lo habrían pactado en un encuentro anterior, tal vez, o durante uno de sus paseos en carruaje por Hyde Park.

Maggie se colocó la palma de la mano en el diafragma para intentar ayudarse a respirar; sentía el corazón encogido de dolor y celos. Le avergonzaba estar celosa. No tenía nada que echarle en cara a St. Clare, al menos desde el punto de vista formal. Lo único que le había dicho era que quería cortejarla, eso era cierto, pero no había hecho ninguna promesa ni ningún juramento. Nicholas sí, pero hacía

muchos años, demasiados como para tenerlos en cuenta... Por aquel entonces era poco más que un muchacho. ¿Qué podía saber del mundo? ¿Qué podía saber de las mujeres?

Durante el baile, St. Clare parecía ser y desarrollaba el comportamiento de un vividor mundano y despreocupado. Le sonreía a la señorita Steele mientras bailaban. Ella le hablaba, era probable que flirteara con él. Llevaba un vestido de seda magnífico y resplandecía como un diamante a la luz de las velas, joven, bella y vigorosa.

Maggie había sido así en su momento. Pero ya no.

Sintió un acceso repentino de vergüenza por su vestido azul, tan atrevido. Tendría que haber seguido el ejemplo de Jane y haberse puesto algo clásico y poco llamativo, más apropiado para su edad.

De hecho, Jane resultaba grácil y elegante mientras bailaba con lord Irvine, un caballero viudo ya mayor. La pareja estaba más cerca de ella que St. Clare y la señorita Steele, lo bastante como para que Jane le dedicara una sonrisa.

Maggie se la devolvió como pudo y le salió más alegre de lo que se creía capaz, dadas las circunstancias. Pero no quería que su amiga se preocupara por ella. Jane ya había pasado la mitad de la velada atendiéndola para que estuviera lo más a gusto posible.

Justo en el momento en el que exhibía una sonrisa amplia pero artificial, la pareja que formaban St. Clare y la señorita Steele pasó cerca de ella. Tras un par de giros, el vizconde fijó su mirada gris y tormentosa en ella.

Los respectivos ojos se encontraron durante un instante cargado de electricidad. Y en ese instante, St. Clare pareció aturdido, afectado hasta lo más profundo de su ser. Maggie, con una claridad meridiana, captó la emoción que transmitían sus ojos. Pero, con idéntica rapidez con la que había llegado, la emoción desapareció y dio paso a un distanciamiento glacial. Siguió bailando el vals con la señorita Steele, con la atención centrada una vez más en el rostro de su pareja. Incluso le sonrió, aunque Maggie se dio cuenta de que no había ningún afecto en el gesto.

Siguió mirándolo unos instantes hasta que, haciendo un gran esfuerzo, apartó la vista para observar a Jane. No resultaba adecuado quedarse colgada del soltero más codiciado de la temporada, y menos cuando todo el mundo sabía que se había batido en duelo con Fred hacía muy poco. Que se notara que no dejaba de mirarlo provocaría una explosión de cotilleos, y de forma inmediata.

—¿Ha regresado Harold? —le preguntó tía Harriet pestañeando como un búho mientras paseaba la mirada por el salón de baile—. Me prometió que iba a cenar

conmigo.

Harold Trumble era el padre de Jane. Tía Harriet confundía a menudo la generación más joven con la anterior.

Maggie no se molestó en corregirla.

—Está jugando a las cartas en el salón de juegos, señora. Estoy segura de que vendrá enseguida.

Sonaron las últimas notas del vals. St. Clare y la señorita Steele se hallaban situados justo en el extremo opuesto de la pista de baile. Maggie los perdió de vista debido a la ingente cantidad de personas que había en la pista y en sus alrededores. Además, tampoco quería verlos. Aunque había decidido mantener la calma, tampoco pensaba que fuera a resistir demasiado bien el presenciar cómo St. Clare acompañaba a la joven al salón en el que se iba a servir la cena.

—Tía Harriet. —George surgió de entre la multitud con la respiración entrecortada. Se puso a la altura de su tía—. ¿Preparada para ir a cenar?

—¡Sí, sí! ¡Estoy hambrienta!

George tomó del brazo a tía Harriet.

—¿Señorita Honeywell? —El joven le ofreció el otro brazo a Maggie, pero ella negó con la cabeza.

—Gracias, pero prefiero salir a respirar aire fresco. Estoy un poco mareada.

Cuando Jane regresó con su pareja, se ofreció a acompañarla fuera.

—No te preocupes, no me supone ningún problema —aseguró.

—No es necesario —insistió Maggie—, iré sola.

—Pero si vas a salir al jardín…

—No me alejaré mucho —prometió—. Solo quiero salir un momento a la terraza, después volveré y te buscaré. Apenas notarás mi ausencia.

Mientras sus amigos y el resto de los invitados se dirigían al salón preparado para servir la cena, Maggie se encaminó al lado opuesto del salón de baile. Unas puertas con paneles de cristal conducían a la terraza, pavimentada en piedra. El criado con librea que las guardaba las abrió para ella.

Maggie salió y siguió andando hasta llegar a la barandilla metálica, que le transmitió frescor bajo el tejido fino de los guantes. La terraza, iluminada con antorchas, se abría a un gran jardín escalonado. No parecía que hubiese nadie fuera. De hecho, salvo algunos sirvientes que se habían quedado limpiando el salón de baile, estaba sola.

Sintió el frescor de la noche en la piel que el vestido dejaba expuesta. Hacía más frío que cuando llegaron, mucho más. Se inclinó sobre la barandilla y respiró

hondo. Después suspiró y cerró los ojos.

Había sido una estupidez acudir al baile. Lo mismo que imaginarse que estaba tan bien como para poder bailar con alguien, y no digamos con St. Clare. Quizá Fred tuviera razón. Tal vez era el momento de volver a Beasley Park, el momento de reanudar el curso normal de su vida.

Londres había supuesto una distracción agradable y que le había venido bien. Era una ciudad llena de energía, muy vital con sus entretenimientos y espectáculos. Pero no se trataba del lugar adecuado para recuperar la salud. Estaba demasiado sucio y polvoriento, y el aire muy contaminado y siempre húmedo y neblinoso. Lo que de verdad necesitaba era el aire fresco y limpio de Beasley Park. Caminar al aire libre por el campo. Tal vez incluso volver a cabalgar, si podía convencer a Fred de que podía hacerlo sin correr riesgos.

Fred.

La perspectiva de pasarse la existencia bajo su control férreo la deprimía. Eso no sería vida. Pero muchas mujeres soportaban algo parecido, incluso peor en muchos casos. Y salían adelante pese a convivir con maridos brutales y acosadores. Ella estaba mejor preparada que otras para salir adelante. Con su carácter, su temple y sus agallas, no permitiría que Fred le minase la moral ni le entregaría en bandeja de plata lo mejor de sí misma.

Y por lo demás…

El ruido de las puertas de la terraza al abrirse y cerrarse interrumpió los pensamientos de Maggie. Oyó sonido de pasos. Alguien se aproximaba.

Se quedó quieta y un escalofrío le recorrió la espalda.

Era St. Clare.

Capítulo 14

Maggie supo que era él antes de verlo. Sintió un miedo absurdo a que se desvaneciera como el humo si se volvía a mirarlo. De hecho, lo que estaba viviendo le parecía un sueño, como si lo hubiera conjurado para que surgiera del éter, como una manifestación física de su anhelo no correspondido.

Pero no era un sueño. Se acercó y se colocó junto a ella en la barandilla; el cuerpo junto al de ella era grande, tibio y del todo real. La rozó con el brazo.

—No deberías estar aquí sola.

—Ni tú tampoco —repuso con una calma que, en su situación, era encomiable —. Tu pareja debe de estar esperándote.

—¿La señorita Steele? Está tan a gusto en el comedor. La acompaña lord Mattingly.

—No me había dado cuenta de que lord Mattingly estaba en el baile.

—Casi no ha salido del salón de juegos. Lo mismo que yo, hasta el vals.

—¡Ah, sí! El vals... Lo has bailado muy bien.

St. Clare pasó los nudillos por el escaso trozo de piel expuesta entre el final de la manga y el extremo del guante, que llegaba a la altura del codo de Maggie.

—Me hubiera gustado mucho más bailarlo contigo.

Maggie sintió volar mariposas en el estómago. El roce, tan simple y liviano, tuvo en ella un efecto devastador.

—Así habría sido si me lo hubieses pedido.

—No sabía que ibas a venir. Dijiste que ya no acudías a bailes.

—Y no lo hacía, desde la enfermedad. Pero *madame* Clotilde me confeccionó

este vestido y pensé que quizá tú y yo tendríamos la oportunidad de... —No terminó la frase.

—Esta noche estás muy bella. La verdad es que estás muy bella siempre.

—Eres muy amable al decirlo —repicó Maggie con sequedad—. Y muy espontáneo.

—Lo digo de corazón. Nunca he visto una dama que brille como tú. Cuando te vi en el salón...

—Puedes ahorrarte los cumplidos. Guárdatelos para la señorita Steele o para cualquier otra que...

—Señorita Honeywell —la interrumpió, cambiando el tono a uno mucho más serio y profundo—. Maggie.

—No...

—Quiero darte explicaciones sobre la señorita Steele y también sobre mi ausencia de los últimos días. Hay cosas que no sabes y que, por tanto, no puedes entender.

—Eso es indudable —espetó Maggie.

St. Clare le retiró los dedos del brazo. Ella echó de menos su tacto de inmediato y hasta un extremo imposible de explicar con palabras.

—Mi abuelo tiene planes muy concretos y específicos para mi vida, y no me va a permitir ninguna desviación. Y, no obstante, desde que llegué a Londres me he desviado. En primer lugar, batiéndome en duelo. Y después, cortejándote.

Maggie lo miró por fin.

—¿Para él batirte en duelo pertenece a la misma categoría que cortejarme?

St. Clare bajó la mirada.

—Por desgracia, sí. —Hizo una pausa—. La preocupación de mi abuelo, su única preocupación, es asegurar el título, y evitando cualquier cotilleo o especulación. Quiere que me case de inmediato y que asegure un heredero que pueda ostentarlo después de mí. Es lo único en lo que piensa.

—¿Y qué me dices de ti?

St. Clare hizo una mueca.

—Yo solo pienso en ti.

Maggie sintió una punzada de anhelo tan intensa que tuvo que contener el aliento. ¡Deseaba tanto creerle!

—Me cuesta creerlo. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que nos vimos por última vez? ¿Tres días, cuatro?

—Y cada uno ha sido un suplicio.

—Hazme el favor de ser sincero, por el amor de Dios. No ha sido ningún suplicio. Has estado saliendo con la señorita Steele, todo Londres habla de eso. Incluso esta noche, cuando bailabais el vals…

—Eso no era de verdad —negó—. Nada ha sido de verdad.

—Pues a mí me ha parecido que sí que lo era.

—Solo ha sido… un juego.

Maggie alzó las cejas.

—¿Y qué papel tiene la señorita Steele en este juego que te traes entre manos? ¿Es un peón? ¿O es un premio?

—No es nada. Es solo una niña, una niña boba y rencorosa. No tengo ni el más mínimo interés en ella, solo la veo para apaciguar a mi abuelo.

Maggie dudó por un segundo antes de volver a preguntar.

—Ya… ¿Y qué soy yo en ese juego?

El rostro de St. Clare mostró una emoción imposible de explicar.

—Lo eres todo —declaró con voz ronca—. Todo.

Eran unas palabras muy hermosas, justo las necesarias para apaciguar a una mujer celosa. Maggie no quería creerlas. No obstante…, todos sus instintos le gritaban que estaba diciendo la verdad. Se lo veía en la cara. En los ojos grises, ahora suaves como el humo. En la forma en que la miraba, muy distinta a como miraba al resto de personas. Pero no se atrevía a confiar en sus instintos. No del todo.

—Es muy halagador. Hace tres días te habría creído. Pero esta noche te he visto bailando el vals con la señorita Steele.

St. Clare la miró a los ojos con detenimiento.

—¿Estás celosa?

Maggie se rio, pero no fue un sonido hueco en la fría semioscuridad. Fue una respuesta en sí misma y sin palabras.

—No tienes razones para estarlo.

—No, ninguna razón…, salvo que es joven y dinámica, y tiene toda la vida por delante. Salvo que ha tenido la suerte de bailar el vals contigo. Yo esperaba haber podido… —Maggie se interrumpió. Ganó tiempo estirando el largo guante que le cubría el brazo izquierdo hasta el codo—. No importa. En cualquier caso, no habría podido bailar el vals. Los hechos son los hechos y hay que enfrentarse a ellos.

Él suavizó un poco la expresión. De hecho, hasta tenía un brillo travieso en los ojos. Y algo más también, algo que le brotaba de las entrañas. El tono de voz pasó

a ser extrañamente ronco.

—¿Querrías bailar el vals conmigo?

Maggie sintió de nuevo una especie de vacío en el estómago.

—Te he dicho que no importa. —Separó los brazos del pasamanos—. Tengo que ir al comedor. Le he prometido a Jane que...

—Señorita Honeywell. —St. Clare extendió la mano hacia ella.

Lo miró con cierta precaución antes de devolverle el gesto de forma muy cauta y lenta.

—No puedes acompañarme. No estando comprometido para la cena con la señorita Steele.

—No quiero acompañarte al comedor. Lo que quiero es bailar contigo.

Lo miró con gesto de asombro.

—¡No seas absurdo! La orquesta no volverá a tocar hasta dentro de una hora. No hay música.

—Tú y yo no necesitamos música.

Maggie dirigió el pensamiento de inmediato hacia aquella lejana lección de baile en el claro del bosque de Beasley Park. Allí tampoco hubo música. Miró a los ojos a St. Clare preguntándose si, como ella, se estaría acordando de aquel día. ¿Recordaba cómo dieron vueltas y vueltas por el claro? ¿Cuánto se rieron?

Se aclaró la garganta.

—Si lo que quieres es aplacar a tu abuelo...

—Mi abuelo ahora está cenando. Y no hay nadie cerca. Tenemos toda la terraza para nosotros.

—Supongo que...

—Baila el vals conmigo, Maggie. Aún me debes dos concesiones.

Maggie dio un suspiro.

—Muy bien. Lo asumo como una concesión. Aunque me parece un tanto estúpida. Sabes que no vamos a poder... —Se quedó muda cuando le rodeó la cintura con el brazo.

¡Cielos!

No era una buena idea, no. Y menos teniendo en cuenta que con solo sentirle las manos se le derretían las piernas.

Le tomó la mano izquierda con fuerza.

—Ponme la otra mano sobre el hombro.

Hizo lo que le pedía. El corazón le latía al galope.

—Me temo que eres demasiado alto para mí.

—Tonterías. Nos ajustamos perfectamente.

—Lo digo en serio. Tú has crecido muchísimo y yo nada de nada... ¡Huy! —Emitió un grito ahogado cuando dio un giro repentino.

Le sonrió desde las alturas.

—Sabes bailar el vals, ¿verdad?

—¿Y tú? —replicó—. No era así como bailabas con la señorita Steele.

—Aquí se baila el vals a la inglesa, y la verdad es que no es nada divertido. — St. Clare bajó la frente para juntarla con la de ella—. En el Continente se baila de una manera muy distinta. El hombre y la mujer se abrazan. —La apretó con más fuerza—. Así.

Notó el pulso en la garganta.

—¡Por Dios! ¡Qué atrevido!

—Sí, bastante. —Dio vueltas con ella dando pasos de baile.

Sintió un gran entusiasmo mientras bailaban en silencio por toda la terraza. La falda se le pegaba a las piernas como una nube de seda irisada. No daba malos pasos ni se sentía torpe. Era fácil y no le suponía mucho esfuerzo. Como cuando soñaba con sus días de juventud.

Alzó los ojos para mirarlo a la luz débil de las antorchas, con una sonrisa amplia en la boca.

—¡Estamos bailando el vals!

Le devolvió la mirada. No había el más mínimo rastro de frialdad o distanciamiento en la expresión de él. Todo era calidez y franqueza.

—Sí, querida, eso hacemos.

La palabra cariñosa que utilizó la hizo sentir una ola de calidez por todo el cuerpo. Quería rodearle el cuello con las manos. Acercar la boca a la de él y besarlo. Llamarlo Nicholas.

Pero no hizo nada de eso.

Se limitó a bailar con él, permitiendo que la guiara con su pasos, a veces rápidos y a veces lentos, con giros que le producían un hormigueo que nacía en el estómago y se extendía a todo el cuerpo. Él la miraba fijamente en todo momento, sin perder nunca la atención, con un abrazo que le transmitía fuerza, confianza y seguridad.

—¿Los vals del Continente son más largos que los ingleses? —preguntó.

La miró con expresión preocupada.

—¿Te estás cansando?

—¡No, todo lo contrario! —El vértigo del baile la hacía comportarse de forma

más atrevida e irreflexiva—. Me gustaría que no se acabara nunca.

St. Clare sonrió.

—¿Hasta que gastes las suelas de tus zapatillas de baile?

—Sí, como una princesa de cuento de hadas.

Los dos se rieron, tan absortos en su propio deleite que ninguno oyó el ruido de las puertas de la terraza al abrirse. Solo cuando St. Clare dibujó otro giro ella vio a Fred. Estaba de pie en la puerta, sin moverse, como si se hubiera quedado helado. Observándolos.

Tenía la misma apariencia que muchos años atrás, cuando los descubrió riendo y bailando en el claro del bosque. Apretaba los puños a los lados del cuerpo y fruncía el ceño con una expresión tanto de furor como de resentimiento. Y la mirada...

No, la mirada de Fred no era la misma que la de hacía tantos años. Esta vez no era una mirada asesina, sino algo aún peor.

Maggie temió que lo hubiera reconocido.

Capítulo 15

St. Clare siguió la mirada asombrada de Maggie y la sonrisa se le esfumó de los labios al dar por terminado el baile antes de tiempo con un último giro.

—Señor Burton-Smythe, qué placer tan inesperado.

El cuerpo musculoso de Fred llenaba la puerta de entrada. La luz del salón de baile le iluminaba la cara enrojecida. Estaba furioso, cada vez más. Volvía a ser el matón de siempre al que no cambian ni el tiempo ni las circunstancias.

—¡Quítele las manos de encima!

St. Clare se lo tomó con una calma estudiada. Retiró poco a poco la mano de la cintura de Maggie en un gesto que era más una caricia que una separación. Aún mantenían la manos unidas.

—¿Cómo tiene el hombro? ¿Se va curando?

—He dicho que le quite las manos de encima. —La voz de Fred era casi un gruñido.

Maggie se soltó de la mano de St. Clare y se colocó entre ellos.

—No seas ridículo, Fred. Solo bailábamos.

St. Clare se colocó delante de ella; parecía mucho más alto por comparación entre las diferentes estaturas. El cuadro que componían era extraño. Al lado de Maggie, St. Clare y Fred parecían gigantes, tanto en anchura como en altura. No obstante, ella se comportaba como si fuera lo bastante fuerte como para impedir que ambos hombres se enfrentasen a golpes, como si el mero hecho de su presencia femenina pudiera controlarlos.

En otras circunstancias, St. Clare se habría reído de esa situación. Pero en ese

momento lo cierto era que no tenía ningunas ganas de reírse. De hecho, se alegraba de que Maggie no pudiera verle la cara. Le había desaparecido del rostro cualquier resto de calidez. Lo invadía una frialdad extraordinaria.

—Con una herida como esa, y tan reciente, debe resultarle muy doloroso mover el brazo. ¿Y conducir un vehículo? ¿Manejar la fusta?

—Me he recuperado lo suficiente como para estar en condiciones de proteger lo que es mío —replicó Fred apretando los dientes—. Margaret, ven aquí. —Esbozó un gesto autoritario para que se acercara, no muy distinto al que haría un granjero para llamar a su perro.

—Vamos, Fred —protestó Maggie—. No hace falta…

—¡Ven ahora mismo!

Maggie, a regañadientes, avanzó por la terraza, lo más erguida posible para mantener la dignidad.

—No tienes por qué hacer una escena —siseó en voz baja—. No ha pasado nada inapropiado.

—Yo seré quien juzgue eso. —Fred la agarró del brazo y la arrastró de malas maneras el resto del camino hasta la puerta.

Maggie respiró agitada ante la brusquedad de sus formas. Y St. Clare se enfureció. Avanzó hacia ellos a grandes zancadas.

—¡Suéltela y aléjese de ella!

—¡No intervengas! —Maggie se volvió para bloquearle el paso—. Solo empeorarías las cosas, para ti y para mí.

St. Clare se detuvo a regañadientes. Lo invadió un furor sordo y ardiente, que llevaba dormido mucho tiempo, pero que en realidad nunca desaparecía. Una provocación más por parte de Fred y lo hubiera agarrado por las solapas para lanzarlo al suelo de la terraza.

—Suéltela y aléjese de ella —repitió. Cerró el puño derecho con tanta violencia que las articulaciones de los dedos crujieron de forma muy audible—. No me gusta tener que decir las cosas dos veces.

Fred soltó a Maggie con gesto de desprecio.

—Ve adentro, Margaret.

—No le dé órdenes, no le pertenece —le advirtió St. Clare.

—En eso se equivoca. —Los ojos de Fred brillaron de satisfacción—. Soy su protector. Tengo capacidad de decisión sobre su casa y sobre su misma existencia. Hará lo que le diga si sabe lo que le conviene.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Maggie.

—En eso me lleva ventaja —ironizó St. Clare—. Yo nunca he tenido que hacerle chantaje a una mujer para convencerla de nada. Acuden a mí por voluntad propia.

Maggie lo miró con gesto de advertencia. «No lo provoques».

Pero ya era demasiado tarde. Fred lo miraba con los ojos inyectados en sangre, hecho un basilisco.

—¿Chantaje?

—Ya me ha oído.

—¿Se atreve a insultarme, a cuestionar mi honor?

—Estaré encantado de ofrecerle una satisfacción —respondió St. Clare con la frialdad de un témpano.

—¿Usted, un hombre al que nadie había visto antes en el país? ¿Y que, por lo que sabemos, puede ser un impostor?

—También puedo ser yo quien pida una satisfacción si sigue usted hablando —le advirtió St. Clare dando un paso hacia delante.

—¡Ya está bien! —exclamó Maggie con forzado tono de exasperación—. Ustedes dos no se van a enfrentar en otro duelo, ¡de ninguna manera!

—¿Va todo bien aquí? —Lionel Beresford apareció en el umbral de la puerta. Su expresión era de vaga sorpresa, como si hubiese llegado allí por pura casualidad.

St. Clare controló el furor que lo invadía. No le fue nada fácil. El corazón le bombeaba sangre a toda velocidad y tenía los músculos en tensión. Al darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer, y de que eso lo habría colocado en una situación muy arriesgada, sintió un aldabonazo de advertencia que lo golpeó de forma casi física.

¡Por Dios! ¿En qué estaba pensando? Un segundo más y habría agarrado por el cuello a Fred ante la mirada de Maggie, de los sirvientes de los Parkhurst y, muy posiblemente, también de Lionel Beresford. La comprensión de las consecuencias que podía tener una acción como esa caló en él hasta el tuétano. Por otra parte, nunca perdía los nervios. ¿Qué diablos le estaba pasando?

—Solo un desacuerdo sin importancia —contestó.

Fred miró a St. Clare con una expresión de desprecio que le resultaba de lo más familiar.

—Todo lo relacionado con el honor tiene importancia. Un caballero debería saberlo.

—¡Ya está bien! —Maggie colocó la mano sobre la manga de Fred—. Lo digo

muy en serio. Todas estas bravatas me aburren hasta el infinito. Te agradecería que me acompañaras al comedor.

—Por supuesto, no te preocupes —contestó Fred con sequedad—. Yo cuidaré de ti. —Le colocó la mano derecha alrededor del codo izquierdo, un signo evidente que implicaba propiedad, y le dirigió una mirada malévola a St. Clare—. Usted y yo nos volveremos a ver.

—No me cabe la menor duda.

St. Clare los vio alejarse tras pasar por las puertas de la terraza. Maggie le estaba diciendo algo a Fred, pero en voz tan baja que no fue capaz de entenderla. Tampoco hizo muchos esfuerzos por lograrlo. Se dirigió a la barandilla de la terraza, consciente de que Lionel le seguía.

—¿Un viejo enemigo suyo? —preguntó.

St. Clare se apoyó de espaldas en la barandilla con los brazos cruzados.

—¿Usted qué cree?

—Lo que yo creo, primo, es que usted no es el hombre que aparenta ser.

—¿Y usted sí que lo es?

Lionel sacó la tabaquera esmaltada de un bolsillo interior y la abrió.

—La diferencia radica en que yo puedo aportar pruebas acerca de la legitimidad de mi origen de nacimiento. Sin embargo, usted... —hizo una pausa dramática y aspiró el rapé—, usted no puede.

Las antorchas que flanqueaban la terraza enviaban luces y sombras cambiantes. El furor de St. Clare también llameó, pero esta vez lo controló con facilidad.

—¿Acaso la palabra de mi abuelo no le basta?

—No —respondió Lionel sin dudar ni un segundo—. Me temo que no es suficiente.

Ahí estaba. El meollo del asunto, claro como el agua.

Era lo que sospechaba St. Clare, pero lo pilló por sorpresa el que su primo lo admitiera con tanta franqueza y de una forma tan ofensiva.

—Debería desafiarle por lo que ha dicho.

—Sí, así es —admitió Lionel.

—Y lo haría si estuviera seguro de que es usted capaz de sostener una pistola y apretar el gatillo. Pero me da la impresión de que sería como desafiar a un niño. Y yo con los niños no me relaciono cuando hay cuestiones de honor de por medio aunque pronuncien palabras ofensivas.

—Su padre no tuvo semejantes escrúpulos.

St. Clare se irguió en toda su estatura. Durante unos momentos, desconfió de su

capacidad para hablar aparentando tranquilidad.

—También tenía estallidos de furor, o al menos eso dicen. —Lionel sacó el pañuelo para eliminar el rapé que se le había quedado adherido a las fosas nasales —. Me han dicho que era estúpido e imprudente. Que dilapidaba su fortuna en prostitutas, alcohol y juego. Y que gastaba bromas ridículas a las que solo él les encontraba la gracia. Según mi madre, su abuelo se hartó de él. Y cuando su padre le disparó al crío de Penworthy...

—El hijo de Penworthy no era ningún niño. Era un hombre hecho y derecho.

—En lo que se refiere a la edad, es posible. Pero no respecto a su uso de razón. Mi madre sostiene que no tenía la menor capacidad de razonamiento. Al aceptar el duelo con su padre firmó su sentencia de muerte.

—Su madre no sabe nada acerca de mi padre. Y lo mismo le pasa a usted.

Lionel se encogió de hombros.

—Lo único que hago es expresar los hechos, que son bien conocidos y que nadie discute.

St. Clare lanzó una mirada rápida al salón de baile. Varios criados y doncellas se afanaban en limpiar suelo y muebles cerca de las puertas de cristal. Parecían inmersos en su trabajo, sin intentar enterarse de la conversación, aunque, en realidad, nunca se sabía...

—Por cierto, ¿dónde está su apreciada madre?

—Cuando la dejé, disfrutaba de la cena. Ha congeniado con su señorita Steele, dice que son almas gemelas, se han hecho buenas amigas muy deprisa.

St. Clare supuso que el comentario de Lionel tenía por objeto ponerlo en guardia. Como si Luisa Steele conociera algunos de sus secretos de los que la entrometida dama pudiera enterarse. A lo largo de los días anteriores, mientras paseaba con ella por la ciudad, lo único que había hecho era sonreír con falso recato al tiempo que hablaba sobre sí misma con enorme y agotador detalle: todos los halagos que había recibido de distintos y numerosos hombres, y todas las mujeres que, de modo inevitable, sentían celos y envidia de ella. Su compañía había supuesto un pequeño sacrificio para apaciguar a su abuelo, pero un sacrificio en cualquier caso. Cada minuto pasado con la señorita Steele significaba otro sin Maggie. Y ahora entendía que Maggie lo había malinterpretado y que se había sentido herida y, en cierto modo, engañada.

No era lo que había pretendido, bajo ningún concepto.

Empezaba a sentirse cada vez más como uno de esos desventurados cómicos callejeros que había visto de jovencito en Venecia. Un malabarista que lanzaba al

aire un montón de pelotas a la vez y que debía poner los cinco sentidos en que no se le cayera ninguna al suelo. Un solo titubeo significaba la catástrofe.

—Le felicito, primo —prosiguió Lionel—. La señorita Steele es una auténtica belleza. La joven más cotizada de la temporada, está claro, y su intención es casarse con un caballero con título. Sería una lástima que no lo lograra... por cualquier circunstancia.

Sería una lástima, desde luego.

St. Clare dibujó una sonrisa sin humor mientras cruzaba las puertas de la terraza. Rozó mínimamente el hombro de Lionel al pasar a su lado.

—Haga lo que le parezca.

Dentro del salón de baile, los criados que habían estado escuchando la conversación a escondidas se dispersaron a su paso. St. Clare no les prestó ninguna atención. No había dicho nada interesante.

No. Estaba claro que era Lionel el que había alimentado el cotilleo. En la conversación había expresado una acusación directa de que St. Clare no era quien decía ser. Solo era cuestión de tiempo que el asunto llegase a los periódicos de cotilleo: la acusación directa y sin ambigüedades que había hecho un miembro de la familia Beresford, aspirante al título en el momento en el que este quedara vacante, contra otro integrante de la misma familia y supuesto heredero directo.

Debería informar a su abuelo. Pero a St. Clare no le apetecía nada tener esa conversación, y menos esa misma noche. Ahora tenía otras preocupaciones; en concreto, Maggie y Frederick Burton-Smythe. De todas formas, bajó las escaleras que conducían al comedor. Al pie de estas se encontró con Jane y George Trumble, con la cabeza muy junta, inmersos en una conversación que mantenían en susurros.

La señorita Trumble se enderezó al verlo.

—Lord St. Clare. Buenas noches.

Su hermano hizo una mínima inclinación de cabeza.

—St. Clare.

St. Clare los miró a ambos y sintió un escalofrío de inquietud.

—¿Pasa algo malo?

—No, nada —contestó George.

—Se trata de la señorita Honeywell —comenzó la señorita Trumble al mismo tiempo que hablaba su hermano.

St. Clare se alarmó, tanto que se le aceleró el pulso.

—¿Qué ocurre con la señorita Honeywell?

—Jane… —musitó George en tono de aviso.

—No te preocupes —le indicó Jane, también en susurros—. Es amigo de Margaret, ya lo sabes. —Y, dirigiéndose a él, continuó—: El señor Burton-Smythe insistió en llevarla a la calle Green en su carruaje.

La alarma de St. Clare creció de forma exponencial.

—¿Solos?

—No, no —respondió enseguida la señorita Trumble—. Mi tía Harriet ha ido con ellos de carabina.

¿La misma tía anciana debilitada que se había quedado dormida cada vez que St. Clare había tenido la oportunidad de verla? ¿Qué tipo de cuidado y vigilancia podía brindar esa dama? Por lo que a él respectaba, de ninguna manera había desempeñado su papel de carabina.

—Nos ofrecimos a llevar nosotros mismos a casa a la señorita Honeywell —añadió George—, pero ella no quiso que interrumpiéramos la diversión por su culpa.

—Estoy segura de que todo va a ir bien. Lo único que pasa es que… el señor Burton-Smythe estaba furioso y el camino de regreso a la calle Green es muy largo.

Veinticinco kilómetros exactamente. Veinticinco largos kilómetros de carretera oscura y solitaria.

St. Clare se estremeció de pura aprensión. Maggie era más que capaz de cuidar de sí misma, eso lo tenía claro. Pero Fred había llegado al límite. De hecho, en la terraza la había agarrado con rudeza y le había dado órdenes sin ningún miramiento. Y lo había hecho en público. ¿De qué podía ser capaz estando ellos solos en un carruaje poco iluminado?

St. Clare iba a tener que esperar bastante para poder averiguarlo.



Capítulo 16

Maggie se apretó con fuerza el chal alrededor de los hombros con la intención de ocultar el escote del vestido. Junto a ella, tía Harriet roncaba con suavidad. El movimiento del carruaje, que se deslizaba por la carretera desierta, la había llevado a dormirse solo momentos después de que salieran de Chiswick.

—Hay algo en ese tipo que me resulta familiar. —La única y tenue luz de la cabina del carruaje le iluminaba la cara a Fred, que iba sentado frente a Maggie. El rostro rudo se dibujaba en un conjunto de luces y sombras cambiantes—. Algo que no termino de identificar.

Maggie había apagado la llama de la otra lámpara para no perturbar el sueño de tía Harriet. Lo había hecho por cortesía hacia la anciana, pero ahora, sola con Fred en la semioscuridad, estaba empezando a lamentar esa decisión. El ambiente sombrío del carruaje le añadía a la conversación un carácter de intimidad que para ella no era ni deseado ni bienvenido.

—¿En qué sentido te resulta familiar? —preguntó con cautela.

—Hay algo en sus ojos. Cuando te vi bailando con él... —Hizo una mueca de desaprobación—. Si es que a eso se le puede llamar bailar, claro.

Maggie apartó la cortina de terciopelo del carruaje y miró por la ventanilla. No se veían estrellas en el cielo de medianoche, negro como el alquitrán, y tampoco luna que les alumbrara el camino. De haber salido al mismo tiempo que el resto de los invitados, hubieran podido beneficiarse de las lámparas que coronarían las decenas de carruajes de regreso a la ciudad. Pero en estos momentos no había ningún tráfico, solo una carretera larga, oscura y solitaria. Imposible ver nada.

Fred había insistido en llevarla y en su momento Maggie prefirió no discutir con él. Se había puesto tan furioso que no dudaba que podría hacer otra escena. Por otra parte, ella tampoco tenía demasiadas ganas de permanecer en el baile, ni siquiera en la cena, viendo cómo St. Clare cenaba y después volvía a bailar con la señorita Steele. No quería verlo, y menos después de que St. Clare y ella misma hubieran bailado juntos sin música.

En cualquier caso, el malhumor de Fred no cedió ante su aceptación de que volvieran juntos. De hecho, después de subir al carruaje, su enfado incluso creció.

–Fue un vals, eso es todo —insistió.

Fred dio un gruñido.

—No he visto nuca bailar el vals así.

—¿Cómo podrías, si nunca has viajado fuera de Inglaterra? Mientras que lord St. Clare...

—Beresford dice que nació en el Continente, al parecer en Italia. —Fred frunció el ceño—. Me pregunto...

A Maggie no le gustó su expresión. No le gustó nada. Fred no analizaba mucho las cosas y tampoco tenía demasiada memoria, pero, o estaba muy equivocada, o alguna parte de él había reconocido a St. Clare, al igual que ella misma aquella noche en la biblioteca de la plaza Grosvenor.

Había sido al ver el baile. El modo en el que St. Clare y ella se miraban y reían. Fred era un hombre que necesitaba que le deletrearan las cosas, que se las hicieran evidentes, y esta noche, en la terraza, St. Clare y ella, sin querer, habían escrito el pasado y la verdad en letras mayúsculas.

¿Cuándo caería Fred en la cuenta de todo? Quizá ya estuviera intentando dar con ello, estrujándose el cerebro para juntar las piezas del puzle. En ese momento parecía que no era capaz de verlo todavía, pero no iba a tardar. Pronto se percataría de que St. Clare tenía un parecido asombroso con Nicholas Seaton. Y cuando lo notase, ¿qué iba a pasar?

Maggie miró a Fred desde el otro lado del carruaje. Poco podía hacer ella para proteger a St. Clare del afán de venganza de Fred, excepto interrumpir su laborioso proceso de deducción.

—Estás obsesionado con él, eso es lo que te pasa.

Le temblaron las aletas de la nariz.

—No, no lo estoy.

—Claro que sí, y resulta de lo más aburrido. De hecho, creo que deberíamos cambiar de tema.

—Si hablo de él es solo porque tú insistes en estar en su compañía. Y, como tu protector y guardián...

—No eres ni mi protector ni mi guardián. No de la forma que a ti te parece. Y si no accedes de modo educado a lo que te he pedido, a cambiar de tema, entonces te ruego que no digas nada. Lo único que conseguirás si no desvías el rumbo de la conversación será provocarme una migraña.

Fred hizo un movimiento involuntario con el párpado.

—Esa no es la cuestión. Estás bajo mi responsabilidad, te guste o no. ¿Qué supones que quiere de ti un hombre como ese? Te lo voy a decir...

—Por favor, Fred, ahórrame los detalles repugnantes que elabora tu imaginación desbocada...

—Quiere irse a la cama contigo —soltó Fred—. Obtener placer de ti y mancillar tu reputación.

Maggie se echó hacia atrás en su asiento con actitud reflexiva. No era una niña a la que hubiera que proteger. No obstante, le desasosegaba la rudeza de Fred.

Las damas tenían pocas cosas a las que atender en el mundo de la alta sociedad. Solo las normas del comportamiento correcto. Y esas mismas normas hacían que lo caballeros las trataran con respeto e incluso con deferencia. Maggie nunca había valorado esa deferencia, pues se le ofrecía de modo natural debido a su sexo. Pero ahora, su ausencia hacía que se sintiera muy vulnerable. Como si Fred le hubiera hecho una amenaza velada.

—No debes decirme esas cosas —le reprochó al cabo de unos momentos—. No es decente.

Pero Fred continuó desbocado.

—Sea como fuere, parece que a ti no te importa. Ha quedado bien claro el escaso valor que le das a tu propia reputación. Pero has de tener muy clara una cosa: no me voy a casar con una mujer que juega a ser ligera de cascos ni tampoco la voy a mantener.

Maggie enrojeció ante esas palabras groseras. Y su malhumor estalló.

—¿Eso era lo que tenía que hacer para acabar con ese ridículo deseo tuyo de casarte conmigo? ¡Ojalá lo hubiese sabido antes!

—Lo digo muy en serio, Margaret. Si vas a ser mi esposa, entrarás en mi lecho intacta o no entrarás. Y si averiguo que...

—¡Intacta! Menuda palabra. Puede significar muchas cosas. —Maggie sabía que estaba jugando con fuego, pero no era capaz de pararse—. ¿No lo estaré si he abrazado a otro caballero? ¿O si lo he besado? ¿O lo único que objetas es la unión

marital?

A la escasa luz de la lámpara, el rostro de Fred adquirió un tono casi violáceo. Se inclinó hacia delante en el asiento.

—¿Lo has besado?

—No eres un señor feudal, Fred. De hecho, ni siquiera eres «señor» de nada. Ni siquiera eres *baronet*. Aún no. Y si crees que puedes decirme lo que debo hacer y lo que no...

—¿Lo has besado? —casi gritó.

Maggie levantó un hombro de forma despreocupada.

—No lo recuerdo. Se besa a tantos caballeros...

El brillo de la mirada de Fred recordó al de un depredador.

—A mí nunca me has besado.

Maggie no detectó la amenaza hasta que fue demasiado tarde. En un momento dado Fred estaba sentado frente a ella, y al siguiente la había agarrado por los brazos para tirar de ella, levantarla y colocársela sobre el regazo. Dio un ahogado quejido de sorpresa.

—Puede que ese sea el problema —insinuó—. Que no sabes lo que te estás perdiendo.

—¡Suéltame, grandísimo patán!

—Solo un beso. —Apretó el contacto hasta hacerle daño—. Es lo menos que me debes.

—Yo no te debo nada. —Luchó para librarse de la sujeción. En el forcejeo, le tocó el hombro con la mano y al darse cuenta le dio un golpe seco en la herida...

Fred emitió un gemido ronco y Maggie aprovechó para separarse de él. Pero la agarró de nuevo, esta vez con más brutalidad. Del tirón, le rasgó la delicada manga del vestido de baile recién estrenado.

—¡Oh! ¡Mira lo que has hecho, salvaje!

No pareció oírla. Estaba demasiado centrado en su propósito.

—¡Estate quieta! —susurró al tiempo que le buscaba la boca. Notó el aliento abrasador en el rostro—. Te va a gustar.

En ese preciso momento, sonó un ruido estruendoso.

Los caballos relincharon de pavor y el carruaje viró hacia la derecha con brusquedad. Maggie quedó liberada de la sujeción de Fred y cayó hacia atrás contra la puerta.

Tía Harriet se despertó muy asustada.

—¡Por Dios bendito!

Con esfuerzo, Maggie volvió a su asiento. Durante el forcejeo con Fred se le habían soltado las horquillas y alfileres que le sujetaban el peinado, y lo tenía alborotado. Se lo retiró de la cara.

—Eso no ha sido una rueda al romperse —dijo sin aliento—. Ha sido un disparo de pistola.

—Tonterías —descartó Fred—. Algo le pasado al carruaje, eso es todo. —Golpeó el techo del carruaje con los nudillos—. ¿Cochero? ¿Se puede saber qué demonios ha pasado?

El cochero no respondió. Pero otra persona sí.

Una profunda voz masculina resonó en la oscuridad.

—¡Levántense y salgan!

Tía Harriet abrió los ojos legañosos como si fueran dos platos.

—¡Cielos! —gritó—. ¡Es un salteador de caminos!

Capítulo 17

Fred se dejó caer sobre el asiento. Se había quedado blanco como la ceniza.

—Mantengan la calma, señoras. Déjenmelo a mí.

Maggie notaba el pulso de la sangre en los oídos y se convenció de que no estaba asustada. Al menos no demasiado. Los salteadores de caminos no mataban a las damas, por regla general.

—No pasa nada —dijo, en un intento de tranquilizar a tía Harriet—. Solo quiere nuestras joyas.

—¿No pueden protegernos nuestros escoltas?

Maggie lanzó una mirada de reproche a Fred.

—No llevamos escoltas. Solo el cochero y un lacayo.

—He dicho que me lo dejen a mí —insistió Fred, esta vez con agresividad.

Se acercó a la portezuela, que, nada más tocar el picaporte, se abrió de golpe. Él se quedó con la mano en alto.

Una figura siniestra, cubierta por una capa amplia de color negro, apareció ante su vista. Llevaba la cara cubierta por una máscara y un tricornio caído sobre las cejas le ocultaba los ojos. Con la mano derecha sostenía un pistolón de grandes proporciones con el que apuntó al pecho de Fred.

—Buenas noches, jefe —saludó—. ¿Le importa bajarse del carruaje?

—No queremos ningún problema —dijo Fred—. Haremos todo lo que nos pida.

—Pues empiece. —El salteador hizo un gesto con la pistola—. Salga.

—¡Oooh! —gimió tía Harriet.

El salteador la miró y se tocó el extremo del tricornio a modo de saludo jocoso.

—Señora.

Y después fijó la vista en Maggie. Al hacerlo, su alta figura pareció paralizarse por un momento.

No era de extrañar. La joven sabía muy bien qué apariencia debía de tener. Sin el chal, nada podía ocultar su desaliño. La manga arrancada del vestido se veía con claridad a la luz de la lámpara del carruaje, así como el pelo desarreglado.

—Vaya, parece que he interrumpido algo. —Volvió a centrar la atención en Fred y, de forma muy ostensible, amartilló la pistola—. Salga del coche, jefe, si no quiere que le saque yo tirándole de las solapas.

Fred se apeó a toda prisa.

—Tengo cuidado con a quién apunta con esa cosa —protestó con voz ahogada, al tiempo que la puerta se cerraba de golpe tras él—. Si lo que quiere es dinero, le puedo dar...

Se oyó un golpe seco y después un quejido y el sonido de un cuerpo pesado al caer al suelo.

Maggie le tomó la mano a tía Harriet. Tenía el pulso tan acelerado que apenas podía recobrar el aliento.

—¿Crees que lo ha matado? —preguntó tía Harriet.

—No, no lo creo. Se habría oído el ruido del disparo.

Se volvió a abrir la puerta del carruaje y la figura del salteador se recortó en la oscuridad.

—No puede llevarse mis diamantes, señor —declaró tía Harriet con un grado de compostura sorprendente—. Son herencia familiar.

—Pierda cuidado, señora, no les robo a las damas mayores. Ni tampoco a las jóvenes. —Miró a Maggie—. Pero se me conoce por otras formas de obtener el pago debido. —Extendió la mano hacia ella—. Bájese, preciosa. Permítame que le eche un vistazo.

Ella fijó los ojos en la mano enguantada del bandolero y después otra vez al rostro, a los ojos. Parte de la tirantez que había sentido en el pecho se alivió. Deslizó la mano sobre la de él muy despacio.

—¡Señorita Honeywell! —exclamó tía Harriet con tono de advertencia.

—No se preocupe, no me va a pasar nada —le aseguró ella al tiempo que el salteador la ayudaba a bajar del carruaje—. No me hará daño.

Maggie pestañeó, intentando aclimatarse a la oscuridad. A la vacilante luz de la linterna que colgaba del asiento del cochero, pudo entrever a Fred tirado en el suelo, medio desplomado junto a la rueda el carruaje. No parecía estar muerto. Ni

siquiera estaba inconsciente, de hecho.

El cochero permanecía en su sitio, con el criado de librea inmóvil a su lado. Maggie no entendía por qué no habían presentado batalla hasta que vio a otro hombre enmascarado, de pie entre las sombras, que los apuntaba con una pistola. Era bastante menos corpulento que el otro salteador, pero al parecer no menos eficaz.

—¿Qué quiere de ella? —preguntó Fred—. Margaret...

—Lo único que quiero es un poco de intimidad para obtener mi botín. —El salteador condujo sin violencia a Maggie detrás del carruaje—. Por aquí, preciosidad.

Tan pronto como estuvieron fuera del alcance de la vista de Fred, Maggie alzó la mano para quitarle la máscara de tela. Él se lo permitió sin poner impedimento alguno. Pudo reconocer en la oscuridad la cara de St. Clare.

¡Como si hubiera tenido la más mínima duda!

Desde el momento en que alargó el brazo de esa forma tan clásica para ayudarla a salir del coche, supo de quién se trataba.

—¿Es que te has vuelto loco del todo? —preguntó en un susurro.

—¿Te has vuelto loca tú? —replicó de inmediato—. ¿Por qué abandonaste el baile con él?

—Porque estaba haciendo una escena. Era mejor acceder a lo que pedía que arriesgarse a un escándalo mayúsculo. —Hizo una pausa—. Pensé que podría manejarlo. —Sintió una punzada de disgusto por haber sido tan ingenua. Fred ya no era un muchacho. Era un hombre al que no era capaz de controlar—. ¿Por eso has venido detrás de mí, disfrazado de esa manera?

—Poco podía lograr sin disfrazarme. No puedo reclamarte nada, no tenemos ninguna relación. —St. Clare pasó los dedos por la manga arrancada—. ¿Él te hizo esto?

—Sí. Intentó besarme y cuando me puse a luchar con él... —Se interrumpió para agarrar a St. Clare de la capa mientras echaba a andar iracundo—. ¡No te atrevas a hacer algo temerario!

—¡Voy a matarlo!

Tiró de la capa con más fuerza.

—No seas estúpido, ya has hecho suficiente.

—¡Ni siquiera he empezado! —espetó.

Captó en su tono de voz algo que hizo que se le erizara el vello del cuello. ¡Dios del cielo! ¿Tanto lo consumían el odio y la venganza?

—Fred recibirá su merecido —afirmó—. Te lo prometo. Pero no aquí. No ahora. Tienes que irte. Es demasiado peligroso para ti quedarte en estas circunstancias.

St. Clare miró en dirección a Fred echando chispas por los ojos.

—Es él quien está en peligro. Y tú, si te dejo con él. Si es tan salvaje como para atreverse a...

—No volverá a tocarme. Después de esto, no.

—No, no lo hará —aseguró St. Clare— en cuanto le rompa los dos brazos.

—¡Vamos, por el amor de Dios! Si crees que esto es lo que yo deseo, dos hombres moliéndose a palos por mí, estás muy equivocado. No soy una damisela afligida a la que tengas que rescatar.

Él miró el vestido rasgado y alzó las cejas.

Maggie hizo una mueca.

—Bueno, de acuerdo..., lo reconozco: ha sido una suerte que llegaras en ese momento. No soy tan autosuficiente como pensaba que era, al menos cuando Fred está iracundo. Pero he aprendido la lección. Te garantizo que mantendré despierta a la tía de Jane durante lo que queda de viaje.

—¿Crees que eso que me has dicho me tranquiliza?

—Es lo mejor que puedo ofrecerte en este momento.

Estaba claro que no era suficiente, ni de lejos. Una vez más, St. Clare lanzó una mirada letal en dirección a Fred. Maggie no dudaba de que, si tuviera la oportunidad, le rompería todos los huesos del cuerpo.

—¡Mírame! —Lo agarró por la barbilla con los dedos para que fijara la vista en ella—. Lo estás poniendo todo en riesgo, ¡todo! ¿Es que no lo entiendes? No merece la pena. Él no merece la pena.

St. Clare la miró.

—No se trata de él. Se trata de ti. Siempre se ha tratado de ti.

El corazón estuvo a punto de salírsele del pecho.

En ese momento, en esa oscuridad que los envolvía, habría deseado de forma desesperada verle la cara con claridad. Ver los ojos del hombre que se escondía detrás de la máscara. De Nicholas Seaton, de su amigo, no del vizconde St. Clare o de un salteador de caminos sin nombre. Del hombre al que amaba.

—Pues si es así, tienes que irte —lo exhortó con calma y en voz muy baja—. No quiero que esta artimaña tan peligrosa pese sobre mi conciencia. Si sale a la luz...

—Eso no va a pasar.

—Estás muy seguro. Me da la impresión de que confías demasiado en tu

compañero. No es lord Mattingly, es lo único que puedo asegurar.

—Es Enzo.

¿Su lacayo? Tuvo unas ganas enormes de echarse a reír, pero se controló.

—La verdad es que eso tampoco me tranquiliza demasiado...

—Maneja la pistola tan bien como yo.

—Pues esta noche no va a demostrarlo. —Le colocó a St. Clare la máscara en su sitio—. Os vais a marchar los dos antes de que alguien resulte herido de consideración.

—¡Margaret! —gritó Fred.

—¡Estoy aquí! —Salió de detrás del carruaje y vio que Fred estaba de pie y se tocaba con cuidado la parte de atrás del cuello. Pensó que tendría que sentir pena por él, pero, dada la forma en que la había tratado, no albergaba ni un ápice de comprensión o de lástima.

—Entre en el carruaje, hermosa mía. —St. Clare abrió la puerta y ayudó a subir a Maggie. La cerró con firmeza una vez hubo entrado y dio un silbido en dirección a Enzo.

El lacayo abandonó su puesto de vigilancia y trotó hasta colocarse junto a su amo. Avanzaron hacia donde los esperaban los caballos, junto a los arbustos que jalonaban la carretera. Los montaron y sonaron ruidos de cascos sobre la arena dura de la carretera y roces de estribos al tiempo que montaban.

—¿Hay un tercero? —preguntó el cochero.

—No estoy seguro —contestó el lacayo—. Está demasiado oscuro.

—Tengo que advertírselo, cochero —St. Clare surgió de la oscuridad y dio una vuelta alrededor del tiro de caballos montado sobre un gran semental negro—. Mis compañeros pueden estar en cualquier punto de la carretera antes de llegar a Londres. Son todos unos caballeros. No tratarán con amabilidad a un hombre que maltrata a las mujeres con las que viaja, así que será mejor que el jefe viaje en el asiento cubierto del cochero.

Dicho esto, se alejó a medio galope para desaparecer en la noche junto a Enzo.

—¡Dame esa arma si no la vas a usar! —le gritó Fred al cochero. El carruaje se bamboleó—. ¿Se puede saber para qué te pago, por todos los diablos?

Maggie se asomó por la ventanilla bajada para ver lo que estaba pasando justo a tiempo de ser testigo de cómo Fred agarraba con violencia la pistola de dos cañones que el cochero llevaba en el carruaje y disparaba hacia la oscuridad.

Se produjo un sonido inconfundible: el de un proyectil que alcanza carne. A eso siguió un grito ahogado y un redoblar de la velocidad de los cascos cuando St.

Clare y Enzo exigieron a sus caballos avanzar a galope tendido.

Maggie se cubrió la boca para ahogar su propio grito.

—¿Lo ha alcanzado, señor? —preguntó el lacayo muy nervioso.

—Creo que sí, le ha dado a algo o a alguien —se ufanó Fred—. Creo que al más alto. Le apuntaba a él.

—Un balazo en algún órgano vital —reflexionó el cochero— no es una forma agradable de morir... —Meneó la cabeza y agarró las riendas—. Puede que haya más compinches por el camino.

—Ve al asiento de atrás —le ordenó Fred al lacayo—. Yo viajaré en el delantero. —Bajó de un salto y abrió la puerta del carruaje.

Maggie le devolvió la mirada con los ojos muy abiertos.

—¿Le has alcanzado?

—¡Por supuesto que sí! Con suerte, mañana por la mañana estará muerto. —La recorrió con la mirada desde la puerta—. ¿Te hizo daño?

Negó con la cabeza de forma maquinal.

—Fred, ¿estás seguro de que...?

—No hay tiempo para hablar. Tenemos que darnos prisa. Podría haber otros esperándonos en la carretera. —Cerró la puerta sin más y, en unos segundos, el carruaje se volvió a poner en marcha.

Maggie se hundió en el asiento con los ojos anegados de lágrimas.

Fred le había disparado a St. Clare.

Parecía imposible, pero había reconocido el ruido. Lo había sabido tan pronto como oyó que la bala había entrado en la carne de alguien.

Su instinto le pidió salir del carruaje e ir corriendo hacia él, por muy estúpido que pareciera. Incluso en esos momentos tuvo que hacer un esfuerzo para no gritarle al cochero que regresara. No podía dejar a St. Clare así, malherido. Tenía que comprobar por sí misma que se encontraba bien

Pero ¿qué podía hacer? Incluso aunque lograra convencer a Fred de que la dejara salir, no habría manera de socorrer a St. Clare sin revelar su identidad. No tenía ninguna posibilidad de ayudarlo. No podía hacer nada de nada.

—Vamos, hija, tranquilízate y no te preocupes —intervino tía Harriet, que le dio unos golpecitos cariñosos en la mano—. Su criado cuidará de él.

Maggie la miró pestañeando entre las lágrimas.

—¿Cómo dice?

—Esos caballeros y sus sirvientes saben muy bien cómo cuidar las heridas de guerra. Y me atrevería a decir que lord St. Clare mejor que ningún otro, después

de tantos años ejerciendo de salteador de caminos.

Maggie sintió que un frío helador le recorría la venas. Dejó de tener la visión borrosa de golpe.

—No... no sé lo que quiere decir, señora.

—Me refiero al joven vizconde St. Clare —aclaró tía Harriet—. Te he visto por la ventanilla hablando con él.

—¿Que vio... qué? —Los nervios de Maggie le enviaron una advertencia. Dirigió una mirada ansiosa a la ventanilla del carruaje que tenía detrás, alargada, adornada con cortinas de terciopelo e iluminada por la única lámpara de la cabina.

Cuando estuvo fuera del carruaje con St. Clare, en la parte de atrás, ni se había dado cuenta de la existencia de la ventanilla. Y no se le había pasado por la cabeza que tía Harriet estuviera mirando, que hubiese sido testigo de cómo le quitaba la máscara a St. Clare.

—Lo vi y lo reconocí.

Maggie se secó los ojos.

—Mi querida señora..., sé lo que debe parecer. Pero no es lo que usted piensa. Lord St. Clare...

—Ha vuelto a las andadas, ¿verdad? A hacerse salteador de caminos —preguntó tía Harriet con suavidad—. Tras matar al hijo del duque, claro.

—¿Perdone?

—Eso fue lo que dijo la gente en su momento. Hasta yo pensé que era un rumor falso y malintencionado. Era un chico estupendo, muy agradable.

Maggie la miró asombrada mientras ataba cabos a toda velocidad.

—¿Se refiere a... James Beresford?

—Sí, claro..., ¿a quién iba a ser? —Tía Harriet miró a Maggie como si la joven hubiera perdido el juicio—. El hijo del conde de Allendale. Jim le llamaban. Un joven rubio muy atractivo. Una pena que fuera por el mal camino.

Capítulo 18

Situado en Mayfair, en la calle Albemarle, el Grillon's era un hotel muy respetable de Londres. Y también muy lujoso desde cualquier punto de vista. Pero St. Clare no había alquilado habitaciones allí para disfrutar de ese lujo. Si eso hubiera sido lo único que hubiese tenido en cuenta, se habría quedado en la residencia de su abuelo, en la plaza Grosvenor. No. Lo que deseaba era intimidad, y por ella pagaba una suma nada desdeñable.

El director del hotel, el señor Fordyce, era el paradigma de la discreción. No necesitó más que un vistazo cuando St. Clare apareció en mitad de la noche cubierto con una capa y apoyándose en Enzo para avanzar. Sin duda el hombre dedujo que estaba herido, una deducción que reforzó el hecho de que, al llegar a sus habitaciones, St. Clare encargase de inmediato dos botellas de brandi.

Enzo llenó de agua una palangana en el vestidor mientras St. Clare se arrancaba la camisa de lino. Respiró con agitación cuando desprendió del brazo la manga, llena de sangre seca. La bala de Fred solo le había rozado, lo cual no impedía que le doliera muchísimo ni tampoco que hubiera sangrado en abundancia.

Era lo que se merecía por actuar de una forma tan atolondrada.

En el momento en el que supo que Fred se había llevado a Maggie en su carruaje, St. Clare perdió la cabeza y el poco control sobre sí mismo que le quedaba. Por segunda vez esa noche, se enfureció.

Su abuelo lo advertía muchas veces de los peligros que entrañaba el carácter de los Beresford, tanto por las reacciones verbales como por los actos a los que impulsaba la ira incontrolada. St. Clare se vanagloriaba de su capacidad de ejercer ese control, de mantener a raya las emociones, como un jugador que jamás da una

pista acerca de su jugada, sea buena o mala.

Incluso cuando se enfrentó a Fred en un duelo, ya hacía varias semanas, había ejercido un control férreo de sus sentimientos. Había actuado de forma fría y calculadora, sin permitir que ni el furor ni el odio que le provocaba su oponente deshelaran el aire glacial que era capaz de forjar y exhibir.

Hasta esa noche.

—*Acqua, signore.* —Enzo colocó la palangana de porcelana en una mesita baja cercana a la cama. El agua se desbordó un poco—. *E un panno.*

St. Clare agarró el paño y lo utilizó para limpiar la herida. Enjuagó el trapo ensangrentado varias veces en el agua de la palangana hasta que se tiñó de rojo.

—*Portami una bottiglia di brandy.*

Enzo, obediente, fue a buscar la botella al salón de estar y se la llevó.

St. Clare descorchó la botella con los dientes y regó la herida con una porción generosa de licor. Fue como si se la hubiera limpiado con fuego líquido. Quemaba como un demonio. Apretó los dientes para soportar el dolor.

—¡Que se vaya al infierno Burton-Smythe y regrese para que yo lo vea! —musitó entre dientes con rabia infinita.

—*Stupido inglese* —completó Enzo para mostrar su apoyo. Volvió la cabeza para preguntar—: *Ago e filo?*

St. Clare movió el brazo para examinar la herida. La bala se había llevado por delante un trozo de carne. Iba a resultar complicado coser la herida, pero pensó que merecía la pena intentarlo.

—*Sì* —respondió—. Y otra cosa, Enzo, procura encontrar una aguja más afilada que la que utilizaste en Roma, ¿recuerdas?

Enzo dibujó una sonrisa fugaz mientras desaparecía de nuevo en el vestidor. No iba a ser la primera vez que le suturase una herida a su señor. Tras una pelea callejera en Italia, hacía ya bastantes años, tuvo que coserle sin muchos medios una bastante profunda en el hombro utilizando la que podría calificarse como la aguja más roma de toda la cristiandad.

En aquel momento, St. Clare lo consideró un justo castigo a su mala cabeza. Sin embargo, esa noche no estaba de humor para soportar más dolor. Bebió un largo trago de la botella de brandi. Y después otro.

En el momento en el que Enzo empezó a coserle la herida, St. Clare ya se había echado media botella al coleto. Y cuando terminó, la botella entera.

Se sentó en un sillón para que Enzo le quitara las botas.

—Tendré que mandarle una nota a mi abuelo. *Puoi consegnarlo a la piazza*

Grosvenor.

Allendale sabía que St. Clare se había marchado pronto del baile de los Parkhurst, pero no el porqué. No tuvo la oportunidad de contárselo en privado. En realidad, no hubo oportunidad para nada, excepto para una fría mirada de desaprobación con la que su abuelo lo acusó en silencio de abandonar a la señorita Steele en mitad de la cena.

St. Clare tendría que pensar en lo que le iba a decir. Una excusa que su abuelo pudiera considerar aceptable. Pero ¿con qué fin?

Ya no era capaz de discernirlo.

Todo había cambiado desde su regreso a Inglaterra. En concreto, desde el momento fatídico en el que Margaret Honeywell entró en la oscura biblioteca y se desmayó en sus brazos.

Recordando lo que había pasado esta noche y cómo se había encontrado a la joven a la luz escasa de la lámpara del carruaje, su genio amenazó con dominarlo de nuevo. Fred le había roto el vestido. ¡Por Dios, había estado a punto de forzarla cuando los emboscó en el camino! Si hubiese llegado algo más tarde... No soportaba pensar en ello.

Se pasó la mano por la cara.

—Dame papel, pluma y tinta.

Enzo le acercó los útiles para escribir, y St. Clare escribió un mensaje muy breve para su abuelo.

Hoy paso la noche en Grillon's. Ha sido inevitable. Mañana se lo explicaré.

Tras despachar a Enzo con la nota, se tumbó sobre la cama y se cubrió el rostro con el brazo sano. Se le cerraron los ojos. Tal vez incluso se durmiera un poco, porque cuando volvió a abrirlos lo primero que oyó fue que alguien llamaba a la puerta con suavidad pero con insistencia.

Se incorporó profiriendo una queja. Tenía el brazo rígido y le dolía mucho, tanto por fuera como por dentro, en el hueso, y también se había hinchado; además, se sentía febril. Tendría que limpiar de nuevo la herida, y pronto. O eso, o llamar a un médico para que lo hiciera. Pero esperaba con fervor no tener que llegar a ese extremo. No quería que nadie descubriera que había recibido un disparo. Lo último que deseaba era que Fred se diese cuenta de que no era un salteador de caminos «normal» el que los había parado en la carretera.

Se levantó de la cama sin camisa, se puso un batín de seda sobre los pantalones y

se acercó a la puerta.

—Son las dos y media de la madrugada —susurró al abrir la puerta—. Espero que se trate de algo importante...

Las palabras se le disolvieron en los labios.

Era Maggie Honeywell quien esperaba en la puerta.

Estaba de pie en el umbral, protegida por una capa de terciopelo azul con capucha ribeteada de marta cibelina con la que ocultaba el rostro. Lo miró y un alivio extremo le inundó los rasgos.

—¡Oh! —dijo sin apenas aliento—. ¡Gracias al cielo que estás bien!

St. Clare, atónito, la miró fijamente. Hasta dudó por un momento de que la visión fuese real. Pero lo era, por supuesto: allí estaba Maggie, de pie, en la puerta de su habitación, ¡en su hotel, nada menos!

Asomó la cabeza por la puerta y miró con rapidez a derecha e izquierda, asegurándose de que el vestíbulo estuviera vacío. Después tiró de ella para que entrase en la habitación y cerró la puerta de inmediato.

—Pero ¿qué diablos estás haciendo aquí?

Se quitó la capucha de la cabeza.

—Pues buscarte, es evidente.

Se le aceleró el pulso. Su belleza no se podía expresar con palabras, resultaba imposible abarcarla. Casi le dolían los ojos al mirarla a la cara. Y sobre todo en ese momento, por la noche, cuando tenía el autocontrol casi en el límite.

—¿Cómo has sabido...?

—Me dijiste que tenías habitaciones en el Grillon's. Como no te hallabas en la residencia de tu abuelo, deduje que estarías aquí.

St. Clare se alarmó.

—¿Has ido a la plaza Grosvenor?

—No, envié a Bessie. Esta vez se presentó por la entrada de la cocina. Una de las sirvientas le dijo que no habías llegado todavía. Y pensé que...

—Estamos en un hotel, Maggie —le recordó con voz ronca—. ¡Por Dios, si alguien te ha visto entrar...!

—¿Te preocupa mi reputación? —Parecía incrédula—. ¿Por qué ibas a estarlo? Después de lo que ha ocurrido esta noche...

—¡Pues claro que estoy preocupado! Las damas respetables no visitan hoteles. Si lo hacen, dejan de considerarlas como tales al cabo de poco tiempo.

Maggie alargó una mano para acariciarle la cara, pero él se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—No debes quedarte aquí. —Estaba a medio vestir. Y medio bebido. Y tenía las emociones, en general bajo control, tan a flor de piel como cuando era solo un chiquillo—. No es… no es una buena idea.

Sin hacerle caso, se acercó a él.

—No seas estúpido. Solo yo puedo ayudarte y cuidarte. ¡Por supuesto que he venido! Ni una manada de lobos me lo habría impedido.

—Te lo digo en serio. Me he bebido cerca de dos botellas de brandi. No estoy en condiciones de… —Se pasó la mano por el pelo despeinado—. Por el amor del cielo…, ¡ni siquiera estoy vestido!

Maggie paseó la vista por la bata y los pantalones. Se ruborizó un poco, pero no se azoró. En todo caso, su tono se volvió un poco más formal, como si hablara de negocios.

—No soy una muchachita ingenua, ya lo sabes. Y, además, tenemos confianza, para mí no eres cualquiera, ni yo lo soy para ti. —Se acercó un poco más—. ¿Dónde te alcanzó la bala?

—En el antebrazo… —Volvió al asunto del decoro—. Pero eso no significa nada. Tú…

—¿Aquí? —Lo tocó con levedad.

Se estremeció y contuvo el aliento.

—Pobrecito mío —murmuró—. ¿Te duele muchísimo? —Se quitó los guantes y la capa, revelando el vestido azul pasado de moda que llevaba cuando lo visitó aquella noche en la plaza Grosvenor—. Déjame que le eche un vistazo a la herida.

St. Clare hizo un esfuerzo ímprobo para pensar con una claridad de la que no disponía. Prácticamente la arrinconó en una esquina de la habitación.

—¿La señorita Trumble sabe que estás aquí? ¿Y Burton-Smythe?

—Nadie lo sabe. Bueno, nadie con la excepción de Bessie. Me ha acompañado hasta aquí en un coche de punto.

Suspiró un poco aliviado. Su doncella la había acompañado. Algo era algo.

—¿Dónde está ahora?

—De vuelta a la calle Green, supongo. Le dije que esperara en el vestíbulo de la recepción durante diez minutos y que, si no regresaba de tu habitación, se fuera…

—¿De verdad le dijiste eso?

—Por la mañana volveré a casa por mi cuenta. Me puedes colocar en un coche de punto tú mismo si quieres.

—¿Es que has perdido el juicio? Si alguien lo viese…

Al salón de estar daban varias puertas con paneles de madera. La que conducía a

su dormitorio estaba abierta y permitía la visión de su cama con dosel, con la colcha y las sábanas arrugadas sobre el colchón y la ropa sucia tirada en el suelo enmoquetado: la camisa ensangrentada, los calcetines y las botas, todo de cualquier manera.

Maggie entrecerró los ojos.

—¿Había alguien contigo en el dormitorio?

—¿Cómo dices? —La sugerencia era tan absurda y estaba tan alejada de la verdad y de la lógica que le costó unos momentos comprender su significado real. Al final exhaló una risa ahogada y atónita—. ¿Quieres decir una mujer?

—¿Hay alguien? —insistió.

—¡Por supuesto que no! Estoy solo. Eso era lo que intentaba que comprendieras. Por eso no deberías, no puedes, estar aquí...

—¡Vaya! ¿De verdad que no puedo? —replicó—. He pasado varias horas asustadísima por si permanecías herido en un rincón de la carretera de Chiswick. ¿Te puedes imaginar siquiera lo que es eso?, ¿darme cuenta de que no tenía forma de encontrarte y ayudarte? Ni siquiera podía estar segura de saber si estabas vivo. Y ahora me dices que debo marcharme de aquí... ¿Para qué? ¿Para alquilar un coche de punto y volver a la calle Green? —Arrugó la cara como si fuera a echarse a llorar—. ¡Por favor! Pensaba que te había vuelto a perder, esta vez para siempre...

Le ardieron las entrañas. No lo había pensado..., no lo había tenido en cuenta. Hacía mucho que nadie se preocupaba por él. No por el título ni por la sucesión, sino por él.

—Lo siento. Has sufrido por mi causa.

—No lo sientas. Solo déjame que cuide de ti. No voy a estar tranquila hasta que sepa que estás bien.

No pudo hacer otra cosa que mirarla, con la mandíbula apretada debido a la emoción que lo embargaba. Lo más probable era que Maggie no se diese cuenta del peligro que corría estando allí. No solo por el hecho de encontrarse en un hotel en mitad de la noche, sino por estar con él, cuyo carácter y reacciones eran imprevisibles en sus circunstancias.

Porque la deseaba, maldita sea. Necesitaba descansar entre sus brazos, perderse en la dulce y femenina suavidad de su cuerpo.

Ya le era imposible estar cerca de ella sin desearla como un enamorado desea a su amada. Hasta ese momento, solo la respetabilidad de las educadas visitas a la residencia de los Trumble y los encuentros en la calle Bond habían logrado que

mantuviera la compostura. Pero incluso en esos momentos había flaqueado. Igual que el día que se besaron en Hyde Park y hacía pocas horas, cuando bailaron ese vals sin música en la terraza de los Parkhurst. Cada roce de los labios y cada caricia de las manos había desgarrado un jirón de la determinación implacable que gobernaba su modo de actuar..., la misma determinación que tendría que ayudarlo a superar esto.

Si al menos ella hubiera esperado hasta la mañana siguiente para visitarlo, quizá podría haber recuperado un ápice de autocontrol. Pero ahora...

—Déjame ver. —Extendió la mano para quitar el nudo del cordón que sujetaba la bata.

Esta vez no hizo ningún gesto para detenerla. Tampoco retrocedió. Solo se quedó allí, conteniendo el aliento mientras la prenda de seda se le deslizaba por los hombros hasta los brazos desnudos, dejando a la vista la herida.

Pero no fue la herida de bala lo que captó la atención de Maggie, ni el resto del brazo. Fue el pecho desnudo.

Se quedó helada delante de él, con la mirada fija en una cicatriz antigua que partía de debajo del cuello y recorría el músculo pectoral. Hacía tiempo que se había difuminado, pero sin dejar de ser bien visible. Se trataba del único recordatorio de su verdadero origen, la única huella de un pasado que había tratado de olvidar, o al menos esconder, con todas sus fuerzas.

¡Por todos los diablos del infierno!

No tenía la intención de revelárselo. No en ese lugar ni en ese momento. Si hubiese podido pensar con claridad... Pero ya era demasiado tarde.

Una reacción extraña transformó la cara de Maggie. Se ruborizó y palideció de forma sucesiva. Y después le tocó la cicatriz. Un mínimo toque, con la punta de los dedos, desató un terremoto, un temblor repentino que fue incapaz de contener ni esconder.

Tomo aire con fuerza, ella también tuvo que notarlo. Era una conexión profunda, forjada hacía mucho, que se regeneraba pese al tiempo transcurrido.

—¡Dios del cielo, lo sabía! ¡Estaba segura! —Lo miró a los ojos con un brillo de triunfo en la profundidad líquida de aquellos dos zafiros—. Eres tú, ya no cabe duda.



Capítulo 19

Maggie apenas lo había tocado, pero St. Clare, una vez más, se separó de ella. Volvió a colocarse la bata de seda oriental, se la anudó con gesto brusco y entró en el dormitorio a grandes zancadas. En una mesita cercana a la cama había una botella de brandi y una sola copa. Se sirvió una ración generosa del licor y se la bebió de un trago.

Maggie lo siguió. No era posible que continuara negándolo, ¿verdad? Ahora ya no. La cicatriz del pecho era la prueba definitiva. Recordó al instante, como si se hubiera sido el día anterior, el corte sangrante que le había producido el látigo de Fred.

«¿Te das cuenta de lo que me ha hecho? —le preguntó Nicholas aquella noche funesta de hacía tantos años—. ¿Crees que un caballero le haría esto a alguien que no puede defenderse?».

St. Clare dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Te dije que no deberías haber venido aquí.

Maggie sabía muy bien que no debería haber ido. Había sido insensato y temerario. Había puesto en riesgo su reputación. Peor que eso: había puesto en peligro a Bessie, a quien se lo había contado, y había sido injusta con Jane, que no sabía nada. Pero a Maggie no le había importado poner en peligro a su sirvienta ni cargarla con una losa que era solo suya, ni tampoco ocultarle secretos a su mejor amiga si de eso dependía la vida de St. Clare.

La vida de Nicholas.

Se miraron desde la escasa distancia que permitía el diminuto dormitorio, como si fueran dos enemigos a punto de entrar en combate. Igual que cuando hay

tormenta, el aire estaba cargado de electricidad, de una tensión palpable producto del dolor, el enfado y el deseo a partes iguales.

—Me has mentido —le reprochó Maggie.

No dejaba de mirarla con los párpados entrecerrados y los ojos echando chispas.

—Lo sé.

—Me hiciste dudar de mí misma y fuiste consciente de eso en todo momento...

—¡Lo sé! —El tono de voz destilaba amargura y frustración, así como un filo áspero y cortante de arrepentimiento genuino. Se pasó la mano por el pelo dorado, por una vez revuelto y erizado, cuando siempre lo llevaba meticulosamente peinado.

Maggie nunca lo había visto tan descontrolado, con el rostro medio invisible, solo iluminado por la luz incierta que proporcionaban las escasas velas de la habitación. Pese a la penumbra, notó cómo le temblaba todo el cuerpo; el enfado, la frustración y el remordimiento le corroían el alma; el conflicto entre el pasado y el presente lo partía en dos.

—¿Tan malo es recordarlo? —dio un paso hacia él—. ¿Acordarte de quien eras?

Negó con la cabeza, la cara tensa y presa de una emoción inexplicable.

—Sabía que eras tú. Lo único que deseaba era la verdad. Que reconocieras...

—¿Que reconociera qué? —Su voz fue casi un rugido—. No esperaba volver a verte nunca más. ¿Cómo iba a saber que estarías aquí? ¿Y que aparecerías ante mí como lo hiciste aquella noche?

—Debió de sorprenderte.

Hizo un ruido ahogado que podría haber sido una risotada.

—Nunca había visto tanto talento para la sutileza.

—Se queda corto si lo comparas con el tuyo para esconder lo que sientes de verdad.

—He perdido todos los talentos y capacidades que tenía antes. Ahora soy como me ves, sin el más mínimo resto de armadura. —Se sirvió otra copa de licor—. Me la has quitado, del todo.

Le dio un vuelco el corazón.

—No puedes culparme de tu situación en este momento. No fui yo quien...

—No te culpo de nada. Yo soy el responsable de todo. No tengo el más mínimo control de mí mismo en nada que tenga que ver contigo. Nunca lo he tenido. —Vació la copa—. Deberías irte —dijo—. No soy yo mismo, no me reconozco.

Maggie lo miró con gesto irónico.

—Quiero decir que... —insistió St. Clare.

—Sé muy bien lo que quieres decir. Estás enfadado contigo mismo por actuar de forma tan impulsiva en todo lo que se refiere a mí. Y lo estás pasando mal, también por lo mucho que has bebido.

Se cubrió la cara con las manos.

—Tienes que irte, Maggie —repitió—. Te lo digo muy en serio.

—No me cabe la menor duda. Pero lo primero es lo primero. —Se acercó a él y lo empujó hacia la cama—. Deja que te examine de nuevo la herida. Y esta vez como Dios manda.

—¿Es que no has visto suficiente? —bufó.

—Siéntate. —A Maggie le temblaba el pulso, del todo descontrolado, pero modulaba la voz de forma admirable—. Ya está bien de tonterías.

Masculló lo que parecía ser un juramento, pero se sentó en el borde colchón. Colocó los brazos a los lados y apretó los pies contra el suelo, con las piernas separadas.

Maggie se acercó a él y se colocó entre sus piernas. Estando él sentado, su altura era similar, lo cual le confería a Maggie un dominio aparente de la situación, aunque no era eso lo que ella sentía.

—Eres como un león con una pata herida. Una pata herida y la cabeza dándole vueltas. —Le quitó la bata de seda, que le colgaba por detrás de los hombros—. No sueles beber mucho, ¿verdad?

—Muy pocas veces.

—Me alegra oírlo. —Se humedeció los labios. Se le había quedado la boca seca, lo cual no era de extrañar. Estaba delante de ella, desnudo de cintura para arriba, una visión sobrecogedora que le producía rubor en las mejillas y estremecimientos en el estómago. Se obligó a centrar la atención en el brazo y a comportarse con control clínico, no del modo en el que se comporta una damisela a punto de desmayarse.

Pero no era fácil.

Parecía que le hubieran esculpido el cuerpo en un bloque de mármol. Cada hueco, cada pliegue de la piel, cada músculo estaba bien definido. Era tan elegante y poderoso como un dios o un héroe griego, todo carne magra y fuerza acumulada.

El Nicholas de su juventud era desgarbado y delgaducho, mucho menos impresionante y sin la capacidad de intimidar los sentidos. Se preguntó que habría hecho para desarrollar esa musculatura tan impresionante. Jane había dicho que era un deportista, pero las cicatrices desdibujadas del pecho y los hombros

seguramente no hablaban de sesiones de ejercicio placentero, más bien contaban historias de resistencia y supervivencia.

Porque había sobrevivido, estaba claro.

Más que eso. De alguna manera, había forjado una nueva vida, una identidad distinta por completo y sin duda mejor para él mismo. En esos diez años se había convertido en un hombre del todo diferente.

Maggie se concentró en la herida del brazo y frunció el ceño. La piel rasgada estaba cosida de forma bastante pulcra con hilo negro.

—Supongo que esto es obra de Enzo. Te habrás limpiado la herida a fondo antes de que te la cosiera, ¿verdad?

St. Clare asintió con un sonido ahogado de asentimiento.

Le tocó los bordes de la llaga. Notó que se estremecía con cada roce de la punta de los dedos, y también cuando deslizó los nudillos a lo largo del brazo desnudo. No sabía si esa reacción se debía solo al dolor. De hecho, cuanto más lo tocaba, más sospechaba que, bajo la apariencia tensa, tenía la boca tan seca y temblorosa como ella.

Lo miró a los ojos.

—¿Te duele mucho?

—Es una agonía.

Se le aceleró el corazón.

—Para mí también. —Deslizó la mano hasta encontrar la de él y agradeció notar que sus dedos grandes rodeaban los de ella. El gesto fue rápido y firme. Posesivo. Agachó la cabeza cuando se inclinó hacia él—. Nicholas...

La silenció con un beso que, de entrada, no tuvo ninguna ternura. Sintió sus labios, rugosos de calor, de deseo y de urgencia masculina. Fue un beso mucho más desesperado que dulce.

Y Maggie se derritió. No hay otra forma de describirlo.

Le temblaron las rodillas y se fundió con su cuerpo, envuelta por sus brazos y entregada a su beso. Colgada de él como si la hubiese capturado con la boca.

—Maggie —murmuró con una voz que le surgía de la garganta—. No puedo...

—Está bien. —Le rodeó el cuello con los brazos. Y, cuando lo que debía pasar era que se separaran, gracias a un ejercicio de caballeroso control por parte de él, fue ella quien le tiró de la cara y volvió a besarlo.

En realidad, él no necesitaba apenas estímulo. De hecho, cuanto más respondía Maggie, más pedía él. Y se lo daba encantada, abriendo la boca y poniéndola a su entera disposición. Sabía a brandi y a calor masculino, una mezcla excitante que le

arrebataba los sentidos.

St. Clare parecía experimentar algo parecido. Respiraba con dificultad y le acariciaba la cintura, la espalda y el cuello, sujetándola para que no separara la boca de la de él.

Un beso conducía a otro, y a otro más, y el siguiente empezaba antes de que terminara el anterior, como si este hubiera llegado a su final natural. Además, en Maggie se iba desarrollando un anhelo, un ansia por algo más que no podía identificar ni expresar, que hizo que se mostrara tan salvaje y desesperada como él, besándolo hasta quedarse sin respiración. Incluso le parecía no poder soportar el peso de su propio cuerpo.

La rodeó en un abrazo poderoso y la levantó como si fuera una pluma para depositarla de espaldas sobre la cama. Solo tuvo un instante para recuperar el aliento, pues de inmediato se echó sobre ella, la envolvió entre los brazos y volvió a besarla de forma profunda, ávida y sin aliento.

Por Dios.

¡Por Dios!

Gritó de forma ahogada contra su boca.

—¡Espera!

—Ya he esperado demasiado.

Le enredó los dedos en la melena, acariciándola con suavidad.

—Me vas a asfixiar.

—Quiero devorarte. —La besó con urgencia en las mejillas, la barbilla y la garganta—. Si supieras lo que he sufrido...

—¿Te olvidas de mí? ¿Lo que yo he sufrido no cuenta? —Le puso las manos en las sienes y le colocó la cabeza de forma que tuviera que mirarla a los ojos. Temblaba de puro deseo, su cuerpo no deseaba que dejara de besarla, de acariciarla, de tocarla con frenesí. Pero había algo que deseaba todavía más. Quería la verdad. Necesitaba la verdad—. ¿Por qué no volviste conmigo?

Se detuvo y la miró durante unos instantes que se hicieron largos para ambos. El calor de la pasión le desapareció de la cara poco a poco, lo reemplazó una emoción que Maggie no fue capaz de identificar. Tragó saliva con un espasmo de la garganta. Y después se tumbó de espaldas junto a ella con la cabeza apoyada en una de las almohadas.

—Deseaba hacerlo.

—Pero no lo hiciste. Ni siquiera me mandaste una simple carta. —Lo miró a la luz temblorosa de la vela que se consumía. Tenía la cara a centímetros de la de él

—. ¿Por qué?

—Porque... —Le brillaron los ojos de forma peculiar e indescifrable—. Porque para avanzar... tenía que renunciar a ti.



Capítulo 20

St. Clare nunca se había planteado decir esas palabras en voz alta, y mucho menos a la propia Maggie Honeywell en persona. No había considerado la posibilidad de confesarle que, tras huir de Beasley Park, y una vez comenzada su transformación en John Beresford, vizconde de St. Clare, se había visto obligado a pensar en ella como en una parte inseparable de su infortunado pasado.

«Tenía que renunciar a ti».

Había sido la única manera de sobrevivir.

—Lo entiendo —dijo Maggie.

Pero eso no evitó el dolor que le produjeron la mirada y el estremecimiento del pecho de ella. Le acarició la mejilla.

—Maggie…

—Lo entiendo, de verdad. Y también entiendo por qué buscaste a Fred.

La mera mención del nombre de su enemigo bastó para que se le tensaran los músculo de pura rabia.

—No lo busqué. —Era verdad, no lo había buscado. No al principio—. Lo vi una tarde en la calle Bond por pura casualidad, poco después de llegar a Londres.

Fred paseaba por el otro lado de la vía en compañía de amigos de la alta sociedad. Los andares de *bulldog* y los mechones de pelo del color del cobre resultaban inconfundibles. Y esos aires de superioridad, imposibles de olvidar.

En ese momento, cuando salía de Weston tras encargar media docena de casacas nuevas, el pasado que St. Clare había escondido con determinación en los confines de la mente resurgió con un poder pavoroso. Regresó todo lo que tuvo

que soportar en su juventud, toda aquella rabia turbia; lo embargaron un sentimiento de injusticia y el deseo profundo, grabado en los huesos, de poner las cosas en su sitio algún día.

Pensaba que había controlado todos esos sentimientos, que los había encerrado en un cajón y arrojado la llave a las aguas profundas del Tíber. Que los había dejado allí, enterrados en Italia, un sacrificio necesario para emprender y lograr la transformación en el caballero que era hoy. Pero en la calle Bond esos sentimientos resucitaron con tremenda brutalidad.

—¿Y después, en el local de juego? —preguntó Maggie.

—Si te digo la verdad, eso no fue una coincidencia, aunque lo aparentase.

No pareció sorprendida.

—Lo organizaste todo, deduzco.

—Sí, así fue.

A St. Clare no le costó demasiado averiguar en qué lugares pasaba las noches Fred, y menos presentarse en ellos. El antro era oscuro y estaba lleno de humo, y la ingestión de alcohol mermaba mucho la capacidad de Fred para identificarlo. No reconoció a St. Clare. Pero St. Clare sí que lo reconoció a él. De hecho, meterle una bala en el hombro había sido una de las mayores satisfacciones de su vida.

—También podrías haber organizado las cosas para encontrarme a mí —apuntó Maggie.

—No podía. —St. Clare hizo una pausa—. Y no por lo que dijiste en Hyde Park acerca de que mi odio por él superaba mi amor por ti —añadió.

—Entonces, ¿por qué? —Los ojos le brillaban, vulnerables.

Le mantuvo la mirada. El estar acostados el uno al lado del otro en una cama con dosel, ambos cara a cara en la penumbra, le hacía sentir como si hubieran vuelto a la niñez y compartieran secretos en la oscuridad.

Pero no eran niños, no. Él era un hombre, en esos momentos desnudo de cintura para arriba, herido y medio borracho. Y ella una mujer hermosa y seductora. La mujer que quería. Le resultaba imposible no ser sincero con ella.

—Porque... sabía que, si te volvía a ver, me desharía en pedazos. Todo aquello para lo que me había esforzado y por lo que había trabajado, mí título, el apoyo de Allendale, la vida que ahora llevo... Si te volvía a ver, sabía que lo arriesgaría todo para recuperarte aunque eso significara destruirme a mí mismo al hacerlo.

Maggie le lanzó una mirada reprobadora.

—Vaya forma tan sombría que tienes de juzgar el asunto. Volviste a verme aquella noche en la plaza Grosvenor y no se te ha caído el mundo encima.

Hizo una mueca. Maggie no lo entendía. No era capaz de apreciar el poder que ejercía sobre él, hasta qué punto le había afectado verla aquella noche. En solo un instante, había pasado de ser John Beresford, sentado frente al fuego en la biblioteca tras pasar la velada en su club, a convertirse de nuevo en Nicholas Seaton, como si se hubiera producido una grieta en el universo que lo hubiese arrastrado hasta Somerset. Y no a aquel cuchitril de los establos de los Honeywell, sino a la hierba salpicada de nomeolvides en la que yacía junto a su amor de ojos azules con el corazón lleno de promesas y esperanzas acerca del mañana.

No, el mundo no se le había caído encima, pero el paisaje sí que había cambiado de forma radical. La visita nocturna de Maggie había conjurado su pasado de forma mucho más vívida de lo que podrían hacerlo una docena de encuentros con Frederick Burton-Smythe. Y no a base de recuerdos de rabia y deseos de venganza, sino de momentos singulares de dulzura, de ternura y de afecto inquebrantable.

Se había esforzado todo lo que había podido para mantener el control; para conservar la reserva y la frialdad; para utilizar la forma de hablar de un caballero, conseguida a base de enormes esfuerzos. Lo único que le había ayudado era que ella no parecía haberlo reconocido.

O al menos eso pensaba, hasta el paseo por Hyde Park.

—¿No tenías curiosidad por saber dónde estaba o qué había sido de mi vida? —preguntó Maggie—. Aunque no tuvieras la intención de verme, al menos podrías haber hecho averiguaciones.

—¿Con qué objeto? Daba por hecho que estarías casada hacía tiempo. Establecida con tu marido e hijos. —Hizo una mueca—. Prefería no conocer los detalles.

Una sonrisa mínima cruzó el rostro de Maggie.

—Entonces sí que pensabas en mí…

—Al principio, lo único que hacía era pensar en ti. Tuvieron que pasar unos años para que dejara mis sueños atrás. —Se había hecho mayor. Más inteligente. Más capaz de ejercer la autodisciplina—. Pero incluso entonces…

—¿Qué? —preguntó Maggie de inmediato.

De entrada, no contestó. No dejaba de acariciarle la curva de la mejilla. Y cuando por fin habló, su tono de voz fue ronco, afectado por los recuerdos.

—A veces, cuando estaba en la cubierta de un barco en medio de la noche, o cabalgando solo por una carretera desierta iluminada por la luna, sentía algo muy extraño. Como si un hilo me tirara del corazón. Como si ese hilo me uniese a otra

persona que se hallaba en otro lugar del mundo, muy lejos de donde yo estaba. Siempre pensaba que eras tú. Eso me imaginaba, y me preguntaba si tú estarías sintiendo lo mismo.

A Maggie se le deslizó por la mejilla una lágrima traidora.

—Claro que lo sentía. Y lo sigo sintiendo.

Le quitó la lágrima con una caricia, maldiciéndose por habérsela provocado.

—Lo siento, Maggie. Siento mucho haberte puesto triste. Y también no haber cumplido la promesa que te hice.

—Te estuve esperando. Mucho tiempo.

Sintió una punzada ardiente en la parte posterior de los ojos.

—Lo siento —repitió—. Estaba deseando volver a casa, pero... el camino hacia ti estaba bloqueado. Al menos como el joven que era. Como Nicholas Seaton.

—Lo dices como si fueses otra persona.

—He llegado a pensar en él como si lo fuera. Como un individuo joven e infortunado que dejé atrás en algún lugar de Italia.

Nuevas lágrimas amenazaban con surgir en los ojos de Maggie.

—¿Y lord St. Clare?

—Nació de sus cenizas, de las cenizas de Seaton, podría decirse. El hombre que estaba destinado a ser y que habría sido si las cosas se hubieran desarrollado de otra manera. —Se dio cuenta de que lo que decía no tenía sentido para ella—. Todo se ha vuelto muy complicado.

—Sí, la verdad. —Le colocó la mano diminuta en el pecho y le acarició la antigua cicatriz que le produjo el látigo de Fred. Después le acarició el cuello—. Pero ahora estás aquí. Y, en este momento, eso es todo lo que me importa.

Él volvió la cabeza y la besó en los labios con mucha suavidad. Se mezclaron los alientos y los labios de ambos. Se le aceleró el pulso. Tuvo que poner en práctica toda su presencia de ánimo para separarse de ella.

—¿Me perdonarás algún día? Sé que no merezco...

—¡Por supuesto que te perdono! Solo quería que tuvieses el buen sentido de confiar en mí lo suficiente como para decirme quién eras en realidad.

—Quién soy en realidad... —repitió con un resoplido irónico—. Es bastante más complicado de lo que te puedas imaginar.

—Empiezo a darme cuenta. —Frunció el ceño—. El hijo de lord Allendale, James Beresford, el hombre que dices que es tu padre..., porque es cierto que era tu padre, ¿verdad? Él... era Caballero Jim.

Los dedos de St. Clare se crisparon sobre la mejilla de Maggie. Sintió una

mezcla desconcertante de alivio y de alarma.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por algo que dijo la tía de Jane. Siempre está confundiendo a gente de ahora con sus padres o abuelos. Anoche te vio por la ventana del carruaje y pensó que eras tu padre, y lo llamó Jim. —Maggie lo miró con fijeza—. ¿A que es verdad?

—Sí, es verdad —admitió—. James Beresford era Caballero Jim.

No se había dado cuenta del peso que suponía la verdad hasta el momento en que se la confesó. Nadie lo sabía, aparte de su abuelo. Y el conde de Allendale no era muy partidario de hablar del pasado. Tampoco del de St. Clare, por cierto. Su niñez y adolescencia en Somerset eran temas que el conde había eliminado de las conversaciones casi desde el momento en el que se encontraron.

—¿Cómo supiste quién eras? —preguntó Maggie—. La noche que te marchaste de Beasley Park solo tenías la sospecha de que tu padre podía ser un salteador de caminos, en ningún caso un noble prominente. —Abrió mucho los ojos debido a la idea que se ocurrió de pronto—. ¿Preguntaste por él en la taberna de Market Barrow?, ¿aquella en la que había trabajado Jenny?

St. Clare le acariciaba la barbilla con el pulgar, muy despacio. Y, de repente, retiró la mano y soltó el aire como si estuviera muy cansado.

—No fui a Market Barrow. No podía arriesgarme a hacerlo. Hubiera significado cabalgar hacia el interior del país en lugar de hacia la costa.

—Entonces, ¿cómo...?

—Llegué a Bristol, tal como había planeado. Pregunté por Caballero Jim en cada taberna que vi. En todo momento temía que las autoridades me encontrasen y me devolvieran a Somerset para ahorcarme allí. Y no solo me daba miedo eso. Una vez, dos miembros de la Marina Real estuvieron a punto de reclutarme a la fuerza. Me escapé como pude de ellos, pero faltó muy poco para que me atraparan.

—Yo pensé que te habrías alistado. Que te habrías convertido en soldado o marinero, y te habrías ido a luchar contra Napoleón.

—No hice nada así de noble. Continué buscando a Caballero Jim. Indagando y preguntando. Dos veces estuve a punto de morir por aventurarme en sitios en los que no debía. —Tenía cicatrices que así lo demostraban, recuerdos oscuros de los primeros días de búsqueda de su padre—. No tenía nada que ver con ese personaje romántico que tú y yo habíamos elaborado, Maggie. Era un aventurero con muy malas compañías. Corría el rumor de que había huido al Continente. Había gente que decía que a Italia, vía Ginebra.

—¿Y viajaste allí por tu cuenta?

Asintió.

—Compré un pasaje en un barco mercante que iba a Ámsterdam.

Aún recordaba con una claridad estremecedora lo mal que lo había pasado en aquel viaje y lo mareado que estuvo en todo momento. Y el sabor del pan de centeno y los arenques que comió cuando el barco por fin llegó a puerto, unos sabores distintos por completo a los que estaba acostumbrado en Inglaterra.

—Gracias a Dios que había conservado el dinero que me diste. Me salvó la vida más veces de las que soy capaz de contar. Con él siempre pude tener un techo que me cobijara y algo de comida para alimentarme mientras atravesaba los Alpes a pie para llegar a Milán.

—Un camino muy largo —valoró impresionada—. ¿Tuviste miedo alguna vez?

—Muchas. Fue un viaje peligroso y durante la mayor parte dependí de los guías y de los compañeros de viaje que encontré por el camino. Siempre temía que alguno de ellos me cortara el cuello mientras dormía. Para evitarlo, intenté aprender a hablar en todos los idiomas que pude. Un poco de alemán, un poco de italiano, hasta un poco de francés. Lo suficiente como para no sentirme indefenso... y no sonar del todo como un inglés. En ese momento, ser inglés era una carga.

—Me hubiera gustado estar allí contigo.

—Estabas conmigo, de día y de noche. —Eso también lo recordaba con extrema claridad. El anhelo por ella. La añoranza que surgía del alma, que no desaparecía pese a los años transcurridos intentando olvidarla sin conseguirlo—. ¡Había tantas cosas que quería contarte y compartir contigo! Todo lo que oía y veía. Todas las anécdotas divertidas que sabía que te harían reír.

Maggie volvió a derramar lágrimas al oírlo y se las limpió con el reverso de la mano.

—Tengo envidia de tus aventuras.

—Pues no me envidies demasiado. Mi abuelo fue un maestro bastante brutal. A veces pienso que hubiera sido mejor enrolarme en la Armada o el Ejército.

—¿Cuándo tuviste noticias suyas por primera vez?

—Cuando llegué a Milán. En una *pensione* de allí había un individuo que hablaba inglés. Me envió a Venecia, a la villa en la que estaba viviendo el conde de Allendale.

Maggie alzó mucho las cejas de la sorpresa.

—Pero ¿cómo sabía ese hombre a dónde enviarte? No me estarás diciendo que

sabía cuál era la verdadera identidad de Caballero Jim...

—No sabía nada de Caballero Jim. Pero me reconoció a mí. Unos años antes, Allendale había ido a Italia a buscar a su hijo y le había enseñado a la gente un retrato en miniatura de él. —St. Clare esbozó una sonrisa breve y amarga—. Resultó que la señora Applewhite había tenido razón durante todos esos años: me parezco muchísimo a mi padre. Muchos nos confundirían. Nada más verme, Allendale supo que era su nieto.

—Su nieto ilegítimo.

—Su único nieto. Ya estaba a punto de resignarse a que el título pasase a Lionel, lo cual le hubiera amargado la vida por completo. Su mayor empeño antes de morir era asegurar que quedase en manos del linaje Beresford. Y, cuando aparecí, se dio cuenta de que existía la posibilidad de conseguirlo. Él no podía tener más hijos, y con mi padre muerto...

—¿Tu padre está muerto?

—Sí —confirmó St. Clare—. No tuve la oportunidad de conocerlo. Murió varios años antes de que yo llegara a Italia, víctima de una enfermedad que seguramente le produjo lo mucho que frecuentaba los prostíbulos y que agravó el alcohol. Si mi abuelo hubiera abierto la mano con él, aunque hubiese sido un poco, podría haber vuelto a casa. Pero los Beresford son tercos y vengativos. El abuelo pensó que un largo periodo de exilio le vendría bien a mi padre y que le ayudaría a enderezar el carácter. Y para él fue una decepción...

—La tía de Jane dijo que fue «por el mal camino».

—Exacto: bebía, buscaba pelea, se juntaba con indeseables, siempre se metía en líos. Cuando el abuelo lo repudió durante un tiempo, mi padre recurrió al robo. Me da la impresión de que disfrutaba asaltando diligencias.

—¿Y Jenny?

—Fue una de sus muchas conquistas. No muy distinta de las otras chicas de taberna a las que sedujo mientras estuvo fugado.

Maggie no parecía del todo convencida.

—Creo que hubo algo más que eso. Padre siempre decía que tu madre, en su juventud, era muy guapa, y cuando estaba en la taberna de Market Barrow...

—Ejerciendo su oficio.

—Lo que te iba a decir es que no recuerdo que nadie vinculara a Caballero Jim con ninguna otra mujer. La única fue siempre Jenny. Lo que me lleva a pensar que...

—¿Que, en cierto modo, fue una historia de amor? —concluyó St. Clare en un

tono algo desdeñoso—. En tal caso, ¿por qué...?

Se abstuvo plantear en voz alta las preguntas que le habían amargado la niñez y la adolescencia. ¿Por qué no le había querido Jenny? ¿Por qué le golpeaba, le gritaba y le decía que le había destrozado la vida?

Maggie parecía saber lo que sentía en ese momento, como siempre. Le acarició la parte de atrás del cuello para tranquilizarlo.

—Puede que estuviera decepcionada con tu padre. Decepcionada con la vida. Es muy injusto que lo pagase contigo, sí, pero... creo que, de todas formas, te quería.

—¿Cómo puedes decir eso? —Soltó una risa irónica—. Estoy seguro de que, tras mi desaparición, no dejó de dormir a pierna suelta ni una sola noche.

—Estás equivocado —lo contradijo Maggie—. Habló de ti al final.

Se encogió al oír sus palabras, como si hubiera sufrido un daño físico. Jenny había sido cruel con él muchas veces. Incluso peor que eso. Le había dejado creer que no merecía siquiera el amor de una madre. Y, pese a ello, la idea de que hubiera hablado de él en el momento de su muerte le resultaba muy difícil de soportar.

Maggie continuó:

—Fue cuando me senté a su lado. Ella estaba en la cama, con mucha fiebre. La mayoría de las cosas que dijo en sus últimos momentos no tenían ningún sentido. Pero mencionó tu nombre y pidió un sacerdote. Uno que no fuera el señor Applewhite. Un tal padre Tuck. Yo no sabía que fuese creyente.

St. Clare tampoco. Jenny nunca acudía a los servicios religiosos y tampoco lo había animado a él a que lo hiciera. Por lo que él recordaba, renegaba de Dios, amargada por su escasa suerte en la vida y el desprecio que sufrió por ser madre soltera.

—Supongo que la cercanía de la muerte nos vuelve creyentes a todos.

—Puede que sí, pero, con independencia de la religión, al final en quien pensaba era en ti. Eso tiene que significar algo.

—Pues no significa nada de nada. Además, para mí ya es una historia pasada. No merece la pena hablar de ella.

—Así que ya está, ¿no? No tienes la menor intención de hablar de tu pasado.

—No —confirmó con franqueza—. Ni la más mínima.

—Yo formo parte de tu pasado.

—No, ni mucho menos. —La miró con intensidad en la penumbra—. Tu formas parte de mí.

A Maggie le temblaron los labios.

—La mejor parte, con diferencia —insistió—. De hecho, la única que importa. Puede que perdiera la esperanza de volver a verte, pero no pasó ni un solo día, ¡ni uno solo!, que no pensara en ti. Que no deseara...

—¿Qué? —preguntó Maggie en voz apenas audible.

—Volver a estar de nuevo contigo. Como ahora. Como el hombre que soy ahora. —Deslizó la mano alrededor de su cintura y la atrajo hacia sí—. Que por fin pudieras ser mía.

Ella le acarició la cara, trazando la curva de las cejas con los dedos pequeños y delicados, y recorriendo la masculina línea de la mandíbula.

—Mi primer amor —murmuró Maggie—. Mi único amor. Soy tuya. Siempre lo he sido.

En la entrañas de St. Clare, una espiral enredada de preocupación y tensión comenzó a relajarse poco a poco. Se colgó del asidero de sus palabras. Se las bebió como bebe un hombre al que han privado de agua durante mucho tiempo.

Maggie siempre había sabido lo que él necesitaba, lo que hacía falta para completarlo. Y ahora se lo entregaba sin la más mínima reserva: su amor, su amistad, el consuelo exquisito de sus caricias.

Volvió la cara hacia ella y le besó la palma de la mano.

—¿Qué va a pasar con Beasley Park?

—Lo mismo podría preguntarte yo acerca de tu título y de tu abuelo. A no ser que... No tendrás ya un plan, ¿verdad?

Se le entristeció la expresión.

—Nada de esto estaba planeado. Todo cambió en el momento en que entraste en la biblioteca de la plaza Grosvenor. Y, por lo que se refiere a lo que nos espera..., solo sé una cosa. —Se inclinó sobre ella en la cama y le habló con la solemnidad de un voto sagrado—. Pase lo que pase con mi abuelo, con Beasley Park y con todo lo demás..., jamás volveré a dejarte marchar.

Capítulo 21

St. Clare tuvo que dejarla marchar esa noche, por supuesto. Una hora después, en esos minutos brumosos de bronce que preceden a la salida del sol, la metió en un coche de punto y la acompañó a la calle Green. Era lo mejor que se podía hacer en sus circunstancias. Ya tenían bastantes cosas de las que preocuparse como para arriesgarse a provocar un escándalo y ponerle la guinda al pastel. Si Maggie y él podían tener un futuro juntos, el cortejo tenía que desarrollarse de la manera más socialmente respetable y más pública posible.

Volvió solo al Grillon's y, ya en sus habitaciones, se limpió de nuevo la herida y se acostó. Las sábanas olían a Maggie: a jabón y agua de lavanda, y a la crema de aroma suave que utilizaba para peinarse los recios mechones de pelo, lo cual dio lugar a un sueño agitado y poco reparador.

No tardó demasiado en levantarse. Se bañó y se cambió antes de regresar a la plaza Grosvenor dispuesto a enfrentarse con todas sus fuerzas a la ira de su abuelo. Pero se encontró la casa vacía.

—Su señoría ha salido —le informó Jessup.

—¿A dónde? ¿A su club? —St. Clare le pasó los guantes al mayordomo.

—No podría decirle, milord. Salió con bastante prisa, yo diría…

St. Clare frunció el ceño. No estaba para vaguedades. Le dolía la cabeza debido a la ingesta excesiva de brandi de la noche anterior y la herida del brazo le ardía como un demonio.

—No es momento de misterios, Jessup, no hay tiempo para eso. Si ha pasado algo que haya puesto nervioso a mi abuelo, será mejor que me lo cuente, y de inmediato.

Jessup soltó su habitual tos discreta antes de responder al enfadado St. Clare.

—Si tuviera que inclinarme por algo, señor, yo diría que la reacción de su señoría ha tenido que ver con un semanario de informaciones... sociales, *Los mensajes de las campanas*, que leía durante el desayuno.

St. Clare cerró los ojos un instante. Por supuesto, se trataba de una publicación semanal de cotilleos que su abuelo tenía la costumbre de leer, entre otras muchas del mismo tipo, desde su llegada a Londres. Se recibía los domingos por la mañana con puntualidad de eclipse, a tiempo de que el conde lo leyera mientras tomaba café.

—Tráemelo —dijo St. Clare mientras entraba en la biblioteca—. ¡Enseguida!

Jessup se lo llevó unos segundos después. St. Clare leyó el encabezamiento de un informe del baile de lady Parkhurst.

Lo dejó sobre el escritorio y se inclinó para echar un vistazo general al artículo. Empezaba con las estupideces habituales: quién había ido al baile, descripciones de los atuendos, etc. A partir de ahí, se zambullía en el cotilleo y las insinuaciones.

Apretó el papel con crispación al empezar a leer el párrafo ofensivo.

> *Abundan las preguntas acerca del misterioso heredero de lord A. Aunque nos hemos resistido a publicar cotilleos nefastos, en estos momentos podemos indicar que, según fuentes de confianza, los rumores más fiables sitúan sus orígenes no en Italia, sino en los condados del oeste. ¿Podría ser esa la causa de su animadversión hacia cierto terrateniente de Somerset? ¿Y también de su atención e interés hacia determinada belleza también de Somerset?*

St. Clare, disgustado, empujó el periodicucho fuera de su alcance. El escrito no era un tiro al aire, ni mucho menos. Tenía que haberlo sugerido alguien. Alguien con información de primera mano acerca de su relación con Maggie y con Fred.

¿Habría sido Lionel? En el baile, le había preguntado sin ambages si Fred era un antiguo enemigo suyo. ¿O habría sido el propio Fred? ¿Habría sido Fred por fin capaz de sumar dos y dos?

St. Clare pensaba que esto último era bastante poco probable. Fred siempre había sido muy corto de entendederas, un abusón descerebrado que reaccionaba por instinto y sin análisis. Por otra parte, cada vez que se había cruzado con St. Clare, la visibilidad no era buena. O estaba oscuro, o había mucho humo que enrarecía el ambiente y ensombrecía la titilante luz de las velas. Incluso la mañana del duelo las condiciones eran adversas, en ese caso por la espesa niebla.

No, Fred no lo había reconocido. Todavía no. Pero a un hombre como él era fácil que lo manejara la persona adecuada, alguien taimado y calculador que supiera jugar con la vanidad y la inseguridad de Fred. Alguien como Lionel Beresford.

Al salir de la biblioteca, St. Clare ordenó que le prepararan la calesa.

Le resultaba un tanto difícil conducir el vehículo con el brazo herido. Le tiraban los puntos al sujetar y manejar las riendas. Pero el camino que iba a hacer no era demasiado largo. Unos dos kilómetros.

Lionel y su madre habían alquilado una casa modesta en la calle Half Moon. Era un lugar respetable y nada ostentoso. Cuando llegó esperaba encontrar allí a su abuelo, pero el elegante carruaje negro lacado del conde no se veía por los alrededores.

—Da un paseo con los caballos, Enzo —ordenó St. Clare al levantarse del asiento de cuero de la calesa.

El lacayo acudió rápido a hacerse con las riendas.

St. Clare llamó a la puerta principal. La abrió enseguida un joven criado que vestía una librea de color rosa estridente. Le tembló la nuez de modo visible al verlo.

—¿Señor?

—Soy lord St. Clare. Quiero ver al señor Beresford. —St. Clare no esperó a que lo invitara a entrar. Pasó al pequeño vestíbulo, se quitó los guantes de conducir y los golpeó de forma impaciente sobre la palma de la mano—. De inmediato.

El criado se dirigió hacia la escalera para subir al primer piso. Solo unos segundos más tarde, Lionel apareció en el descansillo. Llevaba una casaca muy ajustada, al igual que los pantalones. El cuello almidonado de la camisa le llegaba casi a la altura de las orejas y se había atado el pañuelo de cuello con un nudo que era una aproximación al estilo Waterfall.

—Primo —saludó—. No te esperaba.

St. Clare subió las escaleras.

—En ese caso, no eres ni la mitad de inteligente de lo que te había considerado.

Los ojos de Lionel brillaron tras las pestañas tupidas.

—¡Ah! Entiendo que has leído el informe del semanario *Los mensajes de las campanas*.

—Un informe del que eres responsable.

—Como has dicho antes, primo, me consideras demasiado inteligente. —Hizo un gesto invitando a St. Clare a que pasara al bien amueblado salón de estar—. A

madre le alegrará verte. Lamentaba que ni lord Allendale ni tú hubieseis venido todavía a visitarla. Un simple descuido, estoy seguro.

Lavinia Beresford estaba sentada en un sofá amplio y acolchado. Llevaba un gorro de encaje en la cabeza y tenía un bordado entre las manos.

—¡Lord St. Clare! —Dejó a un lado la labor, se levantó e hizo una reverencia—. Pase, milord, por favor, y siéntese. Mira que eres despistado, Lionel. Podías haberme dicho que esperábamos a tu primo.

—Es que no lo esperábamos —corrigió Lionel.

—Podrían haber deducido que vendría por ese libelo injurioso del periódico —espetó St. Clare.

—¡Entonces lo ha leído!, ¿verdad? —La señora Beresford emitió una especie de cloqueo mientras volvía a sentarse—. ¡Menuda conmoción! Mira que insinuar que usted nació en Somerset, nada menos... Parece que creen que es un impostor. Que no nació en Italia. Me pregunto de dónde habrán sacado semejante idea.

Lionel se sentó, exhalando un lánguido suspiro.

—Lord St. Clare cree que fuimos nosotros quienes les dimos la idea.

—¿Nosotros? —La dama abrió mucho los ojos—. Pero si no sabemos nada acerca de usted, milord. Ni de su vida en Italia, ni tampoco de Somerset. —Soltó una risita nerviosa—. Aunque tampoco creo que sea tan difícil aclarar el asunto. Lo único que tiene que hacer es dar a conocer los documentos de matrimonio de sus padres. Porque seguro que los tiene, ¿verdad? Aunque estén en el Continente.

St. Clare no hizo ademán de sentarse. No se trataba de una visita de cortesía.

—¿Con qué derecho exige una prueba acerca de mi origen?

—¡No, por favor! Jamás exigiríamos nada, y menos del heredero de Allendale. ¿Cómo puede pensar eso de nosotros? —Otra risa nerviosa—. Se trata de un simple consejo. Si a un heredero, a un presunto heredero, se le acusa de ser ilegítimo, tiene toda la lógica: lo más conveniente y adecuado sería que mostrase los documentos que lo legitiman. ¿Por qué no iba a hacerlo si no tiene nada que esconder?

—Mi abuelo no va a tomarse bien sus exigencias —le advirtió St. Clare—, sean simples o no.

—Se trata de algo inobjetable —repuso la señora Beresford—. Y mantenido dentro del espíritu familiar.

—Esas demandas implican llamar mentiroso a mi abuelo, señora. Y llamarme mentiroso a mí. —St. Clare dio un paso adelante—. Y ninguno de los dos nos tomamos bien que se nos acuse de mentirosos. De hecho, creo que de ninguna

manera podemos encajar ese insulto de forma tranquila y ecuánime.

La dama pestañeó varias veces.

—Nunca se nos ocurriría...

St. Clare la interrumpió sin hacerle el menor caso y con el mismo tono frío e intimidatorio que había utilizado antes.

—Por eso, debo preguntarle esto, señora: ¿cuál de los dos ha hablado con ese periodicucho?

Lionel se aclaró la garganta.

—St. Clare, si su intención es desafiarme a duelo, quiero que sepa que no soy ducho con las armas, con ninguna de ellas, ni pistolas ni espadas. No podría obtener satisfacción alguna por esa vía...

—Tu primo no va a desafiarte, querido —dijo la señora Beresford—. ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

—¿Cuál de los dos? —repitió St. Clare con tono aún más perentorio y glacial.

Por primera vez, Lionel pareció titubear y hasta palideció, al igual que su madre. Pero la dama reaccionó con mucha rapidez.

—Puede que yo haya mencionado un par de incidentes que observé en el baile. Pero hablar no es pecado, ¿verdad? Y menos si los hechos se explican de modo adecuado y eliminan los rumores.

La tensión de Lionel pareció suavizarse.

—Lo que dice mi madre es muy cierto —indicó—. Es bien sabido que la gente siempre murmura. Y si la situación se volviera incómoda, me refiero a los rumores acerca de su legitimidad como heredero del título, lo único que tendría que hacer es presentar sus papeles. No es mucho pedir, ¿no le parece? Por la manera en que lo está presentando ahora, podría parecer que le hemos causado un daño irreparable.

St. Clare se volvió hacia él.

—Entonces fue usted...

—Lionel no se ha expresado bien —intervino la señora Beresford de inmediato —. Acabo de admitir que fui yo quien habló del asunto con el redactor del periódico. No hay nada que reprocharle a mi hijo.

St. Clare no la creyó ni por un segundo.

—Pero ¿qué clase de hombre es usted? —le preguntó a su primo—. ¿No le da vergüenza esconderse tras las faldas de su madre?

Lionel enrojeció de modo visible.

—¿Y me dice eso un hombre que no tiene madre? ¿Alguien cuya madre nadie

conoce? —Apretó la mandíbula—. No me dé lecciones, señor, no es usted quién para hacerlo. Y si quiere desafiarme...

—¡Nadie va a desafiar a nadie! —tronó el conde de Allendale.

St. Clare dirigió la mirada a la puerta del salón de estar justo a tiempo de ver a su abuelo aparecer y entrar en la habitación. Se colocó al lado de St. Clare y le dirigió una intensa mirada de advertencia.

—¡Lord Allendale! —La señora Beresford se puso de pie de nuevo, esta vez casi de un salto, y de nuevo saludó con una reverencia. Su hijo se colocó junto a ella—. ¡Qué sorpresa! Y qué honor, por supuesto. Nunca había venido a visitarnos, ni siquiera las veces que le hemos invitado de modo expreso. Y, mire por dónde, aquí está ahora, junto con lord St. Clare, solo unos minutos después de que llegara él. No sabemos cómo expresar...

—Haga el favor de guardar esa lengua viperina que tiene, Lavinia —espetó Allendale—. No hay nada que soporte menos que una serpiente rastrera que intenta levantarse del suelo.

La señora Beresford se llevó tal sorpresa al oírlo que abrió y cerró la boca varias veces.

—¡Vaya! No creo que merezca...

—Ya ha hecho suficiente daño con sus cotilleos infernales. Lo mismo que usted, señor —dijo Allendale mirando acusadoramente a Lionel—. Las intrigas insidiosas de ambos se han acabado en este momento. ¿Me han oído bien? ¡Se han acabado del todo!

La señora Beresford se irguió con toda la dignidad de la que era capaz, que no fue mucha.

—De verdad, Allendale, si sigue hablándonos de esta forma, voy a tener que pedirle que se marche.

—Y si ustedes siguen con sus maniobras, comprobarán cómo me las gasto con las serpientes —bramó el conde—. Me da igual que lleven el apellido Beresford.

—¿Y qué ocurre con mi... primo? —preguntó Lionel—. Si nosotros tenemos que soportar que se nos llame serpientes, ¿cómo lo denominaría a él? No es un Beresford, para empezar.

—Es un lobo con piel de cordero, eso es lo que es —clamó la señora Beresford cruzando los brazos con gesto desafiante.

—Yo creo que es más apropiado decir que es un zorro. ¿No es ese el animal que aparece en el escudo de armas de los Allendale? El animal más embaucador. —Lionel hizo una mueca burlona—. Y no tengo la más mínima intención de que

me embauquen, tío. No en relación con mi título.

—¡Su título! —Allendale se acercó en dos zancadas, se colocó a escasos centímetros de él—. Todavía no estoy muerto, muchacho. Y cuando lo esté, no se equivoque, será mi nieto quien herede mi título, con independencia de los rastreros siseos de reptil que emitan usted y su madre.

St. Clare no dijo nada, pese a que notaba en las venas el bombeo de la sangre que lo incitaba a participar. Pero no se atrevió a decir palabra. Su abuelo no recibiría nada bien una intervención suya. No en ese momento.

—Esta mañana he ido a ver a mi abogado —informó Allendale—. Mañana viaja a Italia a recoger pruebas del matrimonio de mi hijo y del nacimiento de mi nieto, pruebas con las que regresará de inmediato. Mientras tanto, si oyera o supiera que se ha insinuado algo escandaloso a cualquier periódico, incluidos los de cotilleos, tomaré represalias contra ustedes. Y no duden de que tengo poder más que suficiente para hacerlo. Mi nombre aún cuenta mucho en este país.

La señora Beresford apretó los labios. Hacía bastante rato que había renunciado a mostrar cualquier signo de cortesía.

—¿De verdad espera que nos quedemos mudos hasta que usted... fabrique pruebas de la legitimidad de lord St. Clare?, ¿que no digamos nada sobre la maquinación que está perpetrando contra mi hijo, el auténtico heredero al título?

Allendale la miró con desprecio incontrolado y sin decir una palabra.

—¿Cuánto tiempo deberemos esperar? —preguntó Lionel.

—Mi abogado regresará dentro de un mes —informó Allendale.

—¿Un mes? —La señora Beresford volvió la vista hacia su hijo—. Lionel...

—Está bien, madre. Nos centraremos en otras actividades y lugares. —Lionel miró a St. Clare—. Mi madre y yo vamos a estar fuera de Londres durante un tiempo. Iremos al campo. A un lugar que probablemente le resulte a usted familiar.

St. Clare tuvo un presentimiento y se puso en guardia.

—El señor Burton-Smythe nos ha hecho el honor de invitarnos a Beasley Park —se pavoneó Lionel—. Salimos mañana para Somerset.

St. Clare hizo lo que pudo para mantenerse impertérrito. Ya era lo bastante inadecuado el hecho de que Lionel y su madre viajaran a Somerset, el lugar en el que St. Clare había nacido y se había criado. Pero había algo mucho peor, algo que hizo que se le helara el corazón.

Fred nunca viajaría a Beasley Park sin Maggie. Lo cual significaba...

Ella también se iba a ir. No dentro de una semana ni de un mes. Se iría al día

siguiente. Al día siguiente...

—Sus planes de viaje no nos importan lo más mínimo, muchacho. —Allendale agarró con mano de acero el brazo bueno de St. Clare y tiró de él en dirección a la puerta—. Tengan muy en cuenta lo que he dicho. Muy en cuenta.

No se despidieron de Lionel ni de su madre, ni siquiera con un ligero gesto o una inclinación. Allendale no estaba para cortesías.

—Lleva la calesa a la plaza Grosvenor —le ordenó a Enzo al pasar junto a él.

El carruaje del conde también estaba en la calle. St. Clare subió detrás de su abuelo y un criado cerró la puerta tras él.

* * *

—¿Qué esperabas conseguir con este despliegue? —preguntó Allendale nada más ponerse en marcha el carruaje.

St. Clare se echó hacia atrás en el asiento. Sintió un dolor agudo en el brazo cuando la camisa le rozó la herida. Apenas pudo contener el gesto.

—Pues supongo que lo mismo que usted.

—¿Advertirles? Pues me pareció que tenías algo más en mente. Otro duelo, de hecho.

—Fue Lionel quien mencionó el duelo, no yo.

Allendale frunció el ceño.

—Me pregunto a qué está jugando ese petimetre.

—Yo diría que está bastante claro. Pretende desenterrar la verdad. Y hay que reconocer que lo está haciendo condenadamente bien.

—Sigue el rastro como un sabueso —susurró Allendale, que estaba sentado frente a su nieto—. Y todo por ese maldito duelo que tuviste con Burton-Smythe. Y por tus flirteos con esa señorita Honeywell. —Lo miró con mala cara—. Has sido muy descuidado.

—Puede que sí.

—Has olvidado tu deber.

Sintió un acceso de amargura que lo pilló desprevenido.

—Debo disentir, señor. ¿Cómo voy a olvidarlo? No ha parado de martillearme la cabeza con él desde hace diez años.

—No te lamentes, la autocompasión es debilidad. Sí, te has visto obligado a trabajar mucho y a prepararte a fondo, pero mira todo lo que has ganado gracias a

ello. Llegaste a mí como un chiquillo de pueblo, con una mano delante y otra detrás, sin otra cosa que emociones y presentimientos, y he hecho de ti todo un caballero, contenido y refinado. ¡Mi heredero! Mi verdadero heredero. ¿Y vas a arrojarlo todo por la borda?, ¿dejar que se lo lleve el viento cuando estás al borde de conseguirlo?

—Sí, estamos al borde... —repitió St. Clare—, pero no precisamente del éxito, me temo.

—Tonterías. Mi abogado elaborará las pruebas que sean necesarias. Y después de eso...

—Después de eso estaré en deuda con él durante el resto de mi vida. —La perspectiva le dejaba muy mal sabor de boca—. Me asombra que esté dispuesto a confiarle nuestro secreto.

—¿Qué alternativa tenemos? Todavía tienes que emparejarte con una joven adecuada. ¿Le has propuesto matrimonio a la señorita Steele o a una de las hijas de la viuda...?

—No insista con eso.

—¡Por supuesto que insisto! —replicó airado Allendale—. Si te comprometes con la señorita Steele, no solo contarás con mi influencia, sino también con la del padre de la chica.

—No me voy a casar con la señorita Steele, abuelo. Ha sido un error ser su acompañante durante estos días. Pensaba que podría soportarlo...

—¡Soportarlo! —repitió Allendale airado—. Hablas como si la chica fuera un horror.

St. Clare se cruzó de brazos. Le dolían los puntos de la herida como si le estuvieran clavando agujas, y el dolor avivó su resolución.

—Por lo que a mí respecta, como si lo fuera.

—¡Bah! Todo el mundo reconoce que es una belleza.

—Esa joven no es para mí. Solo una dama lo es. Y he decidido que sea para mí, cueste lo que cueste. Incluso aunque tuviera que...

—¡No te atrevas a decir una palabra más! —le advirtió Allendale. Se había puesto como la grana y rechinaba los dientes con una furia apenas controlada—. ¡Por Dios, nunca pensé que fuese a llegar el día en el que siguieras el camino de tu padre! ¡Arrojándolo todo por la borda solo por dejarte llevar por tus instintos más básicos!

—Por amor.

—¡Amor!

—Sí, amor —confirmó St. Clare.

«... Éramos almas gemelas —había dicho Maggie—, tan esenciales el uno para el otro como la luz o el aire. Desde que tengo memoria, solo vivía para los momentos que podíamos compartir, y a él le pasaba lo mismo. Ninguno de los dos se sentía completo sin la presencia del otro».

El pecho de St. Clare se contrajo al recordarlo. Ella solo había amado una vez en la vida y lo mismo le había pasado a él.

—He intentado olvidarla —confesó—, dejarla atrás junto al resto de mi pasado. De hecho, hasta pensaba que lo había logrado. Pero no era cierto. No he podido. Para hacerlo tendría que arrancarme el corazón.

Allendale, más calmado, lo miró con interés.

—Tanto la amas...

St. Clare asintió sombrío.

—¿Hasta renunciarías al título? Quizá tendrías que hacerlo. Los periódicos de cotilleos indagarían en Somerset. Y cualquier periodista con olfato lo averiguaría todo. Preguntaría a los sirvientes de la hacienda en la que vivías..., ¿cómo se llamaba?

—Beasley Park.

—Eso es. No se habrán olvidado de ti del todo. Cualquier mozo de cuadra o guardabosques vendería el secreto por un chelín. «Sí, es él —dirían—. El bastardo de la ayudante de cocina». Y cuando eso se sepa, ya puedes decir adiós a tu título.

—No es mío —alegó St. Clare. Esa era la amarga verdad. Porque él era un bastardo, resultado del error de un borracho. No tenía derecho de sangre a nada de eso—. Legalmente no.

—No tuviste ningún escrúpulo al respecto cuando empezamos con todo esto. No más que yo.

—Eso es pasado.

—Antes de que volvieras a ver a la joven Honeywell.

St. Clare no contestó.

—Piénsatelo muy bien, muchacho —aconsejó Allendale—. Si no reclamas el título, no recibirás nada de la hacienda ni de mí. Ni un penique. No mantendré ni apoyaré al bastardo de mi hijo.

St. Clare sintió una punzada en mitad del corazón. Pero enseguida pensó que era una estupidez. Había llegado a pensar que su abuelo le tenía aprecio, incluso que lo quería. No porque fuera la clave de asegurar que el título siguiera en su

linaje, sino por él mismo como persona.

—No esperaría nada de usted, por supuesto.

Allendale bajó la cabeza. Imposible adivinar en qué estaba pensando. Su expresión era inescrutable y los ojos grises helados como la escarcha.

—Mientras nos entendamos, puedes esperarlo todo.

Capítulo 22

Maggie no paraba de recorrer, con las manos a la espalda, el cortísimo camino entre la chimenea de mármol y las ventanas con cortinas adamascadas. Habían pasado unas horas desde la visita de Fred a la residencia de la calle Green, horas llenas de ansiedad en las que había procurado seguir el consejo de Jane y hacer un ejercicio de paciencia.

¡Paciencia! Su instinto le gritaba que se marchara de inmediato a la plaza Grosvenor a ver a St. Clare y contárselo todo. Pero Jane le había advertido con mucha convicción que no lo hiciera porque sería un error fatal.

—Sería una osadía por tu parte y redundaría en más perjuicios y censura contra los dos —le había dicho.

Era un consejo muy adecuado. Razonable y sabio. Pero tan irritante para ella... Maggie no estaba acostumbrada a la inacción. Y en esas circunstancias...

—Estoy segura de que va a venir a verte, Margaret —le prometió Jane desde el sofá de la biblioteca en el que estaba sentada. Un libro con las tapas de cuero descansaba junto a ella—. Tienes que esperar a que venga, tarde lo que tarde.

—¿Y si no viene?

Apenas había terminado de plantear la pregunta cuando el mayordomo de los Trumble se materializó en la puerta de la biblioteca llevando una bandeja de plata con dos tarjetas de visita.

—¿De quién se trata, Carson? —preguntó Jane.

—Lord St. Clare y lord Mattingly, señorita —contestó—. ¿Los hago pasar?

Maggie se detuvo en seco sobre la densa alfombra Aubusson y miró a Jane con gesto de ansiedad.

—Sí, por supuesto. —Jane se levantó del sofá para estirarse el vestido verde claro que llevaba—. Que traigan cuatro servicios de té, por favor.

—Viene acompañado de lord Mattingly —observó Maggie—. Me pregunto por qué.

—Por mí, es obvio —Jane sonrió un poco—. Para distraerme de las funciones de carabina que debería ejercer. Aunque, hasta este momento, el hecho de acompañaros o no tampoco es que haya servido de mucho, la verdad.

Maggie suspiró. Jane estaba al tanto de los cotilleos que se habían generado y que circulaban como la pólvora por toda la ciudad. Lo más probable era que pronto se viera afectada ella misma; después de todo, Maggie estaba invitada en su casa. Una huésped bastante incómoda, la verdad. Sintió una punzada de culpabilidad por haber colocado a su amiga en una posición precaria.

—¡Oh, Jane! ¡Te estoy poniendo en un compromiso!

—Lo considero más bien una aventura, si te digo la verdad. —Jane se trasladó al asiento contiguo al de Maggie—. Pero has de tener cuidado, querida. Aunque en estos momentos los comentarios sobre vosotros dos solo se hacen en susurros, no tardarán mucho en transformarse en un escándalo que se comente a los cuatro vientos. Sobre todo ahora que los periódicos han encontrado el rastro.

—Lo sé, lo sé —se resignó Maggie.

Lord St. Clare apareció solo unos momentos después, seguido de cerca por lord Mattingly. Ambos iban vestidos de modo tan impecable como siempre, igual que si vinieran de dar una vuelta por la calle Bond o de un paseo por el parque en la hora punta.

Eso hizo que Maggie se preguntase si St. Clare se habría enterado de su muy próxima partida. ¿O su visita no era más que la consecuencia natural del momento romántico vivido en Grillon's?, ¿una breve entrevista para asegurarse de que ella estaba bien y de que sus sentimientos no habían cambiado?

—Señorita Trumble —saludó St. Clare con una inclinación de cabeza—. Señorita Honeywell.

No había forma de apreciar que tenía una herida de bala. No presentaba ninguna rigidez en el brazo y no mostraba dificultad de movimientos. Maggie se imaginó que estaba muy acostumbrado a controlar y disimular el dolor.

—Lord St. Clare, lord Mattingly. —Saludó con dos mínimas reverencias, igual que Jane.

Lord Mattingly sonrió mostrando una hilera de dientes blancos y muy bien alineados.

—Espero que no las hayamos interrumpido.

—No, ni mucho menos —le tranquilizó Jane—. Pasen, por favor.

Nada más entrar, lord Mattingly empezó a hablar con Jane, dejando el campo libre a St. Clare y Maggie. Jane y él se sentaron en el sofá y se enfrascaron en una conversación muy animada sobre teatro.

Maggie no se unió a ellos, sino que se dirigió a los asientos llenos de cojines cercanos a las ventanas, en el otro extremo de la biblioteca. Los paneles de cristal color diamante, enmarcados por cortinas discretas, daban al jardín. El paisaje empezaba a ensombrecerse con la llegada del crepúsculo.

St. Clare la siguió en silencio y, cuando la joven se sentó, él la imitó, colocándose a su lado.

—He venido tan pronto como he podido —explicó—. En cuanto Mattingly quedó libre para acompañarme.

—¿Crees que supone alguna diferencia este ligero barniz de decoro? —preguntó Maggie.

St. Clare frunció el ceño.

—No lo sé, la verdad. Pero prefiero no echar más leña al fuego, al menos hasta que sepamos qué terreno pisamos.

Maggie lo tenía claro, y no era un terreno en el que tuviera muchas ganas de estar. Todo lo contrario, en realidad. Fijó los ojos en el brazo de él.

—¿Te duele mucho la herida?

—Es soportable —la tranquilizó—. En este momento, es la menor de nuestras preocupaciones.

Maggie hizo una mueca.

—Seguro que has visto la nota del periódico.

—Sí, claro que sí. Y mi abuelo también. No está nada contento, como te puedes imaginar.

—Tiene que haber sido Fred. Ninguna otra persona podría…

—No ha sido Fred —St. Clare negó con la cabeza—. Fue Lionel Beresford. Tanto su madre como él mismo están sembrando dudas acerca de mi legitimidad como heredero del título. Esa es la única razón por la que han venido a la ciudad. Harán lo que sea para propiciar el acceso de Lionel al título en su momento.

—Pero la referencia a Somerset…, ¿cómo podrían saber algo al respecto si no fuera por Fred? O por mí… —Le dio un vuelco el corazón al mirarlo. Hacía menos de un día que, por primera vez, admitiera su identidad ante ella. No más de catorce horas. Y recordaba como si lo estuviera viviendo cómo la tomó en sus

brazos para abrazarla y besarla.

«Mi primer amor —había dicho—. Mi único amor».

Y el amor era egoísta por naturaleza.

Exhaló un suspiro trémulo.

—Me temo que nuestra relación está poniendo en riesgo tus aspiraciones al título de Allendale.

St. Clare la miró serio y ceñudo.

—Maggie...

—Desde el momento en que leí la referencia del periódico esta mañana, supe que... —Dudó un momento. Llevaba horas planeando lo que le iba a decir para explicar las cosas, y sin embargo ahora, sentada frente a él cara a cara, se sintió peor preparada que nunca—. No voy a ser la causa de que pierdas todo aquello por lo que tanto has luchado.

—¿Qué estás diciendo?

—Pues estoy diciendo que... si mi presencia pone en peligro tu aspiración, quizá sea mejor que regrese a casa.

La mirada de St. Clare se ensombreció.

—Así que te vas, entonces.

—¿Lo sabías?

—Esta mañana he ido a casa de los Beresford. Me han dicho que mañana viajan a Beasley Park como invitados de Fred.

—¿De verdad van a ir? —Sintió una gran irritación, la misma que cuando Fred apareció para informarla de sus planes—. Fred nunca había invitado a nadie a Beasley por su cuenta. ¡Menudo sinvergüenza! Es insufrible... Me da la impresión de que quiere aprovecharse de mí para ascender en la escala social.

—De ti no. De mí. —St. Clare dibujó una mueca irónica con los labios—. Piensa que poniéndose del lado de mis enemigos puede ganar algo y de paso hacerme daño.

Maggie no entendía la calma con la que St. Clare se lo estaba tomando todo.

—¿Y no crees que pueda hacértelo? Si se lleva a los dos a Beasley y todos empiezan a hacer preguntas...

—¿Preguntas sobre qué? —Bajó la voz—. Desde la noche en que me ayudaste a huir, no he vuelto a aparecer por Somerset. Nadie sabe quién soy ahora.

—Pero saben quién eras —susurró Maggie, consciente de la presencia de Jane y Mattingly en la habitación—. Y lord St. Clare no es tan diferente de Nicholas Seaton como imaginas. A Fred sí que pueden cegarlo tus actuales modales

caballerescos y la ropa que vistes, porque nunca ha sido capaz de ver nada más que la superficie de las cosas, pero yo te reconocí desde el primer vistazo. Y lo mismo podría pasar con otras personas de Beasley. Todavía quedan sirvientes que ya estaban cuando tú te fuiste. El señor Entwhistle, por ejemplo.

—La vieja reliquia —dijo St. Clare—. Debe rondar los noventa.

—Más bien los ochenta. Pero no ha perdido facultades. Sigue siendo el administrador, e igual de agudo que antes. Listo y atento como una ardilla. Lo sabe todo sobre todo y sobre todos en Beasley. Si tu primo y su madre empezaran a hacer preguntas...

—¿Y no podrías impedírselo? Van a ser invitados de Fred, no tuyos.

Se irguió, muy enfadada.

—Sigo siendo la señora de Beasley Park. Y puedo manejar a Fred... siempre y cuando no me vea obligada a estar de nuevo sola con él en un carruaje oscuro...

La sonrisa de St. Clare se esfumó. La sustituyó una mirada torva que asustaba por su intensidad.

—¿Ha dado alguna explicación por su comportamiento? ¿Se ha disculpado?

—Dice que bebió demasiado en el baile. Un exceso de champán que, combinado con los «poderosos sentimientos» que tiene por mí desde muy joven, lo condujo a hacer lo que hizo. —Maggie chascó la lengua de puro disgusto—. Una burda excusa que no se sostiene, y así se lo he dicho. Lo que pasa es que es un abusón, lo ha sido siempre.

En efecto, se lo había dicho, y Fred le había prometido que nunca más volvería a tomarse semejantes libertades. Hasta había tenido el buen sentido de mostrarse avergonzado.

Pero Maggie no era tonta y no se había dejado engañar. La línea que había cruzado Fred no tenía marcha atrás. Envalentonado por el poder que tenía sobre ella, solo era cuestión de tiempo que cruzase la siguiente, y después una tras otra. Su naturaleza cobarde y abusona lo garantizaba.

—Todo eso está muy bien —dijo St. Clare, tenso y escéptico—, pero, ¿y si...?

—No va a tener ocasión. Jane ha accedido ya a llevarme a Beasley en el carruaje de su familia. Su tía va a venir también y ambas van a quedarse por lo menos una semana. Lo estamos organizando todo.

—Y a toda prisa, por lo que parece.

—Fred no me ha dado apenas tiempo.

—No tienes ninguna obligación de ir a su ritmo. Es un albacea, el protector de tu fortuna, pero no de tu persona. No puede impedir que te quedes en Londres si

ese es tu deseo. —St. Clare le tomó la mano y se la apretó con suavidad—. ¿No sería mejor que te quedaras aquí? Cerca, para que podamos seguir viéndonos. Tocándonos...

Durante un instante, Maggie se quedó sin pulso.

—Quiero estar contigo —dijo en voz baja—. Más que nada en el mundo...

—Entonces quédate, por favor. —Su voz era a la vez ronca y acariciadora—. No me obligues a utilizar la última condición que me queda.

Le habría resultado muy fácil decir que sí. Dejarse llevar por el ansia que tenía de estar con él. Pero no lo hizo.

—No puedo —rehusó—, y esta vez no me puedes obligar. No puedo arriesgarme a que tu primo y su madre husmeen por la hacienda a sus anchas y sin control. No les costaría mucho hacer averiguaciones acerca de Jenny y tú.

Inclinó la cabeza hacia ella.

—¿Y si te dijera que no me importa el título?, ¿que no me importa nada ni nadie, excepto tú?

Se quedó sin aliento por un instante y lo miró sin pestañear.

—No lo dices en serio.

—¿Es que has olvidado lo que te dije en Grillon's?

—No, no lo he olvidado. —Le dijo que no volvería a alejarse de ella. Y le creyó. Aún le creía—. Pero esta separación no es permanente. Durará muy poco tiempo, el que necesitemos para controlar los rumores y el cotilleo. Con Fred y yo fuera de Londres...

—Maggie...

—Tengo que volver —afirmó categórica—. Necesito respirar aire fresco y moverme por espacios abiertos. Es la única manera de que pueda recuperarme alguna vez.

St. Clare se quedó muy quieto.

—¿Te ha dicho eso el doctor?

—Sí. No prometió que fuera a recobrarme por completo, pero me dio motivos para tener esperanzas. Cuando esté en casa...

—En casa —repitió St. Clare—. En Beasley Park.

—Es mi casa. Y, además, en estos momentos es donde puedo serte más útil y hacer cosas por ti. Tú no puedes ir allí. Sería muy peligroso. Pero yo sí que puedo, y actuar en tu lugar. Puedo protegerte de lo que sea que Fred y tus parientes estén tramando.

Algo hizo que la expresión de St. Clare se fracturara. Durante un instante, le

asomó a los ojos una emoción latente. Era dolor, arrepentimiento; sentimientos puros de la juventud que había controlado con puño de hierro durante los últimos años.

—No has cambiado nada —opinó con voz ronca—. Incluso de niña eras tan valiente como pequeña. Siempre tratando de ayudarme y salvarme.

—Era una valentía falsa y protegida. Mi padre me guardaba las espaldas. Era él quien tenía el poder y lo ejercía, no yo. —Sonrió un poco—. Supongo que tengo que estarle agradecida. Me crio para ser tan audaz y atrevida como un hijo varón. Y un poco de atrevimiento nunca está de más.

—«Puede que sea pequeña, pero es feroz».

Maggie alzó las cejas.

—¿Es de Shakespeare? —preguntó, distraída por un momento.

—Mi abuelo me hizo leer una cantidad ingente de libros. Se considera una especie de estudioso. —Se llevó la manita de Maggie a los labios y le besó los nudillos. Fue un gesto pasado de moda, pero que hizo que a la joven le diera un vuelco el corazón, y ya iban unos cuantos—. ¿Cuánto tiempo piensas quedarte en Somerset?

—No lo sé. Es probable que unas dos semanas. Puede que más. Todo depende de lo que ocurra allí.

A St. Clare no pareció gustarle nada su respuesta.

—Y yo tengo que quedarme aquí esperando acontecimientos, ¿no es así? Esperar y confiar en que regreses conmigo.

—Esperar y confiar. Tener paciencia y esperanza. Que es lo que yo hice durante todos los años que pasaron desde que te fuiste de Beasley.

—Pero, querida, la diferencia es que yo no tengo ni la mitad de tu paciencia —dijo mirándola con intensidad.

Capítulo 23

Beasley Park (Somerset, Inglaterra)
Verano de 1817

Maggie se colocó los guantes mientras bajaba la gran escalera curva de Beasley Park. Bessie la seguía al trote al tiempo que bajaba las escaleras, atravesaba el gran recibidor con suelo de mármol y franqueaba las amplias puertas de madera de roble tallado tras las que las recibió el sol tibio de primera hora de la tarde.

—¡Más despacio, señorita Margaret!

Maggie se detuvo en seco frente a los escalones de piedra de la entrada principal, inhalando con fuerza el aire fresco y puro del campo. Expandió los pulmones al máximo de su capacidad, que aún no era mucha. Solo llevaba una semana en Beasley y no era tiempo suficiente como para recuperarse por completo. Pero, en cualquier caso, se encontraba mucho mejor allí que en la ciudad. Pese a la confusión que creaban los invitados, Fred y los Beresford, e incluso Jane y su tía Harriet de vez en cuando, Maggie se alegraba de estar en el campo.

—Se va a poner mala de tanto pasear, y tan deprisa... —jadeó Bessie al tiempo que le ajustaba con firmeza el sombrerito a Maggie y le hacía un artístico lazo bajo la barbilla con las cintas azules—. Y no finja que se ha recuperado. Ha olvidado que fui su enfermera y me doy cuenta de cuándo hace un sobreesfuerzo.

—No te quejes tanto, Bessie —Maggie apartó de un empujoncito las manos de la criada—. Hoy no tengo tiempo para eso. Le he dicho al señor Entwhistle que

iba a ir a visitarle a la una en punto.

Maggie le había mandado una nota el día anterior y el viejo administrador había contestado de inmediato, y al parecer había comprendido la necesidad de ser discreto. Si Fred se hubiese enterado de que quería visitarlo, habría insistido en ir con ella. Y por eso mismo Jane le había pedido que la acompañara al pueblo esa mañana.

Se habían ido más temprano, acompañados por su tía y los Beresford. Fred había ido a caballo y los demás en el carruaje. Maggie los había visto marchar desde la ventana de su dormitorio.

Fred había mirado hacia la ventana desde el camino y la había saludado tocando el ala del sombrero. Creía que estaba agotada. De hecho, demasiado enferma como para soportar el esfuerzo de una salida.

Era la primera vez que Maggie había utilizado el argumento de su salud precaria. Se peguntaba por qué no lo habría hecho antes.

—Si por casualidad regresan antes de que yo lo haga, diles que…

—Sí, les diré que duerme y que no se la puede molestar —la interrumpió Bessie antes de que terminara—. No los dejaré pasar, señorita Margaret. Y por lo que se refiere al criado del señor Beresford… —adoptó una expresión fiera—, hoy no le va a dar a usted la lata, ya nos encargaremos de eso la señora Wilkins y yo. Ni tampoco la pretenciosa doncella de su madre.

Margaret no pudo ocultar su alivio. Era bastante complicado mantener a Lionel Beresford y a su madre ocupados cada minuto del día para evitar que curiosearan, pero es que además había que hacer lo mismo con sus criados. Ambos se comportaban como si fueran unas extensiones maliciosas de sus amos, quienes los soltaban como sabuesos para recorrer Beasley Park, olfatear y desenterrar cualquier secreto, y llevárselo.

De hecho, la criada personal de la señora Beresford siempre andaba acechando por los pasillos y vestíbulos, y el criado taimado y cetrino de Lionel Beresford no paraba de aparecer en los rincones más inesperados. Más de una vez, Maggie había tenido la sensación de que la estaba espiando, incluso siguiendo.

Menos mal que contaba con la ayuda inquebrantable de Bessie y del ama de llaves, la señora Wilkins. Gracias a ellas, y también a Jane y a tía Harriet, Maggie había conseguido mantener las cosas bajo control.

Le dedicó una sonrisa a Bessie al tiempo que se dirigía al camino desde las escaleras principales. El señor Entwhistle disponía de una pequeña casita en la hacienda. No distaba mucho de la mansión principal siempre que se conocieran

bien la hacienda y sus caminos. Y nadie los conocía mejor que la propia Maggie.

Atajó por la cuidada hierba del prado y se dirigió a una pequeña arboleda. Las flores silvestres estaban en plena ebullición y las abejas zumbaban bajo el sol para libar su néctar.

Las suelas de las botas de media caña crujían al aplastar la grava del camino serpenteante que bordeaba del cauce del arroyo que fluía por esa zona de la amplia propiedad. Mas adelante, las laderas de las colinas estaban cubiertas de una alfombra de flores azules que le resultaba muy familiar. Años atrás se tumbaba allí a menudo con Nicholas Seaton sobre una alfombra de nomeolvides. Lo tomaba de la mano y sentía tanto amor en el corazón que le parecía que iba a estallarle en el pecho.

Desde que había dejado Londres, no tenía noticias de él. Aunque la verdad era que tampoco las esperaba.

Pero, en cualquier caso, no había tenido mucho tiempo para dejarse llevar por la añoranza. Los invitados la habían mantenido muy ocupada. Demasiado, para ser franca.

Con un poco de suerte, los Beresford se cansarían pronto de estar en el campo y se marcharían, llevándose con ellos a sus sirvientes metomentodo. Ni madre ni hijo parecían estar muy felices, sobre todo el señor Beresford. No disfrutaba ni con la caza ni con otras actividades propias del campo, al menos por lo que Maggie podía ver. Pocas veces había visto a un hombre tan fuera de su elemento.

* * *

—¡Señorita Honeywell! —la saludó efusivo el señor Entwhistle desde la verja de entrada a su casa de piedra. Era un caballero delgado, calvo y algo encorvado que había sido administrador de Beasley Park desde que Maggie tenía memoria.

Le sonrió con afecto. Estaba contenta de volver a verlo, era un hombre muy leal y eficiente.

—¡Buenas tardes, señor Entwhistle!

—Es un auténtico placer verla, señorita. Pero, ¿qué es esto? Esperaba que viniera en carruaje.

Maggie perdió la sonrisa. ¡Por Dios, con qué cara de preocupación la miraba! ¡Ni que estuviera en las últimas!

—Me encuentro lo bastante bien como para caminar. De hecho, el aire fresco y

la actividad me están viniendo muy bien para recuperarme.

Bajó las cejas, aunque no parecía del todo convencido.

—Vamos dentro para que pueda sentarse. La señora Square le preparará una taza de té. No hay nada mejor para revitalizarse.

Maggie lo siguió por el corto sendero y entraron en la casa. Estaba muy limpia y fresca, y olía a fragancia campestre y a pan recién horneado.

La también anciana ama de llaves de la casa, la señora Square, los estaba esperando en el mínimo recibidor. De pelo gris, delgada y con lentes semicirculares que se apoyaban en la nariz, también era una figura familiar de su niñez y adolescencia.

Maggie recordó las muchas veces que, siendo una niña pequeña que aún jugaba con muñecas, acompañaba a su padre a ver al señor Entwhistle. Mientras su padre despachaba con su administrador, la señora Square la agasajaba con fruta escarchada y galletas escocesas de mantequilla.

«¡Mi pobre corderita! —decía—. Sin una madre que cuide de ti...».

A Maggie no le gustaba que la entretuvieran y mimaran como a una niña pequeña, ni siquiera en situaciones como esa. Prefería estar con su padre y fijarse en lo que él hacía, así como escuchar a los adultos hablar e incluso discutir. De hecho, su padre había sido muy discutidor.

—¡Señorita Honeywell! —exclamó la señora Square—. ¡Qué alegría verla! ¡Es usted un regalo para la vista! Y cuántos recuerdos me trae...

—Basta de eso, señora Square —zanjó no sin dulzura el señor Entwhistle mientras acompañaba a Maggie al pequeño salón de la casita. Había dos sillones de tela *chintz* frente a una ventana con cortinas y entre ellos una mesa baja—. Tráiganos un poco de té, por favor, y déjenos trabajar. La señorita Honeywell y yo tenemos que hablar de asuntos importantes que afectan a la hacienda.

Una vez que el ama de llaves les llevó la bandeja con el té, y que Maggie lo hubo servido en sendas tazas, el señor Entwhistle se centró de lleno en el trabajo. Seguía siendo claro, eficiente y muy concreto, y no se guardó nada. Le explicó las mejoras que se habían introducido en los últimos tiempos en las casas de los arrendatarios, y los gastos que habían conllevado, y las reparaciones del molino de agua. También le enumeró los incrementos logrados en las cosechas del año y los beneficios que suponía el trabajar de forma conjunta con la hacienda de los Burton-Smythe.

—Esto es a lo que siempre había aspirado su padre, señorita —dijo echándose hacia atrás en el sillón—. A que las dos haciendas trabajaran coordinadas, como si

fuesen una sola. Gracias a eso hemos podido conseguir mejores precios este año, y se debe al buen hacer de los Burton-Smythe... Bueno, de sir Roderick en particular. Siempre ha tenido la cabeza muy bien asentada. Nunca ha dejado que las emociones le nublaran el entendimiento y se centraba en la buena gestión de los negocios.

«Al contrario que el padre de usted», podría haber añadido el leal administrador.

Maggie dejó la taza de té sobre la bandeja.

—La gente adoraba a mi padre.

—Sí, claro que sí. Tenía una personalidad muy peculiar. Muy buen amigo de sus amigos y un deportista extraordinario, el mejor de los alrededores. Nadie tenía mejor ojo para los purasangres que el terrateniente Honeywell.

—Sí, lo sé, señor Entwhistle, pero yo quiero hablar de la hacienda. De la gestión de Beasley Park.

El señor Entwhistle dio un sorbo de té y, con gesto pausado, volvió a dejar la taza sobre el platito.

—Señorita Honeywell, con la experiencia, me he dado cuenta de que es mejor no hablar de ciertas cosas.

Maggie controló el brote de irritación que amenazaba con surgir.

—Vamos, señor. No es necesario que se preocupe por mis sentimientos, sé controlarlos. Y en este momento lo que necesito es que me hable con claridad. De hecho, ese es el motivo por el que he venido aquí hoy... sin ninguna compañía.

El administrador se quedó callado durante unos instantes.

—De acuerdo, a ello entonces. Pongamos todas las cartas encima de la mesa. Su padre era una persona con la que no era nada fácil hablar de negocios ni llevarlos a cabo. El carácter de los Honeywell..., sabe bien de lo que le hablo. Por estos pagos es legendario.

—Seguro que no en el mal sentido. —Maggie esperó una respuesta, pero no la hubo. El administrador permaneció en silencio, lo cual hizo que se le formara un nudo en el estómago—. Sé que mi padre podía ser una persona de trato difícil, pero la gente se adaptaba. Era algo sabido, e incluso a veces se enfocaba como si fueran bromas, ¿no es así? Me refiero a cuando se enfadaba. Yo hasta lo encontraba divertido e incluso lo fomentaba.

—Sí, claro, todos nos reíamos de eso de vez en cuando, pero, cuando se trataba de asuntos relacionados con la gestión de los negocios de la hacienda, un carácter tan fuerte no es algo que se pueda tomar a la ligera. —Dio otro sorbo de té—. Por

otra parte, sir Roderick es muy tranquilo y mesurado.

Sin poderlo evitar, Maggie se descontroló por un momento.

—¡Sir Roderick es una persona odiosa!

El señor Entwhistle se tomó con calma el exabrupto.

—No es un hombre agradable, estoy de acuerdo con usted. Desde luego, no es la persona con la que me tomaría una pinta en la taberna. Pero es fiable y, sobre todo, estable. Se puede estar seguro de que lo que dice hoy lo va a mantener mañana. En los negocios, la mejor característica es la fiabilidad. Es lo que vale, se lo aseguro.

—¿Y qué me puede decir de su hijo? ¿Es parecido a su padre o tiene otra... manera de ser?

—¿El amo Fred? Bueno, tiene sus cosas, como todos. No obstante... —El señor Entwhistle se paró a pensar unos instantes—. No entra en la gestión de los negocios ni de la hacienda. Y el apellido Burton-Smythe es muy respetado aquí. A la gente le gusta la continuidad, mantener las cosas como han sido siempre. Eso hace que se sientan tranquilos.

—Es mi apellido el que garantiza la continuidad, no el de él. Como una Honeywell que soy... —Se detuvo de inmediato—. Aunque supongo que el apellido Honeywell no tiene tanto peso como yo creía. No importa que mi padre, sin ayuda de nadie, transformara Beasley Park en la magnífica hacienda que es hoy.

El administrador la miró con gesto de comprensión.

—Por supuesto que el apellido Honeywell sigue teniendo peso. Todos admiraban a su padre y también la admiran a usted. Pero, a diferencia del amo Fred, usted...

—¿Yo qué? —preguntó.

—Usted es una dama —contestó encogiéndose de hombros y separando las manos.

Maggie se quedó muda durante unos momentos. Antes, el hecho de que fuera una mujer no había marcado ninguna diferencia. Al menos, no en lo que se refería a Beasley Park. De niña acompañaba a su padre a todas partes. A su sombra había aprendido cómo gestionar la hacienda, cómo cuidarla y mejorarla en la misma línea en que lo hacía él. Nadie la había tratado de forma distinta a causa de su sexo. Desde muy joven se convirtió en el brazo derecho de su padre, en su sucesora. O al menos eso había creído hasta que se leyeron sus últimas voluntades.

—Y una dama que, en estos momentos, no está casada —añadió el señor

Entwhistle—. Casi todos prefieren negociar con un hombre.

—Ya, pero eso solo demuestra... ignorancia, eso es lo que demuestra. En estos momentos todos deberían saber que soy tan capaz de gestionar la hacienda como cualquier hombre. Y, por supuesto, mucho más capaz que Frederick Burton-Smythe. Además, Beasley Park forma parte de mi esencia. Es mía por derecho de nacimiento...

El señor Entwhistle suspiró. Su gesto adusto indicaba muy a las claras que estaba a punto de dar a conocer noticias que no iban a gustarle nada a Maggie.

—Señorita Honeywell, debe darse cuenta de que, tras su enfermedad, usted desapareció por completo de la vida pública. Durante esos años y los del luto...

—En lo que respecta a eso, no tuve elección. Primero murió mi padre y después mi tía. ¿Hubieran preferido los arrendatarios y la gente del pueblo que me saltase las reglas en lugar de cumplirlas?

—No, pero...

—Señor Entwhistle, empieza a parecerme que, por el hecho de ser mujer, no puedo hacer nada que no suponga que se me censure de forma pública. —La injusticia de la situación le torturaba el alma.

El señor Entwhistle dejó taza y plato en la bandeja, y cruzó las manos.

—Me gustaría que intentara verlo como la gente de por aquí. Usted se mantuvo recluida en la mansión durante varios años. Sí, sí, sé que fue debido a la enfermedad, y después para observar el luto por la muertes consecutivas de su padre y su tía. Pero al que lo veía desde fuera le pareció que se había convertido usted en una inválida, alguien tan débil y frágil que sería incapaz de soportar la carga que supone gestionar una hacienda tan grande y próspera.

Maggie lo miró de hito en hito.

—¿Es eso lo que usted cree?

—Lo que yo creo, señorita, es que su padre, que Dios lo tenga en su gloria, nunca debió permitir que esa mujer, Seaton, se estableciera en Beasley Park. De no haberla cuidado en sus días finales, usted habría mantenido la salud y quizá hubiese estado en disposición de controlar de forma tangible la hacienda. Avisé en su momento al terrateniente Honeywell de que una criatura como esa, en sus desgraciadas condiciones y contando semejantes cuentos de hadas...

Todos los sentidos de Maggie se pusieron en estado de máxima alerta.

—¿Cuentos de hadas? ¿A qué se refiere?

—¿Cómo? —El señor Entwhistle pestañeó y a Maggie le pareció que hasta bizqueaba. Parecía haber perdido el hilo de sus pensamientos.

—Hablaba usted de Jenny Seaton —le recordó—. Ha dicho que llegó a Beasley Park contando cuentos.

—¡Ah, sí!, esa vieja historia. —Se tocó una mejilla con los dedos—. Yo no la oí, pero me la contaron. Una mujer como ella maquillaría su relato como fuera para excusar su conducta, y más cuando el resultado fue...

—Sí, sí, me lo tomaré con todas las reservas del mundo, pero le ruego que me cuente lo que le dijeron a usted.

A esas alturas, la expresión del viejo administrador era de agotamiento.

—Es una historia muy antigua, señorita Honeywell. Ella defendía a capa y espada que se había casado con el individuo que la dejó embarazada. Que solo después, y demasiado tarde ya como para librarse de su pecaminosa carga, fue cuando descubrió que todo había sido un engaño del individuo. —Negó con la cabeza—. Una historia muy improbable y que eliminaba de una forma de lo más conveniente cualquier culpabilidad suya.

Maggie lo miró asombrada. Jamás había oído esa versión de la historia de Jenny. Ni a su padre ni a nadie. ¿Podría ser cierta? ¿Habría convencido Caballero Jim a Jenny de que estaban casados?

¿Pero cómo? ¿Y con qué fin?

St. Clare le había dicho que a su padre le gustaba mucho gastar bromas absurdas, pero ¿engañar a una joven con un falso matrimonio? ¿Para qué? Era imposible que el objetivo fuera acostarse con ella. Jenny ya ejercía su oficio de chica de taberna en Market Barrow, por lo que conseguir sus favores no debía de ser ni muy difícil ni muy caro. Seguro que el matrimonio no era ni mucho menos necesario. A no ser que...

¿Sabría Caballero Jim que Jenny estaba embarazada?

La posibilidad estalló como un rayo en la cabeza de Maggie.

Eso explicaría por completo la animosidad de Jenny hacia su hijo. Si creía que Nicholas era la causa que desencadenó la forma de actuar de Caballero Jim, y si su madre le echaba la culpa de haber perdido a su amante, era natural, al menos en cierto modo, que albergase tanto resentimiento hacia él.

Pero, aun en el caso de que Caballero Jim lo hubiera sabido, ¿por qué molestarse en organizar un matrimonio falso? ¿Por qué no abandonar a Jenny sin más? Al final cruzó al Continente para librarse de la horca, así que escaparse de una amante preñada era algo de mucha menor importancia en comparación.

No era probable que hubiera jugado con ella de esa manera solo para divertirse. Una cosa es una broma pesada, pero convencer a la mujer que lleva a tu hijo en sus

entrañas de que se ha casado contigo, de que el buen nombre del niño está asegurado... no era una broma pesada típica de un hombre alocado. Era algo de una crueldad extrema. Y no tenía el menor sentido.

—Dice usted que le contaron la historia. ¿Puedo saber quién?

—Claro. Fue el propio terrateniente Honeywell. Lo hizo al poco de llegar a Beasley Park la señorita Seaton. Yo le dije que las jóvenes con problemas de esa clase suelen inventarse historias de lo más extrañas para justificarse. Admitió que sí, que eso era lo habitual. Pero su padre tenía un gran corazón, señorita. —El señor Entwhistle hizo una mueca de tristeza—. Y lamentó su generosidad cuando usted cayó enferma.

—Jenny no tuvo la culpa de eso. Fue cosa mía. Fui yo quien insistió en estar a su lado para acompañarla en sus últimos momentos. —Pasó horas interminables sentada junto al catre de Jenny, tomándole la mano y pasándole una esponja húmeda por la frente, escuchando sus desvaríos acerca de Nicholas y del padre Tuck.

«Un sacerdote», pensó Maggie de pronto. Un religioso con el que Jenny quería confesarse. ¿Y si...?

¿Y si...?

Inspiró muy hondo. En ese momento, sintió como si el aire se hubiera escapado del pequeño salón. Se obligó a respirar.

El administrador se levantó.

—¿Está usted bien, señorita Honeywell?

Hizo un gesto con la mano para tranquilizarlo.

—Sí, sí, perfectamente. Solo necesito un poco de aire, eso es todo.

El señor Entwhistle le colocó la mano bajo el codo para ayudarla a levantarse.

—Haré que le preparen la calesa y Thomas la llevará de vuelta a la mansión.

Iba a alejarse, pero Maggie lo sujetó con suavidad por el codo.

—Señor Entwhistle, me pregunto...

—¿Sí?

—¿Ha oído usted hablar alguna vez de un religioso que responda por «padre Tuck»? —Era un disparo al aire, pero no se hubiese perdonado marcharse sin preguntar—. Seguramente de hace mucho tiempo, incluso de antes de que naciera yo.

El anciano enarcó las cejas.

—No me suena. ¿Tiene algo que ver con la hacienda?

—No, nada. Es solo curiosidad personal. —Una curiosidad no satisfecha y que

solo podría colmar llegando al fondo del asunto.

Y justo eso era lo que iba a intentar hacer.

Capítulo 24

Londres
Verano de 1817

St. Clare dejó el tenedor sobre el mantel. Estaba sentado en un extremo de la mesa de caoba, larga y pulida, frente a su abuelo, en el fastuoso comedor de la plaza Grosvenor. Una larga fila de criados con librea, preparados para satisfacer cualquier necesidad que surgiera, se alineaba a lo largo de la pared entelada en seda que estaba tras ellos. Esa tarde se había servido pronto la cena, dado que iban a acudir al teatro.

Allendale miró el plato de esturión a la brasa y judías verdes que St. Clare apenas había tocado.

—¿Hay algún problema con el pescado?

—Ninguno, es que no tengo apenas apetito —respondió St. Clare.

La luz inundaba el amplio comedor. Dos filas de velas de cera de abeja adornaban la gran mesa, y las llamas danzantes de los apliques de la pared, espaciados de modo uniforme, brillaban con fuerza. Las sombras parecían jugar a su antojo con los cuadros que colgaban por encima de las velas, resaltando las expresiones arrogantes de los antepasados Beresford.

—Has perdido el apetito, supongo —aventuró Allendale.

—Algo así. —St. Clare se echó hacia atrás en la silla. No le apetecía comer. La verdad era que no le apetecía hacer nada salvo hablar mal y gruñirle a cualquiera que anduviese alrededor. Era como un león con una herida en la pata y la cabeza

embotada. Así lo había descrito Maggie la última vez que se vieron.

Se imaginó lo que pensaría de él si lo viera ahora. Una semana sin ella y ya no podía soportar la presencia de nadie a su alrededor. Su actitud en esos momentos no era fría e implacable, sino taciturna, irritable e inquieta.

Allendale indicó con una seña a los criados que se marcharan, cosa que hicieron de inmediato. El último cerró la puerta.

St. Clare miró a su abuelo alzando las cejas para preguntarle el motivo de su forma de actuar.

Allendale lo observó con cara de desaprobación.

—Si vas a seguir comportándote de esta manera, será mejor que vayas tras la chica.

Si se trataba de un permiso, había que considerarlo tibio, y eso en el mejor de los casos. No obstante, sacudió el ánimo de St. Clare. ¿Ir tras ella? ¡Sí, por supuesto! Eso era lo que quería hacer, y cuanto antes mejor.

Pero su abuelo no lo estaba diciendo en serio. No era más que otro modo de afear su conducta.

—¿Le parece mal mi forma de comportarme?

St. Clare no le había dado ningún motivo de descontento. Durante la semana había hecho todo lo que su abuelo le había pedido: acudir a dos bailes y a cuatro representaciones teatrales de obras de Shakespeare en compañía de un amplio grupo de damas y caballeros, e incluso dar un paseo en carruaje por el parque con Mattingly, Vickers, la señorita Steele y otra dos jóvenes casaderas.

De hecho, había hecho todo lo que estaba en su mano para acabar con los cotilleos que lo relacionaban con Fred, Maggie y Somerset. Su abuelo no tenía nada que reprocharle, o al menos eso pensaba.

—No vuelvas a hablar —ordenó Allendale—. ¡En alto, quiero decir! —Lo miró enfurruñado—. ¿Y qué demonios te pasa en el brazo? Llevas toda la semana protegiéndotelo. Espero que no te hayas batido en duelo otra vez...

—No sea absurdo —espetó St. Clare—. No me pasa nada, ni en el brazo ni en ninguna otra parte de la anatomía.

No era una mentira, al menos no del todo. La herida se estaba curando, lo cual no impedía que siguiera doliéndole. Sí, le dolía de vez en cuando y los puntos tiraban, y provocaba que ciertos movimientos le resultasen algo dificultosos. No le extrañaba que su abuelo se hubiera dado cuenta.

—¿Me llamas absurdo? Te he estado observando desde que esa chica Honeywell se fue de Londres. Has estado enfurruñado como un chiquillo al que le deja la

primera novia.

—Si lo que busca es que muerda su anzuelo...

—Lo que estoy intentando es que vuelvas cuanto antes al buen camino, muchacho. ¿Es que has olvidado todo lo que te enseñé sobre la autodisciplina?

St. Clare suspiró para sí.

—¿Qué quiere que le diga? He intentado controlar mis sentimientos por ella, librarme de esta desazón. —Dirigió una mirada triste a su abuelo—. ¿No se ha preguntado por qué me paso tantas horas boxeando en Jackson's?

Allendale frunció el ceño.

—¿Tan intenso es?

Era aún peor. Mucho peor de lo que había pensado que sería cuando le prometió a Maggie que permanecería en la ciudad

«Esperar y confiar», había dicho.

Aunque también le había advertido que era impaciente.

—Ya ha pasado una semana —le dijo a su abuelo—. No sé cuándo va a volver.

Si volvía. Beasley Park era la gran pasión de su vida. Pertenecía a ese lugar, mucho más que a Londres. Y no solo a causa de su salud, sino porque era su hogar, el lugar que más amaba en el mundo.

¿Y si no regresaba? ¿Y si decidía quedarse allí para siempre?, ¿casarse con Fred para seguir llevando la gestión de la hacienda?

¡Por Dios bendito!

No iba a hacerlo, no podía... ¿O sí?

La sola idea de que pudiera ocurrir tal cosa hacía que le doliera la cabeza como si se la apretasen con un torniquete.

—Tendría que haber ido con ella —se lamentó—. Para impedir que le pase algo malo, vigilando desde fuera. Pero no es demasiado tarde. Si salgo mañana por la mañana muy temprano...

Allendale volvió a fruncir el ceño, esta vez con mayor intensidad.

—No seas estúpido. Correrías el riesgo de que te reconocieran. Te lo he advertido...

—¡No me importa! —estalló St. Clare con impaciencia—. ¿Es que no lo ve? Si ella me necesita, no me importa que me reconozcan. Desde aquí no puedo hacer nada por ella. Allí está a merced de Burton-Smythe, Beresford y su madre.

—Pero tiene carabina, ¿no? La hija de Trumble, si no entendí mal.

—Usted no lo entiende. —St. Clare se quedó callado durante un largo momento, resistiéndose a poner en palabras lo que le preocupaba de verdad—.

No me ha escrito —le confió por fin—. No debía hacerlo, es cierto, ya que estamos intentando acabar con los rumores y cotilleos. Pero no puedo evitar estar preocupado por ella. No... no ha estado del todo bien.

—¿Que no ha estado bien? ¿Se puede saber qué demonios le pasa?

—Hace unos años se puso muy enferma. Un brote de gripe le debilitó los pulmones. A veces, cuando hace esfuerzos, le cuesta respirar.

Allendale volvió a centrarse en la cena.

—Sabes lo que opino de las mujeres frágiles y enfermizas.

—No es frágil, todo lo contrario. Es la persona más fuerte que conozco, y la más valiente también. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Me salvó la vida en Somerset, ya lo sabe usted. De no ser por ella...

—Una chica con espíritu. Algo es algo, por lo menos. Es natural que sientas gratitud hacia ella.

—Es mucho más que gratitud. Ya se lo he dicho. Mis sentimientos por ella...

—¡Sentimientos! Antes de venir aquí parecías haberte olvidado de esos sentimientos. —Allendale pinchó un trozo de esturión con el tenedor—. Creo recordar que no estabas deprimido en Venecia ni en Roma.

La expresión de St. Clare se endureció. Desde que su abuelo lo tomó bajo su tutela, apenas había tenido tiempo para recuerdos y sentimientos, fueran los que fuesen. De hecho, al principio solo había lecciones, incluso a las horas de comer. Lecciones y lecciones administradas por estrictos tutores extranjeros.

Había tenido que aprenderlo todo. Mucho más que a leer y escribir, eso que Maggie le había enseñado cuando era un niño. De hecho, tuvo que aprender a hacer de nuevo muchas cosas básicas, incluso a hablar y a caminar, y hasta a pensar. Y, lo más importante de todo, tuvo que demostrarle a su abuelo que tenía capacidad para cambiar; demostrarle que tenía materia prima, como la llamaba Allendale.

«No tendría sentido que perdiese el tiempo si no tuvieras la capacidad necesaria para hacerlo —le decía muy a menudo—. De ser así, te mandaría directo al sitio del que procedes. No tendré paciencia con un muchacho que no se deje la piel en el empeño».

St. Clare se había dejado la piel y mucho más. Estudió sin descanso y a las horas en el aula las seguían prácticas con el profesor de esgrima o de tiro. Aprendió a usar la espada y la pistola hasta convertirse en un maestro, y hasta a controlar el carácter indisciplinado y revoltoso con el que había nacido. Eso fue lo más difícil.

Nada había resultado sencillo. Al final se iba a dormir, para volver a empezar al

día siguiente, y al otro, y al otro..., sin descanso. Terminó exhausto, tanto de cuerpo como de espíritu. Entrenar, estudiar, aprender... Hasta que por fin dejó de tener que pensar y actuar de forma diferente a como lo hacía antes..., porque ya era diferente. Por fin, Nicholas Seaton había desaparecido, sustituido por un hombre nuevo y distinto. Un caballero. Un noble.

Costó diez años lograr la transformación, un cambio absoluto de apariencia externa. No obstante, un pedacito de Nicholas Seaton se había resistido al cambio. Una pequeña parte de su corazón había permanecido como antes, pura, real y potente, latiendo con la misma fuerza que entonces por Maggie Honeywell.

«No importa lo que tarde, te aseguro que volveré».

—Nunca la olvidé —confesó—. Es la única persona de este mundo a la que he amado.

—Amor. Usas mucho esa palabra cuando hablas de tu señorita Honeywell. —Lord Allendale estiró la mano para agarrar la copa de vino—. Puede que vaya siendo hora de que esa chica y yo nos conozcamos.



Capítulo 25

Beasley Park (Somerset, Inglaterra)
Verano de 1817

—Parece que ha sido usted vicario aquí durante bastante tiempo. —El tono de Lionel Beresford era el habitual: una mezcla entre perezoso y despectivo. Pero el brillo de alerta de la mirada resultaba inconfundible. Estaba sentado junto a su madre en el salón de estar principal de la mansión de Beasley Park, en un sofá tapizado. Estaba claro que no se trataba de una conversación intrascendente.

—Dentro de poco cumpliré cuarenta años en el cargo —indicó el señor Applewhite desde su sillón cercano a la chimenea—. ¿No es así, señorita Honeywell?

Maggie alzó la cabeza de la labor. Llevaba intentando concentrarse en la tarea de bordar desde que habían salido del comedor. En cualquier caso, era una actividad que no llevaba a nada. No se le daba bien coser.

—Desde luego que sí. Cuando yo nací el señor Applewhite ya era el vicario del pueblo y llevaba siéndolo mucho tiempo.

Tía Harriet, acomodada en la butaca gemela a la del vicario, también junto al fuego, dejó escapar un ligero ronquido. Se había dormido casi en el mismo momento en el que se sentó. Al otro lado de la habitación, Jane pulsaba las teclas del pianoforte con mucha suavidad para no despertarla.

Fred estaba cerca de ella, rebuscando distraído entre las partituras. Estaba muy

orgulloso de su voz y había amenazado con entretenerlos después de la cena.

—¿Cuatro décadas? —exclamó la señora Beresford—. ¡Eso es muchísimo tiempo! Me atrevería a decir que usted conoce mejor que nadie a todo el mundo por aquí.

—Supongo que sí —reconoció el señor Applewhite—. Pero no tanto como mi esposa, que Dios tenga en su gloria. Sabía la vida y milagros de todas las personas del condado, sin ninguna excepción.

Maggie nunca había pensado que fuera a llegar el día en el que lamentara el fallecimiento de la señora Applewhite. La esposa del vicario, en vida, era la mejor y más completa fuente de información local. Pero también fue una pesadilla para Nicholas Seaton durante toda su existencia en Beasley Park y muy crítica con la forma de comportarse de la propia Maggie.

En todo caso, en ausencia de la difunta, el vicario le había parecido la mejor alternativa para preguntar por el misterioso padre Tuck.

La intención de Maggie era hacer una visita a la vicaría, pero, tras volver de la entrevista con el señor Entwhistle y darse cuenta de que Fred y los demás habían regresado temprano del pueblo, no tuvo la posibilidad de hacerlo. Al menos sola. Así que tuvo que conformarse con invitar a cenar al vicario al día siguiente.

Por desgracia, apenas había tenido la oportunidad de conversar con el anciano, ya que Fred y los Beresford lo habían monopolizado. Y no digamos hablar con él en privado, sin la presencia fiscalizadora del trío.

—Me pregunto si su esposa, que en paz descanse, llegó a conocer a mi primo —preguntó Lionel—. Me refiero a John Beresford, el vizconde St. Clare. Es rubio, muy fornido y alto.

Maggie se puso tensa. La semana anterior había supuesto una continua expedición de tanteo y búsqueda para los Beresford. Con la ayuda y la guía de sus furtivos sirvientes, ambos habían preguntado, rastreado y tirado de hilos que pidieran revelar conexiones entre St. Clare y Somerset.

—¿Residía aquí? —preguntó el señor Applewhite frunciendo el ceño—. El nombre no me suena, la verdad.

—Por supuesto que no —intervino Maggie—. Lord St. Clare nunca ha estado en Beasley Park ni en sus alrededores, al menos que yo tenga constancia.

Fred hizo un gesto de desagrado.

—¿De verdad hemos de hablar de ese individuo? Creía que íbamos a tener una velada agradable.

La señora Beresford hizo como si no lo hubiera oído.

—Supongo que el vizconde habrá visitado la región en algún momento —dijo —. Puede que utilizara un nombre supuesto. Los jóvenes a veces quieren pasar desapercibidos por distintas razones, ya se sabe... De hecho, su padre tuvo sus aventuras cuando era joven, y de tal palo, tal astilla, como se suele decir. La sangre es la sangre.

—¿Un nombre supuesto? —El señor Applewhite estaba perplejo por el desarrollo de las preguntas. Se volvió hacia Maggie—. ¿Quién dice que era ese caballero?

—No tiene la menor importancia, todo lo contrario —zanjó, dejando a un lado la labor—. Se hace tarde, vicario—. ¿Quiere que haga traer su carruaje a la puerta?

El señor Applewhite la miró con alivio.

—¡Sí, gracias, señorita Honeywell! Estoy algo cansado. Muchísimas gracias. Usted siempre tan atenta.

Maggie llamó al timbre y dio las indicaciones pertinentes al criado que apareció al momento. Minutos después, el mismo criado volvió para anunciar que el carruaje del vicario estaba preparado y Maggie insistió en acompañarlo ella misma.

—Le estoy muy agradecido, señorita —expresó mientras bajaban por la escalera curva que llevaba al gran vestíbulo de la mansión—. ¡Magnífica su hospitalidad! La felicito por la extraordinaria comida. Y por el vino, doy por hecho que de la bodega de su padre, que en gloria esté. ¡De una cosecha extraordinaria! No había probado un vino mejor desde la última vez que su padre...

—Señor Applewhite —lo interrumpió Maggie—, quería preguntarle a usted algo, pero no he tenido la oportunidad de hacerlo...

—Dígame, dígame.

Uno de los criados les abrió las puertas de la casa y Maggie y el vicario se dirigieron a los amplios escalones de piedra. La noche era fresca y el cielo estaba tachonado de estrellas. Un carruaje vetusto, tirado por dos caballos castaños también bastante veteranos, esperaba en el sendero la llegada del vicario.

Tenía poco tiempo para preguntarle sin que la oyeran el criado y el cochero, solo unos segundos en la escalinata y en el corto camino posterior, pero Maggie lo aprovechó.

—¿Ha conocido alguna vez a un clérigo al que llamaran padre Tuck?

—¿Perdón?

—Padre Tuck. Supongo que sería hace unos treinta años, más o menos.

—No, no he oído hablar de ningún padre Tuck —contestó el vicario con el

ceño fruncido—. Aunque sí del fraile Tuck, por supuesto.

Ahora fue Maggie quien frunció el ceño.

—Por supuesto, siempre que esté hablando del personaje que acompañaba a Robin Hood...

—No, no... Aunque quizá lo llamaran así por ese personaje, claro. Creo que lo expulsaron de la orden a la que pertenecía. No lo conocí en persona, pero oí historias sobre él hace mucho tiempo. Tenían que ver con la taberna de Market Barrow.

—¡Market Barrow! —A Maggie se le aceleró el pulso.

—La afición a la bebida suele estar en el centro de las penas del mundo, mi querida señorita Honeywell —afirmó el vicario Applewhite con tono sentencioso —. No digo que no se pueda disfrutar con moderación del fruto de la uva, por supuesto, pero nunca dejarse esclavizar por él.

En ese momento llegaron al final de la escalinata. Maggie se quedó quieta mientras el criado que había aguardado su llegada ayudaba al anciano vicario a entrar en el carruaje y cerraba la puerta. Alzó la mano para despedirse, pero su pensamiento ya estaba lejos del vicario y su vehículo. Se había trasladado a Market Barrow, a la taberna y a dos de las personas que la frecuentaban: Jenny Seaton y el misterioso fraile Tuck.

También pensaba en Caballero Jim.

Estaba tan distraída que no se dio cuenta de que Fred bajaba la escalinata para unirse a ella. Dio un respingo cuando apareció a su lado de repente.

—¡Por Dios! ¡Qué susto me has dado!

Llevaba la casaca muy ceñida y el pañuelo de seda chillón tan mal anudado como siempre. Hacía tiempo que había dejado de utilizar el cabestrillo.

—He venido a acompañarte de vuelta al salón de estar.

—No hacía ninguna falta.

—Todo lo contrario. —La sujetó por el codo—. Has hecho demasiados esfuerzos.

Se desasió de él.

—¿Por acompañar al vicario a su carruaje? ¡Por favor...!

Fred caminó a su lado por el corto trecho hasta la escalera y por los escalones, la entrada bajo el arco de mármol y las amplias puertas de roble que daban al vestíbulo.

—No me refiero a eso, sino a tu visita de ayer a Entwhistle. Visita que hiciste cuando se suponía que ibas a permanecer en tu habitación porque no te

encontrabas bien.

Se volvió para mirarlo con los ojos entrecerrados.

—¿Quién te ha contado que fui a verlo?

—Su ama de llaves, la señora Square, vino a tomar el té con nuestra señora Wilkins esta tarde. Y alguien oyó lo que hablaron.

«Nuestra» señora Wilkins. Como si el ama de llaves de Beasley Park fuera ya una empleada suya. O, peor, como si ellos dos ya estuvieran casados.

—¿Quién las oyó? —preguntó.

—El criado personal de Beresford. Un individuo prudente y sagaz. Siempre tiene los ojos y los oídos bien abiertos.

—Apuesto a que sí —ironizó Maggie en tono ácido.

—En este caso es para bien —prosiguió Fred con el tono de reproche con el que había empezado—. No me gusta que pasees sola por ahí, dadas las condiciones en las que te encuentras. Además, si querías hablar de asuntos que tenían que ver con la hacienda, me lo tendrías que haber dicho. Te hubiera acompañado en el carruaje.

Maggie se detuvo al pie de la escalera que conducía al primer piso. El tono que utilizó fue un siseo.

—Nunca volveré a subir a un carruaje sola contigo. No creo que la siguiente vez tuviera la suerte de que nos parase un salteador de caminos y me salvara de tu ataque.

Fred enrojeció a la luz de la lámpara de araña que colgaba sobre sus cabezas.

—¿Tienes que convertirlo todo en una disputa? Me forzaste a hacerlo.

—¡Ah, vaya! ¿Así lo describes?

Volvió a agarrarla del brazo.

—Si alguna vez actuases de forma dulce y cariñosa conmigo…

—Si no me sueltas el brazo, mi manera de actuar será darte un par de bofetadas.

Fred se tensó al oír esas palabras. Pasaron unos largos segundos antes de que la soltara a regañadientes.

—Tu malhumor es impropio.

—Pues lo que tienes que hacer es procurar no desatarlo.

Se levantó las amplias faldas del vestido para no tropezar y empezó a subir las escaleras sin esperarlo.

* * *

A la mañana siguiente, muy temprano, para evitar que los huéspedes y sus criados se hubieran despertado, Maggie bajó sigilosa las escaleras y se dirigió al establo. Era un edificio de piedra con puertas recias de madera y tejado de ladrillo rojo. Allí descansaban los caballos de los carruajes y lo que quedaba de la yeguada de purasangres de su padre. Cuando era una niña, el establo se había convertido en su segundo hogar. Sin embargo, en esos momentos le resultaba un lugar un tanto desagradable.

—¿Qué significa eso de que mi carruaje no está disponible hoy? —preguntó muy enfadada.

El jefe de los mozos de cuadra, el señor Tilley, cambió el pie de apoyo y empezó a darle vueltas a la gorra que tenía entre las manos.

—El señor Burton-Smythe ha dicho que no puedo permitirle el uso de ningún vehículo si no tengo permiso expreso suyo.

Tilley solo llevaba dos años empleado en Beasley Park y la mayor parte de ese tiempo ella había estado enferma o guardando luto por su padre y su tía. Estaba claro que consideraba a Fred la única autoridad de la hacienda.

—Me parece muy bien —repuso—, pero Beasley Park es propiedad de la familia Honeywell, es decir, propiedad mía. Y esta tarde necesito mi carruaje.

Fred y sus invitados iban a comer con sir Roderick en Letchford Halle y después irían a visitar la colección de aguafuertes de un vecino. Su ausencia era una oportunidad perfecta para que Maggie saliera por su cuenta a dar una vuelta, lo cual requería el uso del carruaje y el acompañamiento de su criada. Y tal vez una de las pistolas de su padre. Entre ellas había una pequeña, una antigua Queen Anne que se adaptaría a la perfección al tamaño del bolso de mano de Maggie.

Tilley siguió dándole vueltas a la gorra.

—Me gustaría complacerla, señorita Honeywell, pero le prometí al señor Burton-Smythe que obedecería sus órdenes.

A Maggie empezaba a hervirle la sangre. Tenía el objetivo personal de mantener la calma pasara lo que pasase. No quería que nadie, ni en la hacienda ni en el pueblo, la acusara de ser tan poco razonable como su padre. Y menos después de lo que le había dicho en señor Entwhistle.

—Bueno, pues entonces lo único que tengo que hacer es hablarlo con el señor Burton-Smythe, ¿no es así?

Dicho esto, se alejó del establo, pero no en dirección a la casa. Estaba demasiado enfadada. Por otra parte, casi acababa de amanecer. Nadie se había levantado todavía, con excepción del personal de las cocinas. Y, frustrada como estaba, no

era cosa de ir a despertar a Jane solo para quejarse de la injusticia que estaba sufriendo.

Así que echó a andar.

Atravesó el camino y se dirigió al prado que ascendía por la falda de la colina en dirección al sendero que llevaba a su santuario, el lugar de reunión que compartía con Nicholas tantos años atrás.

Avanzó entre ramas mientras se adentraba cada vez más en la zona boscosa. El arroyo la esperaba más adelante, enmarcado por el esplendor azul de las riberas cubiertas de nomeolvides. Cuando se detuvo entre las flores silvestres de color magnífico, con una mano aferrada al costado y jadeando un poco, fue cuando lo vio.

Un caballero alto y distinguido, de pie al borde del agua.

Vestía bombachos y botas altas, y se cubría con una casaca azul oscuro que remarcaba la amplitud de los hombros y que resultaba obvio que había sido obra de un muy buen sastre. Sostenía en una mano el sombrero alto y la fusta, y miraba a todas partes como si estuviera esperando a alguien.

A ella.

Al oír el rumor de las pisadas en la hierba, se volvió a mirarla. Maggie ya sabía muy bien quién era. Ese cabello rubio que brillaba al sol primerizo de la mañana era inconfundible; y también los ojos grises y la forma de moverse, grácil como la de una pantera.

Los labios de Maggie dibujaron su nombre. Su verdadero nombre.

Se puso a su lado en dos zancadas, la estrechó entre los brazos y la levantó del suelo.

Maggie se colgó de él, sin saber si echarse a reír o estallar en sollozos.

—¡Estás aquí! —susurró casi sin aliento junto a su mejilla—. Al fin has venido.

Capítulo 26

St. Clare envolvió a Maggie con los brazos y la apretó contra sí hasta hacer que las botas de media caña de la joven dejaran de tocar el suelo. Le escondió el rostro en el pelo. No llevaba sombrero, le había parecido ver que se lo quitaba en el momento en el que había echado a correr hacia él.

¡Porque había corrido hacia él, sí! Y no debería correr, de ninguna manera. No, teniendo la salud tan frágil. De hecho, en ese momento notaba que le faltaba el aire y respiraba con dificultad.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella—. ¿Por qué has vuelto? Sabes muy bien que no puedes...

—¡Calla, amor mío! —La depositó con mimo en el suelo y la miró a la cara con gesto preocupado. Cada rasgo, cada curva era tan preciosa para él como la propia vida. Más preciosa que cualquier título al que pudiera optar—. Ven y siéntate.

—¿Dónde?

—Aquí, en la orilla. —Se quitó la casaca y la colocó sobre la hierba húmeda.

—¡Qué galantería tan absurda! Se va a estropear...

—Siéntate —repitió. Como si le importara algo que se estropease la prenda. Tenía docenas de ellas en su vestidor, cada una más elegante que la anterior.

—De acuerdo, pero solo porque insistes. —Maggie se sentó a regañadientes sobre la casaca. Ella llevaba un vestido de muselina y una pelliza ajustada, y se recogía el pelo en un moño simple. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos le brillaban como nunca—. ¿Por qué has venido?

—¿Y tú por qué paseas por el campo de esta forma?

—Para aplacar mi enfado.

St. Clare hizo una mueca.

—¿A estas horas de la mañana? ¿Tan pronto?

—No cambies de tema —Lo miró con cara de preocupación—. Creía que nos habíamos puesto de acuerdo en que era muy peligroso para ti venir a casa.

—Sí, pero hay un problema —expuso sentándose junto a ella—: que no podía pasar un segundo más sin ti.

La expresión de Maggie se dulcificó.

—¿Tan malo ha sido?

St. Clare hizo una mueca.

—Intenté superarlo, pero no hubo manera. —«Enfurruñado como un chiquillo al que le deja la primera novia», eso fue lo que le dijo su abuelo. Ridículo.

Le acarició la mejilla. El roce de los dedos fue tan ligero como las alas de una mariposa batiendo sobre el borde de la mandíbula.

—Yo también te he echado de menos a ti. —Le acarició el cuello—. Muchísimo.

Él inclinó la cabeza y la besó. O quizá fuera ella quien lo besó a él. No estaba del todo seguro. Lo único que sabía era que la sangre pareció tranquilizársele en las venas gracias a la calidez de los labios y todos los órganos del cuerpo suspiraron de alivio.

Allí estaba, de nuevo entre sus brazos.

—Maggie...

—He estado a punto de no venir aquí esta mañana —confesó—. De no haber estado tan furiosa...

—Tu mal genio y tú.

Le acarició el pelo con los dedos.

—Hace poco me han dicho que es impropio.

—No para mí. —Le acarició la mejilla—. Mi chica preciosa y fiera. —Vio que curvaba la boca en una sonrisa silenciosa—. Brillas cuando ardes. No es de extrañar que mi vida haya sido tan fría sin ti.

—No quiero que seas frío. Aunque sigo pensando que esto no es una buena idea. Me refiero a que hayas venido hasta aquí.

Lo que había dicho no le impidió volver a besarlo.

St. Clare era vagamente consciente de la brisa que soplaba entre los árboles cercanos al arroyo y del caballo que había alquilado, que se inclinaba para morder la hierba de la orilla. Eso le recordó que no estaba en una habitación privada con su amada, sino bajo el sol de un día muy claro en pleno corazón de Beasley Park.

Era lo único que le impedía continuar con sus abrazos y caricias.

Se echó hacia atrás y, con mucha suavidad, apoyó la frente sobre la de ella.

—No te preocupes. Nadie me ha visto cabalgar por la hacienda. La casa parecía desierta.

Maggie abrió mucho los ojos.

—¿Te acercaste a la casa?

—Sí —confirmó con gesto sombrío.

St. Clare no había esperado que le afectara tanto volver a ver la magnífica mansión estilo Palladian de simetría perfecta, construida con roca caliza de tonos miel, o caminar por las laderas alfombradas de nomeolvides. Sin embargo, sí que le afectó, y muy profundamente. De hecho, cada roca, cada árbol, cada recodo suponía un nuevo aluvión de recuerdos.

Maggie lo había definido como «el regreso a casa».

Pero, para él, nunca había sido su casa, sino un lugar en el que había trabajado y había sufrido la angustia de sentirse un extraño. El dolor del rechazo, incluso por parte de su propia madre; de esperanzas imposibles; de sueños que jamás podrían hacerse realidad.

Si había tenido alguna vez en su vida un hogar, no se trataba de Beasley Park. Su verdadero hogar era ella. Sí, Maggie Honeywell había sido su hogar, el único refugio para protegerse de la tormenta continua en la que había consistido su vida.

A lo largo de todos esos años en el extranjero, recorriendo el Continente, St. Clare no dejó de preguntarse cómo podía soportar el hecho de estar alejado de ella tanto tiempo, diez largos años sin otra cosa que los recuerdos para sostenerlo. Imposible olvidarlo, sobre todo ahora que había vuelto a verla, y menos sabiendo que era una mujer libre, que le había estado esperando todo ese tiempo. Su único amor. Su Maggie.

—¿La encuentras como la recordabas? —preguntó.

Hizo una mueca.

—Más pequeña.

—Lógico. Está claro que has crecido desde la última vez que la viste. —Se había tumbado hacia atrás con la cabeza apoyada sobre las manos, y estas en la hierba cubierta de flores azules. —. ¿Te acuerdas de aquel día que estábamos aquí los dos igual que ahora, tumbados sobre la hierba? Justo antes de que todo empezara a ir mal...

—¿Cómo iba a olvidarlo? —Sintió la tentación de tumbarse a su lado. De perdidos, al río... ¿No era eso lo que decía el refrán? Pero seguía habiendo límites,

incluso para él. Se aclaró la garganta—. ¿Has venido aquí a menudo durante todos estos años?

—Incluso demasiado a menudo, la verdad. —Volvió la cabeza para mirarlo—. Me atrevería a decir que todas estas flores silvestres han crecido gracias a la cantidad de lágrimas que he vertido acordándome de ti.

La tomó de la mano. La imagen de ella llorando por él le encogía el corazón.

—Todo eso ya pasó.

—Sí, así es. —Le acarició la mano.

—Pensaba mucho en este lugar —confesó—. Sobre todo al principio. Quería volver aquí, tenía curiosidad por saber si sentiría lo mismo que entonces.

—¿Y lo sientes?

Suspiró con fuerza.

—No.

Maggie alzó las cejas, sorprendida.

—No eran el lugar ni la casa lo que me hacía feliz. —Se acercó las manos de ella a los labios para besarlas—. Eras tú.

Le brillaron los ojos. ¡Cómo lo miró! Como si para ella fuera tan esencial como la luz del sol o el aire. Su alma gemela. La otra mitad de su corazón.

Esa actitud lo llenó de energía, pero también de modestia. Aunque lo importante era que llenaba el vacío que hasta ese momento había sentido dentro de su ser, que recomponía todo lo que tenía roto dentro de sí.

Aquella tarde en Hyde Park, Maggie tenía razón en lo que le dijo. Ninguno de los dos tenía razón de ser sin la presencia del otro. Eso no era posible. Ya no.

—Te amo, Maggie Honeywell —declaró con voz ronca—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, lo sé.

—¿Y tú me amas? No me refiero al recuerdo... de él..., sino a mí, al que soy ahora.

—Sí. Por toda la eternidad. —Su voz era una promesa de terciopelo. Un voto indestructible, antes y después, vencedor del tiempo y de la distancia, y sospechaba que también de la muerte.

—Dilo —le rogó—. Necesito oírtelo decir.

—Te amo, Nicholas Seaton. —Fijó los ojos en los de él, transfigurados—. Te amo, John Beresford. Te hagas llamar como te hagas llamar, hayas cambiado cuanto hayas cambiado, me da igual. Siempre serás mi amor.

Inclinó la cabeza para apoyársela sobre las manos. Esas palabras eran un bálsamo para su alma torturada.

—Yo soy tuyo.

—Bueno. Pues una vez dejado claro esto...

—Sí, una vez dejado claro... —Se interrumpió para escoger con mucho cuidado las siguientes palabras que iba a pronunciar. Ya las había meditado con calma durante el viaje desde Londres. Ahora solo era cuestión de pronunciarlas en el orden y la forma adecuados—. Sé cuáles son tus sentimientos respecto a este lugar. Lo mucho que significan para ti la casa, la tierra, los arrendatarios. Pero...

Dudó un momento. ¿Cómo puede un hombre compensar toda una hacienda?, ¿una hacienda que es sinónimo de todo un apellido y su historia?

Pero no se vio obligado a encontrar las palabras adecuadas. Maggie le resolvió el problema.

—Mi padre siempre me decía que la tierra permanecía, que las personas daban igual. Que nosotros dábamos igual. Que lo único que importaba para los Honeywell era Beasley Park. —Frunció el ceño—. Me atrevo a decir que con eso pensaba que iba a convencerme de aceptar a Fred, a hacerme pensar solo en la hacienda y en lo que nuestro matrimonio significaría para su evolución y desarrollo.

Su matrimonio... St. Clare se estremeció hasta las entrañas.

—Sigues queriendo aceptar...

—No. Pero mi padre tenía razón en una cosa. La tierra permanece. Así ha sido durante mi enfermedad y el periodo de luto. Ha permanecido sin mí. —Le dirigió una sonrisa triste—. Me he dado cuenta, lo he visto claro: no soy tan imprescindible para Beasley Park como pensaba.

La besó en la muñeca, en esa delicada zona en la que el pulso latía con tanta fuerza. Le dolía el corazón por ella, pero no podía sentirse triste. Beasley Park era para él un enemigo tan formidable como siempre lo había sido Frederick Burton-Smythe.

—Yo, en su momento, también me di cuenta de algo trascendental.

—¿De qué?

—Aquella noche, cuando me marché de aquí, tuve claro que, de haber encontrado a Caballero Jim, me hubiera unido a él sin dudarlo, sin importarme las actividades criminales en las que estuviese implicado; tuve claro que no estaba aferrado a unos principios inamovibles. Y después, cuando Allendale me propuso tomarme bajo su protección, darme su apellido y considerarme el heredero al título, en ningún momento se me pasó por la cabeza rechazarlo, pese a saber que en realidad era algo ilegítimo, contrario a la ley. Y no fue porque me atrajeran la

riqueza, la notoriedad o la pertenencia a la nobleza y el poder que conlleva. Solo fue porque... aspiraba a pertenecer a algo. No tenía tanta importancia de qué se tratara.

—Nos pertenecemos el uno al otro —dijo ella.

Esas palabras, tan sencillas, terminaron de desatarlo.

La emoción rompió todo el autocontrol que de modo tan férreo había ejercido sobre sí mismo. Se convirtió en polvo, un polvo que se evaporó en el aire, al igual que los restos de caballerosidad masculina que aún le quedaban.

Solo la tenía delante a ella, una vez eliminado el sentido de la propiedad y del comportamiento social. Ellos dos solos, sobre las flores y la hierba, junto al agua del arroyo. Atrás quedaban diez largos y dolorosos años de agonía y anhelo.

La abrazó sin notar apenas el doloroso tirón de la herida del brazo mientras la estrechaba. Maggie abrió mucho los ojos mientras la besaba con fiereza.

—Sí —confirmó—. Y tú me perteneces. No puedes fingir que no existo y permanecer en esta hacienda durante el resto de tu vida. ¡No puedes casarte con Frederick Burton-Smythe solo por conservarla!

—Ya te lo he dicho. No voy a casarme con él. Antes de que volvieras pensaba que podría, pero...

—Cásate conmigo —pidió St. Clare. Fue algo a medio camino entre un ruego y una orden, ni mucho menos la propuesta romántica que había preparado mientras viajaba desde Londres.

Ella apretó el pecho contra él, que notó el latido del corazón de Maggie, que latía con la misma intensidad que el suyo propio.

—¿Y de qué vamos a vivir? —preguntó.

—¿Acaso importa? Sin ti la vida no merece ser vivida.

Durante un instante, Maggie miró más allá de él y tragó saliva con fuerza.

—Me dijiste que sin mí estabas incompleta, como si te faltara la mitad de ti misma. Pero ahora estoy aquí. No soy aquel Nicholas Seaton que fui, pero mi corazón sigue siendo tuyo. Siempre lo ha sido. Si te casaras conmigo...

—Por supuesto que voy a casarme contigo.

Los ojos de St. Clare llamearon.

—Maggie...

—Pero sabes, sabemos todos, que Fred nunca aprobará este matrimonio. Lo cual significa que he de renunciar a Beasley Park y a mi fortuna.

—Pues que se quede con la hacienda y con el dinero. Te llevaré conmigo con lo puesto, aunque solo sea la ropa interior.

Maggie rio entre dientes.

—A mí, desde luego, no me importaría —insistió él con voz ronca—. Ven aquí.

Maggie le rodeó el cuello con los brazos y, cuando las bocas se fundieron de nuevo, lo besó con la misma fuerza que antes había empleado él.

Algún tiempo después, ambos estaban tumbados en el suelo, agarrados de la mano, igual que aquella tarde de hacía más de diez años. St. Clare tenía en los labios una sonrisa tonta. Estaba henchido de amor, perdidamente enamorado. Y, en ese momento, poco inclinado a enfrentarse a los problemas que les aguardaban.

Pero a Maggie no le pasaba lo mismo.

—No creo que tu abuelo esté tampoco muy inclinado a aprobar esto.

—¿Crees que no? Podías invitarlo a tomar el té, preguntarle y así averiguarlo por ti misma.

—¿Cómo dices? —Se levantó como un resorte. ¡Ni que el conde se les hubiera aparecido en ese preciso momento!—. ¡No me digas que ha venido a Somerset contigo!

No había forma de darse un respiro, pensó Maggie.

St. Clare se apoyó en un codo para mirarla.

—Pues sí, ha venido. Se aloja en la posada El Ciervo y el Sabueso. Supongo que a estas horas seguirá en la cama. —Habían llegado a la posada de carretera a última hora de la noche. Su abuelo no había cenado y se había ido directo a dormir. En esos momentos, St. Clare no estaba muy seguro de su talante—. Tenemos la intención de hacerte una visita formal esta tarde.

Maggie estaba horrorizada.

—¡No te atreverás!

—¿Por qué? La experiencia me dice que un poco de audacia nunca viene mal.

—Hay muchas clases de audacia. Y esta sería... —Negó con la cabeza—. Tu abuelo debería darse cuenta de lo que pasaría si alguien te reconociera.

—Se da cuenta.

—¿E insiste en venir?

St. Clare se encogió de hombros.

—Le he dicho alto y claro lo que siento por ti. Sabía que yo necesitaba verte, estar contigo. Que estaba harto de esperar; que vendría de todas maneras, solo o acompañado por él. Y que me atenía a las consecuencias, que puedes imaginarte cuáles podrían ser.

Enrojeció vivamente.

—¡Madre mía! Debe de pensar que soy una especie de sirena atrapahombres…

—Si en estos momentos está pensando mal de alguien es de mí. Él solo se preocupa del título. Si yo quedo expuesto por ser hijo ilegítimo, sus sueños de que herede se acaban.

Maggie frunció el ceño.

—Me pregunto una cosa.

St. Clare lo miró algo alarmado.

—¿El qué?

—Me pregunto si en realidad eres hijo ilegítimo.

Capítulo 27

St. Clare escuchaba en asombrado silencio lo que le contaba Maggie acerca de Jenny, el padre Tuck y Caballero Jim. Cuando llegó a la parte en la que le indicaba lo que había planeado hacer a partir de ese momento, se le heló la sangre.

—¿Dices que habías decidido visitar la taberna de Market Barrow?

—Pues... sí, si Fred no me hubiera prohibido el uso del carruaje, claro.

—Pues doy gracias al cielo por que lo hiciera. —St. Clare se puso en pie, demasiado nervioso como para seguir sentado en la hierba. Empezó a andar hacia la orilla del agua y después regresó de vuelta a donde estaba ella—. ¡Por favor, Maggie! ¡Esa taberna es peligrosa... en todos los sentidos!

—No exageres. No pensarás que iba a acercarme allí en mitad de la noche. Mi idea era acudir hoy a primera hora de la tarde, a plena luz del día. Seguro que en ese momento no me pasaría nada.

—¿Y qué ibas a averiguar a plena luz del día? ¿Con qué parroquianos ibas a hablar si la taberna estaba vacía?

Maggie hizo un gesto de fastidio.

—Es verdad... No había caído en eso. —La joven reaccionó enseguida—. Pero no pasa nada. Lo único que tengo que hacer es acudir de noche. Y no tienes por qué mostrarte tan preocupado. Estaré a salvo, Bessie vendrá conmigo. —Hizo una pausa—. Y llevaré una pistola.

—¡Madre mía! Y yo que pensaba que eras juiciosa... —susurró.

Maggie lo miró enfadada.

—No sé por qué dices eso. Sabes que disparo tan bien como cualquier hombre.

Era verdad. De jovencita, nunca le habían faltado maña ni valor. Era tan formidable con la pistola como montando a caballo.

—Eso no tiene nada que ver —repuso St. Clare.

Maggie se levantó del suelo.

—Al contrario, tiene todo que ver. —Se sacudió el vestido y la pelliza—. Sobre todo, si vas a decir que ese lugar es peligroso y que me porto como una estúpida al acudir allí...

—Serías imprudente. Como lo fuiste yendo a velar a Jenny cuando estaba enferma, en sus últimos momentos; estuviste a punto de morir tú misma por eso. Y también cuando acudiste a la plaza Grosvenor aquella noche para que no me enfrentara en duelo con Fred. O cuando viniste a Grillon's, nada menos que a mi habitación. No te paras a pensar en las posibles consecuencias de tus actos...

—¿Vas a seguir con la lista? Esto es distinto. Es...

—Imprudente —repitió recalcando la palabra—. ¿Y cuál es el objetivo? ¿Demostrar una teoría absurda que se te ha ocurrido según la cual Jenny y Caballero Jim se casaron?

—¡No es ninguna teoría absurda! ¡Tiene toda la lógica del mundo!

—¿Qué lógica tiene que el hijo de un conde se casara con una empleada de taberna casquivana?

Maggie alzó las manos al cielo.

—¡Pues claro que tiene lógica, por favor! Se trata del mismo hijo de un conde que se convirtió en salteador de caminos. Si se atrevió a hacer eso, ¿por qué no iba a hacer lo otro?

St. Clare negó con la cabeza. Era una teoría sujeta con pinzas, demasiado parecida a los sueños que él tenía de niño y que culminaban en que, un feliz día, descubriría que en realidad no era un hijo bastardo. Que había tenido padres, un padre y una madre que se habían casado el uno con el otro.

No podía creerlo. Y no debía creerlo.

Maggie se puso de pie delante de él. Se le había soltado parte del moño, el cabello le bajaba libre hasta la nuca y algunos rizos le enmarcaban la cara, movidos por la brisa de la mañana.

—Te ciegan tus sentimientos por Jenny. Sigues furioso con ella por ser una mala madre y no puedes ni siquiera pensar que tuviera algunas buenas cualidades.

—Es que no las tenía.

—Fue guapa en su momento, muy guapa, y eso era suficiente para muchos hombres. Y debió de tener otras características que también inspiraran atracción y

afecto.

St. Clare soltó un gruñido.

Maggie le puso la mano sobre el pecho para calmarlo. Él sintió el peso y la calidez de la palma en la piel, como si no llevara encima ropa que lo cubriera. Era la sangre, que respondía. Hacía solo unos momentos había estado echado sobre la hierba junto a ella, se habían abrazado y besado. Y le había pedido que se casara con él.

Y ella había aceptado.

¡Había aceptado!

Y ahora, solo unos minutos después, volvían a discutir, pero... ¿por qué? ¿Por la antigua relación entre Jenny y Caballero Jim, algo que había sucedido hacía décadas? De no haber estado tan enfadado, St. Clare hasta se habría reído. ¡Por Dios bendito!, ¿es que no había nada de Maggie Honeywell que no le trajese problemas de algún tipo?, ¿que no lo dejara sin palabras, o incluso sin respiración, y luchando por recuperar la tranquilidad y el buen criterio?

—No todas las relaciones son grandes historias de amor romántico, ya sabes —insistió ella—. Para mucha gente, un físico agradable y una buena disposición son más que suficientes.

St. Clare le agarró la mano.

—Pero eso no significa que se casaran. Ni siquiera que Caballero Jim estuviera enamorado de ella. Incluso pese a que supiera que estaba embarazada. No era un hombre de honor, Maggie.

—Esa es la impresión que tengo. Pero ¿quién dice que se casó con ella, si es que lo hizo, porque estaba enamorado? Quizá hubo algún otro motivo.

—¿Como por ejemplo?

—Para molestar a su padre.

St. Clare se quedó rígido.

—¿Y después dejarla aquí, abandonada y con una criatura? —Se le heló la sangre al pensar que tal cosa fuera posible.

—Acabas de decirlo tú mismo: no era un buen hombre. Lo cierto es que, cuando se habla de James Beresford, ese parece ser el punto de vista preponderante.

—Si fuera verdad... —St. Clare ni se atrevía a considerarlo. Tenía demasiado miedo a la decepción como para hacerlo. Sabía por experiencia propia que, en lo que al pasado se refería, si se indagaba lo bastante, uno no encontraba precisamente lo que estaba buscando, sino algo bastante peor—. Pero ¿cómo

podría serlo? Si yo fuese un hijo legítimo, Jenny lo habría hecho saber, lo hubiese aireado a los cuatro vientos. ¿Por qué razón habría preferido mantenerlo en secreto?

—Según el señor Entwhistle, le dijo a mi padre que la habían engañado; que le habían hecho creer que estaba casada, pero que, de hecho, no lo estaba. Sospecho que el tal padre Tuck, o fraile Tuck, o como fuera que se hiciese llamar por aquel entonces, tuvo bastante que ver con lo que pasó. —Maggie frunció el ceño—. O bien eso, o bien Jenny lo llamó a su lecho de muerte porque era un viejo amigo, alguien que en algún momento fue amable con ella.

—Pues eso es lo que yo digo. ¿No te das cuenta? Puede que estés haciendo una montaña de un grano de arena.

—No lo niego, podría ser —respondió Maggie—. Pero solo hay un manera de averiguarlo.

St. Clare bajó los ojos.

—Yendo a Market Barrow.

—Es un fastidio que no pueda utilizar mi propio carruaje. En cualquier caso, Jane tiene aquí el suyo, y sus criados responden ante ella, no ante Fred. Estoy segura de que, si se lo pido, me lo...

—Espero que la señorita Trumble demuestre sentido común y no te ayude en un asunto tan peligroso. —Le apretó un poco más la mano—. ¿Es que no te imaginas lo que puede pasar? Una mujer tan guapa como tú, una dama joven de clase alta, llega a una taberna de mala fama en un carruaje caro, con un tiro de caballos magníficos y con solo una criada por toda protección. ¿Qué crees que van a pensar los parroquianos al ver entrar en su guarida a una víctima tan propicia?

No contestó. Se limitó a mirarlo con tal brillo de desafío en los ojos que se enfadó y se asustó a partes iguales al imaginar lo que Maggie podría hacer a continuación.

Ahogó un suspiro.

—Muy bien. Iré yo mismo para cerrar de una vez el asunto.

Maggie resplandeció.

—¿Y me llevarás contigo?

La miró con intensidad.

—¡De ninguna manera! Ya te lo he dicho, es muy peligroso. Iré bien entrada la noche. E iré solo.

—No puedes ir solo —dijo Maggie—. Piensa que tienes el brazo herido.

—Maggie...

—Y, además, fui yo quien descubrió la existencia del padre Tuck —prosiguió con determinación—. No es justo que tenga que quedarme en casa esperando mientras tú disfrutas de la aventura.

Reconoció la elevación sutil del hoyuelo de la barbilla. Había tomado una decisión e iba a ser imposible hacerla cambiar de idea, ni con razones ni con amenazas. En cualquier caso, hizo un último esfuerzo:

—Esto no tiene que ver con la justicia, sino con tu seguridad.

Le sonrió.

—Tú me mantendrás a salvo. Confío por completo en ti.

* * *

Esa misma tarde, tal como había advertido, St. Clare hizo una visita formal a Beasley Park junto a su abuelo. Era lo que había que hacer cuando un noble acudía por primera vez al distrito, visitar a los conocidos de la ciudad que vivían en él. Todo transparente y apropiado desde el punto de vista social.

Era obvio que no tenía nada de extraordinario. No obstante, mientras ascendía los amplios escalones de piedra que conducían a la mansión de Beasley Park, St. Clare se sintió del todo fuera de su elemento.

Cuando era un chico, nunca se le permitió acceder a la mansión por la puerta principal, sino por la de las cocinas. Maggie por supuesto que le habría franqueado el paso, pero no su padre ni el mayordomo. A Nicholas Seaton nunca se le permitió que olvidase cuál era su lugar. Era un sirviente como los demás, o incluso peor, dada su condición de bastardo.

—Tu lugar está a mi lado —le decía Maggie.

El recuerdo de sus palabras, y de sus besos, lo invadió mientras llamaba a la puerta.

—Un lugar muy agradable, he de decir —comentó Allendale mientras recorría la propiedad con la vista—. Sorprendente.

St. Clare hizo una mueca.

—¿Qué esperaba? ¿Una granja de cerdos medio en ruinas?

Antes de que Allendale pudiera contestar, un criado con librea verde oscura abrió la puerta. Era joven y St. Clare no lo reconoció.

—El vizconde St. Clare y el conde de Allendale solicitan visitar a la señorita Honeywell —dijo St. Clare—. Ella nos espera.

El criado los miró a ambos, después echó un vistazo rápido al carruaje, que llevaba grabado el escudo condal en la puerta, y de inmediato hizo una inclinación y se apartó para dejarlos pasar. Tras recoger sombreros y guantes, los acompañó a las escaleras, en dirección al salón de estar.

Cuando entraron, Maggie ya se había puesto de pie. Llevaba un vestido sencillo de muselina con ceñidor en la cintura. Se recogía el pelo con un moño alto que dejaba sueltos algunos mechones a ambos lados de la cara. Se la veía muy joven y, por supuesto, también muy bella.

A St. Clare le latía el corazón con mucha fuerza y sentía la misma calidez y sensación de perder el aliento como siempre que la miraba. Como si todo lo que le rodeaba se hubiera reducido a una sola persona: a ella.

Hizo un esfuerzo enorme por no demostrarlo, aunque en todo momento pensó que no iba a conseguirlo. No podía permitir que lo acusaran de comportarse como un chiquillo con su primera novia, estaría muy fuera de lugar.

—Señorita Honeywell —saludó al tiempo que hacía una reverencia, y procedió de inmediato a hacer las presentaciones.

Aunque ninguno de sus dos interlocutores parecía estar pendiente de él.

Su abuelo se acercó a Maggie sin ningún preámbulo y respondió a la reverencia cortés de la joven con una tensa inclinación de cabeza.

—Señorita Honeywell, por fin nos conocemos. Tengo entendido que ha atrapado por completo a mi nieto.

—No más de lo que él me ha atrapado a mí, milord —respondió Maggie sin achicarse. Y lo invitó a sentarse con un gesto.

Allendale se dejó caer en el sillón señalado sin dejar de mirar a Maggie ni un solo momento, mientras ella también se sentaba en el sofá tapizado de seda.

—Lord St. Clare me ha informado de que se alojan en la posada El Ciervo y el Sabueso —mencionó—. Espero que estén cómodos.

—Lo suficiente, gracias —asintió Allendale—. ¿Dónde está ese supuesto sobrino mío y su madre? Se alojan aquí, ¿no es cierto?

—Así es. Mi vecino, el señor Burton-Smythe, los ha invitado a una cacería y en estos momentos no están en la casa, pues han ido a visitar a sir Roderick, su padre, a Letchford Hall.

St. Clare paseaba alrededor de la chimenea, observando la habitación. Era grande, cubierta de alfombras gruesas y con paredes enteladas de seda llenas de cuadros de caballos y sabuesos. El mobiliario, formado por sofás, sillones venecianos y sillas cómodas, era muy elegante. Todo permanecía como lo

recordaba. Excepto una cosa.

Era la luz. Había menos de la necesaria. Las cortinas, de tela gruesa de damasco, estaban cerradas y no dejaban pasar el sol claro del mediodía, por lo que la habitación resultaba oscura y algo fría.

Miró a Maggie con el ceño fruncido.

—Burton-Smythe es su protector y guardián, según tengo entendido —planteó Allendale.

—Algo así —contestó, echando una rápida mirada a St. Clare—. ¿No quiere sentarse, milord?

Se acercó a uno de los sillones de palisandro y se sentó.

Al pensar en la visita a Beasley Park, no se había parado a pensar lo extraña que iba a resultar para él, en lo desconcertante que sería la intersección entre su pasado y su presente. Además, tampoco había tenido en cuenta lo que pudiera pensar Maggie acerca de su regreso. Le quería, de eso no le cabía duda. Lo aceptaba tal como era. No obstante... No obstante, el salón de estar estaba demasiado oscuro para un día luminoso de verano. ¿Estaba preocupada por cómo podría reaccionar Fred si caía en la cuenta de quién era en realidad St. Clare?, ¿si lo veía a la clara luz del día?

Ese pensamiento lo irritó hasta límites extraordinarios. Era más que capaz de manejar a Frederick Burton-Smythe. ¿Maggie no lo sabía? ¿O acaso pensaba que seguía siendo un muchacho, un sirviente que corría peligro de ser víctima de una paliza?, ¿alguien a quien tenía que proteger a toda costa?

—¿Cuándo van a volver los invitados? —preguntó Allendale.

—Supongo que tardarán varias horas.

St. Clare se cruzó de brazos. Los puntos de la herida le dolían bastante.

—¿Tendríamos que esperarlos?

A Maggie se le apagó la sonrisa.

—Puede que sí. O quizá también podrían ustedes aplazar ese placer hasta mañana por la noche.

Alzó las cejas.

—¿Burton-Smythe estará aquí?

—Sí —confirmó Maggie—. Y también sir Roderick. Vendrán a cenar. Espero que nos hagan el honor de asistir a la cena.

Una cena a la que acudirían Fred y su padre. Llegar al anochecer y cenar en una habitación iluminada solo con velas. Un escenario que casi garantizaba la imposibilidad de que lo reconocieran.

—Una idea magnífica —celebró Allendale.

—¿Y Fred lo ha aprobado? —preguntó St. Clare—. ¿Sabe que he venido a Somerset?

—No, no lo sabe —confesó Maggie—. De haberlo sabido, no se habría mostrado tan proclive a dejarme aquí sola esta mañana.

—Y dejando que el zorro entre en su gallinero…

Maggie apretó los labios.

—Es una comparación que no nos deja bien a ninguno de los dos.

No obstante, a St. Clare le parecía adecuada.

—¿Cuándo piensas contárselo?

—No tendré que contarle nada. Se enterará de esta visita por sí mismo. Siempre hay alguien vigilando e informándole de todo lo que ocurre.

—Ese Burton-Smythe manda sobre esta casa como si fuera de él, ¿no es así? Pese a que es de usted —dijo Allendale.

Maggie ni siquiera hizo intención de negarlo.

—Ha estado gestionando la hacienda desde la muerte de mi padre. No es lo ideal, pero…

—Está muy lejos de ser lo ideal —intervino St. Clare—. Y no es solo la casa y la hacienda lo que dirige. También su vida.

—Me parece que no es necesario aburrir a lord Allendale con estas cuestiones, la verdad… —protestó Maggie.

—Estoy seguro de que le interesan —rebatió St. Clare, volviéndose hacia su abuelo—. Burton-Smythe debe aprobar su matrimonio. Si no lo hace, ella perdería el derecho a heredar su patrimonio económico y la hacienda. Se trata de un recurso legal que utilizó el terrateniente Honeywell para forzarla a que se casara con el hombre que había escogido para ella.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? —preguntó Allendale—. Si era lo que su padre deseaba…

—Porque se va a casar conmigo. La he pedido en matrimonio esta mañana.

Un silencio repentino y profundo siguió a la declaración. Si en ese momento hubiera caído al suelo un alfiler, los tres habrían oído el ruido al golpear el suelo.

Tanto Maggie como Allendale se lo quedaron mirando, pero, antes de que nadie dijera nada, la llegada de la bandeja con los servicios de té rompió el silencio. La llevaba un criado, distinto al que les había abierto la puerta y al que tampoco reconoció St. Clare. La colocó en la mesa auxiliar más cercana al sofá en el que se sentaba Maggie.

—Eso es todo, Salter —lo despidió la joven. Después volvió a mirar a St. Clare echando fuego por los ojos por aquel anuncio abrupto e inesperado, pero sus siguientes palabras fueron meramente sociales—. ¿Alguien quiere té?

Nadie habló mientras lo servía. Fue como si la convención social los mantuviera cautivos. Solo cuando Maggie volvió a colocar la jarra de porcelana en la bandeja de plata, Allendale se decidió a hablar.

—Si he entendido bien, mi nieto le ha propuesto matrimonio, ¿es así?

—Sí, así es.

—Y presumo que usted ha aceptado.

Maggie se llevó la taza a los labios antes de contestar.

—Si, milord, he aceptado. —Hubo una pizca de desafío, apenas perceptible, en su tono de voz.

St. Clare dibujo una sonrisa mínima. Tal vez debería de haberle advertido a su abuelo que Maggie era hija del personaje más bravucón y pendenciero del oeste de Inglaterra. El carácter del terrateniente Honeywell parecía haberse traspasado casi por completo a su hija. Cuando se trataba de desafiar a los hombres, daba lo mejor de sí misma.

—¿Y si a cambio tiene que renunciar a su título? ¿Qué pasaría en ese caso? —Allendale se dirigió a St. Clare—. No tienes medios para mantener a una esposa, si está acostumbrada a vivir en una casa magnífica, con un elenco completo de criados y... ¿qué más? —De nuevo se dirigió a Maggie—. Una jauría, un carruaje y cuatro viajes a Londres cada año... ¿Me dejo algo?

—Creo que se equivoca conmigo, señoría —repuso Maggie en voz baja—. Yo no tengo ninguna necesidad de todo eso.

—¿Y qué me dice de mi nieto?, ¿de lo que él necesita? Un chico que conoció a una joven en su juventud y la puso en un pedestal. Eso no significa que sea la adecuada para el caballero en el que se ha convertido.

Maggie dejó la taza sobre el plato con un repiqueteo sonoro de la porcelana.

—No hay ninguna dama más adecuada que yo para lord St. Clare. Y, por otra parte, soy la que ha elegido.

—Es la que he elegido —confirmó St. Clare—. Y no hay vuelta atrás. La señorita Honeywell y yo vamos a casarnos tan pronto como podamos organizarlo todo.

—¿Sin tener en cuenta las consecuencias? —preguntó Allendale.

—Espero que las compensaciones que traiga consigo la unión superen con mucho las posibles repercusiones negativas.

St. Clare miró con fijeza a Maggie y sintió un amor profundo anclado dentro de sí, un amor tan elemental como la propia sangre. Parecía imposible que creciera más, porque ya lo consideraba infinito. Y, sin embargo, había aumentado: cuanto más estaba junto a ella, cuanto más cerca estaba de hacerla suya, más lleno de amor se sentía.

Ojalá ella tuviera razón. Que el casarse con él, renunciando a reclamar la propiedad de Beasley Park, no fuera algo de lo que se arrepintiera durante toda su vida.

Un hombre mejor y más noble que él habría evitado que hiciera semejante sacrificio. Habría retirado su propuesta de matrimonio para que ella mantuviera su casa y su fortuna. Pero St. Clare ni era bueno ni era noble.

Esa vez, cuando se marchara de Somerset, se llevaría con él a Maggie Honeywell.



Capítulo 28

—¿St. Clare ha estado aquí? —La voz enrabietada explotó desde la puerta de la biblioteca de Beasley Park. Recorrió la habitación como una tormenta hasta el lugar en el que estaba Maggie. Sentada en un sillón alto, leía junto a uno de los grandes ventanales—. ¡Y lo has recibido...!

Con aparente tranquilidad, alzó la mirada del libro que tenía entre las manos.

—Habéis vuelto pronto —observó, y miró detrás de él—. ¿Dónde está la señorita Trumble?

—¡Qué importa la señorita Trumble! —replicó con aspereza—. ¿Es verdad? ¿Lo has recibido y atendido? ¿Sola?

—No he corrido peligro alguno. Lo acompañaba el conde de Allendale. A no ser que pienses que lord St. Clare estaría dispuesto a forzarme delante de su propio abuelo...

Fred mostraba un gesto de lo más sombrío.

—¿Sabías que iba a venir? ¿Y por eso dijiste que estabas demasiado cansada como para acompañarnos? ¿Tenías una cita con ese individuo?

Maggie pasó una página del libro.

—Puede que sea algo raro para ti, Fred, pero no me apetece ir de acá para allá por el campo en un día caluroso. Prefiero mil veces quedarme en casa. Y, por supuesto, cuando vienen de visita conocidos de la ciudad, los recibo y los invito a tomar el té. ¿O preferirías que los criados tapiaran las ventanas y retirasen el llamador de la puerta?

Fred gruñó, como si estuviera preparándose para cargar contra un enemigo invisible.

—El muy canalla te ha seguido hasta aquí.

—¿Ha venido mi primo? —Lionel Beresford, que había entrado en la biblioteca, miró alternativamente a Maggie y a Fred. Su mirada, de ordinario lánguida, en ese momento se veía avivada por un calculado interés—. ¿Y acompañado de mi tío? Eso sí que es inesperado.

—¡Han tomado el té aquí...! —El tono de Fred estaba preñado de insinuaciones, como si tomar el té fuera el colmo de la inmoralidad.

Jane apareció poco después del señor Beresford, aún con el sombrerito en la mano.

—¡Ah!, aquí estás. —Se dirigió de inmediato hacia donde estaba Maggie y se sentó a su lado en un sillón—. ¿Es verdad eso que he oído de que lord Allendale y lord St. Clare han venido de visita?

—Están alojados en la posada El Ciervo y el Sabueso. Me pregunto si... —Maggie dejó de hablar un momento, pensativa—. ¿No crees que estarían más cómodos aquí? Podríamos recibirlos y organizar una fiesta en casa...

—¡Ni se te ocurra! —exclamó Fred—. Lo prohíbo terminantemente. Cuanto antes vuelva St. Clare a donde sea que viva, mejor. No voy a tenerlo en esta casa para que pueda intentar propasarse contigo.

Propasarse...

A Maggie se le caldeó la sangre al recordar su encuentro mañanero con St. Clare en la orilla del arroyo.

—No seas ridículo, Fred. Su señoría el vizconde se ha comportado de forma del todo adecuada y amable, y lo único que quiero es corresponder de igual manera. De hecho, los he invitado a cenar mañana a él y al señor conde.

Fred apretó los puños junto a ambas caderas.

—¡Cómo se te ocurre...!

—El conde y el vizconde estarán aquí mañana a las siete. —Lo miró muy seria —. Y esta discusión ha terminado. Te enfrentaste a lord St. Clare y él ganó. Es el momento de reconocer tu derrota en buena lid con decencia y caballerosidad.

Jane emitió un ruido ahogado. Tal vez eso fuera un poco excesivo para Fred.

El aludido enrojeció aún más y pareció perder el resuello.

—¿Mi derrota? ¿Mi derrota? ¿Qué sabes tú sobre lo que ocurrió? ¡Son cosas de caballeros!

—Vamos —intervino Lionel al tiempo que tomaba del brazo a Fred e intentaba llevárselo de allí—. Dejemos a las damas con sus novelas. Me gustaría hablar de un par de asuntos. Quizá con una copa de oporto...

Aunque a regañadientes, Fred se dejó llevar por su invitado y salieron de la biblioteca con él, no sin antes dedicar una mirada incendiaria a Maggie.

—Nunca lo había visto tan furioso —susurró Jane—. ¿Crees que es conveniente provocarlo de esa manera?

Quizá no lo fuese. El humor de Fred había empeorado desde la llegada de Maggie a Londres. Cuanto más se resistía ella a sus decisiones, más enfadado y frustrado se sentía. El colmo había sido el intento de besarla en el carruaje. Y, ahora, la llegada de St. Clare. Era cierto que Fred estaba a punto de estallar.

Maggie pensaba que debería estar asustada, pero no era así. Lo que estaba era enamorada. Y prometida en matrimonio. E incluso podía ser que, tras esa noche, el problema del nacimiento de Nicholas Seaton estuviera resuelto. Por una vez en los últimos años, el futuro parecía esplendoroso y el presente se situaba en la misma línea.

—Fred no puede hacerme daño. —Cerró el libro de golpe—. Hoy me siento como si estuviera a salvo de todo.

* * *

Esa noche, cuando el gran reloj del vestíbulo principal daba las once, Maggie salió a hurtadillas por la puerta trasera de Beasley Park y avanzó hasta el final del sendero de entrada. La esperaba un desvencijado carruaje de dos ruedas, conducido por un hombre de muy baja estatura protegido por un sombrero y un abrigo, ambos muy grandes para él.

Solo tuvo un instante para contemplar el carruaje a la luz plateada de la luna llena. Enseguida se abrió la portezuela y St. Clare saltó de la cabina.

—¿El conductor es Enzo? —preguntó.

—No te preocupes por él. —St. Clare la ayudó a entrar, después lo hizo él y cerró la puerta sin hacer ruido—. ¿Te ha visto alguien?

—No, no lo creo. —Casi no había hecho ningún ruido, y se había movido como un ratón, utilizando una vela solo para ponerse uno de sus vestidos viejos y una pelliza encima. Solo Bessie estaba al tanto de lo que iba a hacer. El resto de la casa se hallaba silenciosa como una tumba. Ni rastro de Lionel Beresford, de su madre o de sus igualmente odiosos criados. Al menos, eso era lo que Maggie esperaba.

—Perfecto. —St. Clare se sentó frente a ella. Llevaba un abrigo tipo capa y

había depositado el sombrero y el bastón sobre el mugriento asiento de al lado.

—Has hecho muy bien en alquilar un carruaje —aprobó Maggie—. Seguro que nadie nos asocia con él.

St. Clare no contestó.

Ella lo miró a la luz de la débil lámpara del carruaje, intentando interpretar su estado de ánimo.

—Si vas a estar enfurruñado…

—No estoy enfurruñado.

Levantó las cejas y permaneció en silencio. ¿Qué más podía decir? No había querido que fuese con él a la taberna, lo cual era comprensible. Ella misma se daba perfecta cuenta de que ir de noche a un establecimiento de ese tipo, frecuentado por malhechores y gente de mal vivir, era peligroso. Peligroso para ella, pero también para él. Al fin y al cabo, no era invencible. Y se lo dijo.

No obstante, si en esos momentos le dolía el brazo, no lo demostraba. Parecía estar hecho de piedra, allí sentado frente a ella, quieto y erguido, como si tuviera más cosas en las que pensar que esa incursión incierta en medio de la noche para desentrañar el pasado.

En esos momentos, Maggie tenía los nervios de punta por la expectación.

¿Cuántas veces habían especulado Nicholas y ella acerca de la famosa taberna de Market Barrow? Tantas que ni podía contarlas. Y ahora estaban a punto de presentarse allí.

Las ruedas resonaban y se bamboleaban sobre la carretera, tanto que parecían conectarla con cada piedra y cada bache. El carruaje tenía muy mala amortiguación y en la cabina entraban el ruido y el polvo de fuera debido al mal aislamiento de puertas y ventanas.

Maggie, temblando de frío y ansiedad, se apretó la pelliza con más fuerza.

St. Clare suspiró. Al cabo de un instante, se levantó y se sentó a su lado. Le rodeó los hombros con el brazo y la apretó contra él.

—¿Mejor?

Ella se acurrucó contra él, adaptándose a su cuerpo. Era como estar pegada a la pared de un horno.

—Sí, gracias, mucho mejor.

Parecía que era el único vehículo que circulaba por la carretera, aunque en algunos momentos a Maggie le pareció notar el ruido de cascos por detrás de ellos. Deseó con fervor que no se tratara de un salteador de caminos.

—¿Qué distancia hay a Market Barrow? —preguntó.

—Unos doce kilómetros —contestó St. Clare, que la besó en el pelo—. Cuando lleguemos, no te separes de mí en ningún momento. ¿Me has entendido?

—No te preocupes por mí. —Antes de salir de casa, había guardado la pistola Queen Anne en el bolsito de mano. Hacía mucho tiempo que no disparaba, pero estaba segura de no haber olvidado cómo hacerlo.

—¡Pues claro que me preocupo! —la contradijo—. Si te ocurriera algo...

—No me ocurrirá nada, te lo prometo. Estaré junto a ti en todo momento. —Le colocó la mano en el abdomen. Notó en la palma el frescor de los botones del chaleco, así como el estremecimiento de su estómago. Resultaba de lo más íntimo estar con él así, dentro del carruaje oscuro, protegida por el abrigo y, sobre todo, por su brazo y su cuerpo.

—¿Ha dicho algo lord Allendale acerca de... esta salida?

—Se ha acostado pronto.

—Entonces, ¿no lo sabe?

—¿Te refieres a la posible existencia del tal padre Tuck? —St. Clare frunció el ceño—. No, no le he hablado de él. No me pareció importante.

—Espero que, tras esta noche, haya algo que merezca la pena contar.

Una media hora más tarde, el desvencijado carruaje llegó al sendero que conducía a la legendaria taberna de Market Barrow.

Maggie apartó la apolillada cortina para mirar por la ventanilla sucia del carruaje. Se sintió un tanto defraudada. El establecimiento no era como se lo había imaginado. No era la guarida sombría de ladrones que describían las novelas góticas, sino un edificio de piedra, pequeño y oscuro, situado a un lado de la carretera, en medio de un bosque de árboles y arbustos descuidados.

—Las Dagas Cruzadas. —Leyó en voz alta el nombre escrito en un cartel de madera cuando el carruaje se detuvo por fin—. ¡Qué siniestro!

—Desde luego, no tiene nada que ver con El Ciervo y el Sabueso —comentó St. Clare muy serio. Se incorporó para abrir la puerta, pero ella lo sujetó.

—¿Un beso de buena suerte?

Se quedó quieto.

—Estás disfrutando, ¿verdad?

—Sí —reconoció.

—Pues es muy peligroso, Maggie.

—Sí, igual que galopar campo a través con un caballo desbocado, o saltar una valla alta, o vadear un arroyo caudaloso. —Llevaba años sin galopar, pero recordaba muy bien la sensación de plenitud que le producía la velocidad.

Seguramente era la llamada de la estirpe Honeywell—. Llevo demasiados años entre algodones, encerrada en Beasley Park. La noche en la que te volví a encontrar fue la de mi renacimiento. Y ya no hay vuelta atrás.

Inclinó la cabeza hacia ella.

—No, no hay vuelta atrás. —La besó con fiereza.

Maggie se le aferró al gabán. El corazón le latió fuerte cuando las bocas se juntaron. Le bajó la capucha para taparle la cara antes de abrir la portezuela del carruaje.

—Siempre conmigo —insistió.

Maggie asintió y permitió que la tomara de la cintura para ayudarla a descender del carruaje, cosa que hizo con la misma facilidad con la que se recoge una pluma.

La dejó en el suelo y colocó la mano sobre el antebrazo de él.

—Vigila los alrededores —ordenó dirigiéndose a Enzo. De inmediato, el muchacho echó un vistazo completo a su alrededor e inclinó la cabeza.

—¿Estará a salvo aquí fuera? —preguntó Maggie.

—Seguro que sí.

Ambos echaron a andar por el sendero que conducía a la oscura entrada de la taberna. En los alrededores solo había un hombre, que se protegía del frío con un abrigo grasiento. Llevaba el sombrero calado, por lo que no se le veía la cara, y montaba un caballo alazán algo deprimente.

Maggie controló otro escalofrío. Apretó el bolso de mano contra el cuerpo, sentir el contacto del arma la reconfortó.

Por dentro, la taberna estaba casi tan oscura como por fuera, y más todavía cuando la gruesa puerta de madera, cuyos goznes necesitaban aceite en abundancia para dejar de chirriar, se cerró de un golpe tras su entrada.

Todos los hombres que estaban en el establecimiento alzaron la cabeza al oír el ruido. Y eran unos cuantos. Tres de pelo blanco en una esquina, sentados a una mesa con enormes jarras de cerveza. Dos algo más jóvenes cerca de la chimenea, fumando en pipa. Y otro grupo de varios hombres aún más jóvenes sentados en banquetas frente a la barra.

Las sombras que contrastaban con la luz de una linterna de aceite situada en el rincón más alejado conferían un toque siniestro a todos los rostros. Y el más siniestro de todos era sin duda el del tabernero, un tipo corpulento, calvo y con la nariz tan deformada que parecía que se la hubieran roto al menos media docena de veces.

Maggie lanzó una mirada preocupada a St. Clare, que no parecía estarlo; de

hecho, su expresión era tan fría e implacable como la que tenía en Londres. Mientras se acercaban al mostrador, ella se apretó con fuerza contra su brazo.

El tabernero los miró a ambos y al final fijó la vista en St. Clare y se dirigió a él.

—¿En qué puedo ayudarle, milord? —El sarcasmo del tono fue más que evidente.

—La dama que me acompaña tiene algunas preguntas que hacerle —informó St. Clare—. Intente hablar de la forma más civilizada posible, por favor.

Maggie sintió una inesperada oleada de agradecimiento. Había pensado que iba a ser St. Clare quien hiciese las preguntas; que prefería que ella permaneciera callada, como observadora silenciosa de la aventura, en lugar de formar parte activa. Pero él no la consideraba ni mucho menos así. Era su compañera, eso le había dicho. Siempre lo había sido. Su igual, su segundo yo. No alguien a quien había que silenciar, sino una persona que debía ser escuchada.

Si en ese momento hubiera podido echarle los brazos al cuello y besarlo sin provocar una escena de consecuencias imprevisibles, lo habría hecho encantada.

El tabernero la miró.

—¿Preguntas sobre qué?

Se mojó los labios y procuró centrarse en la tarea y aislarse del resto.

—¿Es usted el dueño?

—¿Quién quiere saberlo?

—Pues... yo, por supuesto. —¡Menuda pregunta!—. Busco a una persona.

Uno de los jóvenes que estaba acodado en la barra intervino con tono jocoso.

—¿Le valdría yo, señorita?

St. Clare le lanzó una mirada torva y el individuo no insistió.

Maggie no les hizo ningún caso.

—Busco a un hombre que frecuentaba esta taberna hace muchos años.

—¿Como cuántos? —indagó el tabernero.

—Unos treinta. Tal vez alguno menos. Antes de que naciera yo.

—Hace treinta años yo no era más que un niño —apuntó el hombre.

La esperanza de Maggie se vino abajo.

—¿Con quién podríamos hablar? —preguntó St. Clare—. Tendría que haber alguien que pudiese ayudarnos. —Dirigió la mirada a los tres hombres de la mesa de la esquina. Ninguno había dejado de mirar a Maggie y a St. Clare desde que entraron—. ¿Qué me dice de ellos?

—No, ellos no. Es con mi padre con quien tendrían que hablar. —El camarero escupió en el suelo—. Pero no se me ocurre ninguna razón para molestarlo a estas

horas de la noche.

—Recibirían una compensación si pueden ayudarnos, claro —insinuó Maggie.

El tabernero la miró con los ojos entrecerrados.

—Por aquí los secretos no son nada baratos, milady. Además, ninguno de nosotros estaría dispuesto a vender lo que no quiere contar.

—No es nada de eso —intervino St. Clare con voz aún más profunda y recia, que llegó a cada rincón de la taberna. No obstante, no se le movió ni un músculo de la cara—. Se trata de una cuestión familiar.

Sus palabras levantaron un coro de comentarios susurrados.

Maggie miró a St. Clare con el ceño fruncido. Pero no había tiempo para preguntarle cuál era su juego.

Dejó ver un soberano de oro.

—Habrá otro para usted después de que hayamos hablado con su padre.

El tabernero agarró la moneda y la mordió. Satisfecho, la guardó en el bolsillo del sucísimo chaleco. Salió de detrás del mostrador en dirección a una escalera estrecha y oscura.

—Está arriba, en su habitación.

St. Clare no se movió.

—Tráigalo. Hablaremos con él aquí.

—Imposible —se negó el barman—. Ya no baja.

Maggie notó que el brazo de St. Clare se tensaba y entendió de inmediato el porqué. Podría tratarse de una trampa, un modo de aislarlos para robarles todo el dinero que llevaran encima, no solo los soberanos ofrecidos.

—¿Y por qué no? —preguntó.

—Porque el viejo está ciego.

Capítulo 29

St. Clare se maldijo por haber accedido a llevar a Maggie a ese lugar dejado de la mano de Dios y más aún por permitir que acompañase al posadero y subiera las estrechas escaleras de madera. Todo lo que estaba pasando iba contra su instinto y su buen juicio.

Y, pese a todo ello, allí estaban. Él subía detrás de ella y los escalones crujían con cada uno de sus pasos. Ascendían hacia la más absoluta oscuridad, se adentraban en un ambiente denso que apestaba a cerveza amarga, sudor humano, orina rancia, carne pasada y cuerpos sucios.

El tabernero se detuvo delante de una puerta.

—Está aquí.

St. Clare se colocó al lado de Maggie. Se preparó para cualquier cosa que pudiera venir, pero, cuando la puerta se abrió, no había nadie esperándolos. Nadie excepto un hombre sentado en un sillón raído, un hombre que parecía de baja estatura y que volvió hacia la puerta los ojos blanquecinos. La luz de la luna llena atravesaba el cristal sucio de la ventana y le iluminaba la cara arrugada.

—¿Quién está ahí? —preguntó con voz cascada.

—Soy yo, padre —lo tranquilizó el tabernero—. Estos amigos quieren preguntarle sobre los viejos tiempos.

—¿Qué amigos?

—Una dama y el caballero que la acompaña. Han pagado un soberano de oro. Y pagarán otro cuando terminen de hablar con usted.

El viejo levantó el cuello.

—¡Dos soberanos!

—Este es mi padre, Ed Mullens —dijo el tabernero a modo de presentación—. Es el dueño de Las Dagas Cruzadas desde... 1780, ¿no, padre?

—Sí, más o menos. Pasen, pasen —dijo Mullens dirigiéndose a ellos—. No tengo muchas visitas.

Maggie y St. Clare entraron en la habitación, y el tabernero salió y cerró la puerta.

—Hay una vela por alguna parte—ofreció Mullens—. En las condiciones en las que estoy, tampoco es que la necesite mucho.

St. Clare la encontró, así como un yesquero, y se las arregló para encenderla.

Maggie se echó hacia atrás la capucha de la pelliza. Había una silla alta junto a la cama sin hacer. Se sentó en ella y fue directa al grano.

—Señor Mullens, ¿recuerda usted a un hombre al que llamaban padre Tuck o fraile Tuck? Puede que viniera por aquí hace unos treinta años.

—Claro que lo recuerdo —Mullens emitió una tos cascada y con flemas—. ¿Qué tiene que ver con usted, señorita?

—Somos nosotros quienes hacemos las preguntas —respondió St. Clare.

Otro acceso de tos.

—No me gustaría causarle problemas al viejo Tuck.

—No queremos causar ningún problema —aseguró Maggie—. Solo queremos saber algo más acerca de él.

—Era un hombre de la Iglesia. —Mullens se echó a reír y lo que consiguió fue toser con más virulencia.

St. Clare se acercó a la ventana para mirar la zona que rodeaba la taberna. Enzo seguía allí, vigilando. Era muy joven y nada corpulento, pero del todo capaz y fiable. E iba bien armado, como el propio St. Clare. No solo llevaba una pistola en cada mano, sino también un rifle bajo el asiento.

—A ver —solicitó Mullens medio atragantándose—, sírvanme una copa de vino.

En la mesita que estaba junto a la cama había una botella polvorienta y una copa. St. Clare le quitó el tapón y sirvió una cantidad generosa de vino. Agarró la copa y se lo puso en la mano al viejo Mullens. El anciano dio un buen trago.

St. Clare se acercó a la silla en la que se sentaba Maggie.

—Sí, un antiguo clérigo —retomó Maggie—. Creo que lo expulsaron de su orden.

—No colgó los hábitos. Regresó a ejercer como religioso, se lo digo yo. Dejó la bebida. —Mullens vació la copa—. Un individuo muy piadoso.

St. Clare se lo quedó mirando.

—¿A dónde regresó?

—A su parroquia. Estaba en Devonshire, creo, o por ahí. Eso no lo sé, ¿cómo iba a saberlo?

—¿Devonshire? —La expresión de Maggie se volvió esperanzada—. ¿Conoce usted el nombre de la iglesia?

—¿Cómo iba a saberlo? —repitió Mullens, que se quedó quieto durante un momento, como si estuviera intentando recordar. Le temblaban las cejas hirsutas —. Volvió una vez, ahora que me acuerdo. Y nos dio el latazo con la Biblia. Dijo que teníamos que arrepentirnos de nuestros pecados, como había hecho él. Y los chicos lo echaron a patadas. Desde entonces no lo he vuelto a ver. Igual se ha muerto.

Maggie siguió insistiendo.

—Era amigo de una de sus camareras, ¿verdad?

Mullens soltó un gruñido

—¿Y eso de dónde se lo saca?

—¿A que es cierto? —presionó—. Creo que era buen amigo de Jenny Seaton, ¿no es así?

Mullens soltó una risotada.

—¿De la Alegre Jenny? Hacía años que no oía ese nombre, por todos los diablos.

—¿Se acuerda de ella? Trabajaba aquí.

—Tengo muy buena memoria, señorita. Yo contraté a esa moza, vaya que sí. Tenía dieciséis años y venía directa de una granja, pero era bonita como una paloma torcaz. No sabía nada de cerveza ni de vino, ni tampoco de los hombres. —Esbozó una sonrisa desdentada—. Pero aprendió pronto, ya lo creo.

St. Clare apretó con la mano el respaldo de la silla de Maggie. Tuvo que hacer un esfuerzo para calmarse.

Maggie le dirigió una mirada interrogativa: «¿Estás bien?».

St. Clare respondió con una sonrisa forzada: «Sí, no te preocupes».

Había pasado una década desde la última vez que vio a Jenny Seaton. Él nunca había significado nada para ella y ella tampoco había significado mucho para él. No era el momento de erigirse en su protector póstumo.

—Era una chica juguetona —continuó Mullens—. Pero no era amiga de Tuck. Apenas hablaban, aunque una vez sí que tuvieron una buena pelea.

—¿Discutieron? —preguntó Maggie alzando las cejas.

—Más o menos. Ella entró y lo vio bebiendo. El tipo estaba bastante mal en ese momento, no era capaz de tenerse en pie. Hubo que echarle agua para que recuperara el sentido y pudiese volver a casa. «¿Qué hace aquí ese vicario?», quiso saber ella. «¿Es un vicario? —preguntamos nosotros—. ¿Ese idiota que hasta se ha meado en los pantalones, un vicario?». Nos partíamos de risa. Y después, ella se echó a llorar y se lanzó a pegarle puñetazos. Se volvió loca, tuvimos que quitársela de encima.

St. Clare estaba muy interesado.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—No lo tengo claro. —El ciego se encogió de hombros—. Hace muchos años.

—¿En ese momento Caballero Jim era novio de Jenny? —preguntó Maggie.

—¿Jenny novia de Caballero Jim? —Mullens rio con ganas—. ¿Eso le han dicho?

St. Clare se pudo rígido. Por un momento pareció contener la respiración.

—¿No lo eran?

—Póngame otro —exigió Mullens agitando la copa.

Esta vez lo sirvió Maggie. Se levantó de la silla y cruzó la habitación hasta la mesa, rellenó la copa y regresó enseguida.

—Nos dijeron que Jenny Seaton y Caballero Jim eran..., a ver..., que ella era su novia.

—Bueno, la verdad es que a él le gustaba la chica, sí. Pero Jim era un tipo raro. Muy misterioso. —Mullens dio un trago largo que terminó en un acceso de tos congestionada—. Nunca tuvo una novia de verdad. Como Dios manda, quiero decir.

St. Clare volvió a agarrarse con una mano a la silla de Maggie.

—Le puedo preguntar... —dudó por un momento—. Cuando Jenny se peleó con el padre Tuck..., ¿estaba embarazada?

—No que nosotros supiéramos. Después oí que podría haberlo estado, pero nunca lo supimos a ciencia cierta. Desapareció al cabo de poco tiempo, eso sí. Volvió a casa, o eso dijeron algunos, a la granja de la que había venido.

—¿Y dónde estaba Jim? —preguntó St. Clare.

—Se marchó unas semanas antes. Le organizamos una buena despedida. —Mullens soltó un suspiro agobiado—. Fueron los mejores días de mi vida, se lo digo yo. Abajo, con Jim y el resto de los amigos. Se dejaba caer por aquí todas las noches y siempre había fiesta. Se llevaba de calle a todas las muchachas, con el pelo tan rubio y esas maneras de caballero. Las mujeres venían desde muchas

millas de distancia para sentarse sobre sus rodillas.

A St. Clare no le extrañó lo más mínimo. ¿El hijo de un conde en una taberna de mala muerte?, ¿con apariencia noble y comportamiento aristocrático? Seguro que había sido atractivo, por supuesto. St. Clare lo sabía muy bien. Atractivo, temerario y peligroso.

Maggie se inclinó hacia delante en la silla.

—¿Caballero Jim conocía al padre Tuck?

Mullens se encogió de hombros.

—Puede que sí. El viejo Jim conocía a todo el mundo. Tenía amigos hasta en el infierno. Recuerdo un día que llegó a la taberna y...

El viejo continuó con sus historias. Recuerdos de un pasado distante y mucho más feliz para él, eso estaba claro.

Maggie lo dejó hablar, interrumpiéndolo de vez en cuando para preguntarle detalles sobre Jim, Jenny o el padre Tuck, pero la información que daba ya no era relevante. Solo más recuerdos inconexos.

St. Clare se acercó a la ventana a echar un vistazo fuera. Un hombre se estaba acercado a la puerta, dando tumbos como si estuviera borracho.

—¿Y está usted seguro de que la iglesia del padre Tuck estaba en Devonshire? —preguntó Maggie.

—Ya se lo he dicho —replicó Mullens algo molesto—. Tengo muy buena memoria.

St. Clare miró a Maggie. Tendrían que haberse ido hacía ya rato. Cuanto más dilataran la visita, más posibilidades había de que algo fuese mal. Iba a decírselo cuando un movimiento fuera captó su atención.

Estaba llegando un carruaje. Un carruaje elegante, con un tiro de cuatro caballos iguales y magníficos. El cochero iba acompañado por otro individuo que señaló a Enzo y al carruaje alquilado.

¡Por todos los demonios!

—Tenemos que irnos —dijo. Se acercó a Maggie y la levantó de la silla.

Ella obedeció de inmediato.

—¡Pero todavía tengo preguntas para el señor Mullens!

—No hay tiempo. —St. Clare casi la arrastró hacia la puerta tirándole del brazo —. Tenemos que marcharnos de aquí. ¿Hay otra salida? —le preguntó a Mullens.

—Por las cocinas —respondió.

St. Clare masculló un juramento. Tendrían que bajar por la escalera que daba al mostrador de la taberna. Abrió la puerta de la habitación y echó un vistazo al

vestíbulo. No había nadie. Todavía.

—Sal —le ordenó a Maggie—. Lo más deprisa que puedas.

Por fortuna, Maggie pareció captar la urgencia.

—Adiós, señor Mullens —se despidió mientras salía de la habitación—. Le agradezco mucho la información.

—¡Esperen! —llamó Mullens mientras salían—. ¡No me han dicho su nombre!

St. Clare salió y cerró la puerta sin hacer caso de los gritos del viejo. El vestíbulo volvió a quedarse en la penumbra. Solo se veía al final una luz mínima, la que venía de la planta baja y alumbraba las escaleras.

—¿Qué pasa? —preguntó Maggie al tiempo que se ponía a su lado—. ¿Algún problema?

—De la peor especie —confirmó St. Clare—. Alguien nos ha seguido hasta aquí.

—¿Cómo? —Se habría quedado parada si no la hubiese arrastrado del brazo hasta el rellano.

—Ponte la capucha. Iremos hacia las cocinas y saldremos por allí. A ver si logramos llegar al carruaje sin que te vea nadie. —Se dio cuenta de lo absurdo del plan casi al mismo tiempo que lo expresaba. Habían visto tanto a Enzo como el carruaje alquilado. Podía ser que hasta los hubieran reconocido.

Maggie se puso la capucha y lo tomó de la mano, agarrándola con fuerza mientras bajaban las escaleras.

—¿Quién es? —preguntó—. ¿Tu primo?

No fue necesario que contestara. Cuando estaban en mitad de la escalera, oyeron una voz muy familiar para ambos.

—¡Sé que está aquí, en alguna parte! —bramó Fred—. ¡No me obliguen a llamar al alguacil!

St. Clare se puso muy tenso. ¡El muy estúpido! ¿Amenazar a los parroquianos de una taberna con llamar a la autoridad? ¡Como si cada hombre que había allí no fuera armado hasta los dientes ni estuviese dispuesto a lo que fuera!

—¡Oh, no! —gruñó Maggie—. ¿Qué está haciendo él aquí?

La respuesta a esa pregunta llegó de inmediato.

—No queremos que haya ningún problema. —La voz lánguida de Lionel Beresford les llegó desde la oscuridad—. Solo queremos encontrar a la dama y al caballero que la ha raptado.

—¡Raptado! —repitió Maggie asombrada. Parecía más encolerizada que preocupada por que los descubrieran.

St. Clare supuso que no se daba cuenta de cómo podía interpretarse lo que estaba pasando. Ellos dos solos en una taberna en mitad de la noche y apareciendo tras pasar un rato largo en uno de los dormitorios del piso de arriba.

Bajaron unos cuantos escalones más, despacio, con cuidado, hasta que solo les faltaban dos para llegar al suelo de la planta baja.

—No me gusta que la gente bien entre en mi taberna amenazando sin motivo —advirtió el tabernero—. Ni enseñando pistolas.

¿Pistolas?

—¡Maldito estúpido! —susurró St. Clare—. Va a conseguir que lo maten.

—¿Dónde están? —volvió a preguntar Fred a voz en grito.

—No sea tan rápido con el arma, amigo mío —recomendó Lionel con voz tranquila—. Creo que sé dónde ha llevado mi primo a su prisionera. —Se dirigió al tabernero—. Arriba hay habitaciones, ¿no es verdad, patrón? En las que un hombre y una dama pueden estar a solas, ¿no es así?

—¿Has oído eso, Bill? ¿Dice una dama? ¿En Las Dagas Cruzadas?

El tal Bill tenía la voz cascada y parecía mayor:

—Yo nunca veo damas por aquí.

St. Clare le apretó la mano a Maggie. No había manera de deslizarse hasta las cocinas sin que los vieran. La única posibilidad era que Fred y Lionel perdieran el interés y se alejasen de la barra.

Pero era una esperanza vana y tuvo que descartarla de inmediato.

—Voy a mandar a mi criado al piso de arriba para que eche un vistazo —anunció Lionel.

St. Clare se puso tenso. Solo había dos posibilidades: o esperar a que los descubrieran o presentarse de forma voluntaria. Intercambió una mirada rápida con Maggie y sin necesidad de palabras supo lo que ella prefería.

—No hace falta —dijo, bajando junto a ella los dos últimos escalones.

Fred estaba de pie junto al alto mostrador con una pistola en la mano derecha, el brazo le colgaba a lo largo del cuerpo. Lionel estaba a su lado, con un abrigo muy a la moda y aún con el sombrero puesto. Su criado, un individuo de expresión taimada y edad indefinida, se hallaba de pie junto a él.

Al ver a St. Clare y Maggie, la cara rubicunda de Fred resplandeció de pura rabia. Avanzó hacia ellos con la pistola a medio levantar, tal vez en previsión de que alguno de los parroquianos se interpusiera en su camino.

—No me lo quería creer —se lamentó, mirando a Maggie con gesto de disgusto —. Tú saliendo de la casa en mitad de la noche como una cualquiera ligera de

cascos. Y para una cita en una taberna de mal tono, nada menos. —Señaló a St. Clare con la pistola—. Usted responderá de esto.

—Por supuesto que lo haré —replicó St. Clare—. Aunque, para empezar, me pregunto por qué han venido hasta aquí a buscarnos.

—Ah —intervino Lionel—. Creo que eso es cosa mía.

Maggie soltó la mano de St. Clare.

—Su criado me sigue a todas partes por orden suya, ¿verdad? ¿Cómo se atreve a hacer eso? ¡Además, siendo un invitado en mi propia casa!

—Sí, la ha seguido, debo confesarlo, y después ha vuelto para informarme. Pensé que lo lógico era informar a mi vez de la situación al señor Burton-Smythe. —Lionel le dedicó una sonrisita a St. Clare—. Mis disculpas, primo, si he interrumpido tu diversión...

—Mi diversión está a punto de empezar —replicó St. Clare.

Introdujo la mano en el bolsillo interior del abrigo y extrajo despacio su propia y amenazante pistola de chispa y doble cañón. Lionel dio un paso atrás. Los hombres mayores de la mesa que estaba en la esquina rieron con ganas.

—¿Qué pasa ahora con su alguacil, jefe?

A Fred le tembló la mano, pero no titubeó.

—Ven conmigo, Margaret. De inmediato. Voy a llevarte a casa.

—Vamos Fred, baja esa arma —contestó ella con tono exasperado—. Manejas la pistola mucho peor que él, lo sabes muy bien.

Las risas arreciaron entre los parroquianos.

—¡Dígaselo, señorita! —la animó uno de ellos—. Porque, si no, nuestro chico le dará su merecido.

—¡Ya lo creo! —gritó otro—. Trate a nuestro chico con respeto, jefe.

¡«Nuestro chico»!

St. Clare apenas registró lo que estaba oyendo. Lo mismo le había pasado cuando observó de soslayo las miradas y comentarios de los viejos al entrar en la taberna. Supo en ese momento lo que significaban, pero no tenía tiempo para pensar en ellos. Lo que tenía delante era un viejo rival al que enfrentarse.

Los dos se miraron de frente junto al mostrador.

—Ven aquí —ordenó Fred mirando a Maggie—. ¡Ahora mismo!

—No va a ir contigo a ninguna parte —dijo St. Clare—. Ni esta noche ni nunca. Me pertenece a mí.

—¡A ti! —Fred lo miró con una expresión que se parecía mucho al odio, el mismo odio con el que lo había mirado en otra ocasión, hacía ya mucho tiempo

—. ¿Quién demonios te crees que eres?

Uno de los viejos canosos se levantó de la silla en la mesa de la esquina.

—¿De verdad no sabe con quién está hablando, muchacho? ¡Es Caballero Jim, por supuesto!

Otro de los hombre rio con ganas.

—No es Jim, estúpido. Es demasiado joven.

—Pues es igualito que él —replicó el otro—. ¡Como dos malditas gotas de agua! Tiene que ser su hijo.

Fred miró a St. Clare con cara de asombro. En ese momento cayó en la cuenta de todo. Abría y cerraba la boca con expresión estúpida, y el pecho le subía y le bajaba. Negó con la cabeza, como si no quisiera reconocer lo que tenía delante de los ojos.

—Soy su hijo —confirmó St. Clare. Dibujó una sonrisa glacial. Pero en ese momento, su frialdad era solo aparente. De hecho, le hervía la sangre las venas.

Tenía delante de nuevo al hombre que lo había obligado a alejarse de Beasley Park. Al hombre que lo había golpeado cuando estaba indefenso y lo había forzado a separarse del amor de su vida. Al hombre que lo habría hecho colgar por un crimen que no había cometido.

Y ahí estaba por fin St. Clare, mirándolo de frente, no como un vizconde frío y calculador, sino como él mismo, como el hombre que en realidad era, ese muchacho de carácter fuerte que había huido de Somerset diez años atrás.

—¿No me reconoces, Fred? —preguntó.

—Nicholas Seaton… —dijo Fred con tono de incredulidad—. No es posible…

—Pues claro que es posible, te lo aseguro —rebatió St. Clare. Y amartilló la pistola.



Capítulo 30

A Maggie se le subió el corazón a la garganta. Hasta hacía solo unos minutos, St. Clare había controlado por completo la situación y ella había estado muy tranquila adaptándose a su forma de actuar. Pero al bajar los dos últimos peldaños de la escalera todo se había complicado: él había dejado fluir las emociones antes controladas y ahora se encontraban en una situación muy delicada.

Era como si estuviera al borde de un precipicio. Fred y St. Clare se apuntaban con sus respectivas pistolas, y el resto de los hombres que estaban en la taberna se habían puesto de pie, como si fueran a intervenir de un momento a otro. Bastantes de ellos habían sacado sus propias armas. Incluso el tabernero había extraído un garrote enorme de debajo del mostrador, previendo una pelea generalizada.

—¡El hijo de Jim! —exclamó uno de los viejos de la mesa—. Lo supe nada más verlo entrar, os lo juro. ¿A que te lo había dicho, Bill?

—Mencionó que era un asunto de familia, ¿recuerdas? —comentó otro.

Sin hacer caso de los comentarios y el rumor de las conversaciones que se habían generado, Maggie puso la mano sobre el brazo de St. Clare, con mucha suavidad, para no asustarlo. Él tenía los ojos fijos en Fred.

—Así no se resolverá nada.

—Seguramente no —concedió St. Clare sin mirarla—. Pero seguro que me voy a sentir mejor cuando haga lo que quiero hacer.

Fred también había amartillado su pistola, que le temblaba un poco en la mano, lo cual no resultaba muy alentador. De hecho, Maggie temía más la posibilidad de que Fred le diese por accidente a St. Clare que el hecho de que este disparara

adrede a Fred.

—¡Baja la pistola, Fred —le ordenó Maggie—, antes de que hieras a alguien!

—Lo que quiero es eso, herir a alguien —replicó Fred—. ¡A él!

El señor Beresford se escondió detrás de su criado y apoyó la espalda en el mostrador.

—Explícame una cosa, primo: ¿quién es ese tal Nicholas Seaton?

—Yo soy Nicholas Seaton —contestó St. Clare sin mover un músculo.

Maggie hizo una mueca. ¡Por Dios bendito! Todo era culpa suya. Sabía muy bien que St. Clare quería dejar atrás esa antigua identidad y la historia que la acompañaba, pero ahora, por culpa de ella, se veía forzado a enfrentarse a la misma de forma abierta, notoria y pública.

—El hijo bastardo de una prostituta de taberna y un salteador de caminos —apostilló Fred—. Nació en Beasley Park, ¿verdad Margaret? Se rebozaba en el estiércol de los establos del terrateniente Honeywell.

—Cierra la boca, Fred.

—Y también era un ladrón —continuó este—. Un ladronzuelo sucio y mugriento al que iban a colgar por sus fechorías. Es lo que habría pasado si no le hubiera ayudado... alguien. —Le echó una mirada llena de rencor a Maggie—. ¿Por entonces ya le permitías entrar en tu cama?

Tras esa frase, los acontecimientos se desataron a toda prisa.

De forma sorprendente, St. Clare le entregó a Maggie su pistola y, en tres zancadas rápidas, se plantó delante de Fred, le dio un golpe en el brazo que le hizo soltar su arma y, tomando impulso, le asestó un puñetazo potente en plena cara.

El estallido de gritos de aprobación por parte de los parroquianos de la taberna fue ensordecedor, y una gran mayoría de ellos se acercó para ver de cerca el resultado del puñetazo que había dado St. Clare.

La fuerza del golpe hizo que Fred se tambaleara hacia atrás, solo la presencia de una mesa cercana hizo que se detuviera. Se recuperó casi enseguida. Sacudió la cabeza como si estuviera mareado y de inmediato cargó hacia St. Clare como lo haría un toro. Lo atacó con golpes en el estómago y estuvo a punto de hacerlo caer.

Pero St. Clare ya no era un muchacho sin experiencia. Había dejado de ser un sirviente larguirucho al que Fred podía golpear sin miedo a una respuesta. Le devolvió los golpes a Fred de forma poderosa y contundente, tanto en la cara como en los flancos, obligando así a su oponente a retroceder y dudar.

Con la pistola de St. Clare en la mano, Maggie buscó por el suelo la que se le

había caído a Fred. Pero el odioso criado de Lionel Beresford fue más rápido. Le dio una patada a la pistola antes de que pudiera recogerla y después se apoderó de ella y se la entregó con gesto triunfal a su amo, que estaba acurrucado detrás del mostrador.

St. Clare y Fred seguía peleándose entra las mesas de la taberna, el desarrollo de la lucha los llevaba hacia la puerta. Las mesas se tambaleaban y saltaban, caían al suelo los vasos y las jarras, y algunas sillas se rompían en pedazos.

St. Clare nunca había llevado tan despeinado el cabello rubio ni tan rota la casaca, y tenía el pañuelo hecho jirones. De la ceja izquierda y del labio inferior manaban hilos de sangre.

Fred estaba aún peor. Había perdido el sombrero y la casaca, al chaleco le faltaban todos los botones menos uno y tenía el pelo cobrizo completamente levantado, como si acabara de salir del agua. Tenía el ojo izquierdo semicerrado y sangraba en abundancia por la nariz.

Pero nada de eso lo detenía. Agarró a St. Clare de las solapas, le dio la vuelta y le propinó un puñetazo en la mandíbula.

Maggie se tapó la boca para contener un grito.

Pero St. Clare no pareció afectado. Al menos no demasiado. Se recuperó de inmediato y golpeó a Fred una, dos, hasta tres veces. El último puñetazo en el pecho hizo que su oponente se tambaleara y saliera por las puertas de la taberna.

Los parroquianos se volvían locos contemplando la pelea.

—¡Por los cuernos del diablo! —exclamó uno de ellos—. ¿Habéis visto eso?

—¡Digno hijo de Jim, está claro! —gritó otro.

Pero la pelea no había terminado.

St. Clare siguió a Fred fuera y ambos volvieron a retarse.

Maggie fue corriendo detrás de ellos, seguida del resto de los espectadores.

—¡Ya está bien! —gritó—. ¡Parad de una vez!

St. Clare y Fred se movían uno alrededor del otro, ambos jadeando, haciendo oídos sordos a los gritos de Maggie. En un momento dado, Fred volvió a lanzarse sobre St. Clare, pero fue un ataque vacilante y sin fuerza, con golpes flojos e imprecisos. La defensa de St. Clare consistió en mantener a distancia a su enemigo, pues también él parecía agotado.

—¡Por favor, parad!

A Maggie le habría gustado tener a mano un par de cubos de agua para lanzárselos a los contendientes. Buscó con la vista a su alrededor y reparó en el carruaje que habían alquilado. Estaba en el sitio en el que lo habían dejado, solo

que... no había nadie en el pescante. Peor aún, los caballos estaban sueltos.

Maggie se alarmó mucho. Salió corriendo hacia el carruaje y comprobó que habían cortado las cuerdas que unían los caballos al vehículo. La invadió el pánico.

—¿Enzo? —llamó—. ¡Enzo!, ¿dónde estás?

—¡Aquí! —El criado respondió con voz débil.

Casi no lo oyó debido a los gritos de quienes comentaban la pelea. El sonido casi inaudible procedía del otro carruaje que estaba en las cercanías de la posada..., el carruaje de Fred.

El señor Beresford, su sirviente y el cochero estaban de pie junto a él, alejados de la pelea y preparados para huir cuando lo consideraran necesario. El criado empuñaba la pistola de Fred.

Maggie miró al trío con cara de pocos amigos y se dirigió a Beresford.

—¿Me podría decir si es mi sirviente quien me está hablando desde dentro de su carruaje?

El señor Beresford sonrió.

—Solo obedecemos órdenes, señorita Honeywell.

—¿Órdenes? ¿De quién?

—Del señor Burton-Smythe, por supuesto.

—Él no tiene autoridad sobre mi lacayo —dijo—. Liberen al chico de inmediato.

—No puedo hacer eso —El señor Beresford negó con la cabeza.

—Así que no puede, claro... —Maggie estaba empezando a sulfurarse.

—Si no nos lo ordena el señor Burton-Smythe, no puedo hacerlo. Y, como puede ver, en estos momentos está... ocupado con mi primo.

Maggie echó a andar hacia el carruaje, pero el criado le cerró el paso.

—¡Apártese de mi camino!

—Este chico va a ser entregado al alguacil, señorita —anunció el señor Beresford.

—¡Estupideces! No ha cometido ningún delito. Seré yo quien les entregue a ustedes al alguacil si no lo liberan ahora mismo.

Beresford rio entre dientes.

—¿Por qué cargo?

—Secuestro. Y también informaré de los daños causados a mi carruaje. ¿Por qué han cortado las cuerdas? ¡Si vuelve a decirme que lo ha hecho obedeciendo órdenes del señor Burton-Smythe, no respondo de mis actos! Y ahora, apártese de

mi camino —repitió. Pero esta vez alzó la pistola de St. Clare.

Pero el resultado de su acción no fue el que esperaba. Los dos criados se rieron y hasta Lionel Beresford esbozó una sonrisa de diversión. Como si fuera una damisela estúpida que no distinguía el cañón de la empuñadura del arma.

—Tenga cuidado con eso, señorita —se mofó el criado—, no vaya a hacerse daño.

Maggie levantó la pistola y le apuntó.

—Déjenle salir o le arrancaré esa pistola que empuña de un solo disparo.

—Tenga cuidado, señorita —repitió el señor Beresford, que avanzaba hacia ella como si fuera a arrebatarle el arma—. Si resulta herida, ¿qué vamos a decirle al señor...?

Maggie apretó el gatillo.

* * *

El sonido de un disparo explotó en la noche como un trueno y acalló la voz de todos y cada uno de los congregados fuera de la taberna.

St. Clare recuperó el juicio. Dejó de estar pendiente de Fred y buscó a Maggie entre la aglomeración de gente. Estaba allí hacía solo un minuto, rogándole que dejara de pelear. Pero se había evaporado.

¿Dónde estaba ahora?

Empujó a un lado a Fred y se abrió camino entre los mirones. Alguien gritaba y el sonido le heló la sangre. Pero, gracias a Dios, no se trataba el grito de una mujer. Quien se quejaba era un hombre. El criado de Lionel, para ser exactos. Estaba doblado sobre sí mismo junto a la puerta del elegante carruaje de Fred, sujetándose una de las manos. A sus pies había una pistola y el cochero intentó agarrarla, pero Maggie la alejó de una patada antes de que pudiera hacerlo.

Estaba sola frente a ellos y empuñaba su propia arma.

—¡Mi mano! —gritaba el criado—. ¡Me ha volado la mano de un tiro!

—¡Menuda estupidez! —se burló Maggie—. Tengo muy buena puntería y le he dado a la pistola, no a la mano.

St. Clare se colocó a su lado de inmediato, todavía respirando de forma agitada debido a la pelea con Fred.

—¿Estás bien?

Maggie alzó la cabeza para mirarlo. Juntó las cejas mientras le recorría la cara

con los ojos y frunció los labios.

—¿Estás bien tú?

St. Clare se pasó la mano por el pelo, dándose cuenta de que debía de estar horrible. Tenía sangre en el chaleco y la camisa, cortes en la cara y en los puños, y la ropa hecha jirones. Pero la mayor parte de la sangre no era suya.

—Pese a las apariencias, estoy bien.

—Estupendo.

St. Clare empujó sin contemplaciones al quejumbroso criado y abrió la puerta del carruaje. Enzo, que estaba maniatado dentro, lo miró con inmenso alivio.

—¿Pero qué demonios ha pasado aquí? —inquirió St. Clare al tiempo que lo desataba.

—Lo han secuestrado —explicó Maggie—. Y cortaron los arreos de nuestro carruaje.

St. Clare ayudó a Enzo a salir de la cabina.

—¿Cómo es que han podido contigo? —le preguntó en voz baja—. Estabas armado hasta los dientes.

Enzo le contestó en italiano, acompañando la voz con gestos de disculpa.

St. Clare se encaró con su primo.

—¿Qué esperabas conseguir con esta pantomima tan penosa?

—No es ninguna pantomima —intervino Fred, que se acercó a ellos. Se tapaba la nariz con un pañuelo ya bastante ensangrentado. Tenía furia en la mirada, pero su actitud ya no era agresiva. Había recibido una paliza demasiado grande como para seguir peleando—. Os voy a llevar al alguacil a tu criado y a ti por secuestrar a la señorita Honeywell. Y ese apellido noble que tienes no va a servirte de nada.

Los ojos de Lionel brillaron en la noche.

—Aunque tu apellido no es noble, ¿verdad? Estás mucho más lejos de ser un Beresford de lo que madre y yo sospechábamos. De hecho, no eres un Beresford ni por asomo.

—¡Por supuesto que lo es! —exclamó Maggie de inmediato, y volvió la vista hacia Fred—. Y no se puede hablar de secuestro cuando yo he venido con él por mi voluntad. De hecho, tú lo has dicho delante de todos los que estábamos en la taberna, acusándome de ser una...

—¡No te metas en esto, Margaret! —ordenó Fred.

Los gritos del criado se habían convertido en sollozos.

—¡Mi mano!

—¡Ya está bien! —siseó Lionel—. El disparo solo te ha chamuscado la piel.

Fred se acercó e intentó agarrar a Maggie del brazo.

—Te voy a llevar de vuelta a Beasley Park.

St. Clare se interpuso entre ellos.

—¡Ni se te ocurra!

—No tiene otra alternativa —dijo Fred dirigiéndole una maliciosa mirada de triunfo—. El carruaje en el que habéis venido no puede utilizarse. La única forma que tiene de regresar a casa es viniendo conmigo.

Maggie se puso al lado de St. Clare.

—Si es así, prefiero volver andando, gracias.

St. Clare echó un vistazo a los caballos que había alquilado. Los dos bayos no eran nada bonitos, pero sí grandes y fuertes.

—Tranquila, no hará falta que caminemos. Enzo, prepara esos caballos.

Enzo entró en acción. Los liberó a toda prisa de sus arneses y los dejó solo con las bridas. En un momento recogió las largas riendas del carruaje y se las colocó y ajustó a los bayos, que quedaron listos para ser montados.

Fred y Lionel podrían haber intentado detener al hábil y trabajador lacayo, pero la multitud de clientes de la taberna se habían reunido a su alrededor y viejos y jóvenes hacían comentarios de apoyo a St. Clare.

El posadero se colocó frente al grupo, siempre con el garrote en la mano.

—Será mejor que entremos o nos esfumemos, no vaya a ser que venga el alguacil y aplique la Ley de Motines y Disturbios.

—Tranquilos, eso no va a ocurrir. —afirmó St. Clare.

Miró a los ojos a Maggie, haciéndole una pregunta sin palabras.

La joven tardó unos segundos en hablar.

—Supongo que tendré que ir a la grupa.

—No digas tonterías, amor mío. —La tomó en brazos y la colocó de lado en la parte delantera del bayo más grande. Después agarró las riendas que le tendió Enzo y montó detrás de ella. La agarró de la cintura para sujetarla con firmeza—. Así iremos mucho mejor.

Maggie se arrellanó con la espalda contra su pecho, todavía con la pistola en la mano.

—¡No te atrevas a irte con él! —bramó Fred—. ¿Me oyes, Margaret? ¡Perderás tu buena reputación!

Enzo recogió la escopeta de debajo del asiento del carruaje alquilado antes de subir al otro caballo. Desde ahí apuntó con el arma a Lionel y a Fred.

—¿Dónde está mi pistola? —preguntó Fred a Lionel.

—La señorita Honeywell se la arrancó de la mano a mi criado con un disparo. Una demostración de puntería fascinante, hay que reconocerlo.

—Después le dio una patada. Está debajo del carruaje —explicó muy servicial el cochero—. ¿Quiere que la recoja?

—¡Pues claro que sí, maldita sea! —ladró Fred. Se volvió de nuevo hacia Maggie —. ¡Margaret! ¡Todo esto va a tener consecuencias! ¡Si te vas con él esta noche, perderás todo lo que amas!

—Todo no —respondió Maggie.

St. Clare sintió una repentina necesidad de sonreír. Hizo que el caballo diese la vuelta y, al ver al posadero, le hizo un guiño y le lanzó el segundo soberano que le había prometido.

El hombre lo cazó al vuelo.

—Vaya con Dios, milord.

—Adiós, Mullens. Dígale a su estimado padre que el hijo de Caballero Jim le da las gracias y se despide de él. Arriba no tuve tiempo de hacerlo yo mismo.

Dicho esto, St. Clare arreó la montura y, con Maggie bien sujeta a él, se adentró en la noche a galope tendido.

Capítulo 31

Apenas habían recorrido un par de kilómetros cuando Maggie le pidió a St. Clare que se detuviera.

—No puedo seguir montando de lado a pelo. Me resulta imposible, voy a terminar cayéndome —explicó.

St. Clare condujo el caballo fuera de la oscura carretera, hasta un grupo de árboles cercanos. Los insectos zumbaban y, a cierta distancia, ululó un búho. No percibieron ninguna señal de que el carruaje de Fred se acercara. De hecho, no había nadie alrededor, solo la oscuridad de la noche y la blancura de la luna sobre ellos, iluminando la escena con su brillo plateado.

Enzo se situó al lado, pero de espaldas a ellos, para cubrirlos ante cualquier eventualidad. Mientras, Maggie se subió las faldas hasta los muslos y pasó la pierna derecha por encima del cuello del animal.

—No sé si vas a estar más cómoda montando a horcajadas —dudó St. Clare, que no pudo apartar los ojos de las piernas de la joven, libres de faldas y cubiertas por las medias. Eran delgadas y muy bien torneadas, y terminaban en unos tobillos gráciles.

—Más o menos igual de cómoda que tú montando sin silla. —Estiró las faldas y la pelliza para taparse lo más posible las piernas—. Sí, así estoy mejor. Ahora no hará falta que me sujetes con tanta fuerza.

Volvió a rodearle la cintura con el brazo.

—Me gusta sujetarte con fuerza.

—¿Otros ocho o diez kilómetros?

—Y muchos más. En realidad, me gustaría hacerlo siempre. —Le rozó el cabello

sedoso con la cara—. Tengo que confesarte que ese era el plan.

Maggie le cubrió el brazo con el suyo. Tenía la cabeza justo debajo de la barbilla de St. Clare, la femenina curva de la espalda apoyada contra él. Ambos cuerpos se adaptaban tan bien el uno al otro que hasta le resultaba agónico.

—Esta noche me has asustado —confesó Maggie.

—¿De verdad?

—Sí. Un poco.

Le acarició la mejilla con la nariz.

—Pues a mí me dio la impresión de que te metías de lleno en la esencia de las cosas.

—Me asusté al ver que no dejabas de golpear a Fred. Estabas desatado, como si quisieras matarlo con tus propias manos. —Lo miró con el ceño fruncido—. Y ni te preocupaste de proteger tu propia herida. Pensé que el dolor te haría parar en algún momento, pero parecía que ni te dabas cuenta.

—Más o menos igual que Fred con su herida del hombro. Es lo que suele ocurrir cuando a un hombre se le enciende la sangre. —St. Clare había sentido el dolor, por supuesto. Los puntos le habían tirado y la herida le quemaba como si le aplicaran un hierro candente. Pero esa había sido la menor de sus preocupaciones.

Por lo que a Fred se refería, le pareció que gruñía y se quejaba con más intensidad cada vez que St. Clare le golpeaba en el hombro; sin embargo, también se dio cuenta de que manejaba el brazo sin problemas. Fue capaz de lanzar puñetazos con él y también de encajarlos. St. Clare podría estar contento si al día siguiente era capaz de moverse. En esos momentos sentía dolor en más de cien sitios distintos.

—¿Sigues odiándolo igual que antes? —indagó Maggie.

—No —respondió de entrada, pero enseguida rectificó, muy a su pesar—. Bueno, la verdad es que sí. En ese momento lo odié. Volví a revivir todo lo que había pasado y la enorme injusticia que se había cometido. Todo el daño que me había hecho y el que te está haciendo a ti. Perdí la cabeza, lo reconozco.

Eso era quedarse muy corto.

Cuando Fred insultó a Maggie en la taberna, algo estalló dentro de St. Clare. Lo invadió un deseo poderoso e irrefrenable de arrancarle a Fred la piel a tiras. De hacerlo sufrir igual que lo había hecho sufrir a él. Y a Maggie.

—Sí, perdiste la cabeza. —Volvió la cara para mirarlo a los ojos—. Fue muy emocionante.

St. Clare sonrió.

—¿No habías dicho que estabas asustada?

—¡Claro que lo estaba! Asustada, pero también emocionada. Creo que ha sido la noche más emocionante de mi vida.

St. Clare no pudo evitar reírse.

—¡Estás como una cabra! ¿Qué voy a hacer contigo?

Pero sabía muy bien lo que iba a hacer.

Localizó sus labios gracias a la luz de la luna y la besó con suavidad y delectación. Ella le ofreció la boca, dulce y ávida. El corazón empezó a latirle con fuerza.

—Soy una Honeywell —le recordó Maggie. Las palabras apenas se entendieron, pues no dejó de besarlo con labios encendidos y entreabiertos que hicieron que la sangre le saltara en las venas como el agua de un torrente de montaña—. Disfrutamos con un poco de peligro, no podemos evitarlo.

—Fue más que un poco, amor mío. —La besó de nuevo, esta vez con mucha brevedad, y después condujo al caballo hasta la carretera—. En cualquier momento, algún tipo de la taberna podría haberse entrometido en la pelea, y eso ya hubieran sido palabras mayores. Por no hablar de que hubieses matado de un tiro al criado de Lionel.

—Había pocas posibilidades de que pasara eso —Maggie negó con la cabeza—. Para empezar, soy una tiradora excelente.

—Te doy la razón, lo eres —reconoció.

—Y, para seguir, los hombres de la taberna te reconocieron nada más entrar por la puerta. Al principio no pensé en ellos, pero el parecido con tu padre debe de ser asombroso.

—Insólito, por lo que parece.

—Eso es. Y Caballero Jim es para toda esa gente un héroe casi mítico. No es de extrañar que estuvieran de tu parte en la pelea. Y más siendo tus adversarios personas como Fred y tu primo, que entraron amenazando con llamar al alguacil, nada menos.

—Fred es un idiota. Siempre lo ha sido. Pero eso no impide que sea una amenaza. —El gesto de St. Clare se ensombreció—. Te va a poner las cosas muy difíciles, Maggie.

—Sí. Lo va a intentar.

—Tenemos que casarnos lo antes posible. Tan pronto como consiga una licencia especial. —Quería sacarla cuanto antes de ese lugar. Alejarla de Fred y de los intrigantes Beresford. Llevarla a donde pudiera protegerla. A su cama, para

empezar.

—Por supuesto que tenemos que casarnos. Pero, mientras tanto, no voy a permitir que me eche de mi casa ni un solo minuto antes de lo que indique el testamento de mi padre. Beasley Park seguirá siendo mía durante un tiempo. Y lo primero que voy a hacer cuando regrese es expulsar de allí a tu primo y a su madre. Quiero que se vayan al amanecer.

—Por supuesto. Pero ahora no vamos a ir a Beasley Park.

Se volvió e intentó mirarlo a los ojos, pese a que había puesto al caballo a medio galope.

—¡Ah!, ¿no?

Negó con la cabeza.

—Vamos a El Ciervo y el Sabueso.

* * *

Maggie estaba de pie frente al hogar, calentándose las manos en el fuego recién azuzado. El Ciervo y el Sabueso no tenía nada que ver con Las Dagas Cruzadas. Era una posada de lo más respetable, gestionada por personas que también lo eran y que mostraban una deferencia servil al conde y a su nieto.

De hecho, cuando Maggie y St. Clare llegaron, los propietarios, marido y mujer, no mostraron ni un mal gesto por el hecho de que los despertaran sin miramientos y los sacaran de la cama varias horas antes del amanecer. Tampoco se asombraron al ver la cara llena de moratones y sangre seca de St. Clare, ni la ropa hecha jirones y con manchas rojas, y permitieron que Maggie y él se acomodaran en un salón privado.

Tras dejar a Maggie a salvo allí, St. Clare se retiró casi de inmediato para ir a hablar con su abuelo. Al cabo de diez minutos regresó lavado, acicalado y vestido con ropa limpia e impoluta.

Maggie no pudo evitar que se le acelerara el pulso, como ocurría siempre que volvía a verlo.

Pero esta vez no venía solo. Lord Allendale entró en el salón justo detrás de él.

—Señorita Honeywell.

—Milord. —Hizo una reverencia breve.

El fuego de la chimenea y varias velas y candelabros iluminaban la habitación. Las llamas se movían y dibujaban formas en el rostro del anciano, haciendo que la

expresión adusta habitual en él adquiriera tintes casi siniestros.

—En menudo lío nos han metido los dos —dijo a modo de saludo. En la habitación había una mesa de madera con cuatro sillas alrededor. Allendale agarró una y se sentó frente a la chimenea—. ¿Una declaración pública de la antigua identidad de mi nieto? ¿Y nada menos que en una taberna de mala muerte?

St. Clare sacó otra de las sillas para que se sentara Maggie. Al ir a sentarse, se rozaron las manos durante un instante y ese breve toque desató en ella un espasmo de calidez que le llegó al estómago, una sensación tan intensa que hasta le temblaron las rodillas. No se atrevió a mirarlo por miedo a ruborizarse.

—No había nadie importante alrededor —explicó—. Con la excepción de Burton-Smythe y el señor Beresford, claro está.

—Puede que Burton-Smythe decida no mencionarlo para mantener a salvo la reputación de usted. ¿Pero Beresford? Ese hipócrita impertinente y su madre ya le habrán ido con el cuento a los periódicos de cotilleos, y el asunto aparecerá en las ediciones de la mañana.

St. Clare se sentó junto a ella en otra silla.

—Ya es por la mañana.

Allendale frunció aún más el ceño.

—Creo que has perdido el juicio, muchacho. Participar en una pelea como esa, vista y jaleada por una multitud, y con una dama de por medio. ¿Ese es el comportamiento que provoca en mi nieto, milady? ¿Y tú? Mírate la cara, llena de cortes y moratones, con un labio partido y un ojo morado como un criminal de baja estofa. ¿No te había dicho miles de veces que escarbar en el pasado solo trae malas consecuencias?

—Pero hemos averiguado cosas. —Maggie miró a St. Clare con gesto de desconcierto—. ¿No se lo has dicho?

—¿Decirme qué? —preguntó Allendale con los ojos entrecerrados.

St. Clare se pasó la palma de la mano por la frente.

—No tiene importancia. Viejas historias sobre mi madre y mi padre.

—¿Qué historias? —insistió Allendale.

St. Clare no contestó.

Maggie entendía la razón por la que no quería compartir los resultados de su investigación. No obstante, ella no participaba de sus inhibiciones.

—Creo que existe la posibilidad de que los padres de lord St. Clare hubieran llegado a casarse.

—¿Cómo? —La cara del conde enrojeció vivamente. Se volvió hacia St. Clare.

El posadero escogió ese momento tan inoportuno para entrar en el salón con una bandeja.

—Les ruego que me excusen, caballeros. Les traigo té y unos pastelillos. —Dejó la bandeja sobre la mesa—. Si desean que mi esposa les prepare el desayuno no tienen más que decírmelo. Huevos con salchichas, o gachas, si les...

—Con esto basta, gracias —le interrumpió St. Clare.

—Sí, señoría. —El posadero hizo una reverencia—. Pido disculpas por la interrupción. —Se inclinó una vez más, se dio la vuelta y desapareció a toda prisa, cerrando la puerta al salir.

Hubo unos instantes de silencio en los que se oyeron los pasos del posadero alejándose por el pasillo. Una vez seguro de que se había restablecido por completo la intimidad, Allendale retomó el asunto.

—¿A qué se refiere con que mi hijo se casó?

—No es nada en realidad —insistió St. Clare—. Solo una conjetura de la señorita Honeywell a partir de algo que le dijo mi madre antes de morir.

—Algo que dijo en su lecho de muerte —remarcó Maggie—. Y eso no es todo, hay más indicios.

Procedió a contarle al conde todo lo que Jenny había dicho durante las últimas horas de su enfermedad mortal y lo que ella misma había descubierto sobre el padre Tuck, incluida la información que habían obtenido de la conversación con el viejo Mullens.

Tras acabar, Allendale permaneció en silencio durante un buen rato. Al final, solo pronunció una palabra.

—Devonshire.

—Eso fue lo que dijo Mullens —asintió Maggie—. No especificó más.

—No significa nada —insistió St. Clare—. Se trata de divagaciones de una mujer moribunda y de un viejo tabernero. Una falsa esperanza, como mucho.

—¿Está usted de acuerdo con lo que dice mi nieto, señorita Honeywell? —Allendale la miró con intensidad, como si su opinión fuera para él tan importante o más que la de su nieto—. ¿O, por el contrario, cree usted que este asunto del clérigo de Devonshire puede dar algo de sí?

Maggie miró a St. Clare con cierta preocupación. Él había vivido una vida muy distinta desde que se separaron. Se había convertido en un hombre elegante y sofisticado, muy culto y viajado, y muy alejado del ámbito y del entorno de Beasley Park y Somerset. Pero la negativa a dar crédito a la idea de que sus padres pudieron haberse casado en secreto era típica del antiguo Nicholas: se trataba de

la ansiedad de un muchacho que se había sentido decepcionado demasiadas veces respecto a su familia, un muchacho incapaz de albergar esperanzas a ese respecto.

—Sí —dijo con firmeza—. Creo que el asunto podría dar algo de sí.

Allendale bajó las cejas.

Maggie tomó aliento antes de volver a hablar.

—¿Y si el padre Tuck hubiera casado a Jenny y a Caballero Jim, es decir, a Jenny y a su hijo? ¿Y si, después de casarse y de que su hijo se marchase de Inglaterra, Jenny fue a Las Dagas Cruzadas y vio al padre Tuck borracho? Los parroquianos se rieron de ella por creer que era un clérigo, lo que puede que la hiciera llegar a la conclusión de que todo había sido una broma demasiado pesada y que en realidad no estaba casada con su hijo. Él era famoso por gastar bromas pesadas a la gente, ¿no es así?

Ni Allendale ni St. Clare dijeron una palabra. Ambos mostraban una expresión sombría y no movían ni un músculo de la cara. En la mesa, la bandeja del té permanecía intacta. Del pico de la tetera surgía una nube de vapor que subía en volutas hacia los travesaños del techo.

Maggie tenía más reflexiones que hacer.

—El señor Mullens dijo que Jenny se marchó después de aquella discusión y que todos llegaron a la conclusión de que había regresado a la granja de sus padres. Pero cuando llegó a Beasley Park estaba en unas condiciones deplorables. No solo embarazada, sino casi muerta de hambre, según me contó mi padre. Como si hubiera estado deambulando durante mucho tiempo. En ese momento, estaba segura de que su hijo era ilegítimo, un bastardo.

—¿Y está usted sugiriendo que mi hijo pudo casarse con una chica como esa? ¿Una tabernera ligera de cascos? —Allendale la miró con los ojos entrecerrados —. Imposible. Tenía que saber que algún día iba a regresar a su casa. Que yo lo perdonaría. Si se hubiera atado a una mujer tan inadecuada... —Negó con la cabeza—. No, James no.

—¿Y si lo hizo por rencor y despecho, para causarle daño a usted? —preguntó St. Clare—. ¿Para castigarlo por haberlo rechazado?

La pregunta quedó en el aire durante unos segundos. Tuvo el extraño efecto de cambiar la atmósfera de la habitación. Como si hubiera abierto una caja de Pandora repleta de posibilidades y consecuencias espantosas.

—¿Rencor? —repitió Allendale por fin. Algo en su rostro pareció desmoronarse. La llama de sus ojos grises disminuyó, como si hubiera recibido un soplo. Se empequeñeció a ojos de Maggie y, durante unos breves momentos,

aparentó la edad que tenía—. Sí, puede que lo hiciera por eso. Sí que es posible, siendo como era...

Maggie apartó la mirada. Era como si estuviera siendo testigo de algo muy íntimo y doloroso, algo que no tenía por qué contemplar, algo privado: el momento en el que el conde de Allendale había aceptado en toda su crudeza que su hijo había sido un villano y un mal hombre, no solo un muchacho que se había descarriado un poco por sus ansias de aventura.

—Fui demasiado duro con él —admitió Allendale por fin—, y más después de que matara al hijo de Penworthy. Le dije que era la gota que colmaba el vaso. Que me lavaba las manos respecto a su pasado y, sobre todo, a su futuro. Pero la brecha que se creó no podía durar para siempre. Seguía siendo mi heredero..., mi hijo.

—Usted no lo expulsó de su lado —observó St. Clare en voz baja—. Y, aunque lo hubiera hecho, era un hombre adulto. Un hombre que tenía un hijo en camino. Podía haber regresado. Tendría que haberlo hecho; si no por usted, al menos por mí.

Allendale se aclaró la garganta.

—No tiene sentido que nos pongamos sensibleros. Y usted, señorita Honeywell... —volvió a fijar la mirada en ella, pero ya no era una mirada preñada de recuerdos, sino de desaprobación—, no es adecuado que esté fuera de su casa a estas horas. He dado órdenes al cochero y a un criado de que la lleven de regreso de inmediato.

—Muchas gracias, milord. —Intentó como pudo que su expresión fuera dócil —. Le pido perdón por las molestias causadas.

—Mi nieto y yo iremos a visitarla mañana. ¿Sigue teniendo en mente organizar la cena de la que hablamos?

Maggie parpadeó varias veces.

—¿Sigue pensando en acudir? —Miró alarmada a St. Clare, que parecía tan asombrado como ella—. El señor Burton-Smythe va a asistir, y también su padre.

—Y ese idiota de mi sobrino lejano —añadió Allendale—. Y su madre...

—En eso se equivoca —puntualizó St. Clare esbozando una sonrisa burlona—. La señorita Honeywell pensaba expulsarlos de su casa de inmediato.

Maggie se ruborizó.

—Bueno, creí que era lo que debía hacer.

—Tonterías —descartó Allendale—. Deje que se queden, al menos de momento. Los veré cuando llegue mañana por la tarde. A todos ellos.

A Maggie no le gustaba nada la idea.

—Si es lo que desea... Pero la cosa va a resultar de lo más incómoda.

—Extraordinariamente incómoda, estoy de acuerdo —confirmó Allendale—, aunque apostaría a que mucho más para unos que para otros.

Capítulo 32

Al día siguiente, a las siete en punto, St. Clare llegó a la puerta principal de Beasley Park vestido con un traje negro de corte impecable, chaleco claro, camisa blanca y corbata de nudo perfecto.

Maggie lo recibió en el rellano. Se asomó para mirar tras él, hacia los escalones y después hacia el camino, jalonado de antorchas para señalarlo. No había ni rastro del carruaje del conde, ni del propio conde tampoco.

Sintió una punzada de aprensión.

—¿Dónde está lord Allendale?

St. Clare tenía una expresión seria que acentuaba el enorme moratón que se le había formado en la cara, alrededor de un ojo. También tenía un corte en una ceja y otro en el labio.

—Se ha ido.

—¿Que se ha ido? ¿A dónde?

Se les acercó un criado, pero Maggie le hizo un gesto con la mano para que se alejase. Acompañó ella misma a St. Clare al vestíbulo y cerró la puerta.

—Tengo mis sospechas, pero no estoy seguro. —La miró a los ojos—. ¿Cómo estás tú?

—Muy bien.

—¿No te han molestado tus invitados?

—No. Ellos no. La verdad es que con Fred sí que ha sido algo difícil. Vino por la mañana, y también pronto por la tarde, e intentó hablar conmigo a solas, pero Jane no quiso dejarme con él. Me dio la impresión de que tuvo contenerse mucho para no estrangularla.

St. Clare hizo una mueca risueña.

—Que Dios bendiga a Jane Trumble. ¿Y qué hay de mis entrometidos parientes? ¿Te han causado alguna dificultad?

—No exactamente. Lo cierto es que a mí ninguna. Han permanecido en sus habitaciones la mayor parte del día. Colijo que se han pasado la jornada escribiendo cartas y mensajes, difundiendo a los cuatro vientos la noticia de tu identidad. Esta tarde han aparecido por el salón de estar tan satisfechos como dos gatos que han entrado en la despensa y encontrado el pescado.

St. Clare no daba la impresión de estar preocupado. De hecho, parecía que lo inquietaba más Maggie que sus propios intereses.

—Podría haber venido antes, pero he preferido dejar que todos nos tranquilizáramos lo más posible. De no ser así, la desafortunada pelea de la taberna podría haberse repetido.

—¡Espero que no, por Dios bendito! Las cosas ya están de por sí lo bastante tensas como para añadir una pelea más...

El adjetivo «tensas» se quedaba muy corto a la hora de calificar la situación.

Tras volver a casa en el carruaje del conde, Maggie fue directa a ver a Jane y contárselo todo. Jane, como siempre, se había portado de maravilla, acompañando a Maggie hasta el amanecer, aunque le dolió bastante el que no le hubiera contado antes un secreto tan trascendental y el hecho de que no hubiese confiado por completo en ella.

—No era mi secreto, Jane. No podía revelarlo sin permiso —le había explicado.

Jane le dijo que lo entendía, pero Maggie no pudo evitar la impresión de que su amiga estaba decepcionada con ella.

Y Fred también estaba decepcionado con ella. En su caso, por completo y sin vuelta atrás. Al llegar para la cena, le había dirigido una mirada desdeñosa que la condenaba sin necesidad de decir ni una palabra.

No era muy difícil deducir lo que estaba pensando, pues ya lo había expresado con toda claridad en la taberna. Era una mujer ligera de cascos con mala reputación. Había perdido la inocencia con un canalla, hasta un punto del que no había vuelta atrás.

—Me dan igual todos ellos —le aseguró Maggie a St. Clare—. Mi única preocupación eres tú. —Lo miró a los ojos, cuya expresión era muy difícil de interpretar—. ¿Tu abuelo se nos unirá más tarde?

—No lo sé. No me ha dejado ningún recado ni ninguna nota. Cuando me desperté esta mañana ya se había marchado. Según el posadero, partió muy

pronto, poco después de que yo me fuera a la cama. Se limitó a subir al carruaje con el equipaje. —St. Clare se encogió de hombros.

A Maggie le dolió el corazón. El conde lo había abandonado. Ahora que la verdadera identidad de St. Clare había salido a la luz, a Allendale su nieto ya no le servía de nada. Y parecía que tampoco albergaba ningún afecto por él. Como si St. Clare fuera tan prescindible como un documento falsificado que, una vez que se había hecho público que no era auténtico, no tuviera el más mínimo valor.

Le ardía el pecho de puro enfado. Y, con él, surgió también una oleada de culpabilidad. Nada de eso habría ocurrido de no haber insistido en acompañarlo a la taberna de Market Barrow. Todo era culpa de ella.

Lo tomó de la mano y avanzó con él por el vestíbulo en dirección a la biblioteca. Al entrar vio que estaban encendidos los apliques de las paredes, así como la araña del techo. No se molestó en cerrar la puerta. La conversación iba a ser corta, por suerte.

Solo disponían de unos momentos. Todos los demás estaban ya reunidos en el salón de estar: Jane y su tía Harriet, Lionel Beresford y su madre, Fred e incluso sir Roderick. Tomaban una bebida digestiva y esperaban su llegada. Si no se producía pronto, alguno de ellos iría a buscarla.

—Deduzco que tu abuelo no va a venir, ¿verdad? —preguntó.

St. Clare la miró sin soltarle la mano.

—¿Importa mucho que venga o no?

—A mí no me importa —dijo, y era verdad—. Usando tus propias palabras..., me iría contigo incluso si te quedaras en ropa interior.

St. Clare emitió una risa ahogada.

—Eso fue lo que yo te dije a ti, ¿verdad?

—Sí, tal cual.

—Ya, pero... tu ropa interior es mucho más interesante y agradable que la mía.

La opresión que sentía en el pecho le impidió reír con él. Tenía muy claro todo lo que St. Clare perdería por estar con ella.

Maggie le tomó la mano, se la llevó a los labios y le besó los nudillos.

—Apenas tengo dinero propio. Solo una pequeña renta para el caso de que Beasley Park quede fuera de mi control. No es mucho, pero...

St. Clare frunció el ceño.

—Maggie...

—... se suele decir que con lo que vive uno, viven dos.

—No soy un indigente, amor mío.

—Ya… ya lo sé —dijo, balbuceando un poco. Lo cierto era que no lo sabía. Solo pensaba que así era.

Nicholas Seaton había apreciado el valor del dinero, la enorme diferencia que significaba para una persona el hecho de disponer de él o no, así que imaginaba que St. Clare también tendría claro ese concepto. Era probable que hubiese ahorrado un poco, algo con lo que poder vivir en caso de que su abuelo le retirara el apoyo. Estaría dispuesta a apostar hasta su última moneda. Pero, fuera como fuese, en ningún caso podría equipararse con todo aquello a lo que estaba renunciando. De no haberlo obligado a ir a Market Barrow, nunca habría sentido la necesidad de revelar que era Nicholas Seaton. El título de conde de Allendale habría sido suyo algún día. Hubiese sido toda la vida rico y poderoso, y libre por completo de cualquier vínculo con su pasado.

—Lo siento —se lamentó—. He estropeado todo el plan, es evidente. Insistí en ir contigo a Las Dagas Cruzadas. Y ahora…

—Calla. —Le acarició la mejilla, se inclinó hacia ella y le dio un beso en la frente—. Aún no ha terminado todo.

* * *

St. Clare subió las escaleras en dirección al salón de estar con Maggie del brazo. Estaba preciosa con su traje de noche de seda azul oscuro de escote amplio y mangas hasta los codos que le cubrían con suavidad los delicados antebrazos. Unas cuantas cuentas de cristal le adornaban la falda y, mientras caminaba, hacía que el tejido brillara. Era una criatura que desprendía magia. Sí, una criatura mágica, como una sílfide o un hada. Y era suya, por fin lo era. Suya por completo.

No pudo evitar una sonrisa al recordarla la noche anterior, de pie en las cercanías de la taberna con una pistola humeante en la mano.

La gente subestimaba a Maggie Honeywell sin motivo. Estaba algo más débil que antes, de eso no cabía duda, y su salud era más frágil. Pero lo que le faltaba de energía física lo compensaba con fuerza de voluntad e inteligencia. Con corazón.

La miró. La expresión seria, casi grave, de la cara lo hizo recordar la situación.

Ella pensaba que lo que había ocurrido en Market Barrow había dado lugar a que Allendale abandonara. Y que ella era culpable de la reacción de su abuelo.

Nada más lejos de la realidad.

St. Clare conocía a su abuelo. Si la intención de Allendale hubiese sido

abandonarlo, renunciar a su plan, no se hubiera marchado mientras él dormía. Se habría enfrentado a él. Le habría dicho que ya no había razones para seguir manteniéndolo como su heredero, puesto que se había reconocido de forma pública como bastardo.

Eso era lo que Allendale le había dicho muchas veces en el pasado. De hecho, durante los últimos años, el conde no se había recatado a la hora de recordarle que el único vínculo real que los unía era la posibilidad de que fuera su heredero, para así mantener el título dentro de la estirpe.

Saint Clare siempre se había preguntado hasta qué punto eso era cierto. Y cuando Allendale había sugerido acompañarlo a Somerset para conocer a Maggie, se lo había cuestionado con aún más motivo.

No. Su abuelo no se había ido para siempre.

Pero eso no significaba que no hubiera sufrido cierta conmoción al despertar y saber que Allendale se había ido. Y no solo porque se hubiese marchado sin decirle nada, sino también porque los esperaban a cenar esa noche en Beasley Park. En su ausencia, St. Clare solo tenía dos alternativas: o bien excusarse y no acudir, o bien hacerlo solo.

Disculparse no era una opción. No, dado que Maggie dependía de él en gran medida. Además, la noche anterior se había dado cuenta de una cosa: no tenía miedo de reconocer su pasado y enfrentarse a él. Había sido liberador para él declarar su identidad ante la multitud de parroquianos, la mayoría de ellos delincuentes, que estaban en la taberna. No solo su nombre de verdad, sino su parentesco.

Y pronto quedó claro el porqué.

Todos los invitados estaban sentados en un silencio rígido, antinatural. Jane Trumble, en un sofá, junto a su tía, bebía una copa de jerez. Lionel y su madre ocupaban dos sillones gemelos. Fred, de pie al lado de la repisa de la chimenea, lo observaba todo con gesto ácido. Y sir Roderick en un sofá, él solo, con los brazos cruzados sobre el prominente vientre, fruncía el ceño como un padre que no estuviera nada contento con la prole reunida a su alrededor.

Era la viva imagen de Fred, solo que más viejo, más entrado en carnes y con el pelo blanco en las sienes. St. Clare lo recordaba como un hombre duro y que no hacía concesión alguna; un hombre tan despiadado con los cazadores furtivos como con su hijo, si consideraba que este lo merecía.

Fue el primero en verlos entrar y se levantó del sofá. El silencio era tan denso que se oyó el crujido de sus rodillas. El resto del grupo le imitó, con la excepción

de la señora Beresford, que se mantuvo sentada con expresión terca.

Lionel fingió una inclinación de cabeza y esbozó una sonrisa de superioridad.

—¿Lo ve, madre? Le dije que, pese a todo, iba a venir.

La señora Beresford volvió la cabeza para dejar de mirar a su hijo y fijar la vista en St. Clare. El collar de doble fila de perlas que llevaba al cuello hizo un ruido extraño.

—No podía creer que fuera a tener el valor de presentarse aquí esta noche. ¡Qué agallas! Y qué desvergüenza... Pero mi hijo apostó a que sí que vendría. Si por mí fuera...

—Usted no tiene nada que decir aquí, señora —intervino Maggie—. Lord St. Clare es mi invitado, lo cual me honra, a mí y a esta casa.

—¡Te honra, dices...! —Fred casi escupió las palabras. Los tonos de la piel de la cara variaban del negro al azul, tenía cerrado uno de los ojos y de la nariz, que St. Clare pensaba que le había roto durante la pelea, parecía que se había ocupado hacía muy poco un cirujano—. ¿Y por qué lo nombras llamándole «lord»? No es noble, no es vizconde.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó la tía de la señorita Trumble, que había vuelto a sentarse en su sillón—. ¿Que no es qué? —La anciana llevaba un turbante, coronado por una pluma, que le cubría el cabello blanco. La solitaria pluma de oca tembló cuando la mujer inclinó la cabeza hacia los labios de la señorita Trumble.

—Vizconde —aclaró su sobrina en voz alta, y le dirigió a St. Clare una sonrisa contenida—. Es un placer volver a verlo, milord.

—Lo mismo digo, señorita Trumble —respondió St. Clare—. Lord Mattingly me ha pedido que le presente sus respetos.

La señorita Trumble se ruborizó un poco.

—¡Qué amable de su parte!

Sir Roderick observó a St. Clare con mirada acerada.

—Señorita Honeywell, usted puede invitar aquí a quien le parezca, dado que es la señora de la casa, pero le ruego que no espere que los demás participemos en esta charada. Este hombre era criado de su padre, ¿no es así? Hijo de una sirviente de cocina, creo recordar.

—Un bastardo —dijo Fred.

—¿Un qué? —volvió a preguntar tía Harriet a la señorita Trumble, que le susurró algo al oído—. ¿Seguro...?

—Es el nieto de lord Allendale —afirmó Maggie—. Eso es indiscutible.

Lionel rio.

—Es una manera de presentar las cosas, señorita Honeywell, no se lo niego. Aunque, de todos modos, el juego se ha terminado, como suele decirse. Tiene que reconocer que es ese tal Seaton. Él mismo lo admitió ayer en la taberna delante de muchos testigos.

—Una cosa no excluye la otra, señor. —Maggie le hizo una indicación a St. Clare para que se sentara—. ¿Le apetece una copa de jerez, milord?

—No, gracias. —St. Clare esperó a que la propia Maggie se sentara antes de hacerlo él mismo en una silla cercana al sofá donde se hallaban acomodadas la señorita Trumble y su tía.

—¡Qué magullado tiene el rostro, milord...! —observó la anciana con desaliento—. No habrá vuelto a meterse en peleas a puñetazos otra vez...

«¿Otra vez?».

St. Clare recordó que Maggie le había dicho que tía Harriet se confundía con cierta facilidad.

—Me temo que sí, señora.

—En mis tiempos, un hombre en tales condiciones no se habría presentado ante damas. —Sir Roderick fulminó con la mirada a Fred—. Para ahorrarles tener que verlo.

Fred se puso rígido ante la muda pero intensa censura de su padre.

—Por lo que a usted se refiere, señorita Honeywell —continuó sir Roderick—, no crea que se me escapa su participación en todo lo que está ocurriendo. De no haber creído que iba a acudir a la cena el conde de Allendale, la habría sustituido por una conversación a solas con usted. Hace tiempo que se impone dicha conversación acerca de su comportamiento.

St. Clare miró a Maggie. No le hubiese sorprendido que estuviera molesta. De hecho, solo accedió a mantener la cena porque Allendale se lo pidió. Sin embargo, no parecía preocupada, sino desafiante. Tenía la espalda erguida y la barbilla levantada. También le brillaban los ojos.

—Si lo desea, puede hablar conmigo, por supuesto —concedió—. Pero no voy a permitir que me den lecciones ni su hijo ni usted, ni nadie con tan escasa influencia en mi futura felicidad.

—Bien dicho —apoyó Jane.

Sir Roderick se volvió hacia ella.

—No intervenga, señorita Trumble. Tengo que decirle que ha hecho usted un trabajo lamentable como carabina de la señorita Honeywell. La situación en la que se encuentra es responsabilidad suya.

—¡No se atreva a hablarle en ese tono! —intervino Maggie de inmediato, ganándose una mirada reprobadora de sir Roderick.

—¿Dónde está lord Allendale? —le preguntó la señora Beresford a St. Clare—. ¿Por qué no ha venido con usted?

—En este momento, mi abuelo está ocupado en otro lugar —repuso este.

Lionel frotó uno de los botones del chaleco como si quisiera sacarle brillo.

—No me cabe la menor duda. Ahora que su plan ha fracasado, habrá decidido volver a Londres. O hasta puede que ya esté camino al Continente. En el pasado, cuando cayó en desgracia el apellido familiar, no pasaba mucho tiempo en Inglaterra.

—De tal palo, tal astilla —comentó la señora Beresford.

St. Clare hizo caso omiso del malintencionado comentario.

—Se unirá a nosotros en cuanto pueda.

Maggie lo miró interrogativa alzando las cejas. «¿De verdad va a venir?», era la pregunta. Pero no la hizo en voz alta, pues eso habría significado incertidumbre y falta de confianza.

—¿Retraso la cena? —fue lo que terminó planteando.

—No será necesario. A mi abuelo no le parecería bien.

—¿Y por qué no? —intervino Lionel, que estaba disfrutando—. Podemos esperar otros diez minutos, o incluso quince, si se trata de disfrutar de una compañía tan distinguida como la de mi tío.

Fred apoyó la espalda contra la repisa de la chimenea.

—Seaton puede entretenernos mientras esperamos. Puede contarnos a dónde fue para escapar de la horca.

—¡La horca! ¡Por Dios bendito! —dijo la señora Beresford con voz aguda, y emitió una risita nerviosa—. Impactante. Pero me atrevería a decir que es necesaria para castigar ciertos crímenes y a ciertos hombres..., hombres de comportamientos indecentes y crianza funesta.

—Robó las joyas de la señorita Honeywell —expuso Fred—. Tres piezas de valor inestimable que heredó de su madre. Las encontré escondidas en su habitación de encima de los establos.

—¿Encima de los establos? —repitió Lionel riendo entre dientes—. No podría ser más pintoresco.

—Es raro que fueras tú quien encontrase las joyas de mi madre, Fred —apuntó Maggie—. Las descubriste incluso antes de que yo las echara en falta. Y un día en el que mi padre no estaba en casa, lo cual te resultó de lo más conveniente, pues

no pudo intervenir para aclarar lo que sucedió de verdad.

—No tiene nada de extraño —intervino sir Roderick de forma airada—. Mi hijo escucha a los sirvientes. Alguien te contó el robo, ¿verdad, Fred? Creo que me dijiste que una criada.

Fred no contestó de inmediato.

—No lo recuerdo —dijo por fin.

St. Clare estuvo a punto de perder la compostura debido al ataque de rabia que sintió, un último rescoldo que ni siquiera la pelea de la taberna había conseguido apagar.

—No se puede recordar lo que no ha pasado. Sabías que las joyas estaban ahí porque fuiste tú quien las colocó —completó Maggie.

Sir Roderick explotó.

—¿Se atreve a acusar a mi hijo?

—No es nada nuevo, ya lo dije en su momento —le contestó Maggie—. Y es la única verdad. Fred intentaba terminar mi amistad con Nicholas por todos los medios, lícitos o no.

—¿Entonces admite usted que este hombre es el joven sirviente que nació en su hacienda? —preguntó sir Roderick—. ¿Y cuyo padre era ese salteador de caminos?

—Jim —apuntó solícita la tía de la señorita Trumble—. Lo llamaban así.

—Caballero Jim —añadió Fred—. Un canalla y un delincuente.

—E hijo mío —completó lord Allendale desde el umbral de la puerta.

St. Clare se puso de pie de inmediato, así como el resto de los invitados, al tiempo que su abuelo entraba en el salón de estar. Aún llevaba la ropa de viaje, como si se hubiera dirigido a Beasley Park nada más volver. Tras él entró un criado, frenético aunque tarde, para anunciar su llegada de la forma que correspondía a su rango.

—¿Su... qué? —preguntó sir Roderick.

—Ese salteador de caminos del que usted hablaba era mi hijo, James Beresford. Y está usted en lo cierto. El caballero que tiene delante es el hijo de James. —Los ojos grises como una tormenta de verano de Allendale buscaron y encontraron los de St. Clare—. Mi nieto y heredero. —Sacó un documento del bolsillo interior de la casaca—. Tengo papeles legales que lo demuestran de forma irrefutable.

Capítulo 33

Maggie miró a St. Clare, después a lord Allendale y de nuevo a St. Clare. Creyó percibir cierto entendimiento entre ellos. Y, de repente, pensó que St. Clare sabía que su abuelo volvería. Y no solo eso, sino que entraría en escena de esa forma tan dramática.

El conde era un viejo muy astuto. Se recordó ese hecho mientras volvía a sentarse. ¿Acaso no había estado intentando hacer pasar a St. Clare por su heredero legítimo haciendo creer que había nacido en el Continente, que era hijo de James Beresford y de una dama italiana que hacía tiempo que había fallecido? Y, a pesar de eso...

A pesar de eso, a Maggie la inundó la esperanza tras la llegada del conde. Se colocó al borde del asiento en espera de las revelaciones que pudiese hacer.

Jane y su tía Harriet estaban también muy atentas a todas y cada una de las palabras del conde.

—Eso es imposible —espetó Fred, que se dejó caer en el sofá, al lado de su padre —. No puede haber ninguna prueba de eso.

Sir Roderick silenció a su hijo con un movimiento de la mano.

—Calla y deja que su señoría se explique.

Allendale se sentó en un sillón cercano al de Maggie, de forma que la joven tenía una buena visión del documento que llevaba en la mano. Pero no lo había abierto. Lo enarboló mientras hablaba.

—Esta mañana he viajado a Exeter, a consultar con el obispo. Quería ver si podía ayudarme a encontrar la iglesia de Devonshire en la que ejercía el padre Tuck.

Maggie miró entusiasmada a St. Clare, pero él no la miraba, ya que no le quitaba ojo a su abuelo.

—¿El padre Tuck? —La señora Beresford rio de forma forzada—. ¿Y se puede saber quién es esa persona?

Allendale fijó una mirada implacable en la mujer.

—Un clérigo de mala vida que conoció a mi hijo.

La señora Beresford pareció encogerse ante la mirada del conde.

—Otro cuento chino —dijo el señor Beresford con tono despectivo.

—Desde luego que no —le contradijo Maggie—. El padre Tuck frecuentaba Las Dagas Cruzadas hace treinta años. Era bastante conocido. Si lo duda, puede preguntarle a nuestro vicario, el señor Applewhite. —Dicho esto, miró al conde, apremiándolo para que continuara.

Allendale respondió a la invitación de Maggie asintiendo.

—Conozco al obispo de Exeter, quien tuvo la deferencia de recibirme sin cita previa. Tras consultar los archivos, me dirigió a una iglesia que está a unas treinta millas, en Thorne St. Mary. Se halla cerca de la carretera principal, lo cual fue muy conveniente de cara al viaje de vuelta; así podría llegar a más o menos a tiempo aquí.

Fred, con el ceño fruncido, negaba con la cabeza, pero, por el momento, sin hacer comentario alguno.

—¿Encontró al padre Tuck? —preguntó Maggie.

—Se hace llamar señor Tuck —precisó Allendale—. Y, sí, tuve la suerte de encontrarlo. Es un individuo humilde, más o menos de mi edad, que está muy arrepentido de los pecados que cometió a lo largo de su vida. Recordar el pasado le resulta penoso, pero su memoria es magnífica. Se acordó enseguida de mi hijo... y también de la moza de taberna, Jenny Seaton.

—¡Pero qué diablos va a acordarse! —estalló Fred.

Sir Roderick lo silenció con los dientes apretados.

—¡He dicho que te calles!

—¿Pero no ve que es otra mentira más? ¿Otra historia inventada como la anterior? —Fred miró a St. Clare hecho una furia—. ¡Seaton no puede ser el heredero de un condado!

St. Clare hizo caso omiso de la explosión de Fred. No dejó de mirar a su abuelo en ningún momento.

—Pues lo es. —En la boca de Allendale se dibujó una fría sonrisa de triunfo—. La antigua iglesia de Somerset del señor Tuck quedó destruida por un fuego y la

mayor parte de los archivos se quemaron. Pero el señor Tuck, que gran parte de su vida ha sido un hombre ordenado y sensato, y sigue siéndolo ahora, cuando estaba sobrio hacía copias de todos los documentos, copias que guardó en una caja fuerte y que aún conserva. Las examinó mientras yo esperaba y, al cabo de un buen rato, me facilitó la prueba que ahora tengo en mi poder. —El conde levantó el documento que tenía en la mano—. Las notas en las que figura el matrimonio de Jenny Seaton.

Se produjo un silencio denso, como si todos los presentes estuvieran conteniendo el aliento.

—¿Quiere usted decir que... después de todo sí que se casaron? —preguntó Maggie con los ojos muy abiertos.

—Lo puede usted comprobar con sus propios ojos. —Allendale le tendió el documento.

Maggie desdobló el papel y empezó a leerlo. Ni pestañeó al hacerlo y el corazón se le aceleró de forma incontenible.

¡Cielo santo!

¡Era verdad! ¡Todo era verdad!

—Señorita Honeywell, haga el favor de leerlo en voz alta —le pidió Allendale con voz tranquila.

Mientras leía, el papel le temblaba un poco entre los dedos.

—«Jennifer Seaton, de la parroquia de Colebrook, Somersetshire, y James Edward Beresford, de Worth House, Hertfordshire, se han casado en esta capilla de Southleigh, Hertfordshire, el día de hoy, 7 de junio de 1789, en ceremonia oficiada por William Oswald Tuck». —Alzó la cabeza—. Está firmado y atestiguado.

La señora Beresford se levantó del sillón como un resorte.

—Déjeme verlo. —Antes de que Maggie pudiera evitarlo, prácticamente le arrebató el papel de entre las manos—. ¡Bobadas! ¡Esto es una falsificación! —Le pasó el documento a su hijo, que también se había puesto de pie y estaba junto a ella—. Los testigos ni siquiera han firmado.

—Es una copia escrita por el señor Tuck —explicó Allendale—. No difiere de las pruebas documentales de matrimonio que guardan incontables mujeres.

El señor Beresford había dejado de mostrar su distanciamiento cansino habitual. Tenía los ojos de lo más alerta tras las pestañas.

—¿Y quiénes son los testigos? ¿Los ha encontrado?

—Nosotros los encontraremos —aseguró la señora Beresford—. Cuente con

eso, milord. Los interrogaremos sin demora alguna.

—Le deseo toda la suerte del mundo, señora mía. —Allendale le quitó de las manos al señor Beresford la nota de matrimonio. La dobló en dos y se la pasó a St. Clare—. Los testigos están muertos y enterrados en el cementerio de la antigua iglesia del señor Tuck. Eran viejos amigos suyos, en su momento canallas y vividores como él. Cuando Tuck regresó al ejercicio de su ministerio sacerdotal, lo acompañaron como sirvientes, pero ya hace bastante tiempo que fallecieron.

A la señora Beresford se le cayó el alma a los pies. Miró a su hijo con gesto de interrogación.

—¿Lionel?

—Y supongo que este clérigo, el tal señor Tuck, testificaría todo esto bajo juramento en un juzgado, ¿me equivoco?

—Si fuera necesario, por supuesto que lo haría —confirmó Allendale—. Pero le advierto que no me tomaría nada bien que el apellido Beresford fuese denostado en los tribunales. De ser así, me vería obligado a tomar represalias, por ejemplo con una demanda por difamación.

—¡Una demanda por difamación! —La señora Beresford se dejó caer de nuevo en la butaca, atacada de nuevo por una risa nerviosa—. Usted nunca haría tal cosa, ¿verdad? ¡Vaya!, solo de pensarlo…

—Por supuesto que lo haré, señora, puede usted estar segura de eso, si se atreven a desafiarme. —Allendale frunció las cejas de forma amenazante—. Y si averiguo que ustedes dos han estado extendiendo rumores y cotilleos sobre mi heredero, por ejemplo, mandando cartas a los periódicos sensacionalistas de Londres, la demanda por difamación será la menor de sus preocupaciones, se lo aseguro.

El señor Beresford se quedó petrificado, el rostro blanco como la nieve.

Mientras tanto, la cara de Fred iba enrojeciendo cada vez más en las zonas en las que los cardenales lo permitían.

—¡Vaya, todo es de lo más conveniente! Demasiado, en mi opinión. —Se volvió hacia St. Clare—. ¿No tienes nada que decir, Seaton?

St. Clare seguía examinando el documento que tenía entre las manos. Miró por un momento a Fred, pero a quien dirigió la palabra fue a Allendale.

—En estos momentos, no tengo palabras.

—Es comprensible —se hizo cargo su abuelo.

Maggie asintió.

—Son demasiadas cosas las que tiene que asimilar. Es lógico que ahora esté desbordado.

St. Clare la miró con lo que pareció un brillo pícaro en los ojos.

—Está usted en lo cierto, señorita Honeywell. Como siempre.

—Si todo esto es verdad, cosa que no dudo —intervino sir Roderick—, ¿por qué esa ayudante de cocina dejó que todo el mundo pensara que no estaba casada y que su hijo era el resultado de un acto impuro, de un pecado? ¿Es que esa mujer no tenía juicio?

—Era joven e ignorante. —Maggie salió en defensa de Jenny—. Su comportamiento no había sido perfecto, ni muchísimo menos. Pero seguía siendo la madre de St. Clare. Después de la boda, cuando se encontró con el señor Tuck en la taberna, borracho hasta el límite, seguramente pensó que todo había sido una comedia, una broma pesada de su presunto marido.

—Eso solo es una conjetura, señorita Honeywell, pero... —El conde arrugó la frente—. Pero sospecho que la realidad debe ser muy parecida a lo que usted dice. La señorita Seaton tenía razones para creer que Tuck no era clérigo, sino solo un amigote nefasto de mi hijo. Es muy posible que se marchara de Market Barrow, ya embarazada de mi nieto, creyendo que no estaba casada.

—El joven Jim disfrutaba con ese tipo de bromas —afirmó tía Harriet.

—¿Cómo dices, tía? —preguntó Jane.

—Firmaba apuestas en los libros de los clubes masculinos y ese tipo de cosas. —Tía Harriet sonrió—. Ya sabe lo juguetones que son los caballeros jóvenes.

—Eso no fue ni una broma ni un juego, señora —dijo sir Roderick—. Fue atentar contra algo sagrado, contra un sacramento. El matrimonio. Y la vida de este hombre quedó destrozada por eso. —Miró a St. Clare—. Debemos compadecerle, señor.

Fred se quedó con la boca abierta.

—Pero ¿de verdad se cree usted todo esto? De veras, padre, no puede...

—Sí, claro que debo compadecerle, lo he dicho y lo repito. —Sir Roderick apretó la boca con gesto implacable—. Pero eso no excusa los delitos que cometió. —Miró a St. Clare—. Robarle a la hija de su benefactor...

—Por favor, sir Roderick —intervino Maggie—. Le he dicho muchísimas veces que...

—No tengo el menor deseo de seguir reescribiendo la historia, señorita Honeywell —la cortó sir Roderick—. Por esta noche ya hemos tenido bastantes revelaciones, y lo bastante sensacionales. Y tengo que confesar que a mí no me gustan nada las sorpresas.

—Pues lo lamento —dijo Allendale—, porque tengo más noticias. —Buscó en

un bolsillo escondido en el interior de la casaca y al cabo de un momento sacó otro papel—. Mientras estaba en Exeter, el obispo fue tan amable de extenderme una licencia.

—¿Una licencia? ¿Para qué? —preguntó Maggie

Allendale le pasó el papel. Los ojos le brillaban de una manera muy parecida a la de St. Clare.

—Una licencia matrimonial para que usted y mi nieto se casen.

* * *

Hasta ese momento, las revelaciones de su abuelo apenas habían parecido afectar a St. Clare. Conocía bien al conde y sabía cuándo estaba representando un papel. Todo, desde el momento de la llegada al modo dramático de presentar la prueba, lo había organizado como una demostración de su gran afición al teatro. Pero esto..., esto era real.

Maggie levantó los ojos de la licencia especial y buscó los de él. En ese momento, su actitud ya no era fría e impasible, ni ocultaba sus sentimientos como antes. Todo lo contrario. Le dirigió una mirada luminosa a la que ella contestó de igual forma.

—¿Ha accedido usted a esto, señorita Honeywell? ¿Quiere casarse con este hombre? —preguntó sir Roderick.

—Sí, señor, lo he hecho. Con todo mi corazón. —Maggie se acercó a St. Clare.

Él se levantó del sillón para recibirla y la tomó de las manos.

—Te prometo que nunca tendrás motivo alguno para arrepentirte.

—¡No seas tonto! —repuso con tono acariciador—. ¡Por supuesto que no me voy a arrepentir! Eres el amor de mi vida.

Fred se levantó de su asiento de inmediato y se acercó a la chimenea.

—¡Qué escena tan conmovedora! —Se volvió para mirar a Maggie—. Jamás aprobaré tu boda con él, ¿te das cuenta de eso? Y, sin mi aprobación, puedes despedirte de Beasley Park.

—Soy consciente —respondió Maggie.

Allendale se puso de pie.

—¿Y por qué no va a aprobar el matrimonio entre la señorita Honeywell y mi nieto? —preguntó con voz ronca y retadora—. La joven no podría encontrar un partido mejor que él.

Fred se irguió.

—La señorita Honeywell se va a casar conmigo.

—Me temo que eso no va a ser así —intervino St. Clare—. Será mejor que vayas haciéndote a la idea.

—No, Fred, no me voy a casar contigo —confirmó Maggie—. Nunca te he prometido nada. Lo diste por hecho debido a las últimas voluntades de mi padre, pero yo jamás te lo he confirmado.

—¡Vaya, dos aspirantes entre los que escoger! —dijo la tía de la señorita Trumble la mar de animada—. Pero ¿quién es el otro chico?, ¿el pelirrojo?

—El señor Burton-Smythe —contestó la señorita Trumble—. Vive en la hacienda vecina.

—¿Quién has dicho, querida?

—¡El señor Burton-Smythe!

—Pese a lo muy romántica que se está volviendo la velada, mi madre y yo tenemos que excusarnos. —Y el señor Beresford se levantó del sillón y se dirigió hacia la puerta.

La señora Beresford se levantó para seguir a su hijo.

—Desde luego, Lionel. Tenemos asuntos que atender. Organizar nuestra partida y todo eso. No vamos a quedarnos donde no somos bienvenidos. —Volvió la cabeza hacia Allendale al pasar junto a él, pero sin inclinarla—. Milord.

El dúo salió a toda prisa y sin dejar de hablarse frenéticamente al oído.

—Quizá quieran evitar que salga el correo con todas esas cartas que han escrito —murmuró St. Clare al oído de Maggie, que esbozó una sonrisa.

—Pues van a tener que darse mucha prisa.

Casi al mismo tiempo que los Beresford salían casi a la carrera, llegó un criado, que logró esquivarlos por poco haciendo un quiebro.

—¿Sí, Salter? —dijo Maggie. El aludido meneó la cabeza y se aclaró la garganta —. ¿Qué ocurre?

—La cena está servida, señorita Honeywell.

—¡Espléndido! —Allendale le ofreció el brazo a tía Harriet—. ¿Vamos, señora? ¿Les concedemos a los recién prometidos unos momentos de intimidad?

—Es una idea excelente, milord. —Lo tomó del brazo y le permitió que la acompañara fuera del salón de estar, hacia el comedor. La señorita Trumble los acompañó, se detuvo tan solo un momento para darle la enhorabuena a Maggie.

—Este asunto es un tanto complicado. —La voz de sir Roderick se fue apagando mientras dejaba el salón en compañía del resto de invitados—. Tengo

que decir que no termino de aprobar del todo la forma en la que se han desarrollado los acontecimientos...

Maggie miró a St. Clare, que parecía querer decir algo, aunque al fin no lo hizo y se limitó a negar con la cabeza de forma sutil. Todavía no estaban solos.

Fred no había salido con el resto del grupo. Seguía junto a la repisa de la chimenea con un gesto que delataba odio y frustración ante el giro de los acontecimientos. Y también amenaza.

—Me imagino que piensas que has ganado —dijo mirando de forma malévola a St. Clare.

Este atrajo a Maggie a su lado con gesto protector. Sabía muy bien cómo era Fred, pese a los muchos años que habían pasado. Y sabía que, cuanto más pensaba que había sido humillado, más peligroso se volvía.

—Yo no soy el premio de ningún concurso, Fred —razonó Maggie—. Soy una mujer adulta que tiene ideas, sentimientos y opiniones propias y personales.

Fred no pareció oírla siquiera. Estaba demasiado enfurecido.

—Habría hecho lo que fuera para tenerte. Te habría tratado como a una reina. Pero lo único que te interesaba era Seaton. —Masticaba las palabras como si quisiera triturarlas—. Vosotros dos, con vuestros rincones secretos y vuestros chistes privados. Siempre riéndoos de mí a mis espaldas.

Maggie negó con la cabeza.

—Por aquel entonces eras un abusón —afirmó St. Clare, categórico—. Y sigues siéndolo.

—¡Era tu superior, tenía derecho! —replicó Fred.

—¿Piensas que tenías derecho?, ¿de verdad? ¿A golpear a un sirviente, a un chico que no tenía la posibilidad de defenderse y devolverte los golpes?

Fred, contumaz, no daba su brazo a torcer.

—Alguien tenía que ponerte en tu sitio.

—Ahora es cuando estoy en mi sitio, ¿no te parece? —No era una buena idea seguir provocándolo, pero St. Clare no parecía ser capaz de contenerse—. Pese a todas tus presiones, intrigas y maquinaciones, Maggie y yo estamos juntos.

—¿Eso crees? ¿Crees que lo estáis? Maggie sabe que todavía tengo poder y, por tanto, cosas que decir al respecto. Sobre esta casa y sobre tu fortuna. Maggie, si te casas con él...

—¡Ya basta, Fred! —estalló Maggie—. ¡Ya basta! No me voy a casar contigo, ni siquiera por mantener Beasley Park. Nunca me he planteado hacerlo, nunca en mi vida, y no lo voy a hacer, pese a quien pese.

—Es por culpa de él. Si no estuviese aquí…

—Ya intentaste librarte de mí una vez —le recordó St. Clare—. Y la cosa no te salió nada bien, ¿a que no?

Fred se estremeció de forma visible.

—Tendría que haberte matado aquella misma noche.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Porque quería que sufrieras. Quería que te colgaran. O algo incluso peor.

St. Clare no pudo por menos que sorprenderse. ¿Algo peor?

—Quería que supieras lo que es estar solo, del todo, sin remedio —espetó Fred —. Abandonado, sin la ayuda ni el apoyo de nadie.

St. Clare sintió una gran opresión en el pecho. Incluso después de tantos años, el recuerdo de aquella noche, encerrado en aquel agujero inmundo, era tan vívido que le parecía como si hubiera ocurrido el día anterior. El miedo y la desesperación le resultaban igual de intensos, como el dolor y la sangre de los nudillos al golpear sin resultado las paredes de madera. Y después, el bendito sonido de los cerrojos de la puerta del establo al abrirse y su nombre susurrado en la oscuridad.

—No estaba abandonado ni solo —afirmó—. Maggie vino a ayudarme, a liberarme.

Fred desvió la vista de ambos.

—Ella no tenía que saber que estabas allí.

—Es cierto, no tenía que saberlo —confirmó Maggie—. Pero oí a mi tía Dafne cotillear con la esposa del vicario sin que se dieran cuenta.

—¡Ese fue mi error! —exclamó Fred, más para sí que dirigiéndose a ellos—. Tendría que haber escondido las joyas el día anterior. Si hubiera organizado las cosas para encontrarlas antes…

—¿Escondido las joyas…?

St. Clare volvió la cabeza en dirección a las puertas del salón de estar, que estaban abiertas.

Sir Roderick estaba allí, muy quieto, en el umbral de la gran puerta de entrada al salón. Había regresado para reclamar a su hijo y volver con él al comedor para que se incorporara a la cena.

—¿«Organizado las cosas para encontrarlas antes…»? —repitió como un eco. El habitual semblante adusto y severo se veía afectado por una furia difícil de controlar—. ¿Significa eso que la señorita Honeywell ha estado diciendo la verdad desde el principio? ¿Y que tú, mi propio hijo, conspiraste para acusar y detener a

un sirviente por un delito que no había cometido?

Del rostro de Fred desapareció todo vestigio de color.

—Padre, yo...

—¡No digas ni una palabra! —La voz de sir Roderick resonó en el salón como el disparo de una pistola—. ¿Habrías dejado que colgaran a este hombre?, ¿al nieto de un conde? —Se volvió hacia St. Clare. En su rostro no había cordialidad, solo el formalismo social necesario, dadas las acciones de su vástago—. En nombre de mi familia, le pido perdón, señor. Puede estar seguro de que mi hijo hará lo necesario para reparar sus acciones, así como las consecuencias de estas, empezando por la aprobación formal y pública de su matrimonio. Eso es lo menos que puede hacer en desagravio de su comportamiento innoble.

Fred se quedó boquiabierto.

—Padre, yo no...

—¡Ni una palabra más! —Sir Roderick empujó a Fred entre las hojas de la puerta y lo encaminó hacia la salida del salón—. Volveremos a Letchford Hall y allí hablaremos en privado sobre tu conducta y sus consecuencias.

St. Clare se quedó de pie junto a Maggie, sin moverse ni hablar, mientras los veía alejarse hacia la puerta principal. Tenía la extraña sensación de que una parte clave de su vida por fin había concluido, una herida dolorosa y no curada de su historia personal, aún en carne viva después de tantos años. El duelo con Fred había sido un parche temporal, al igual que la pelea en la taberna. Pero no se había hecho justicia de verdad. No hasta esta noche.

El conocimiento y aceptación de sir Roderick de lo que había hecho Fred no tenía la fuerza de la ley, pero, por todos los santos, a él le bastaba.

—¡Por el amor del cielo! —Maggie lo miraba, aún sin salir de su asombro—. ¿Significa esto lo que yo creo que significa?

St. Clare le retiró un mechón de pelo de la frente.

—Eso depende. ¿Mantendrá su palabra sir Roderick? ¿Obligará a Fred a que consienta nuestro matrimonio?

—Él es el único que siempre ha podido hacerlo obedecer, la única autoridad que Fred ha reconocido en toda su vida.

—Lo cual significa...

Los ojos de Maggie brillaban, invadidos por las lágrimas.

—Que Beasley Park seguirá siendo mía.

La apretó contra sí.

—Creía que no te importaba...

—Y así era, si me veía obligada a escoger entre mi hacienda y tú. —Le rodeó el cuello con un abrazo casi fiero—. ¡Pero me gustaría tanto teneros a ambos...!

St. Clare sonrió contra la mejilla de Maggie.

—¡Por supuesto que nos tendrás!

—Y no solo por mí. —Se echó hacia atrás para poder mirarlo a los ojos—. ¿Es que no quieres ver la nota acerca del matrimonio de tu madre?

—No necesito verla.

Maggie frunció el ceño.

—Crees que no es auténtica... Estás convencido de que es otro truco que se ha sacado de la manga tu abuelo para cumplir su propósito.

—Es muy posible que sí.

—¿Y si de verdad es legítima? —Rebuscó con la mano en el bolsillo interior del chaleco hasta encontrar el papel que St. Clare había guardado. Al fin lo encontró, lo sacó y se lo pasó—. Vamos. Mírala y dime otra vez que no es auténtica.

St. Clare lo desdobló a regañadientes y lo leyó, fijándose en la letra insegura y desigual. El documento estaba algo borroso, más oscuro en unas partes que en otras. Como si de verdad se hubiera escrito hacía décadas. Contra su voluntad, contra todo pensamiento racional, se le aceleró el pulso.

¿Acaso era posible? ¿Podía ser verdad?

Tragó saliva con fuerza.

—No puede ser.

—¿Por qué no puede ser? —preguntó—. ¿Es que no lo quieres todo tú también? El título. El apellido Beresford. A mí. —Se incorporó para darle un leve beso en los labios—. Sé ambicioso —le recomendó—. Yo procuro serlo.

La miró con el corazón latiéndole a toda potencia. Habló con un tono de vulnerabilidad extraño en él.

—Tú ya eres mucho más de lo que merezco.

Con los ojos brillantes, le tomó la cara entre las manitas suaves como la seda.

—¿Por qué hablas de merecer? ¿Acaso crees que yo te merezco a ti?, ¿que yo merezco todo esto? Sin embargo, es mío. Tú eres mío. Y mañana, querido, vamos a utilizar esa licencia especial que ha obtenido lord Allendale para casarnos, sin esperar más.

St. Clare sonrió despacio.

—¿Esos son tus planes?

—Sí. A no ser que tú prefieras otra cosa.

Ahora sonrió como nunca lo había visto sonreír en los últimos tiempos.

—Ni se me ocurriría.

Bajó la cabeza para ponerla a la altura de la de ella, su pequeño y precioso demonio de ojos azules. Y entre ambos surgió un arrebato de amor. El mismo amor que lo había conducido de regreso a esa casa como si un faro lo hubiera guiado. No a un lugar, sino a ella. De nuevo a su lado, que era donde debía estar. Donde siempre debió haber estado.

—El día de mañana te pertenece —concedió—. Y todos los días de mañana que le sigan.

—Mañana, entonces —zanjó Maggie.

Y, poniéndose de puntillas, lo besó otra vez, con suavidad, profundamente, prometiéndole así todos sus mañanas. Para siempre, en cuerpo y alma. Todo su mundo.

Epílogo

Beasley Park (Somerset, Inglaterra)
Primavera de 1823

Maggie frenó a su yegua baya en lo alto de la colina. La brisa, agradable y fragante, le rizaba la falda del atuendo de montar mientras recorría con la vista el panorama floreciente. En primavera, el paisaje de Beasley Park, cubierto casi por completo por nomeolvides, era para ella el más maravilloso del mundo.

—Mira qué vistas, cariño. ¿Puede haber algo más bonito en alguna parte?

El honorable James Aldrick Nicholas Beresford retuvo el poni rechoncho que montaba hasta detenerlo junto a ella. El niño tenía el pelo rubio oscuro bastante revuelto y sujetaba las riendas con manitas firmes. A los cinco años se podía decir que era un jinete consumado y natural, tan confiado ya como la propia Maggie.

—Madre, se supone que no debe cabalgar al galope —le recordó—. Lo dice padre.

—Ni siquiera tu padre prohibiría un buen galope en un día como este.

—¿Eso crees, que no lo prohibiría? —St. Clare había subido el último tramo de la colina y se unió a ellos. El caballo negro azabache que montaba era más grande que las cabalgaduras del niño y su madre juntas, una criatura intimidante a la que Maggie deseaba montar desde el mismo momento en el que su marido la había adquirido, hacía menos de un mes.

«Quizá después de que nazca el próximo bebé y hayas recuperado la salud»,

había respondido St. Clare.

Tenía razón, por supuesto. Pero no esperaba al niño nuevo hasta seis meses más tarde. Y Maggie seguía siendo muy impaciente.

—Has prometido tener cuidado. —St. Clare condujo el caballo hasta ponerlo al lado de su yegua. Su expresión severa no escondía la tierna preocupación de los ojos grises como la tormenta ni el amor que brillaba con la misma fuerza de siempre, incluso cuando estaba muy enfadado—. ¿Es que ya no te acuerdas?

—Galopar cuesta arriba no es peligroso —alegó al tiempo que extendía hacia él la mano enguantada—. Te dije que echaríamos una carrera.

Aceptó la mano que le tendía.

—Saliste de estampida antes de que pudiera contestar, y nuestro hijo detrás de ti.

Los ojos de James brillaron. Eran del mismo color gris que los de su padre.

—¿Ha visto lo rápido que he galopado, padre?

—Tan rápido que asustaba. Estuviste a punto de ganarle a tu madre.

—Si hubiera tenido un caballo en vez de un poni, habría ganado yo. —James le dio unos golpecitos en el lomo al poni, como disculpándose por haber dicho que era lento—. Ya soy tan mayor como para montar un caballo.

Maggie le dirigió a su hijo una mirada significativa. No era ni mucho menos la primera vez que hablaban del caballo de James, en realidad lo hacían a menudo. Pero, pese a su insistencia, el niño aún no estaba preparado para eso. Además, tanto Maggie como St. Clare le habían prometido a lord Allendale que su joven heredero seguiría montando un poni hasta cumplir los diez años, una concesión menor para tranquilizar al conde.

—Bueno, pues lo soy —masculló James para sí.

Crecía más deprisa de lo que hubiera querido Maggie. De hecho, cuanto más feliz era, más deprisa le parecía que pasaba el tiempo. Era como si hubiese transcurrido ya una vida entera desde la época de aquellos lutos consecutivos que tuvo que pasar dentro de la casa, frágil, preocupada y deseando quedar libre del control opresivo de los Burton-Smythe.

Sir Roderick había fallecido a causa de una apoplejía durante el invierno de 1820. Y Fred, ahora sir Fred, se había casado con una muchacha del pueblo, fornida y de dieciocho años, que lo adoraba sin reservas y enseguida le había dado un hijo.

Fred evitaba a la familia de Maggie la mayor parte del tiempo, aunque había que tener en cuenta que eran vecinos. Y en las escasas ocasiones en las que se veían, ya

fuese en el pueblo o en las zonas colindantes de las respectivas haciendas, tanto él como St. Clare controlaban sus impulsos de discutir y pelear.

En lo que a Maggie se refería, años de aire fresco y limpio, y un ejercicio moderado le habían reforzado los pulmones, con la consiguiente mejoría de su salud. St. Clare había estado a su lado todo el tiempo, ayudándola y animándola. No llevaban casados ni tres meses cuando volvió a subirse a un caballo y cabalgó al lado de su marido por los campos de Beasley Park, lo mismo que hacían cuando eran niños y jóvenes.

Él seguía siendo el amor de su vida, su mejor amigo y su alma gemela. Los hijos que tenían, y los que vendrían, no hacían más que reforzar el vínculo inquebrantable que los unía.

—Un día magnífico, ¿verdad? —dijo St. Clare, acariciando de forma distraída la mano de Maggie.

—Sí, es perfecto —contestó ella—. Tendríamos que haberle dicho a la niñera que trajese a Ivo y a Jack para hacer un pícnic.

—Todavía podríamos. El día no ha acabado.

James se mordió el labio inferior en un amago de puchero.

—Los pequeños no.

—¡Vamos! —lo animó St. Clare—. No seas así. Eres un ejemplo para tus hermanitos.

—Pero, padre...

—Vuelve cabalgando y dile a la niñera que vamos a hacer un pícnic en las orillas del arroyo y que traiga a Ivo y a Jack de inmediato.

—Después podrías parar en la cocina para que te dieran un pastelito de crema —añadió Maggie para reconfortarlo. Si eso no era un buen incentivo, no sabía qué podría serlo—. Y no te olvides de decir que necesitaremos una cesta. La cocinera puede mandar a Salter para que la traiga.

James suspiró para mostrar un agotamiento teatral.

—Sí, madre. —Se dio la vuelta con el poni y trotó colina abajo, donde lo esperaba un criado para acompañarlo.

St. Clare no pudo por menos que sonreír.

—A veces pienso que es bastante más Honeywell que Beresford.

—Al mirarlo se saca otra conclusión.

James se parecía mucho a su padre, lo mismo que su hijo de tres años, Ivo, y el bebé de uno, Jack: los tres eran rubios, guapos y de ojos grises.

—Desde luego. Es mi viva imagen. Pero lleva tu terquedad en las venas. —St.

Clare desmontó y, tras sujetar las riendas en un arbusto cercano, se acercó a ayudarla a bajar de la yegua. La sujetó por la cintura con manos firmes y amables, la levantó con facilidad y la depositó en el suelo con mucho cuidado.

Ella le apretó los hombros con las manos.

—No creas que me voy a romper.

—Sé que no. —La miró a los ojos—. Pero cada vez que estás embarazada... —Frunció el ceño—. ¿Es mucho pedir que permanezcamos en un sitio mientras dure el embarazo?

Lo cierto era que habían estado viajando bastante. El otoño lo pasaron en Londres, con lord y lady Mattingly. Jane y Mattingly se casaron algo menos de un año después que Maggie y St. Clare, y sus hijos eran de edades similares. Las dos familias siempre disfrutaban cuando estaban juntas.

No obstante, las visitas a Londres eran, en ciertos sentidos, una mala experiencia. Los comentarios y cotilleos acerca de la legitimidad de St. Clare no habían cesado por completo. En realidad, se habían entrelazado con los relacionados con su nacimiento: que su madre había sido una moza de taberna y que su infancia y adolescencia transcurrieron como miembro del servicio de menor nivel de una hacienda. Aunque ya habían pasado seis años, seguía habiendo miradas inquisitivas y conversaciones susurradas. Maggie y St. Clare las soportaban, aunque solo por el bien de los niños. Aunque a veces les resultara molesto, con su presencia en el seno de la alta sociedad esperaban que James, Ivo y Jack, más el bebé que aún estaba por nacer, evitaran problemas en el futuro.

Tras la estancia en Londres, viajaron al norte para pasar el invierno y la mayor parte de la primavera en Worth House, una hacienda palaciega situada en Hertfordshire. El conde, encantado por el hecho de tener ya un heredero, y hasta dos posibles sustitutos, adoraba y mimaba a sus bisnietos.

Y por fin, cuando mayo estaba a punto de dar paso a junio, al fin llegaron a casa, sobre todo gracias a la insistencia de Maggie. Estaba deseando con todas sus fuerzas disfrutar del agradable final de la primavera y de los meses de verano, en general luminosos, en Beasley Park.

—Todo va a ir bien, no te preocupes —prometió al tiempo que le acariciaba el cuello a St. Clare.

—Siempre dices lo mismo —repuso él, inclinando la cabeza para darle un beso en los labios. Despacio y con suavidad. El preludio de un beso como Dios manda.

Maggie se incorporó para responder, con el corazón algo acelerado. Cerró los ojos, recibió sus labios y se colgó de él. Aún, después de tantos años, sus besos

seguían teniendo la capacidad de lograr que le temblaran las rodillas.

—Nicholas —susurró. Era el nombre que utilizaba en los momentos más íntimos.

St. Clare emitió un sonido a medio camino entre risa y gruñido.

—Así fue como empezaron todos estos líos en los que nos metimos.

—¿Que nos metimos en líos? ¿Eso es lo que te parece?

—Unos líos maravillosos y adorables. —Colocó la mano sobre la curva suave de su vientre—. Me pregunto si esta vez será una niña.

—Espero de verdad que así sea. En nuestra casa hay una gran superioridad numérica de varones.

—Yo también lo espero. Una niña guapa y valiente, de pelo negro y ojos azules, como su madre.

Maggie le sonrió con gesto de anhelo.

—Puede que lo sea.

Y lo fue.



Nota de la autora

Empecé a escribir *Caballero Jim* hace muchos años, más o menos al mismo tiempo que mi otra novela romántica de la Regencia, *La obra de arte*. Al principio, el nombre del manuscrito era *Caballero Jack*, pero, en el momento en el que me puse a revisarla para la versión definitiva, se estrenó una miniserie de HBO con el mismo título, así que cambié a *Caballero Jim*. No era mi opción favorita, pero al menos conserva el espíritu del original.

El argumento de la novela lo inspiró mi amor por dos novelas clásicas, *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas, publicada en 1844, y *La historia de Tom Jones*, de Henry Fielding, publicada en 1749. A lo largo de la trama de mi novela hay varias referencias a estos dos libros, por ejemplo en nombres de personajes, como Jenny y la señora Square, y también en ciertos diálogos, como cuando St. Clare dice que debe «esperar y confiar» en que Maggie regrese a Londres. Y he incluido una parte de dicha cita como un epígrafe. La cita completa de la carta de despedida de Edmundo Dantès a Maximiliano Morrel es la siguiente:

> *En el mundo no existen ni la felicidad ni la desdicha; solo la comparación de un estado con el otro, nada más. Aquel que ha experimentado la pena más profunda es más capaz de experimentar la felicidad suprema. Morrel, tenemos que haber sentido muy de cerca la muerte para poder apreciar el gozo de vivir.*
>
> *Así pues, vive, y sé feliz, querido hijo de mi corazón, y no olvides nunca que hasta el día que Dios haya escogido para revelar el futuro a un hombre, la sabiduría humana se resume en dos palabras, «esperar» y «confiar».*

Tu amigo,
Edmundo Dantés, Conde de Montecristo

Como siempre, si quieres disponer de más información sobre la moda, la etiqueta y otros aspectos del siglo XIX que se describen en mis novelas, puedes visitar el *blog* de mi página web de autora en MimiMatthews.com



Agradecimientos

Esta novela fue difícil de terminar. Y lo digo en sentido literal. Sufrí un pinzamiento muscular en el cuello y todo se convirtió en un absoluto caos. Me era imposible cumplir con la fecha de entrega, además de que en ese momento no podía ni pensar en ello. Estoy muy agradecida por la paciencia que mostraron todas las personas implicadas en la situación.

A mi magnífica editora, Deb Nemeth, gracias por todas tus sugerencias y observaciones, que, siempre y sin excepción, redundan en la mejora de los libros.

A las maravillosas lectoras del manuscrito, Flora y Dana. Gracias por vuestra retroalimentación y por animarme cuando le escritura se volvía ardua. Me hubiera sido muy difícil encontrar un equipo mejor para que esta historia saliera adelante.

Gracias también a mi diseñador de cubierta, James Egan; a Colleen Sheehan por la maquetación; y, como siempre, a mis increíbles padres, que tanto me ayudan cuando las cosas se ponen difíciles.

Finalmente, quiero daros las gracias a vosotras, mis lectoras. Cuando empecé a publicar en mi boletín de novedades, en forma de serial, los primeros capítulos de *Caballero Jim*, muchas de vosotras me mandasteis mensajes preguntándome por qué no lo presentaba como una novela completa. Vuestro apoyo y vuestro ánimo ayudaron mucho a que fuera posible. Esta historia es para vosotras.

Descarga la guía de lectura gratuita de este libro en:
www.librosdeseda.com